
LA PERLA DEL CARIBE
CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

LA PERLA DEL CARIBE

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

1

El reo nunca imaginó que su vida terminaría así. Siempre se consideró un buen hombre, amante de su familia, de su prójimo y de las leyes. Pero las opiniones nunca coinciden y la ley determinó que la avaricia se apoderó de él. Y ahora, a los veintiocho años iba camino al cadalso.

Mentiría si jurase que no tenía miedo. Estaba aterrorizado. Nadie está preparado para morir. Aún al saber que el ser humano nace con el conocimiento de que un día su cuerpo dejará de moverse y su corazón de latir. A pesar de ello, individualmente, llega a la conclusión de él romperá esa regla. Ahora, a punto de ser traspasado a un creciente olvido, comprendía que era un razonamiento del todo estúpido.

Temblando, intentó con todas sus fuerzas no demostrar el pavor que sentía. No por orgullo o por desafío. No quería hacer sufrir aún más a su esposa; que con toda seguridad, estaría presente en la ejecución.

No se equivocó. Entre la multitud de rostros anónimos que llenaban la plaza de San Francisco se encontraba ella. Su hermoso rostro estaba pálido y alrededor de esos ojos como la noche más oscura se dibujaban unas enormes ojeras a causa del sufrimiento. Sin embargo, reflejaba serenidad. Una templanza que siempre demostró en los peores momentos que vivieron juntos. Ella siempre fue el bastión, el ser más fuerte que jamás conoció; aún sin tener buena salud y apenas contar veintitrés años. Amelia era el ser que más amaba en su vida junto a Matilde, la hermosa niña con la que Dios les bendijo ocho años atrás. Nadie pudo imaginar lo dichoso que se sintió al llegar al mundo su primera hija. Ahora sabía que jamás tendría ningún descendiente más. Y el único consuelo que le quedaba en esa hora aciaga era que su familia no cayó junto a él. Amelia no se derrumbaría, a pesar de la injusticia que desmenuzó sus existencias. Ella recompondría los pedazos y saldría adelante por su pequeña.

Subió torpemente los escalones que llevaban a la tarima. Miró con firmeza a su esposa, con la seguridad de aquél que se sabe inocente; para después retar a los asistentes. Algunos, los viejos amigos que creyeron en la falacia, bajaron el rostro, otros sonrieron con burla; el resto mostró indiferencia y el comisario, el hombre que lo apresó, una sonrisa malévola.

Los tambores retumbaron y al igual que una losa, cayó el silencio sobre el gentío. Ese silencio que esconde miles de pensamientos que no dejan de hablar. Porque lo cierto es que, el silencio nunca ha existido. Nadie es capaz de absorberse tanto que las palabras, los

recuerdos o los deseos no sigan expresándose. Y en esa plaza las voces ocultas no dejaban de parlotear en secreto.

El juez leyó la sentencia. El acusado a proclamar una vez más su inocencia. Una verdad irrefutable, pero que no se pudo demostrar. ¿Quién podía luchar contra la ley, contra los que estaban en una escala mucho más superior a la suya? El único consuelo que le quedaba era que Amelia fue exculpada del crimen; aunque no de robo.

El verdugo, con la cara cubierta, pidió perdón al reo. Le fue concedido. Seguidamente alzó la capucha. El que pronto iba a morir la rechazó. Quería irse de este mundo con la imagen de su gran amor en la retina.

Y así fue. El suelo se abrió bajo sus pies y la soga le partió la nuca.

Se escucharon gemidos de horror junto a vítores que alabaron a la justicia que erradicaba a los criminales. Pero el más desgarrador no fue escuchado por nadie; porque quedó guardado en lo más hondo del alma.

Inmersa en un dolor insoportable, Amelia caminó aturdida bajo la custodia del soldado. Deseaba ordenar a su corazón que dejase de latir en ese instante. Pero no podía. El egoísmo no podía vencerla. Debía seguir con vida por su hija. Y continuó hasta llegar al refugio que encontraron tras ser echadas de su hogar. Desde la acusación todos le dieron la espalda. Todos menos su vecina Gertrudis que jamás creyó en los cargos que se le imputaron a su marido y mucho menos a ella. Conocía muy bien a Leandro. Lo vio nacer, crecer y hacerse hombre en las calles del Arenal y sabía que era un buen hombre. Jamás habría envenenado a su señor por ambición y por supuesto, tampoco Amelia robaría las joyas de su señora.

Por fortuna, no siguió el destino de su marido. Le conmutaron la vida a cambio de ser exiliada y en apenas unas horas tomaría un barco con destino al Nuevo Mundo. A su entender, no era mejor que haber terminado en el cadalso. El Nuevo Mundo escondía bajo su imagen paradisíaca un infierno de mosquitos, tormentas y salvajes feroces con los conquistadores. A todo ello se unían los criminales, filibusteros y gente de mal vivir que emigraron en busca de riquezas a cualquier precio. Y lo sabía por los almirantes que solían frecuentar la casa de los vizcondes.

No obstante, aquello no era peor que la muerte para ella, pues sola tendría que vivir en un ambiente del que siempre estuvo alejada, sin casa, sin empleo, sin nada, sin amigos. No estaba segura de que lograra sobrevivir; más si tenía en cuenta su delicado estado de salud. Ese fue el argumento de Gertrudis que la llevó a rogarle que dejase a Matilde con ella. Pero Amelia se negó.

—Ya he perdido a mi marido. No quiero que me quiten a mí hija. No les permitiré que esta injusticia gane la batalla. Lucharé y saldré

adelante y regresaré con la cabeza bien alta. Lo juro.

Como madre podía entenderlo. No hay nada más cruel que te arranquen al ser que llevaste en las entrañas. Gertrudis pasó por esa experiencia en dos ocasiones. La primera al fallecer su primogénito de una extraña fiebre al año de nacer y la segunda cuando Pedro cayó de un andamio a la edad de catorce años. Y aún quedándole cuatro hijos más, pues fue mujer muy fértil, jamás pudo enterrarlos en su corazón. Amelia, por supuesto, no podía separarse de su única hija; a pesar de ser consciente de que llevarla a ese lugar era peligroso y más estando bajo la tutela de una mujer destrozada.

Así estaba Amelia al entrar en casa, tras dejar atrás al soldado que le asignaron para impedir que escapase. A Gertrudis no le hizo falta preguntar. Su rostro reflejaba todo el horror sufrido. La abrazó con fuerza y en ese momento la fortaleza de la viuda se derrumbó. Estalló en un llanto desgarrado.

—Eso es, llora. Llora muchacha. Las lágrimas sirven para lavar los lamparones que dejan las penas. Y deberás hacerlo muy a menudo para que no dejen huella.

Amelia permaneció arropada por la única amiga que le quedaba y que tal vez ese consuelo sería el único que recibiría en mucho tiempo; y se dijo que uno hacia muchos planes, pero la vida era en ocasiones un río caudaloso que llenaba de riquezas a sus moradores y otras veces la sequía que repartía pobreza.

Pero los bracitos de su niña rodeándola la obligaban a resistir. Y de nuevo la tenacidad que siempre mostró salió a la luz. Habían matado parte de ella. Aún así, jamás consentiría que anularan a Matilde. Juntas marcharían a ese mundo desconocido y juntas vencerían a la injusticia.

—Te echaré de menos —se lamentó Gertrudis.

—La ausencia termina por pulverizar el pasado —dijo Amelia.

—Solamente aquello que no ha dejado huella —negó, con rotundidad, la anciana.

Amelia esbozo una sonrisa cargada de tristeza.

—Cuando alguien muere en su lecho se pierde en el olvido.

Gertrudis, para consolarla, dijo:

—En un segundo todo puede cambiar. Es una ley de la vida. Pero se sabrá la verdad. No lo dudes. Esta infamia será lavada.

—Hay verdades que son sepultadas tan hondo que siempre respiran aire viciado y acaban por morir —refutó Amelia, embutiendo la ropa en el saco.

—Hay que creer en la Justicia Divina —le pidió su amiga.

Amelia le lanzó una mirada furibunda.

—No mentes a Dios. Él nos abandonó. No dejó que la realidad saliese a la luz. Y a nosotras nos envían al infierno. Así que, no me

hables de justicia. No la hay y nunca la habrá para estas dos infelices.

Gertrudis no replicó. No existía razonamiento alguno para ello. Tomó unas mantas y las metió en la bolsa.

—Necesitaréis esto. Me han dicho que… ¡Ay Señor! Ha llegado el momento.

Amelia cogió el hatillo con apenas posesiones. Miró a su alrededor y contuvo el llanto.

—Siempre recordaré este lugar y a la mujer que me entregó su más fiel amistad. Eternamente te llevaré en el corazón.

Su amiga la abrazó con fuerza.

—Tú tampoco quedarás en mí olvido. Y por favor, hazme saber que estáis bien.

—Te escribiré.

—Amelia. Recuerda que eres fuerte y que nadie logrará derrumbarte. ¿De acuerdo? Cuida de Matilde.

Amelia inspiró con fuerza. Se abrazó con fuerza a su querida amiga.

—Id con Dios —se despidió Gertrudis.

Amelia tomó la mano de su hija y abrió la puerta.

—¿Lo llevas todo? Recuerda que no vas a volver —le dijo uno de los soldados.

Ella no respondió. No le importaba dejar atrás su hogar. Uno de los seres que más amaba ya no existía. Pero el hombre se equivocaba. Regresaría y aquellos que destrozaron su vida pagarían por ello.

El avituallamiento de un barco requería una gran precisión. Armamento, enseres, comida, almacenamiento y transporte. Esto último era del todo complejo. Se necesitaban infinidad de carretas y animales de carga que procedían de todos los rincones. Unos llegaban a tiempo y otros, debido a los accidentes o inclemencias meteorológicas, se quedaban en el camino. Con respecto a la comida, con la salazón o legumbres no había el menor problema. Otro tanto ocurría con la comida fresca. El encargado debía actuar con tiento y sagacidad, pues los mercaderes incrementaban el precio debido a la urgencia de la demanda. Solo en trigo se necesitaban al año cuatro mil fanegas. Y ahí radicaba el siguiente conflicto. Eran necesarios cientos de toneles. Para fabricar los barriles se precisaban de miles de duelas, de aros de hierro y toneleros que pudieran fabricarlos. A todo ello, el especialista debía proveer a la nave de gallinas, patos, cerdos e incluso corderos. También todo tipo de frutos secos, verduras, cajas repletas de herramientas para labranza, telas, cuchillería, vidrio, libros, aceite, vinagre o semillas, junto a cepas para plantarlas allen de los mares. La puesta en marcha de una nave costaba al estado miles de maravedíes.

Por otro lado, el condestable tenía la obligación de cargar la suficiente munición y avíos para los cañones; así como colocar las armas. Tras ello, distribuía los turnos de guardia y su cañón correspondiente.

Junto a la abultada carga, una docena de pasajeros aguardaban nerviosos. Dejaron todo para emprender una nueva existencia, que suponían mucho mejor, con su oficio tan necesario en los inicios de crear nuevas tierras para el imperio. Sin embargo, el destino era impredecible y más de uno se preguntaba si hacían lo correcto o sería mejor permanecer en tierra. Al fin y al cabo, era mejor vivir pobre que tal vez, buscarse la muerte en una tierra desconocida y salvaje. A pesar de ello ninguno dio un paso atrás.

Amelia, por el contrario, sujetando con fuerza la mano de su hija caminaba custodiada por dos soldados para asegurarse que la mujer tomaba ese barco.

Ella ahora conocía muy bien la razón de tanto empeño. Querían cerciorarse de que la fechoría de su señora quedara sepultada para siempre por la distancia. Por el momento, ganaba la batalla. No obstante, se juró que no la guerra. Tarde o temprano conseguiría que esos canallas pagasen por haberle destrozado la vida.

Con la barbilla alzada miró el navío. Era impresionante. Un galeón de gran calado, unas cien toneladas. Tres palos, doce cañones a la

vista e imaginó que otros cinco en la parte de atrás. Por los comentarios que escuchó en infinidad de veces en las tabernas la tripulación estaría compuesta por el capitán, un contramaestre, alguacil de agua, unos catorce marineros, ocho grumetes, unos tres pajes, despenseros y un artillero; a parte de otros especialistas del todo necesarios, como herreros, carpinteros y un galeno.

Sí era un gran barco. Un medio de transporte de los más seguros.

Aún así, Amelia no podía apartar el miedo del cuerpo. Todo lo contrario le ocurría a su hija. Matilde, con la inocencia de los ocho años, se tomaba aquella situación con una aventura. Se preocupó de que fuese así y de que no echara de menos a su padre, al cuál siempre adoró. Y al preguntarle porqué él no iba con ellas le explicó que Dios se lo llevó al cielo y que desde allí se ocuparía de que nunca les pasase nada malo. Pero el futuro para Amelia era un camino lleno de malos augurios. Se sintió como un conejo al atravesar un bosque lleno de trampas. No obstante, al entregar los papeles al capitán lo miró con desafío. Un acto del todo infructuoso. A pesar de apreciar la belleza de la mujer, los gestos suaves y la pulcritud con la que vestía, no se dejó engañar. Había visto a jóvenes que parecían ángeles con corazón emponzoñado por el mal. Para él no era más que una condenada y como tal la envió junto a un grupo de convictos. Tres hombres y dos mujeres.

El recibimiento fue humillante.

—Nunca vi una rabiza tan finolis. Aquí se te irán tos los humos, preciosa. Esta te lo hará entender —le dijo el tipo de boca desdentada, que debía rondar la cincuentena, agarrándose la entrepierna.

El de cabello negro como el azabache y ojos de demonio, de aspecto extraño, pues era joven, pero ajado como un anciano, lo emuló y soltó una carcajada:

—¿Solamente la tuya? Ésta también tiene madera de maestro.

Una de las mujeres que ya abandonó la lozanía, exclamó:

—¡Si apenas tiene carnes! Yo sí se como contentar a un buen ciporro. Lo he hecho desde los doce y bien contentos quedaron todos. Más, no tiene pinta de buscona. ¿Qué has hecho guapa? ¿Mangar lo ajeno?

Un joven que no debía superar los veinte años, bien agraciado y fuerte como un toro, dijo:

—¿Y qué más da lo que hiciera? Ahora todos vamos en el mismo barco, nunca mejor dicho. Somos escoria y como a tales nos tratarán. Así que, procuremos sacar la mejor tajada de esta situación. La travesía será muy larga y dura. No nos vendrá mal divertirnos de vez en cuando. Y tú, guapa, tendrás que ir acostumbrándote a tu nueva vida. ¿O acaso crees que te vas de rositas? Allí no te quedará más remedio que abrirte de piernas si no quieres morirte de hambre.

Nosotros te enseñaremos el oficio. ¿Verdad, compadres?

El resto de acompañantes, ante el pavor que se dibujó en el delicado rostro de Amelia, rompieron a reír con estrépito y Matilde a llorar; situación que atrajo la atención del capitán. Con gesto hosco ordenó a un oficial que pusiese orden. Éste, con cara de pocos amigos, se acercó.

—Ya tendremos bastantes problemas durante la travesía. No quiero añadir ni uno más. Al primero que arme jaleo lo cuelgo del palo mayor. Para mí no sois más que bazofia y no tendré el menor cargo de conciencia. Espero una travesía sin incidentes. Es delito jurar, blasfemar, jugar a las cartas o amancebarse. ¿Queda claro?

Nadie abrió la boca. La primera ley era no replicar a la autoridad. La obediencia a sus órdenes era harina de otro costal. Y más en un lugar como aquel. Un barco era una isla, pero la bodega era como si fuese otro mundo, muy lejano y al que nadie quería viajar. Ese sería su hogar durante casi tres meses y en él solamente mandarían ellos.

—Así me gusta. Con esa actitud todos viajaremos más relajados. Id abajo. Hay que recibir a los viajeros decentes. No tienen porque ver a la escoria. ¡Vamos! —ordenó.

Como falsos corderos caminaron. Amelia permaneció petrificada.

—¿No me has oído? —la instó el oficial.

Ella, lívida, aseveró. Se inclinó para tratar de calmar a Matilde.

—No pasa nada, cielo. Todo irá bien. Verás lo amables que son con nosotras. Ya has oído al oficial. Será un viaje tranquilo y nos divertiremos mucho.

—Mamá. Tengo miedo… Eso hombres me dan… mucho miedo. ¿Por qué no ha venido padre? —hipó la chiquilla.

Amelia se puso de cuclillas, tomó el mentón de la pequeña y musitó:

—Ya te lo expliqué, mi vida. Padre ha ido al cielo. Ahora está con los ángeles y Dios. Nos cuidará desde allí.

El oficial, aunque sintió piedad, no podía permitírsela. Las reglas eran las reglas y nadie podía saltárselas. Sin embargo, era la primera vez que debía obligar a una cría, que eran tan hermosa como un querubín, a mandarla a los infiernos. Porque eso era la bodega. Un lugar apestoso, lleno de ratas, humedad y aire irrespirable. Y a eso tenían que añadir la mala alimentación, que por regla general, provocaba que los desgraciados enfermaran. Unos morían sin poder superar el mal y algún que otro asesinado por sus propios compañeros. No quería ni pensar que podía ocurrirle a esa mujer tan hermosa junto al grupo de desalmados que llevaban en esta ocasión. Conocía la causa por la que fue desterrada. Robo. El destino más lógico era la cárcel. La sentencia de enviarla al Nuevo Mundo no era razonable. No se enviaba al otro extremo del mundo a alguien por una fusilería. Algo

no cuadraba. A pesar de sentir curiosidad era un asunto que no le concernía. Sería estúpido inmiscuirse en los tejemanejes de la ley y sobre todo con el comisario. No obstante, no podría dormir tranquilo abandonando a esas dos infelices. Tendría que echar mano de su vieja amistad con el capitán para interceder por ellas.

—Podéis quedaros un rato más. A la niña le gustará ver como nos alejamos de Sevilla.

—Sois muy amable, señor.

—Contramaestre Buitrago —dijo él. Dio media vuelta y fue a recibir a los pasajeros que dejaban el país para hacer fortuna en el Nuevo Mundo. Iban cargados con diversos enseres. Ropa, utensilios de cocina, jaulas con gallinas, bolsas con salazones, queso y pan; e incluso uno de ellos portaba una butaca.

Amelia apenas llevaba nada. Como convicta no tenía los mismos privilegios. Un poco de comida que duraría apenas dos semanas, mantas y dos mudas. Cuando las provisiones terminasen debería conformarse con el rancho que les otorgaba el estado.

Tomó a Matilde en brazos y miraron el puerto. Un halo de tristeza se aposentó en sus ojos nítidos al recordar su vida en la ciudad. En el Arenal creció correteando por sus callejuelas. El barrio era su mundo. Un lugar donde la vida nunca descansaba. Marinos, taberneros, negociantes, mendigos o delincuentes, recorrían sus calles tanto de día como de noche. Pero lo que más alimentaba a sus habitantes era el puerto. La visión de los navíos, de los viajeros llegados de extrañas tierras que contaban sus aventuras frente a un buen vaso de vino, llenó sus retinas haciéndola soñar con viajes llenos de emoción. Y ahora, paradójicamente, se enfrentaba a uno de ellos. Pero la emoción no existía; tan solo el miedo a tener que enfrentarse a un futuro desconocido, y sin la ayuda de nadie. Siempre se consideró fuerte. Sin embargo, esta situación inesperada y tan dolorosa llevó a su determinación a una fase aletargada y no sabía cuando terminaría el crudo invierno.

—¡Ya nos vamos! —gritó Matilde.

Sí. Las velas ya habían sido desplegadas y el ancla alzada. Un ligero vaivén anunció que ya no podían dar vuelta atrás. El cinco de enero del año mil quinientos diez sería el señalado como la última vez que sus ojos mirarían a Sevilla. Los cerró e imploró clemencia al Señor. No por ella. Tras el trágico fin de su esposo negó a Dios. Rezaba por su pequeña Matilde. Era un ser inocente y merecía una vida digna. Y si Él no se la concedía, ella procuraría hacer lo necesario para no verla sufrir.

—¡Mamá! Sevilla encoge —se asombró la niña.

—Eso es para que pueda cabernos su imagen en la cabeza y podamos recordarla siempre —musitó su madre; sin poder evitar que

los veintitrés años vividos pasaran en apenas unos segundos, del mismo modo que solían contar los que estuvieron al borde de la muerte.

Y así se sentía. Muerta en vida. Con el corazón destrozado y sin el menor apetito por vivir. Solamente Matilde era el acicate que la impulsaba a seguir hacia adelante; aunque ese destino fuese terrible.

3

Cuando la ciudad no era más que un punto, Buitrago regresó junto a ellas.

—Ya os han dejado suficiente tiempo. Tenéis que ir a la bodega. Os acompañaré.

Bajaron.

En la bodega principal se encontraban las anclas, velas y víveres. Amelia pudo apreciar que estaban bien abastecidos.

Ellas fueron conducidas a las entrañas del barco. Allí el aire comenzó a tornarse vicioso y un desagradable olor les llenó las fosas nasales.

—¡Qué peste! —bufó Matilde tapándose la nariz.

Buitrago pensó que aquello era tan solo el principio del suplicio que iban a soportar. El olor aumentaría con el paso de los días, así como las ratas, las pulgas o chinches. No será un viaje de placer para esas dos desgraciadas. Y, a pesar de estar curtido, no pudo evitar de nuevo un sentimiento de misericordia. Esa mujer no daba el perfil de rea. A pesar de ello uno no podía confiar. Era gato viejo y sabía que el hábito no hacía al monje.

Descendieron dos pisos dejando atrás el camarote del capitán y la bodega principal donde acomodaban, si así podía decirse, los viajeros menos ilustres y marinos. Ellas fueron ubicadas un piso más abajo. El lugar era oscuro, apenas iluminado por tres candiles, sin ventanas y repleto de toneles, sacos y cajas. En medio de todo ello, el grupo de convictos ya se había aposentado. Al verlas, los hombres esbozaron una sonrisa malévola.

—No podéis dejarnos aquí —jadeó Amelia.

—Es vuestro lugar —replicó Buitrago.

Ella lo miró suplicante.

—¡Por el amor de Dios! Hacedlo por la niña. No sobrevivirá al viaje.

Era lo más probable, pensó el contramaestre. De todos modos, debía seguir las normas. Y los convictos debían permanecer confinados en la bodega. Inspiró con fuerza y comenzó a subir la escalera, y dijo:

—Buscad un sitio. Y vosotros. No quiero altercados. No quiero conflictos entre vosotros o la fusta de mi látigo no tendrá misericordia. Y cómo me entere de que esta mujer y su hija son violentadas, vuestro cuello colgará del palo mayor. Meteros eso en la mollera. ¿Os queda claro?

Amelia aferró con fuerza la mano de su hija. Miró a su alrededor.

Por supuesto, no pensaba ir junto a esos desalmados. El mejor lugar era cerca de la escalera. Cogieron el jergón que les asignaron y se acurrucaron tras unos barriles.

—Mamá, tengo miedo —musitó Matilde.

Su madre la abrazó.

—Cielo, no debes temer. Esto es una aventura, ¿recuerdas? Vamos en busca de un tesoro. Lo pasaremos muy bien. Te lo prometo —musitó Amelia sin poder evitar que el llanto surcara sus mejillas.

Las siguientes horas pasaron con lentitud y sin ningún segundo de tranquilidad. Amelia, a pesar de que el resto de convictos parecían haber seguido las órdenes del contramaestre, no confiaba. Además, tenía que añadir el calor sofocante, el mísero cuenco de comida y la mínima ración de agua que les asignaron. Por suerte, Matilde se había dormido. Pero, ¿qué ocurriría al decirle que no podían salir a cubierta? No quería pensar en ello. Ahora no. Se sentía demasiado cansada y tenía mucho, mucho sueño. A pesar de ello, no quería adormilarse. Debía estar alerta. No se fiaba en absoluto de la sumisión de esa pandilla de criminales. Aún así, el sueño la venció y se sumió en un duermevela intranquilo.

Respingó sobresaltada al oír las risas de sus compañeros de viaje. Con el corazón latiéndole acelerado apretó con fuerza a su hija. Pero los hombres permanecieron en su lugar y se acomodaron dispuestos a descansar.

Amelia tardó en tranquilizarse. Solamente al oír los ronquidos se permitió cerrar los ojos. Era absurdo permanecer despierta. Tenía que estar despejada al día siguiente. La situación requería tener todos los sentidos alerta.

No obstante, apenas pegó ojo. Cada vez que se quedaba dormida, el horror volvía a llenar su mente. Los abusos y golpes recibidos en la cárcel; la prematura muerte de su marido por esa cruel enfermedad que lo consumió.

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué? —sollozó.

—¡Chitón! ¡Hay quien quiere dormir! —le espetó uno de los condenados.

Ella se acurrucó con su pequeña entre sus brazos e intentó serenarse. No debía mostrar debilidad o no llegarían vivas a su nueva tierra.

El amanecer, en ese agujero, no existía. La única señal de que un nuevo día había surgido fue la llegada del grumete con el desayuno. Como imaginó, frugal. Un tazón de pan duro remojado con un chorro de leche y la correspondiente medida de agua. Tan escaso que un ser humano no podría resistir mucho tiempo con ese tipo de alimentación. Así que, renunció a parte de su ración para dársela a su pequeña.

—No me gusta, mamá —protestó Matilde.

Amelia, aunque en el saco llevaba queso, pescado salado y tocino, prefirió guardarlo para más adelante.

—Debes alimentarte, cariño. No hay nada más. Por otro lado, si no comes el juego habrá terminado para ti. ¿Y no querrás perder, verdad?

La mujer más mayor se acercó a ellas. Con una sonrisa burlona, dijo:

—Por lo visto está vezada a manjares. Es mejó que la enseñes que a partir de ahora na más comerá bazofia en esta nao. Y que deberá mear en un bacín. Y la vía en Nombre de Dios no será un camino llano, guapa. ¿O tas creío que volverás a vivir como antaño? Me han contao como es. Na que ver con Dios. Más bien con el diablo. Y las mujeres no tienen ni una oportunidá. Lo más seguro es que tengas que laborar como matacandiles. Y tu querida hijita no tardará mucho en seguir tus pasos. ¿Cuántos tiene? ¿Ocho o nueve? Pues en tres años podrá ejercer. Así que, déjate de melindres y ve pensado en ello.

—Jamás. Me oyes bien, jamás seremos meretrices —siseó Amelia.

La mujer sacudió la cabeza. La miró con desprecio, dio media vuelta y se reunió con sus compinches. Habló con ellos, el desdentado miró a Amelia y se toqueteó la bragueta. Ella giró el rostro sumida por el pavor al comprender que no tenía escapatoria. Tenía que hacer algo para salir de allí. Era una convicta, sí. A pesar de eso, el capitán estaba obligado a protegerla.

Al venir el grumete a darles la comida le pidió que le dijese a Buitrago que viniese a verla.

—Los oficiales no tienen tratos con los reos —le dijo el muchacho.

Ella bajó la voz y lo miró.

—Esos hombres me han amenazado. ¿Comprendes a qué me refiero? No estoy segura y temo por mi hija. Si no quieres hacerlo por mí, hazlo por ella. Por el amor de Dios. Te lo suplico.

El muchacho entendió de qué hablaba.

—Le pondré al tanto. Más no aseguro nada —dijo. Le dejó la bandeja y subió la escalera.

Pero al parecer, el grumete no dio el mensaje o sencillamente lo que les ocurriera no les importaba en absoluto. Y debía mentalizarse de ello. A partir de ahora dependía de ella y de nadie más.

Por suerte, durante aquellas primeras horas, los convictos parecían no tener el menor interés en ellas. Solamente mostraron enojo en el momento que el barco arribó a Sanlúcar de Barrameda para pasar la última inspección.

—¡Hijoputas! ¡Como bestias nos tienen! Ni un poco de misericordia pa que podamos despedirnos de nuestra tierra. ¡Qué os lleve el diablo! —bramó el más mayor.

La prostituta más vieja soltó una gran risotada.

—Hilario. ¡No me vengas con ese cuento! A ti te importa bien poco

el lugar donde tu madre te parió.

El tipo se puso serio.

—Pue que sea un hombre de dudosa moralidad e incluso, podríamos decir que, en muchas ocasiones me olvido de ella. De toas maneras, nunca olvido de donde procedo. Hay que tener respeto por la tierra que te ha visto nacer y digo más, incluso quererla. Y te aseguro que la voy a echar de menos. Por muchas maravillas que cuenten no será tan hermosa como esto. No habrá un Arenal ni tabernas como la del Manco, ni palacios.

—Pues yo, ni una mijita me siento triste. No ha sido generosa conmigo. A la contra. Me ha puesto el pie, día sí, día también. Al lugar que vamos no pue ser peor. Hasta pienso que pue mejorar. Incluso, pue que encuentre marido —dijo la joven.

—Tú si que debes estar molida por la pena, finolis. Seguro que vivías a cuerpo de rey… ¡Oh, sí! Ahora recuerdo el caso. Te vi en casa del mercante de telas, ¿verdá? Y cómo no queríais renunciar a esa via tan relajá, os lo quitasteis de encima. Pero os salió mal la jugada. ¡Una lástima! Ya ves dónde ta llevao la ambición —se burló Hilario.

—¡Somos inocentes! ¡Nos tendieron una trampa! —exclamó Amelia.

—Ya.

—¡Es la verdad!

—¿Para qué insistir? La única verdá es que vas camino al destierro y deberás aprender a vivir de otro modo.

—Eso si salimos vivos de esta. Que no las tengo toas conmigo —remugó el joven.

El otro compañero aseveró con semblante circunspecto.

—¡Sandeces! Me han metio en este barco contra mi voluntad y pienso ver, por lo menos, esa tierra de la que todos hablan. Así que, no estiraré la pata en medio del mar. Como me llamo Nicolasa que lo cumpliré —protestó la rabiza.

Amelia también se hizo ese juramento. No abandonaría a su hija. Lucharía con uñas y dientes para darle una vida digna.

El grumete que les trajo la cena no fue el mismo. La angustia de Amelia se acrecentó. Nadie estaba dispuesto a ayudarlas. Las dejaron a su suerte y ésta era aciaga. Como convicta no se les permitió llevar ningún utensilio que pudiese convertirse en arma. Sin embargo, su buena y fiel amiga Gertrudis que conocía las cuitas que pasaron muchos convictos, ocultó en el dobladillo de la falda de Matilde, ya que era difícil que registrasen a la niña, un cuchillo; así como, un buen puñado de monedas. Les servirían para comenzar en su nuevo destino.

Con dedos nerviosos deshizo la costura y aferró el arma con fuerza. Si alguno de esos cabrones intentaba acercarse a ellas no dudaría en defenderse; aunque ello le trajese más complicaciones.

Pero esa noche, al dejar el barco Sanlúcar de Barrameda y tomar las aguas del Mar de las Yeguas, los elementos se aliaron con ella. El balanceo que se asemejaba al que la mano de una madre ejercía sobre la cuna se tornó violento. Una de las mujeres fue arrastrada hasta el otro extremo del casco golpeándose con violencia contra un tonel. Amelia obligó a la niña, que sollozaba con terror, a que se aferrara a su cintura; al tiempo que ella se sujetaba con fuerza a la escalera. Los demás intentaban mantener el equilibrio. Unos con mejor suerte que otros.

—¡Vamos a morir! —berreó la mujer más joven.

—¡Cállate, maldita zorra! —vociferó el desdentado agarrándose a una cuerda que pendía del techo.

Lo cierto era que, Amelia pensó lo mismo. A pesar de ello intentó calmar a Matilde que lloraba presa del pavor.

—No lloriquees, mi vida. Es un juego. Es cuestión de sujetarse fuerte y el que se suelta el último, gana. Así que aguanta. El premio es un buen trozo de queso —dijo para serenarla.

La niña, hipando, asintió.

Amelia rezó con todas sus fuerzas. El barco parecía querer partirse en dos y si se hundían no sabía nadar. Sin embargo, de repente, el mar pareció apiadarse de ellos y se calmó por completo. No obstante, su furia hizo mella en todos. Ni uno escapó al mareo. Los quejidos y vómitos llenaron la bodega. Durante horas fueron incapaces de levantar cabeza. Ni tan siquiera se percataron de la llegada de otro nuevo grumete con el desayuno. Por lo visto, dedujo Amelia, tanto cambio era para que no confraternizasen con los condenados.

—¡Esto parece una pocilga! —se quejó el chico el al llenarle el olor de los vómitos las fosas nasales. Dejó las bandejas en el suelo, subió la

escalera y regresó con un cubo.

—Tú. Limpia —le ordenó a la mujer que se golpeó con el barril.

Ella intentó levantarse y emitió un hondo quejido.

—Está herida. Debería verla el médico —dijo Amelia.

—Hay más importantes que requieren de sus servicios. Arreglaros como podáis. Y en cuanto a esta porquería, me da igual quien lo haga, pero lavad esta mierda —espetó el grumete. Subió de nuevo y cerró la trampilla.

Ninguno se movió. No podían. La cabeza les daba vueltas, lo mismo que el estómago. Aquellos bravucones se habían convertido en unos simples monigotes de trapo. Y no quiso ni pensar cómo terminarían si toparan con una de esas tormentas de las que tanto le hablaron los marinos. Como tampoco el castigo que recibirían si no limpiaban. Con gran esfuerzo separó a Matilde de ella y abrió el saco. Cortó un trozo de queso.

—Has ganado —le dijo.

La niña lo cogió. Le dio un buen mordisco y sonrió. Era la única que permaneció inmune al mareo. Matilde se levantó y se acercó a la mujer herida.

—¿Estás bien?

La mujer la apartó con desprecio.

—¿Y a ti qué carajo te importa?

—Viajo con una niña pequeña. No estoy dispuesta a que vea morir a nadie en ese agujero. Por otro lado, tampoco las represalias que puedan caer sobre mí si no aseamos los vómitos. Y por último, no estoy acostumbrada a no socorrer al que lo necesita y tú tienes una buena raja en la testa. Si no la limpiamos puede infectarse e imagino que no querrás dar gusto a esos cabrones cuando tengan la fortuna de deshacerse de ti tirándote por la borda —replicó Amelia con tono acerado.

—Pos claro que no. Pienso dar guerra hasta pisar tierra firme. Aún soy joven y pueo salir adelante —remugó. El rostro de Amelia reflejó su disconformidad —. No me mires así. Tengo treinta. Pero la vida de burraca es mu arrastrada, demasiados abusos y aún con eso a veces no da ni para comer. Da más penas que alegrías. Más, una ya está acostumbrá. Pero esto… No es de justicia.

—Mira. No se que has hecho ni me importa. Lo único que sé es que nos tratan como a bestias. Para ellos somos un estorbo. Y pienso serlo hasta el último día no rindiéndome. Mira. Muchas guerras se han perdido porque cada uno de los generales anhelaba ser el héroe y la unión es la única fuerza. Creo que debemos estar juntos en esto o no lo lograremos. Así que, deja que te limpie la herida y arregle este estropicio. ¿De acuerdo?

La mujer, finalmente, aseveró.

Amelia, sacó el pañuelo y lo empañó con un poco de agua. Lo pasó por la frente de la mujer y ésta emitió un leve quejido.

—Más cuita, muchacha.

Amelia simulo sorpresa.

—Pensé que eras una mujer curtida. Tal vez me he equivocado en mi apreciación; cosa que no suelo hacer. Por regla general, en un solo vistazo, sé con quien me enfrento.

—¿Ah, si? ¿Eres bruja? Entonces, me dirás porqué razón me han condenado —se burló la mujer.

—Puedo deducir que desde tu más tierna infancia te has visto obligada a vivir en la miseria y que ésta te llevó a ejercer el oficio más viejo del mundo. Y como, por lo que sé, por ese trabajo no exilian a nadie, te habrán pillado en un robo —contestó Amelia.

—Ya —se limitó a decir la otra.

Amelia terminó de limpiar el golpe y dijo:

—Así que he acertado. Y con referencia a lo de bruja, si lo fuese, en lugar de estar en este barco habría terminado en la pira. Y por cierto, me llamo Amelia.

—Yo Nicolasa. ¿Y qué has hecho?

—Nada.

Nicolasa alzó las cejas y se permitió una sonrisa, a pesar del dolor que este gesto le causaba.

—Nadie es mandao al infierno por no hacer na, guapa.

—Es la verdad. Hemos sido víctimas de una conspiración.

—¿Y por dónde anda tu hombre?

Amelia ensombreció el rostro y se esforzó por no echarse a llorar.

—Murió —musitó.

—Y claro, te dejó en la miseria y te viste obligada a mangar lo que no era tuyo.

—¡No! No me dejó sin nada. Los dos trabajábamos en casa de la vizcondesa de Montegrande. Él era el chofer y yo la doncella de la vizcondesa. Envenenó a su marido cargándole el crimen a mi esposo y a mi me acusó de robarle unas joyas.

Nicolasa esbozó una sonrisa burlona.

—¡Venga ya! Te beneficiabas a su marido. Di la verdá.

Matilde la miró furibunda.

—¡Jamás traicioné a mi esposo! Pero en algo tienes razón. El vizconde me acosaba y su mujer no era ajena a la atracción que sentía por mí. Con despedirme no se habría garantizado que su esposo no continuase cortejándome. Pero esa mujer nunca estuvo celosa. Odiaba a su marido y quería ser dueña de su fortuna. Aprovechó la coyuntura y urdió algo más malvado y nosotros fuimos los chivos expiatorios. Mi marido colgando de la soga y yo metida en este maldito barco.

—Inocente o no, la cuestión es que te han desterrao al fin del

mundo. De na te servirá ir pregonando tu verdá y menos a donde vas. Es mejor que vayas metiéndote en la mollera que a partir de ahora deberás procurar por ti misma. Nadie te echará una mano. El que va a esas tierras es para forrarse las faltriqueras y no se para ante na. Las mujeres no tenemos la menor posibilidá de ello. Lo único en lo que podrás trabajar es como fregona o rabiza; o si eres suertuda casarte. Aunque, lo más seguro será el burdel. ¿O para qué crees que nos han mandao allá? Los hombres están necesitados de mujeres. Algunas de las de arriba van en busca de esposo. Mi destino es una mancebía. Al igual que el tuyo.

—Nunca me venderé —aseguró Amelia. Y añadió: Además, no me han asignado ningún trabajo o lugar donde vivir. Me han abandonado a mi suerte.

La otra la miró con sorpresa.

—¿De veras? Extraño. Toos tenemos ya un trabajo. Como he dicho, nosotras de rabizas y ellos para construir caminos. ¡En fin! Los caprichos de las autoridades son extraños. Pero lo cierto es que, una propone y le cortan las alas. ¡Cagonsupadre! No hay justicia. No señor. Conozco a flores de cardos forradas en oro —se lamentó Nicolasa. Suspiró, miró con fijeza a Amelia y dijo: Y mírate. Una joven hermosa como un ángel y tratada como escoria. Con franqueza, no te veo cómo una delincuente.

—Como he dicho, tengo libertad para elegir oficio.

—Nombre de Dios no es Sevilla. Hay poco donde escoger, pues es una ciudad pequeña. Eso me han dicho los pocos que consiguieron regresar. No te hagas ilusiones, zagala. No hay na más malo que la decepción.

—Matilde me echará de menos. Y estoy cansada. Apenas he dormido y debo limpiar —dijo Amelia mirando de reojo a los demás.

Nicolasa sacudió la cabeza. No entendía como una muchacha como esa terminó así. Tenía modales, si bien no finos, si educados. Sus ropas no eran elegantes, pero tampoco de tela burda. Su lenguaje era cuidado, lo que significaba que asistió bastante tiempo a la escuela. La acción que tuvo con ella, a pesar de que confesó que lo hacia por egoísmo, no era cierto. Era una conducta de persona de bien. Ella jamás perdonaría a alguien que la hubiese humillado como lo hizo en cuanto la vio y mucho menos ensuciarse las manos con su sangre. Amelia lo hizo y por primera vez sintió que no era ignorada, que alguien se preocupaba por ella. Y a pesar de tener un callo en el corazón a base de transitar por senderos pedregosos, esa suave flor emergió de los escombros reconfortándola. Posó su mano sobre la de Amelia.

—No debes preocuparte. Me encargaré de que too esté sosegado. Como dicen, un favor con otro se paga. Pero no te emociones. No he

nacio para ser el ángel guardián de nadie.

Amelia dibujó una media sonrisa y rompió a toser.

—¿Te has resfriado?

—No es nada. Es… que alguna vez me falta como… el aire. Nada preocupante. Estoy habituada —respondió Amelia. Se levantó y tras fregar los vómitos acudió junto a Matilde que ya dormía. La acunó en sus brazos, soltó un leve suspiro y cerró los ojos.

Nicolasa sacudió la cabeza. Esa muchacha no sobreviviría en un lugar tan salvaje y escaso de piedad. No tenía la menor duda de que terminaría como su compañera en el burdel. Cómo también que su crueldad acabaría con ella.

5

Los siguientes días hasta llegar a Tenerife transcurrieron con relativa calma. Nicolasa cumplió su promesa y no permitió que ninguno de los hombres se acercara a ellas. Del modo que lo consiguió hacía que Amelia se sintiera muy mal. Sin embargo, se excusaba diciéndose que no se sacrificaba. Al fin y al cabo, Nicolasa se limitaba a ejercer su oficio. No la había corrompido y por supuesto, se juró hacer lo que fuese por preservar a su hija de todo peligro. Por esa parte se sentía ya más segura.

No obstante, el confinamiento comenzaba a hacer mella. No podían asearse. El agua se utilizaba estrictamente para beber y sus necesidades debían hacerlas en un cubo. Debido a ello, el olor inicial, de por si ya asqueroso, se convirtió en insoportable. Aunque lo peor era sentir en sus propias carnes y en las de Matilde la suciedad. Su costumbre era bañarse una vez por semana; pues el vizconde así lo exigía. Con toda probabilidad, como decían los rumores, por sus orígenes moriscos. Ese hecho nunca pudo demostrarse. La familia del patrón se ganó el título guerreando al lado del rey Alfonso XII y eso era un hecho irrefutable de que sus antepasados jamás abrazaron la religión de Alá. Por otro lado, el vizconde era un hombre que actuó siempre como un fiel cristiano al ir a misa, dando limosna a los desfavorecidos y aceptando los preceptos reales sin una protesta; y por supuesto, el ser limpio aún no era motivo para ser llevado a las mazmorras de la Santa Inquisición. Cosa que debía fastidiar mucho a esos curas fanáticos. No solamente por liberar al mundo de pecadores; también para apoderarse de las posesiones del acusado.

—¿Aún no llegamos? Me canso de estar aquí, mami —se quejó Matilde.

Matilde era una cría acostumbrada a correr, a jugar, a la libertad y comenzaba a impacientarse. Al principio pudo entretenerla con juegos, enseñándola a contar y también a leer, pues pudo traerse un libro. Pero no era más que una niña y necesitaba sentir el aire y el sol sobre la piel. Y ninguna de sus rogativas surgió efecto. Matilde se tornó irritable. Sollozaba al menor contratiempo y los demás comenzaron a hartarse. En especial al llegar los sonidos del puerto hasta ellos. Afuera existía la vida, el sol, la lluvia, el viento. Ellos exclusivamente recibían aire viciado, la compañía de las ratas, las sombras y un confinamiento forzoso.

Marcelo, el joven con cara de ángel, masculló:

—Daría media vida por subir. ¡Cabrones!

—No te hagas mala sangre —le pidió el desdentado.

Pepa, la joven meretriz, exclamó:

—¡Joder, Eusebio! Eso es pedir a un pez que no salte al agua. Somos gente acostumbrá a vivir en la calle, sin que naide nos de órdenes y esto… esto es como estar enterraos en vida.

—Pues no veremos la luz natural hasta pisar Nombre de Dios —apuntilló Venancio, el de cabello negro como el hollín.

—¿Y a quién cojones se le pasó por la mollera nominar asín a un lugar que dicen que es un pozo de mosquitos y selvas que engullen al más valiente? Solo a un botarate —dijo Nicolasa.

—Fue Diego de Nicuesa en mil quinientos diez. Cansado de navegar sin tocar tierra dijo: ¡Amarremos aquí mismo, en el nombre de Dios! Y con ese nombre se quedó la ciudad —precisó Amelia.

Al instante, al ver los rostros clavos en ella, se arrepintió de haber abierto la boca.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? —le soltó Pepa.

—Ciertamente, nadie —musitó Amelia. Se concentró de nuevo en cepillar los cabellos dorados de su niña. Una acción un tanto difícil. La sedosidad y brillantez ya no existían. Ahora se asemejaban más a la paja que a la seda y para su desesperación los piojos anidaban a sus anchas. Ver en el estado en que se encontraba Matilde le laceraba el corazón. Siempre se sintió orgullosa de esa mata de oro que heredó de su padre. Su cabello claro y sus ojos como el cielo eran una nota discordante en medio del mar de vulgaridades que poblaba El Arenal. Matilde era una joya y ese resplandor se debilitaba. Si bien, se dijo, todo cambiaría al pisar tierra firme. Limpiaría su cabello cada semana y lo cepillaría todas las noches, mientras le canturreaba su canción preferida antes de ir a la cama.

Pero no. Eran meras especulaciones. Les quedaban más de tres meses de travesía confinadas en la bodega, a merced de los elementos, de las enfermedades o de los ataques piratas. No era sensato hacer planes. Por otro lado tampoco debía permanecer impasible. Si sobrevivían… No. No debía dudar. Vivirían para vengar el daño que les hicieron. Por ello debía pensar que harían para comenzar de nuevo. Lo más razonable es que encontrase trabajo como criada, vendedora o escriba. No era habitual que un sirviente supiese de letras. Su padre aprendió al servir a un afamo actor y esa sabiduría quiso traspasarla a su hija. Decía que las letras eran poder. Y era cierto. Muchas injusticias se perpetraron con los ignorantes al firmar documentos para ellos ininteligibles.

Al recordar a su padre una sombra cruzó su perfecto rostro. Siempre fue el ser más especial. A pesar de que su trabajo con el afamado actor Roberto Durán le ocupaba muchas horas, las pocas libres se las dedicaba a ella y a su querida esposa. Cada noche, tras la cena, entraba en su cuarto, la arropaba y le daba un sonoro beso, y le

leía la obra que estaban a punto de estrenar hasta que se quedaba dormida. Pero hubo un día que todo eso terminó. Y el culpable fue su corazón. Dejó de latir mientras regresaba a la calidez de su hogar. Su cuerpo se desplomó en medio de la calle del Agua.

A partir de ese día ya nada fue igual. La alegría abandonó el rostro de su madre y también la seguridad económica de la que gozaban. Su padre, que contaba apenas treinta años, nunca pensó en el futuro ni mucho menos en ahorrar para las adversidades. No tuvieron más remedio que buscar trabajo. Por suerte su madre poseía habilidad entre los fogones y esa pericia las llevó a entrar al servicio de los vizcondes de Montegrande, y el futuro negro se llenó de luz. Años después con la llegada de Victoria, la nueva esposa del vizconde, esa luz se convertiría para Amelia en un pozo negro que la succionó hasta ese barco que la llevaba al infierno.

El sonido de la trampilla atrajo la atención de todos. Se trataba de varios marinos que cargaban con unos toneles.

—¡Malditos cabrones! Nos meten en las narices vino de canarias y no podremos más que olerlo —masculló Eusebio.

—¿Y qué esperas? Pa ellos no somos más que desechos. Aún podemos dar gracias que nos dan raciones y no nos dejen morir como a perros —dijo Nicolasa, rascándose la cabeza con ahínco.

Los marinos, entre jadeos, bajaron las barricas y las colocaron en la parte de babor, sin apenas mirarlos. En esos tiempos y a las tierras que iban no era indicado intimar con alguien que no tenía la menor posibilidad de progresar o vivir de un modo decente.

Del mismo modo que entraron, sin pronunciar palabra, salieron.

—Eso es lo que nos espera. Ignorancia total. ¡Me cago en sus muertos! —mascó entre dientes Marcelo.

Pepa, señalándose la entrepierna, dijo:

—No para nosotras. Más de uno de estos que ahora mismito no nos ha mirao a la cara acabará en mi catre en cuanto lleguemos al burdel. Y lo más gracioso es que deberá pagar por ello.

—¡Que suertuda! Tú tumbada en la cama y nosotros deslomándonos la espalda levantando piedras —exclamó Venancio.

Marcelo sacudió la cabeza.

—Lo que es yo no pienso remover ni una piedra. No voy a palmarla en una de esas selvas infectas. A la mínima me las piro.

—Eso no es la cárcel de Jaén. Allí las cosas son distintas, hermano. Los soldados son entrenados para evitar cualquier escapatoria. No hay soborno que valga. Por lo demás, no tienes na con que untar —refutó Eusebio.

—Y no es tierra para ir dando tumbos. Apenas hay caminos. Too son bosques con animales extraños y salvajes que no dudan en arrancarte el corazón y comérselo. La única salida un poco segura es

el mar y por supuesto, no podrás subir a ningún barco, amigo mío. Así que ve preparándote para cavar como un cabrito el resto de tus días —le dijo Nicolasa.

—Dicen que hay ríos llenos de oro y que muchos se han hecho ricos. ¿Por qué no podríamos nosotros? —apuntilló Pepa.

La otra chaqueó la lengua.

—Por la sencilla razón de que en el momento que nos largáramos un batallón iría en pos de nosotras y lo único que encontraríamos sería un balazo o una celda. Aceptad el destino. No hay na que hacer.

Un destino que se iniciaba de nuevo al ponerse en marcha el barco y adentrarse en el Mar de las Damas, así nominado por ser tan tranquilo que se decía que podían navegar hasta las mujeres. Por delante quedaban dos meses si tenían suerte de que los vientos les fuesen favorables o de lo contrario el viaje podría alargarse una o dos semanas más.

—¡Ya nos vamos! —gritó entusiasmada Matilde.

—Si, cariño. Ya nos vamos —susurró su madre.

—¿Falta mucho para llegar? —quiso saber la chiquilla aferrada a su muñeca de trapo.

—No mucho.

Nicolasa las miró con tristeza. Era trágico que te arrancasen de tu tierra, de que te obligasen a vivir una vida que no escogiste y ser considerada siempre una paria. Pero en el caso de esas dos era terrible. No se consideraba muy inteligente. De todos modos, la vida le enseñó a conocer a la gente. Y cada día que pasaba se convencía más de que esa mujer hermosa de gestos delicados y lenguaje correcto no era precisamente el prototipo de ladrona, asesina o zorra. No dudaba de que fuese cierto lo que decía y que era inocente. De todos modos, la sentencia ya fue decretada y no había marcha atrás. Deseaba que no tuviese que terminar como ella y que encontrase un trabajo digno; porque estaba segura que no soportaría la dureza de un lupanar.

—Te estás volviendo muy blanda, guapa —le susurró Eusebio.

Nicolasa efectuó un gesto despectivo.

—¿Blanda yo? ¡Pamplinas! Siento pena. Por la niña, claro. Me repatea que una muñequita como ella pase tantas calamidades. Su madre me da igual.

—A mi no. Y por esta que me la afianzo —respondió él poniendo los dedos sobre los labios en un gesto de juramento.

La mujer sonrió zalamera.

—¿Y te la jugarás por esa delgaducha? Como le pongas un dedo encima no dudes que irá con el cuento y te veremos como te muelen la espalda a latigazos o colgado del palo mayor. Pero yo, como ya sabes, siempre mantengo la boca cerrá.

—No siempre —rió él. Posó la mano en su nuca y llevó la cabeza de

Nicolasa hasta su entrepierna.

Amelia, asqueada, volvió el rostro, rezando para que aquella pesadilla terminase cuanto antes.

Pero el tiempo transcurría muy lento. Y cuando ya creía no poder soportar más, a las dos semanas de abandonar La Gomera, sin esperarlo, fueron llevados a cubierta. Al parecer, eran considerados escoria, pero no hasta el límite de arriesgarse a que muriesen en las entrañas del barco.

Por supuesto, la salida fue nocturna. No querían que los demás pasajeros confraternizasen con los convictos y mucho menos ver como se adecentaban.

—¡Mamá! ¡Mira! —gritó Matilde al ver las estrellas.

Lo cierto era que Amelia jamás vio un cielo así. Era como si miles de diamantes hubiesen sido incrustados sin apenas dejar espacio entre uno y otro. Habría sido un espectáculo fascinante, a no ser por la situación que vivian. Desde el aciago día en que su marido murió ya nada volvió a hacerla feliz. De todos modos, no pudo evitar al sentir el viento un instante de libertad y alivio; que al momento, el marinero se preocupó de volatilizar.

—¡Sin embobarse! ¡No tenemos toda la noche! Vosotras, a babor y vosotros, a estribor —les gritó un oficial.

Obedecieron sin rechistar.

En el lugar asignado les aguardaban unos cubos con agua. Para su decepción salda.

—¿Encima remilgadas? —se burló el oficial.

—Ni una miaja, señor. Aunque, nosotras cobramos en cuanto nos quedamos en cueros. Y como las reglas de la nave prohíben cualquier tipo de relación inmoral y como no habrá parné, ya podéis daros la vuelta o vuestro capitán no andará con contemplaciones —replicó Nicolasa.

El marino soltó una risotada. Pero le hizo caso. No era cuestión de llevarse un castigo severo por recrearse en unas zorras.

Las mujeres se quitaron la ropa. Amelia, intentó resguardarse de sus miradas. Pepa, rió y dijo:

—Mujer, que todas tenemos lo mismito. Además, debes ir acostumbrándote. Los que vienen a fornicar no quieren camisones alzaos. Para eso ya tienen a sus mujeres. De nosotras desean ver carne y disfrutar con obscenidades. ¿Sabes que más les gusta hacer? Que se la ma…

—¡Cállate, mujer! Hay una criatura —la interrumpió Nicolasa.

—Desde que ha llegado esta mosquita muerta te has vuelto mu blanda. ¿O fue el golpe que te arreaste en la mollera? La cuestión es que, no nos gusta una miaja tu proceder. Ve con cuidadito. No soportamos a los traidores.

Nicolasa, frotándose los pies, le lanzó una mirada de hielo.

—Puede que sea una arrastrá y que mi oficio no sea el más digno. Pero escúchame bien, nunca he escarnecido a nadie. Y esta mujer no es de nuestra ralea. Es toda una señora y no estoy dispuesta a que se la patee entre compadres de desgracia. Ya tendrá lo suyo al pisar tierra. Tomad buena nota de que es mi protegida. Y si alguien toca lo mío, se acuerda para los restos. Ya lo sabéis. ¿Queda clarito?

La otra bufó y le dio la espalda. Amelia se mordió la lengua. Estas semanas le enseñaron que en situaciones como esas y con ese tipo de gente era lo mejor. Se concentró en lavar a Matilde. Su buena amiga le puso en la bolsa un trozo de jabón. El agua de mar no era indicada, pero al menos podrían desprenderse de la mugre.

Matilde, ignorante de lo que en realidad acontecía, saltó feliz cuando su madre le echó el agua sobre la cabeza y le lavó el cabello. Seguidamente se acicaló ella y una vez lista le ofreció el jabón a Nicolasa.

—No tengo costumbre —dijo ésta, un tanto desconcertada por su generosidad.

—Pues debes comenzar. Deja un buen perfume y los clientes lo agradecerán tanto que ganarás más maravedíes. Pepa también puede utilizarlo.

—No me hace falta alguna. Si un tipejo llega ardiente no está pa oler finuras. Lo único que desea es metértela bien a dentro y yo soy la mejor en darles el gusto —remugó ésta. Se vistió y se apoyó en la baranda. El mar era un manto oscuro, pues no había luna y pensar en lo que podía esconder debajo le dio escalofríos. Aunque ese miedo iba más allá. Desde que pisó el barco se aposentó en ella un presentimiento negro como la noche y era incapaz de quitárselo.

—No la tengas en cuenta. Aunque parece una arpía es una buenaza. Lo que le pasa es que está cagá. No es lo mismo laborar en la Mancebía que hacerlo en un lugar desconocido y con hombres que han pasado mucha abstinencia habituaos a un mundo salvaje. Hay tipos que son más bestias que las del bosque. Más de una se ha llevado una somanta de palos que por poco la lleva al otro barrio. Pero dejemos estos asuntos tan desagradables y disfrutemos de este momento. No volverán a dejarnos subir hasta dentro de no sabemos cuándo. Respira hondo, muchacha. Respira este aire tan puro.

Así fue.

El confinamiento llegó a un punto que Amelia creyó que ya no podría resistir más. Al incremento de las ratas, que debían evitar y la insalubridad, se unió la mayor escasez de las raciones. Por lo visto, la galleta se había humedecido y ahora era servida en trozos mezclados con aceite, agua y ajo; y por supuesto, con visitantes nada deseados como gusanos. Por suerte, aún mantenía el zurrón lleno y Matilde no tenía que alimentarse con esa comida infecta. A pesar de eso, era evidente la pérdida de peso y no confiaba que llegase sana a Nombre de Dios. Ella, por el contrario, apreciaba que su endeble estado había empeorado. La fatiga y la falta de aire la debilitaban por momentos. Apenas podía cargar con el cubo y mucho menos arrastrarse por el suelo. Pero Nicolasa, que ahora era su ángel de la guarda, procuraba ayudarla en todo momento; a pesar de las protestas de sus compinches. Claro que, Amelia sabía recompensarla dándole una pizca de queso o tocino. A no ser por esa mujer, no dudaba lo más mínimo que jamás habría superado esa dura prueba. Pero lo que no imaginaba era que lo peor aún estaba por llegar.

La travesía, que dentro de ese infierno transcurrió con cierta calma, se tornó un martirio. El viento dejó de soplar y el barco permaneció casi dos semanas sin apenas avanzar unas millas. A consecuencia de ello los alimentos comenzaron a estropearse por las cucarachas y otros insectos indeseables, y por supuesto, el agua. A esas calamidades hubo que añadir una gran plaga de pulgas. Eran tantas que, contradiciendo cualquier orden, los prisioneros fueron instalados en cubierta o de lo contrario no habrían sobrevivido a sus molestas picaduras. Incluso llegó a tal extremo la invasión que los centinelas se apostaban en las escotillas para eliminar la masa que se expandía al anochecer.

Lo que para todos los habitantes de la nave fue un suplicio, para los condenados a morar en las oscuridades fue un milagro. Ahora podían sentir el aire en sus carnes y sus narices se ya no percibían el hedor.

Matilde, por primera vez en tres semanas se comportó como una niña. Ante la desesperación de los marineros corrió por cubierta sin dejar de fisgar cada rincón. Y aquella noche, a pesar del frío, Amelia durmió tranquila.

Al día siguiente, a la salida del sol, cerró los ojos y se dejó envolver por su luz y calor; pues era consciente que muy pronto regresarían a las entrañas de la nave. Mientras tanto aprovecharía cada instante para disfrutar del aire libre. Aunque, la mirada inquisidora de los otros pasajeros le recordaba que su situación no era otra que la de una

exiliada por, según las autoridades, quebrantar la ley. Pero algún día deberían pedirle perdón.

Por supuesto, les acotaron la zona por donde moverse. Apenas el espacio de una habitación grande en la punta de la nave. También les dieron órdenes de no confraternizar con la tripulación y mucho menos con los pasajeros decentes. Pero a Amelia no le importó. Le bastaba con sentir el aire fresco, el sol y ver como Matilde comenzaba a tomar color en las mejillas que, debido al confinamiento y a la delgadez, la asemejaban a un espectro. También agradeció la oportunidad de poder lavarse casi a diario y no sentir los mordiscos de las chinches.

Los días en cubierta transcurrieron más rápidos. A primera hora un paje recitaba una oración seguido por el rezo del Padrenuestro y el Ave María. Después se repartía el bizcocho y el agua. Se comprobaban las velas y se revisaban los desperfectos. En tal caso, los carpinteros se afanaban a reparar las vías de agua. Los grumetes limpiaban la cubierta, utensilios o ayudaban a sus superiores en cualquier encargo. Al mediodía, hora de la comida, se encendían unos calderos para tomar el único ágape caliente. Al estar en cubierta a los reos se les dio la misma ración.

—¡Malditos hijoputas! Tenían legumbres y nos daban mierda pa comer —rezongó Eusebio.

—¿Y qué te esperabas? Será mejor que las degustes pos creo que será lo último calentorro que te pondrás en el gaznate en mucho tiempo. En cuanto las pulgas mengüen volveremos al cuchitril —le dijo Nicolasa.

Pepa se embutió una cucharada y masticando con gula, farfulló:

—La verdad es que, no… no está bien guisado. Pero sabe a gloria.

Era cierto, se dijo Amelia. Cualquier cosa sería un manjar tras la hambruna pasada. Para Matilde fue una comida excelente y mostró su satisfacción canturreándole a su muñeca. Tenía buena voz, melodiosa y acompasada. En eso se parecía a su abuela. A pesar de haber fallecido cuando era pequeña aún recordaba con nitidez como la acunaba cada noche, con esas canciones que hablaban de princesas, aventuras o lugares lejanos de esas tierras del norte donde el invierno se vestía con un manto blanco. Fueron tiempos dichosos donde el temor al futuro aún no existía. No como ahora.

Sacudió la cabeza para alejar los malos augurios y cogió en brazos a su hija. Se acercó a la baranda y dijo:

—Mira cuanta agua. Y debajo hay miles de peces.

—¿Y sirenas? —quiso saber Matilde.

—Puede.

—A mí, como pues suponer, me da lo mismo. Pero sería mejor que no le contases cuentos a la chiquilla. La vida es cruda, mujer. Y más a donde vamos. Eso es contarle mentiras —le aconsejó Pepa.

—Una leyenda, por lo general, se basa en algo que puede ser cierto. Además, los niños necesitan de la imaginación. La inocencia desparece al llegar el uso de razón. Ya tendrá tiempo de desengañarse —replicó Amelia.

—Más vale pronto que tarde —replicó Pepa, dando media vuelta.

Amelia no tenía ninguna prisa por abrir esos inmensos ojos azules al mundo real. La tomó de la mano y juntas jugaron con la muñeca, sin dejar de observar todo lo que ocurría a su alrededor; pues a pesar de que el barco apenas se movía la actividad de los tripulantes no se detuvo. Para salvaguardar la seguridad se establecían tres turnos de guardia. La guardia del maestre, de ocho de la mañana a cuatro de la tarde. La segunda era la llamada guardia del capitán, que era sustituido por la del piloto, también nominada la de la modorra, por el peligro de quedarse el vigía dormido. En cuanto al timón, el timonel era cambiado cada hora.

Por la tarde la actividad decaía. Era el momento en el que, a pesar de estar prohibido, tal como indicaba en el Libro del Consulado del mar, los marineros y también algún que otro pasajero jugaban a las cartas o a los dados. Otros cantaban o contaban historias pasadas de sus aventuras. Tras la cena y con la llegada de la noche, el capitán reunía a todos los tripulantes y se rezaba el Avemaría, el Padrenuestro y se cantaba una salve. Daba las buenas noches con un Amén y Dios nos dé buenas noches, buen viaje, buen pasaje haga la nao a todos. Después los fuegos se apagaban, se extendían los jubones, los marinos en las zonas del alcázar o en primera cubierta entre el palo mayor y la popa; los grumetes entre los marineros y castillo de proa, donde quedase un hueco libre.

El silencio se apoderaba del barco. El único ruido que se escuchaba eran los ronquidos, el batir de las olas contra el casco, el crujir de la madera o la oración que recitaba el paje encargado del reloj de arena, que era respondida por los marineros que hacían guardia.

Amelia, a pesar de sentirse ya más serena, le era difícil conciliar un sueño tranquilo. En los ratos de insomnio se asomaba a la barandilla y contemplaba como la luna se reflejaba en el mar que parecía de plata. Era una imagen que, en otra situación la habría llenado de placer. Pero el pasado ocupaba gran parte de sus horas. A pesar de querer olvidarlo y centrarse en el futuro, le era imposible. La injusticia era un gusano que roía la capacidad de centrarse en planificar lo que haría al llegar a su destierro. Aunque, lo cierto era que, poco podía hacer, pues ignoraba las posibilidades de trabajo que existirían en ese lugar. ¿Y si Nicolasa estaba en lo cierto y su única posibilidad era prostituirse? Por supuesto, no caería en esa degradación. Sin embargo, Matilde era su gran prioridad y no dejaría que sus escrúpulos la perjudicasen o la llevasen a enfermar por la extrema pobreza.

Inspiró con fuerza. No era momento de pensar en ello. Como siempre decía Leandro, se podían hacer planes, pero siempre existían contratiempos. Y esos reveses sólo los conocería una vez en Nombre de Dios. Ahora debía centrarse en le momento que vivía y contrariamente a lo esperado, seguían vivas y sin el peligro de ser sometidas por sus compañeros de viaje.

Sin embargo, su tranquilidad contrastaba con el nerviosismo de los tripulantes. El viento parecía no querer llegar a esos lares. El galeón mantenía su esqueleto a la vista, aguardando que las velas lo cubriesen y echarse a volar. Pero pasaron tres días más atrapados en ese mar en calma y bajo un sol cada vez más implacable. Sus compañeros de penurias comenzaron a ponerse alterados. Las peleas entre ellos se desataban muy a menudo y el capitán decidió confinarlos de nuevo en la bodega.

Matilde, por regla general de carácter sosegado y obediente, estalló en una gran rabieta al ver que las llevaban abajo.

—¡Coñazo de cría! —exclamó Pepa.

—¿Qué queréis? La retornamos al infierno. No tenéis un dedo de frente. ¡Malditos idiotas! Por vuestra culpa mira dónde estamos. ¡Esto es un horno! Nos vamos a derretir y lo peor, que volveremos a comer bazofia —les espetó Nicolasa.

—¡Bah! Molestos o no, de todos modos, no nos habrían dejado seguir arriba. No éramos bien vistos —replicó Venancio.

Era cierto. Los otros pasajeros los miraban de reojo y con desconfianza. No era para menos. El aspecto de los tres convictos era intimidatorio. No confiaban en su seguridad; ya que, eran ese tipo de personas que no les importaba el riesgo de acabar colgados del palo mayor; como tampoco perjudicar a su prójimo.

7

Amelia, de nuevo, comenzó a sentir los efectos de su mala salud y Matilde la angustia de estar encerrada. Aunque lo peor, a pesar de que el viento regresó para impulsar a la nave hacia su puerto, estaba por llegar. El agua potable empezó a ser un serio problema. Las enfermedades hicieron acto de presencia. El escorbuto atacó a un gran porcentaje de los marinos. Los galenos apenas podían atender a todos y mucho menos, aliviar la inflamación de sus articulaciones o las pústulas. Tampoco quedaron inmunes a la disentería. Entre los afectados sus compañeros de viaje Marcelo y Pepa. Pero dada su condición, el médico ni se acercó. Las llagas se extendieron por los cuerpos de los dos convictos; junto a la pérdida de dientes. A consecuencia de ello no podían alimentarse debido al dolor y sus lamentos y sollozos se tornaron insoportables; junto a los de Matilde que, a pesar de su corta edad, intuía que la situación era alarmante. Y así fue. Una semana después de volver a navegar Marcelo, a la edad de diecinueve años, dejó este mundo.

La indiferencia mostrada hasta entonces, la presencia de la muerte la tornó piedad. Subieron el cuerpo del desgraciado, lo amortajaron y permitieron que sus compañeros estuviesen presentes en el sepelio. El capitán dijo unas palabras piadosas y el cuerpo inanimado del joven fue lanzado al mar. Las aguas engullirían a ese cuerpo que apenas unos días antes estaba lleno de vida y futuro para devorarlo sin compasión. Para los convictos tampoco la hubo. Inmediatamente se ordenó que regresaran a la bodega. Matilde, al ver que de nuevo la confinaban a ese lugar oscuro y pestilente, estalló en un llanto inconsolable.

—¿Esa niña está ahí abajo? —inquirió una mujerona de unos cuarenta años mirando al capitán con disgusto.

—Doña Acuña. Va con su madre, que es una convicta —replicó él con tono seco.

La mujer no se amedrentó.

—Y por supuesto, sus pecados también son suyos. ¡Por el amor de Dios! Es un ser inocente. Por lo demás, estamos en una situación límite. No quiero ni imaginar como estará esa zona. No hay ventilación, ni posibilidad de mantener un poco de limpieza. Y por lo que he visto, noto que falta otra mujer —argumento ella. Miró a Amelia y le preguntó: ¿Está enferma?

Amelia, que en esa mujer vio su salvación, respondió:

—Sí, señora. También está afectada por las pústulas. Y dudo mucho que salga de la bodega con vida.

Doña Acuña lanzó una mirada desafiante al capitán.

—Considero que esta gente debería quedarse en cubierta u os arriesgáis a que ninguno de ellos llegue vivo a Nombre de Dios. Y supongo que no queréis que se os acuse de negligente. Por otro lado, dudo mucho que intenten escapar. ¿Adónde podrían ir?

El capitán, amante de las leyes, jamás las quebrantaría. Pero el hombre que existía en él no quería enfrentarse a la mujer del magistrado general. Una mala palabra suya y su carrera se vería amenazada. Así que no tuvo más remedio que aceptar.

—¡Bendita mujer! Nunca me han caído bien esas señoronas, pero a esa le besaría los pies —musitó Nicolasa, acomodándose en el lugar asignado.

—Nos ha librao de una buena —ratificó Eusebio.

Amelia pensó lo mismo.

Matilde pronto olvidó el infierno pasado. A diferencia de los demás tenía permiso para moverse por cubierta. Con ojos desorbitados observaba como un marinero utilizaba el sextante. Éste se deslizaba al travesaño de un palo muy largo, divido en secciones, hasta que podía ver el horizonte. Leía la marca entre el sol y el horizonte consiguiendo la posición del Norte o Sur del ecuador. El trabajo de los carpinteros la tenía ensimismada y con risas se tapaba las orejas al retumbar los martillos. Sin embargo, lo que más la fascinaba era ver como se izaban las velas y como el viento al golpearlas impulsaba el barco.

Lo cierto fue que la niña comenzó a recobrar la salud. Sobre todo gracias a la señora Acuña que se erigió como su protectora. En ningún momento permitió que probara la bazofia de las raciones dándole su propia comida. Tampoco consintió que pasase frío durante la noche ni que fuese despreciada por la condición de su madre.

—¿Cómo te llamas?

—Amelia Gutiérrez, señora.

—No deberías haber traído a la criatura contigo —le echó en cara a Amelia.

Amelia la miró desafiante.

—Me condenaron por un delito que no cometí. No podía permitir que esa injusticia también me separase de mi hijita, ni dejarla en un hospicio.

—Los jueces son hombres sabios y las pruebas dan fe de sus dictámenes —refutó doña Acuña.

Amelia soltó una risa sarcástica.

—¿Habláis de pruebas? Éstas pueden falsificarse y ni el juez más prestigioso podría darse cuenta. En nuestro caso, así fue. Hemos sido víctimas de una conspiración que jamás podríais imaginar. Fue mi señora la que me tajo hasta esta nave. Lo juro ante Dios.

—¿Y qué interés podía tener alguien de su alcurnia en acusar a

gente como vosotros? —se burló la mujer.

—Por venganza y provecho. Mi patrón, el vizconde de Montegrande, siempre sintió debilidad por mi persona. Por supuesto, jamás le di pie y mucho menos cedí a sus rogativas. Sin embargo, la vizcondesa creía lo contrario.

—Lógico. Eres muy hermosa, muchacha; además de pobre. Muy pocas se resisten a obtener unos cuantos ducados de más.

Amelia alzó el mentón con gesto orgulloso.

—Pues no era el caso. Lo prometo.

Doña Acuña entrecerró la frente.

—¿Y para qué molestarse tanto en acusarte de ladrona? Hubiese podido echarte a la calle como a un perro.

—Un perro perdido puede encontrarse. Pero tras lo acontecido comprendí que su ardid era mucho más complejo. Deseaba deshacerse del vizconde. Lo sé porque siempre se quejaba de lo desgraciada que era junto a ese carcamal. Así que nosotros fuimos la mano que la liberaría de su carga. Envenenó a su esposo, acusó a mi marido y a mí de robar para enviarme bien lejos.

Doña Acuña, avezada en los tejemanejes de la justicia, se mordió el labio inferior. Nunca tuvo noticia de un caso que se condenara a alguien sin haber probado su culpabilidad. Se levantó y dijo:

—Temo que cuentas invenciones.

—No lo son, os lo prometo. Señora, digo la verdad. ¿Por qué mentir ahora qué ya no hay nada que hacer por salvarnos? Sé que mi destino está sellado. Me han enviado al mismísimo abismo, sola y sin medios para subsistir. Esas mujeres me han dicho que terminaré en la calle. Y temo que, a pesar de mi reticencia, tienen razón. No permitiré que mi hija muera de hambre. Y algún día demostraré mí inocencia y si no puedo, no descansaré hasta que esos desalmados paguen su crimen. Aunque pasen años no decaeré en mi determinación.

Doña Acuña volvió a sentarse. Estaba habituada a convivir con gente de toda ralea debido al oficio de su esposo y aprendió a distinguir entre la verdad y la falacia. Y esa mujer no mentía. Nadie era capaz de ocultar el dolor en sus ojos.

—La semilla de la venganza requiere tanta agua que termina por secarnos el corazón cuando hay sequía. No vivas pensando en ello. Recuerda que tienes a una pequeña que cuidar y debes darle todo tu amor. Deja de atormentarte. Como has dicho, tú destino ya ha sido sellado —dijo.

—¿Así qué me creéis?

—Tengo mis dudas.

—O juro, por lo mas sagrado que es mí hija, que no soy una ladrona.

—Muchacha. Tú caso es difícil de demostrar. Ni tan siquiera mi

esposo, que es el magistrado general, podría ayudarte. No podrás aclarar que la vizcondesa te tendió una trampa. Es la palabra de una noble contra la de una sirvienta. ¿Comprendes?

Amelia tuvo que darle la razón. Era indemostrable.

—Sí, señora.

—Bien. Veo que eres razonable. En cuanto a tu futuro puedo echarte una mano. Por supuesto, no puedo llevaros a mí casa. Habéis sido destinadas a Nombre de Dios. Yo voy a Nuestra Señora de Darién. De todos modos, te conseguiré un empleo digno. ¿Cuáles son tus mayores virtudes?

—Todas las labores de casa. Principalmente la de doncella personal. Con la cocina me manejo bastante bien. Mis guisos eran muy valorados entre los invitados de mi patrón. Y además, se de letras —contestó Amelia sintiendo como la carga que desde la partida de Sevilla le oprimía el pecho se desvanecía.

Doña Acuña la miró estupefacta.

—¿De veras?

—Mi padre me educó. Trabajaba en el teatro.

—Desconozco como es ese lugar. Más, veré que puedo hacer al respecto. Tengo cierta influencia y digo yo que servirá de algo. Hablaré con el alcalde. Él se encargará de que tu vida no se vea arrastrada hacia el fango.

—Gracias, doña. Muchas gracias —dijo Amelia besándole la mano.

Doña Acuña ladeó el cuello.

—Sé que es difícil, más debes aprender a mirar hacia el futuro o no conseguirás encontrar paz. Y recuerda que tu hija no es culpable de los pecados o errores de sus padres.

—¿Acaso vos, sabiéndoos inocente, podríais dejarlo correr? —se lamentó Amelia.

—Si no hay posibilidades de probarlo ni de regresar al lugar de los hechos, sí. Déjalo correr. Es un buen consejo. No seas boba y síguelo.

El resto de la navegación, a parte de una docena de marineros que perdieron la vida a causa de las enfermedades, transcurrió con calma. Incluso el avistamiento de una nave pirata, que provocó que los artilleros se preparasen para un duro combate, no se produjo. El capitán consiguió darle esquinazo y continuaron viaje sin más contratiempos hasta alcanzar Santo Domingo, donde la nave permaneció unos días para descargar mercancía y proveerse de alimentos y agua fresca y continuar hacia Cartagena de Indias y el ocho de mayo de mil quinientos once El Salvador de los Mares arribó a puerto.

Nombre de Dios fue uno de los primeros asentamientos en el istmo de Panamá. También el primer puerto de la Flota de Indias. Era importante y el punto desde el que se partía hacia cualquier otro destino.

—¿Y esto es lo mejor de Tierra Firme? Pero… ¿Qué clientes vamos a tener? ¡Menuda mierda! —musitó Nicolasa al ver la población.

No le faltaba razón, pensó Amelia. La localidad estaba cerca de una ciénaga insalubre. El puerto era natural, sin fuerte que lo defendiera, pues era prácticamente imposible edificar debido a las arenas. Las casas, la gran mayoría de madera y tejado de paja. Más que una ciudad parecía una pequeña población. No debía haber más de cien casas. Desde luego, no existían muchas posibilidades para hacerse rico en ese lugar. Más bien debía tratarse de un lugar de paso. A pesar de ello, la exuberancia lo llenaba todo. Jamás vio tantos árboles y flores. Era un vergel.

Nicolasa, al ver el rostro sombrío de Pepa, dijo:

—Chica, no estés tan morruda. Has salvado el pellejo. Deberías estar agradecida.

—Para como he quedado, más valdría haber muerto —murmuró la otra.

Si ella lo tendría difícil, pensó Nicolasa, Pepa no obtendría ni una posibilidad. La enfermedad la dejó con apenas cuatro dientes y las marcas de las pústulas eran visibles en su rostro y en gran parte de su anatomía; además de estar en los huesos. Ningún hombre pagaría por yacer con una mujer como ella. No tenía futuro.

—Morir no es ningún acto heroico ni de derrota; si no vivir —dijo Amelia.

—No tienes derecho a opinar. Yo en cambio puedo decir que la desgracia me ha caído encima. Ya no seré una iza, ni podré cobrar cinco ducados. Estoy marcada y soy una rabiza que deberá

conformarse con sesenta cuartos al día. Para ti todo es más fácil —le espetó Pepa.

Era cierto. Doña Acuña logró que el capitán pasase por alto entregarla a las autoridades y ponerla bajo su custodia; lo que significaba que su futuro cambió significativamente. Ahora tenía perspectiva de vivir con dignidad.

A Venancio y Eusebio los habían encadenado, para evitar una posible fuga. Custodiados por soldados, salieron del barco.

—No llegarán a viejos. He oído comentar a unos marineros que construyen una carretera de más de ochenta kilómetros para llegar a una zona donde quieren construir una nueva ciudad. Y lo peor es que está en medio de la jungla y que en ella hay animales mortíferos —dijo Nicolasa.

—Ni nadie en este maldito lugar se cubrirá de arrugas —masculló Pepa dando manotazos para apartar una pequeña nube de mosquitos.

Nicolasa sonrió con malicia.

—Puede que una sí. Ha sido tan suertuda que ha conseguido la protección de toda una señora. ¿Verdá?

—Te equivocas. Solamente me buscará un trabajo. Y que me dure depende de mí —respondió Amelia.

—Por lo menos, te has salio con la tuya, muchacha. No tendrás que abrirte de piernas.

—No, por supuesto. Ya os lo dije.

Pepa la miró con odio.

—Nunca digas de esa agua no beberé. La vida nos da sorpresas. Ya lo sabes. Vamos, Nicolasa.

Amelia las miró mientras descendían por la pasarela. Poco a poco se alejaron, perdiéndose entre la multitud.

—¿Nosotras no bajamos, mamá? —se impacientó Matilde.

Doña Acuña se acercó a ellas.

—Ahora mismo, preciosa. ¿Preparada para enfrentarte a tú nueva vida, Amelia?

Ella tragó saliva y aseveró. Tomó el pequeño hatillo y siguió a su protectora. Matilde miraba todo con curiosidad. Los olores, los árboles y el ambiente eran muy distintos al de Sevilla.

—Es una pena que no puedas venir conmigo. Creo que Santa María de Darién es una ciudad más civilizada y con más oportunidades —dijo. Y al ver el carro que acudió a recibirlas, añadió: Como puedes ver, no hay ni un mísero coche para trasladar a una dama.

El mozo dejó los baúles en la parte trasera y ellas subieron junto al conductor. Se pusieron en marcha con gran dificultad a causa del barro.

—¿Sabes? Amenacé a mi marido con abandonarlo si aceptaba venir aquí y ni por esas. Por mí, nunca habría pisado estas tierras. Pero mi

situación social se hubiese resentido y no me ha quedado otra. Aunque, te aseguro que no pienso permanecer mucho tiempo. De un modo u otro haré entrar en razón a ese cabezota. Y respecto a ti, no te preocupes. Departiré con mi esposo para que te trasladen junto a nosotros lo antes posible. Esto no es más que un andurrial.

—Gracias de nuevo, Doña Acuña. No se que habría hecho sin vuestra ayuda —dijo Amelia.

—Seguro que habrías salido adelante. No tengo la menor duda. Se te ve una mujer fuerte y determinada a no dejarse vencer. Pero nunca viene de más que te echen una mano. En especial, en un paraje como este… ¡Por Dios! Espero que la casa de mi esposo no sea una choza de estas. Me sería imposible vivir. No es que sea una mujer de grandes riquezas; más siempre he vivido con dignidad, comodidades y muchos criados. ¡Ay, Señor! Rezo por no tener como sirvientes a esos salvajes. Dudo que sepan lo que es la limpieza ni el respeto. ¿Y si se vuelven locos y deciden acabar conmigo?

—Tranquila, doña. Su esposo no la hubiese reclamado si considerase que hay peligro. Y la casa puede que sea como una de esas que están en esa elevación —le indicó Amelia.

Doña Acuña suspiró con alivio al ver varios edificios de piedra.

—Compruebo que hay gente de posibilidades. Claro que, también miserables. Ahora nos reuniremos con el alcalde. Él sabrá dónde puedes trabajar con decencia.

Era cierto. Durante el corto recorrido pudieron ver algún pedigüeño, hombres que hicieron miles de millas en busca de fortuna y lo único que encontraron fue miseria, sin la menor posibilidad de regresar a casa. Por otro lado, también se cruzaron con soldados enviados por la Corona, comerciantes y varios sacerdotes.

El ánimo de Amelia se desmoronó. ¿Podría volver ella a Sevilla? Dada sus perspectivas, ninguna. Jamás alcanzaría la cantidad necesaria para pagar un pasaje y mucho menos, dos. Por otro lado, si lo lograba, existía la condena del exilio. En cuanto pisara su ciudad sería apresada de inmediato. Tenía que hacerse a la idea que su futuro se encontraba en esas nuevas tierras y que el deseo de venganza era imposible.

Doña Acuña, al ver su semblante taciturno, dijo:

—Muchacha. Deja de preocuparte. No consentiré que paséis mala vida. Matilde es una niña encantadora. En realidad, es la hija que no tuve y siempre deseé. Y no es que no haya sido fértil, no. Cinco hijos tuve, de los cuáles viven tres. Dos están junto a su padre y el menor casado con una baronesa en Toledo. Y ni ella ha sido capaz de darme una nieta. Por el contrario, dos varones mellizos. Por supuesto que los quiero a todos. Pero es muy distinto para una madre tener hijas. Éstas siempre están a tu lado. Los hombres acaban sometiéndose a las

voluntades de sus esposas. Has tenido suerte. En Matilde siempre tendrás un apoyo. Procura que no se descarrile. Aquí me da la sensación que es fácil perderse en el pecado.

Amelia no tenía la menor intención. Y más ahora que tenía la fortuna de estar bajo el ala protectora de esa mujer. De no ser por ella, terminaría en esa casa donde entraban Pepa y Nicolasa. Se estremeció sólo de pensarlo.

—¡Mira, mamá! —gritó Matilde al ver un indígena ataviado con algunas plumas en la cabeza, un aro de oro colgando de la nariz y vestido con apenas un taparrabos.

—¡Por la Virgen Santa! ¿Cómo es posible que los dejen ir así? ¡Si va prácticamente desnudo! ¡Es inmoral! Hablaré con el alcalde —se escandalizó doña Acuña.

—Son nuevos llegados, señora. Pronto los pondrán en el redil. El señor cura posee mano dura para estas cuestiones. No cómo el viejo Colón que se negaba a pasarlos por la pila para así tener mano de obra esclavizada. Pero el padre Manuel es distinto. Ya ha bautizado a centenares y al que no se deja, le preparan los papeles. La horca ha estado muy ocupada últimamente. Ladrones, sodomitas, desertores... Lo cierto es que en estas tierras no se pude ser blando con las leyes o las cosas aún serían mucho peores —le explicó el cochero.

Amelia se estremeció al recordar lo vivido. Más, no quería dejarse vencer tan solo al llegar. Sacudió la cabeza y se concentró en la exuberancia de la flora local. Los árboles crecían por doquier, así como las flores. Los colores vivos lo llenaban todo; los mismo que su aroma. Nunca vio nada tan hermoso.

El carromato, tras dejar atrás el burdel, se encarriló por la única calle ancha bordeada por cuatro edificios construidos con piedra y balconadas de madera labrada. Se detuvieron ante el más imponente, si así podía decirse, pues allí todo era como un adorno, como si fuese un ensayo para construir una verdadera ciudad.

Bajaron y dona Acuña, tras la leve inclinación de cabeza del lacayo, con aire altivo, entró en la casa. Amelia y su hija la siguieron. El interior era una copia de una casa andaluza. Zaguán y tras él un patio con una fuente central, bordeado por plantas. Todas ellas extrañas para las nuevas llegadas. No había naranjos. Los árboles tenían un tronco rugoso, enormes hojas y de sus ramas colgaban como una especie de melones peludos de color marrón. En el piso de arriba una gran balconada rodeaba todo. La verdad era que, a pesar de los pocos medios con que contaban aún los constructores, se hizo un gran trabajo. Era una casa solariega y elegante.

El lacayo las llevó al interior del patio. En una esquina, un hombre de unos sesenta años, con barba y bigote bien recortados, de ojos oscuros y aguileños, estaba sentado ante una mesa protegida del

ardiente sol.

—Ilustrísima. Ha llegado doña Rosalía Acuña —anunció el lacayo. Sirvió dos tazas de café y destapó la bandeja de dulces.

Esteban de Mediavilla, el alcalde de Nombre de Dios, se levantó. Ella le tendió la mano y él la besó cortésmente.

—Es un placer recibiros en mi humilde casa. Por favor, sentaos —dijo echando una ojeada a Amelia y a Matilde. Sus ojos mostraron admiración al comprobar sus bellezas. Por aquellas tierras no se disfrutaba mucho de las hermosuras de las mujeres. Bien era cierto que alguna nativa era agraciada, pero no podía compararse con una mujer blanca y delicada. Y él, por desgracia, tenía una esposa afeada, cuerpo grasoso y carácter adusto.

Rosalía Acuña se sentó. Amelia y Matilde permanecieron de pie.

—Decir humilde no le hace justicia, señor. Poseéis una casa espléndida, dadas las circunstancias, por supuesto. Espero que mi esposo esté acomodado en un lugar tan confortable.

—Lo está, lo está. No podréis quejaros, os lo aseguro. Esta tierra se hace difícil en los inicios, pero después uno se acomoda y hasta le resulta gratificante. Y más, si se tiene en cuenta que vuestro esposo está ansioso porque os reunáis con él.

Ella arrugó un poco los labios en señal de disconformidad. Extrajo un abanico y se dio aire.

—Este calor es sofocante. Parece como si uno fuese a derretirse. Y eso que en Castilla al caer el sol de pleno parece como si una se hallase en un horno. Temo que no me habituaré.

—Lo haréis. Del mismo modo que todos lo hemos hecho. No se está tan mal aquí. Y decidme, ¿cómo ha ido la travesía?

—¡Un infierno! Creed que en más de una ocasión temí por mi vida. El barco permaneció varado más de dos semanas, las pulgas nos invadieron, la comida se estropeó y las enfermedades diezmaron a un buen número de tripulantes. Por suerte, no sufrimos el ataque de ningún pirata. Y eso que pasaron bien cerca. Sin embargo, el capitán supo darles esquinazo. En cuanto a problemas entre la tripulación no se han dado casos de peleas, ni de quebrantar la ley por violaciones a mujeres a sodomizar a ningún grumete.

—¡Doña Acuña! —se escandalizó el alcalde.

—Soy esposa de magistrado. No ignoro lo que se cuece en un viaje de tal calibre. Aún sin esos problemas, he de decir que no siempre creí que saldría con vida de ese galeón.

—Pero ya todo pasó. Ahora os espera una vida relajada. ¿No me presentáis a vuestras acompañantes?

—Ella es Amelia Gutiérrez y su hija Matilde. Están bajo mi protección.

Esteban Mediavilla entrecerró la frente. Consultó la lista de

convictos y ese nombre figuraba entre ellos.

Ella, al comprender sus deducciones, dijo:

—No todo es lo que parece, ilustrísima. Su delito no es otro que haber robado. Lo cual, pongo en duda. Puedo asegurar que es tan decente como yo. Es educada, como podéis apreciar y también la niña. A pesar de su corta edad, ya veis lo callada y quieta que está. Amelia jamás dio problemas y eso que fue tratada con gran injusticia. Por supuesto, no le echo la culpa al capitán. Él cumplía con las ordenanzas. Es por ello que quiero haceros una petición. Y dado lo caballeroso que me han dicho que sois, no me cabe la menor duda de que seré complacida. Espero de vos que le busquéis un trabajo decente hasta que pueda reunirse conmigo en Darién. Es una buena cocinera y dudo mucho que en estas tierras sobren.

—Ya. Más me pedís una irregularidad.

Doña Acuña se abanicó con más energía.

—Mi esposo tiene muy en cuenta mis consejos. Y por supuesto, al habarle de vos será con admiración por consideraros un hombre cabal y generoso hacia una mujer y su hija desvalidas, enviadas por error a un mundo peligroso.

El alcalde aseveró, a pesar de que le estuviese rogando que protegiese a una convicta. No podía enfrentarse a la mujer de un miembro del Cabildo y tampoco intentar seducir a esa joven de ojos como los zafiros. No estaba dispuesto a tirar por la borda su carrera que tantos beneficios le reportaba. Lo mejor sería alejar la tentación.

—Gustoso la emplearía. Pero mí esposa se opondría rotundamente. Es una mujer demasiado bella y Blasa es conocida por su extrema celosía. De todos modos, le encontraré una ocupación. A ser posible, en base de lo que sabe hacer. No temáis por ellas. No permitiré que reciban ningún daño. Más, siendo vuestras protegidas.

Doña Acuña, al escuchar la explicación del alcalde por no aceptarla en su casa, aún puso más en duda la culpabilidad de Amelia.

—Gracias, ilustrísima —dijo. Y dio un sorbo a la taza. Arrugó la nariz ante el sabor extraño.

—Es café. Cuesta acostumbrarse, pero después se hace imprescindible. Da mucha energía. Yo descubrí que la amargura se quitaba con azúcar o miel. Echad un poco más, doña Acuña —sonrió el alcalde echándole una cucharada más. Ella dio otro sorbo y pareció más satisfecha—. ¿No os lo dije? Es una de las tantas delicias que nos proporciona estas tierras. La inmensa mayoría no han llegado a España. Pero estamos en ello. Muchos colonos, incluso yo mismo, trabajamos duro en nuestras plantaciones y en unos pocos años, en el Reino de España podrán deleitarse con las frutas que soportarán las semanas de viaje. Si uno es avispado, puede enriquecerse con los frutos de esta tierra.

—Y acabar como una fresa a causa de estos molestos mosquitos —se lamentó la mujer ante la nube de mosquitos.
—Todo paraíso tiene su contratiempo. Pero hay plantas que los molestan y ungüentos que alivian las picaduras.
—¡Menudo consuelo! ¡En fin! Espero que mi esposo reciba pronto la orden de regresar a casa. Lleva apartado cuatro años del mundo civilizado. Y yo dudo que resista mucho en el trópico. Estoy habituada a muchas comodidades. No vislumbro como vuestra esposa no os insta a regresar a casa.
—Ratifico lo dicho. Es duro en los inicios, después uno se habitúa. ¡En fin! Imagino que estaréis cansada. Ya he ordenado que os preparen vuestros aposentos. Ellas, por desgracia, deberán acomodarse en el granero. Es lo más que puedo hacer. Comprended que como alcalde no debería aceptar estas condiciones hacia una condenada. Su destino sería un trabajo digamos… menos grato.
—Lo cuál quiero evitar a toda costa. No lo olvidéis —rezongó la mujer con tono poco amistoso.
—Claro. Claro. Será mí protegida. Pero esto conllevará a que se disparen las especulaciones por un trato tan especial. Por lo tanto, la colocaré lejos de esta casa.
Ella apuró el café.
—Muy bien pensado. No hay que dar yesca a las lenguas de doble filo. Sabemos las consecuencias si quieren ir contra nosotros.
El alcalde se secó el sudor que resbalaba sobre su frente y dijo:
—Ciertamente, los poderosos no lo tenemos tan fácil como piensan. Hemos de cuidar nuestra moral, nuestra casa y a todos los que están bajo nuestro techo; pues es obligación que demos ejemplo. Y encima no podemos provocar envidia. Una tarea ardua.
—Y a fe de Dios que lo hacéis bien. Eso es lo que se cuenta en la corte.
—¿Se habla de mí en la corte? —inquirió el funcionario con gran asombro.
Ella sonrió.
—Por supuesto. De todos los valientes que han sacrificado su comodidad por engrandecer al reino. Y os aseguro que recibiréis vuestra recompensa. Me han dicho que el rey piensa conceder títulos. Y no dudo que vos estaréis entre los elegidos. Y más, cuando reciba la reina una de mis cartas comentándole lo bien que me habéis tratado. Porque, ¿sabéis que nos carteamos? Pues sí. Nos conocimos en una recepción y concebimos una incipiente amistad, que con el tiempo se ha hecho más sólida. La reina Juana es una mujer, a pesar de lo que se dice, inteligente y muy cuerda.
—¡Vaya! —musitó el hombre, que ante la sorpresa, no pudo encontrar otra palabra más inteligente.

Doña acuña se levantó.

—No os robo más tiempo. Sé que sois un hombre muy ocupado.

—¡Por Dios, señora! Vos no molestáis. Es un placer platicar con vos. En especial si me traéis noticias frescas de España. Haré llamar a mí esposa para presentárosla.

—Si no os importa, prefiero que las presentaciones se demoren un rato. El viaje ha sido extenuante y deseo descansar… y por supuesto, estar presentable.

—Vuestros deseos son órdenes para mi, señora. En cuanto descanséis os serviremos un refrigerio antes de la comida y platicaréis con mi esposa. Estará encanta de recibir noticias de España. Aquí estamos tan alejados que las noticias, en cuanto llegan, ya han dejado de ser principales.

—Imagino. ¡Bien! Me instalaré en mí cuarto. Gracias de nuevo.

—No las merecen. Es mí deber; a parte de un placer personal —dijo el alcaide. Alzó la mano y las invitadas siguieron al criado.

El poco agradable dormitorio asignado, que no era otra cosa que el granero, tras pasar noches infernales en esa bodega le pareció un palacio. Llegó un momento que pensó que jamás volvería a gozar de privacidad y a pesar de la incertidumbre que la atenazaba, por primera vez en semanas durmió con placidez.

En cuanto amaneció, una criada les pidió que las acompañara. Las llevó a la cocina. El aroma que desprendía casi la hizo llorar; pues lo único que comieron desde que desembarcaron fue pan y pescado seco.

La cocinera, una mujerona voluminosa, de tez lisa como la de un bebé, a pesar de que ya debía rondar la cincuentena, escrutó a las recién llegadas con sus ojillos negros como la noche sin el menor pudor.

—Dais pena. Casi estáis en los huesos. Así dudo que puedas salir adelante, muchacha.

—Doña Acuña me buscará un buen trabajo. Aunque, no será por mucho tiempo. En cuanto se instale mandará recado para que me reúna con ella —dijo Amelia.

La sirvienta les indicó que se sentasen

—Soy Guadalupe, la cocinera de esta casa. ¿Cómo os llamáis?

—Amelia Gutiérrez y mi hija Matilde.

—Me huele que estáis hambrientas. ¿Me equivoco?

Las dos recién llegadas negaron con la cabeza.

La cocinera puso en un plato unas tortas y echó sobre ellas una cucharada de mermelada. Llenó dos vasos de leche y se acomodó ante ellas.

—Me dijeron que eras bonita. Se han quedado cortos. Eres una mujer preciosa. Y aún lo serás más si engordas.

Amelia, masticó con ansia y la miró perpleja.

—Aquí no se pueden esconder los secretos. Somos cuatro gatos. Pero no te preocupes. Estos ojos han visto de todo y no me escandalizo de nada. Robar no es un delito tan grave. A veces, la necesidad nos lleva a saltarnos la ley. ¿No es cierto?

—Yo jamás robé. Me acusaron para deshacerse de mí —protestó Amelia.

—No tienes que darme explicación alguna, muchacha. Ahora has comenzado una nueva vida y el pasado ha muerto. Y hablando de belleza. ¿Sabes una cosa? Acá no es bueno gozar de ese privilegio. Las señoras no quieren sirvientas que puedan tentar al marido y si eres decente, no te convendrá ir a casa de un hombre soltero o con la mujer en España. En el caso de que no ocurriese nada, la gente no lo

creería.

—Esa la razón de que me halle aquí. La vizcondesa sentía celos de que su esposo estuviese encaprichado conmigo. Pero jamás le di pie ni cedí a sus acosos. Soy una mujer decente, educada en la fe cristiana y el respeto hacia los demás; sobre todo con sus pertenencias. No tenía necesidad de robar, pues me pagaban religiosamente, ni tampoco de engañar a mi marido, pues lo amaba con todo el corazón. En cambio, mi ama no soportaba al suyo. La escuché en varias ocasiones quejarse de su vejez y de su tacañería. Así que urdió un plan pérfido. Mató a su esposo y acusó a mi marido de ello y a mí de ladrona. Dejó en mi cuarto unas joyas. Y cómo es una mujer mala, en lugar de pedir a su gran amigo el comisario que me encerrase en prisión, me mandó a este infierno.

Guadalupe arrugó la nariz. Si era cierta la historia esa muchacha debía pasar un calvario.

—Un enredo colosal y un tanto chocante —dijo.

Amelia la miró con ojos centellantes.

—Sé que no me creéis, pero es la verdad. Nunca podré demostrarlo. A pesar de ello, juro que esa mujer pagará su felonía. No por mí. Pero lo que le ha hecho a mi hija no tiene perdón. Ha tenido que convivir con prostitutas y malhechores. Ha pasado hambre, convivido con chinches, ratas y enfermedades que por poco acaban con nuestra vida. Y lo peor de todo, que cuando pueda entender, pensará que su padre era un asesino y su madre que es una vulgar ladrona y que por su culpa ha dejado la seguridad de su hogar para venir a una tierra salvaje y llena de peligros. Eso, señora, no puede quedar en agua de borrajas. Merece un castigo.

Guadalupe llenó de nuevo el vaso de la chiquilla y dijo:

—Visto así… Lo que no concibo es que siendo tan protectora con la pequeña Matilde la hayas traído contigo. ¡Es tan delicada! Su piel es nívea, cómo la textura de una perla perfecta. No está hecha para ese andurrial.

—¿Y dejarla en un hospicio? ¡Jamás! Por muy duras que sean las circunstancias, una madre es mejor protección que unos funcionarios sin alma. De mí recibirá amor y entrega total. Además, no podía consentir que creciese entre extraños creyendo la mentira que se ha urdido sobre mí y mucho menos de su padre y que al salir de ese lugar espantoso tuviese que ganarse la vida en las calles. No, señora. Matilde está mucho mejor a mi lado. Lucharé por sacarla adelante del modo que sea.

—No afirmes eso con tanta rotundidad. Como he dicho, la belleza, a veces, es una maldición. Dudo mucho que entres como sirvienta y pocos oficios más hay en este lugar. Claro que aquí escasean las mujeres de tez blanca y muchos buscan esposa. Tú condena no será

impedimento. Algunos de los que ahora alardean de prosperidad ni se sabe que eran antes de llegar aquí. Esa sería una buena solución. Nada arriesgada y segura.

Amelia tragó el bocado y dijo:

—No tengo la menor intención de casarme. Mi corazón ya fue atrapado y mi difunto esposo se llevó la llave junto a él. No podré amar a ningún otro.

—Los sentimientos son como remolinos. Uno intenta manejar la barca, pero se la lleva la corriente. La vida da muchas vueltas, moza. Y tú eres muy joven. No me creo que se te haya secado el corazón. Un buen pimpollo lo hará latir de nuevo. Ya lo verás. Aquí, donde me ves, tres veces me he casado. Y las tres a gusto —dijo la cocinera. Y al ver la cara de asombro de Amelia, aclaró: No tuve nada que ver en enviudar, muchacha. A Roberto se lo llevó el cólera. Pedro se cayó del andamio y Valerio se le paró el corazón de golpe. Ahora tengo serios problemas para formalizar la relación con un hombre. Creen que atraigo a la de la guadaña.

—Por lo que contáis, no es de extrañar —comentó Amelia.

—¡Bobadas! Hay reyes que han enterrado a varias esposas y nunca los han acusado de gafes —exclamó. Al ver como la chiquilla se comió todo sonrió satisfecha y le preguntó: ¿Más tortas?

Matilde asintió.

—Tuvimos una mala travesía. Muchos alimentos se estropearon y pasamos verdadera hambre —se excusó su madre.

—Por suerte, aquí no falta que llevarse a la boca. Las plantas salen solas y la mayoría de árboles dan frutos deliciosos. Aunque, no te creas qué es tan fácil cocinar. Tuve que adaptarme a lo que aquí crece. ¡No puedes ni imaginar los cocidos que terminaron en la basura! Por fortuna, ya hay corrales con pollos y cerdos, por lo que puedo hacer unos buenos guisos. ¿Sabes cocinar?

—Sí, señora. Antes de ser doncella de la vizcondesa trabajaba en la cocina junto a mí madre. Sin embargo, hace mucho que no practico. Pero se me da bastante bien, os lo aseguro.

—¿Señora? Guadalupe, bastará. No vamos a ir con finuras entre nosotras —dijo la mujer cortando por la mitad una fruta de color rojo. Al ver su curiosidad, le aclaró que no era una fruta que se trataba de un tomate y que se utilizaba para dar mejor sabor a los guisos o en crudo se tomaban aliñados con un buen chorro de aceite.

—Aquí, cocinar es bien distinto. No se si podré realizar bien el trabajo, pues desconozco los ingredientes —musitó Amelia con tono preocupado.

Guadalupe arrugó la nariz. Desde que llegó a esas tierras la misericordia que siempre albergó hacia sus semejantes se relajó. La vida era demasiado dura y uno debía procurar por si mismo si quería

sobrevivir. No obstante, entendía el desasosiego de esa joven. Su experiencia le decía que no era una cualquiera y también que, a pesar de ello, no dudaría en hacer lo necesario para no dejar morir a su hija de hambre. Y sería una pena. No abundaban las mujeres decentes en Nombre de Dios. Apenas llegaron de España una docena y mucho menos criaturas que se asemejasen a una joya. Los pocos críos que corrían por el poblado eran producto del mestizaje con las indias.

—Olvídalo, Guadalupe. No es asunto tuyo —remugó y arrancó de cuajo el cuello de la gallina.

—Perdonad. ¿Decís algo?

—Suelo mantener muchas conversaciones conmigo misma; pues apenas confío en los demás. Cuanto menos se sepa de uno, mejor. Los desaprensivos no pierden oportunidad con ello si pueden sacar tajada. Esto son tierras indómitas e inmisericordes. El débil no llega a viejo. Lo que digo. No vuelvas a explicar tú pasado. Es un buen consejo. Síguelo y tú vida será mucho mejor —dijo Guadalupe echando a la cazuela una hortaliza verde que troceó.

—Procuraré. ¿Qué es eso que arrojáis?

—¿Para qué deseas saberlo? ¿No dices que doña Acuña te protege y te sacará de aquí?

—Un posible no es una realidad —replicó Amelia.

La cocinera aseveró mirándola con simpatía.

—Es bueno saber que no tienes pájaros en la cabeza… Pues esto es pimiento. Se sofríe un poco. Después se le añade la cebolla y unos minutos después el tomate rallado. Y cuando esté el pollo casi a punto en el otro cazo, se echa este sofrito y un poco de agua. Unos minutos de hervor y para relamerse los dedos. También puedes hacer una variante de esta comida con cerdo. Lo embadurnas de aceite, cortas la cebolla y los pimientos en tiras, cubres la carne y al horno. Aunque, crudo en la ensalada está delicioso.

Matilde apoyó las manos sobre los fogones, se alzó de puntillas y miró la cazuela.

—Huele muy bien —opinó.

La cocinera, con gesto cariñoso, le revolvió el cabello.

—Lo que hace Guadalupe siempre es apetitoso. Ya lo comprobarás, pues soy la mejor entre los fogones.

—Sí —murmuró la pequeña relamiéndose.

—¿No os reprenderán? No me gustaría que por nuestra causa tuvieseis problemas ante tanta generosidad de viandas —dijo Amelia.

—En el mercado y en la cocina mando yo. El señor no se mete en esas cosas; cómo es natural. Y la señora… Bueno. Son asuntos que no te conciernen. Aunque, veo que pones interés en los fogones. ¿Quieres echarme una mano?

—¡Oh, sí!

Hasta la hora de comer, Amelia, Guadalupe e incluso Matilde, trastearon en la cocina. Amelia aprendió parte de los productos que crecían en esa tierra y cómo utilizarlos. Y también lo sabrosos que eran.

Matilde se chupeteó los dedos.

—¡Um! Está muy bueno esto, mamá.

—Son patatas. Tengo entendido que allí no las tomáis y se las dais a los cerdos. Un gran error. Son muy buenas para matar el hambre y sabrosas. Se pueden preparar de muchos modos. Asadas, hervidas, guisadas, al horno. Pero nunca crudas. Y siempre quita la piel. ¿Más? ¿Sí? No me extraña. Dentro de nada recuperaréis las carnes, ya lo veréis. ¡Señor! Estáis consumidas. El viaje de ultramar es duro, bien lo sé. Pero en vuestras circunstancias… ¡Ha tenido que ser un calvario!

—Lo fue. Pensamos que no llegaríamos vivas. ¡Um! Doña Guadalupe. A cada bocado mi asombro crece.

—Ya te dije que era una cocinera excelente. La mejor de la ciudad. Debido a ello sirvo en esta casa. El corregidor no merece menos. ¿Más?

Para Amelia aquella comida fue la más deliciosa y también la que le infundió esperanza. Siempre existía gente buena en todas partes.

Guadalupe, a pesar de su aspecto un tanto morrudo, en el fondo era una de esas buenazas que se apiadaba de cualquiera. Y más, si ante ella se encontraba una criatura con aspecto de ángel, pero desvalida. Compartió su sabiduría entre los fogones con las dos recién llegadas. Pero había mucho que asimilar en tan poco tiempo. Los guisos se condimentaban con especias extrañas, jugos de frutos de formas caprichosas y carnes de animales sorprendentes.

—Jamás podré aprender a cocinar todo esto y mucho menos tan gustoso —se lamentó Amelia.

—¡No me vengas con esas, chiquilla! Sé ver si una se desenvuelve con naturalidad entre cazuelas. Y tú eres de esa clase. Lo único que debes hacer es aplicar estos alimentos a los guisos que ya sabes hacer. No te preocupes. Te enseñaré.

—Gracias, doña Guadalupe.

Ella la miró molesta.

—He dicho que con Guadalupe bastará. Y ahora que ya estáis llenas, id a dar una vuelta por la ciudad. Cuanto antes te acomodes a ella, mucho mejor.

Dos días después llegó la hora de conocer su futuro.

—Trabajarás en la posada. La cocinera murió hace unas semanas de dolor de vientre. Vamos —le dijo el mayordomo.

Cruzaron el pueblo hasta llegar al puerto. Aún había mucha actividad. El desembarco de las mercancías era una tarea ardua y lenta. Se debía comprobar el estado, las cantidades y todo ello en medio de un gran barrizal, pues como supo después, en ese país llovía a diario. El cielo se abría y un torrencial de agua amenazaba con borrar de la faz de la tierra todo signo de vida. Pero tan de repente como comenzaba, también del mismo modo concluía y volvía a reinar el sol. De allí el vergel que los envolvía. Las dos exiliadas jamás anduvieron entre tanta frondosidad. Flores preciosas, árboles de los que colgaban frutas y vainas, y entre esa maravilla, pájaros de colores vivos y cantos estridentes.

—Es aquí —le dijo su acompañante deteniéndose ante la posada.

El edifico de dos plantas no era nada imponente, ni tampoco sólido. Se construyó con madera. No poseía balcones, aunque sí varias ventanas. Su interior también dejaba mucho que desear. El local era espacioso. Según calculó por encima albergaba unas doce mesas. En la parte derecha un mostrador atendido por un hombre que ya no cumpliría los cincuenta, con una panza tan abultada como los barriles que se encontraban a su espalda. Su aspecto era más bien tosco, nada agraciado. Boca con apenas cuatro dientes, barba descuidada y con la ropa llena de lamparones. La fealdad se cebó con él.

Los parroquianos no ofrecían mucho mejor aspecto. Soldados con semblante cansado y cubiertos por el polvo del camino, albañiles, campesinos. Pero la gran mayoría eran marineros que saciaban su abstinencia marina en las jarras o intentando manosear a la única camarera antes de volver a embarcarse.

—Aquí se viene a yantar. Si queréis una ramera, id al burdel. Ayer llegó nueva mercancía. ¡Quita, borracho de mierda! Como vuelvas a meter tus zarpas sobre mi cuerpo, te rajo —siseó mostrándoles el cuchillo.

Amelia tragó saliva. No era el trabajo idóneo para una mujer como ella acostumbrada a servir a gente elegante. Sin embargo, tenía que subsistir y por lo menos, allí se limitaría a cocinar.

El posadero, al notar su presencia, hizo un gesto con la cabeza para que se acercaran. Miró a Amelia. Era una mujer hermosa. En realidad, la hembra más bella que jamás conoció. No podía creer que tuviese tanta suerte. Sería un placer tenerla bajo su techo y también en su

camastro.

Ella, al ver el fulgor en sus ojos de rana, sintió un escalofrío. Ese hombre no era de fiar. Tendría problemas para mantenerlo lejos y seguro que si se negaba a sus antojos le daría la patada. Ese empleo no le duraría hasta el anochecer.

—Es Amelia y su hija Matilde. Y como mi señor, el regidor ha especificado, se hospedará aquí y trabajará de cocinera —las presentó el mayordomo.

El posadero se relamió los labios. La mujer ofrecía aspecto delicado, casi podría decirse enfermizo; aún así era una preciosidad.

—Solamente de cocinera. ¿Comprendido? Imagino que a pocas palabras buen entendedor —le advirtió el criado lanzándole una mirada de advertencia.

Amelia respiró aliviada. Nadie sería tan loco de desafiar al mismísimo alcalde.

—Yo solo he pedido una cocinera y esta no irradia salud. Además, viene con un regalo que no deseo. Este no es lugar para criaturas y menos de su condición femenina. Por lo demás, tengo entendido que esa mujer está aquí por ser ladrona —protestó el posadero.

—Esta tierra no es buena para nadie. Los que vinimos aquí fue por locura o desesperación, pues nadie en su sano juicio elegiría esta tierra infernal. Y ella ha llegado por otra circunstancia. La cuestión es que están aquí y aquí se quedan. Mi amo espera que Amelia reciba un trato justo y digno por su trabajo. Por eso os la confía y ya sabéis que quién rompe su confianza lo paga caro. Se os hace responsable de que nadie le toque un solo cabello. Y si dice nadie, es nadie. ¿Os queda claro, posadero?

El hombre apretó los dientes. Aquella era su casa, su reino y nadie implantaba las reglas. Pero desafiar al dueño y señor de la ciudad sería de locos y él aún no había perdido la cabeza.

—Como el agua. Aunque, espero que no me falte ni un maravedí o por mucho que el señor alcalde diga la despacho a patadas cómo a una perra —remugó.

—Por la cuenta que le trae os aseguro que no os hurtara. Pues no se hable más. Os dejo. Id con Dios.

A Amelia se le encogió el corazón. A partir de ese instante, a pesar de la intervención de su salvadora, se encontraba sola en ese mundo inexplorado. Sin embargo, recordó que muy pronto enviaría a por ellas y dibujó una leve sonrisa.

El posadero frunció la frente.

—No creas que voy a ser condescendiente contigo. Si compruebo que no trabajas bien o me falta algo, no dudaré en delatarte y esta vez tú frágil cuello penderá de la soga. Diga lo que diga el alcalde. Aquí no queda tiempo para ser misericordiosos ni para vagos —dijo,

mostrándole una puerta—. Ahí está la cocina. Ponte a trabajar. Los parroquianos llegarán en unas cuatro horas. Calcula para una veintena de hambrientos.

—Sí, señor.

—Más respeto, zagala. Para ti soy don Ambrosio.

—Sí, don Ambrosio. ¿Qué preparo? —musitó ella.

—Sólo espero que no sea una bazofia. Mientras sea del agrado de los parroquianos me va bien. Ahí está la despensa. Tú te encargarás de la cocina. Haz viandas de más, como para unos treinta parroquianos. No quiero que en mi local se largue nadie por no poder ser atendido. Para servir ya está Paquita —respondió él.

Amelia se quedó a solas. El estómago le dio un vuelco. La suciedad reinaba por doquier. Le era imposible cocinar en esas circunstancias, pero tampoco perder tiempo en limpiar. A pesar de ello, no quería que su ánimo decayese. Necesitaba de todo su valor para enfrentarse a su nueva vida y no derrumbarse. Haría lo más imprescindible. Cogió un cubo y salió al patio. Respiró aliviada al ver el pozo. Llenó el cubo y regresó a la cocina.

—Matilde, manos a la obra. Hay que frotar para que los manchones negros desaparezcan o al menos que no se noten tanto —dijo entregándole una cacerola. La pequeña aceptó sin rechistar. Fue educada para acatar las órdenes de sus padres. Matilde cogió otro estropajo y frotó la mesa impregnada de grasa con ahínco; hasta ver corretear a las cucarachas y algún que otro ratón.

—¡Quiero irme de aquí mamá! ¡Me da miedo esta cocina! —gritó.

Amelia tomó sus manos entre las suyas e intentó calmarla.

—Hija. En cuanto limpiemos, ya no vendrán bichos. Ya no estamos en Sevilla. No podemos encontrar otro sitio a donde ir. Necesitamos este trabajo o no podremos comer, ni comprar ropa, ni pagarnos una cama. ¿Lo entiendes? Además, en el barco también había insectos y ratas. Fuiste muy valiente. Anda. Sigue con la limpieza. Hazlo por mamá, cariño. Sin tu ayuda no podré seguir adelante. ¿De acuerdo?

Matilde, a pesar de su corta edad, comprendió y recogió el estropajo.

Una hora después, su madre consideró que por el momento podría cocinar con un mínimo de higiene.

—¿Qué harás para comer, madre? —quiso saber la pequeña.

—Miremos en la despensa.

Era un cuarto bastante amplio con diversas estanterías. Por fortuna, allí la suciedad era menor, pero no por ello liberado de visitantes indeseados.

—¡Qué asco! Yo no pienso zampar nada de aquí —exclamó Matilde, espantando a las moscas.

—No será necesario, hija. Hay suficiente fruta. La lavaremos bien.

Aunque, a los parroquianos habrá que darles lo que sea. Y espero que me salga bien o no se que será de nosotras.

Con la pericia del que está acostumbrado a esos menesteres sus ojos recorrieron cada rincón. Lo básico y otros productos desconocidos para ella. No podría comenzar con ellos. Debería buscar asesoramiento y no tenía tiempo.

Tras unos cortos minutos se decidió por hacer una sopa de verduras, un guiso de carne y otro de pescado.

A la hora convenida ya lo tenía todo a punto y don Ambrosio apareció para comprobarlo.

—Veo que, por ahora, cumples. En cuanto a si sabes cocinar lo comprobaré ahora mismo —dijo. Se acercó a las perolas y cató la comida. Amelia se mantuvo expectante.

Él no mostró satisfacción alguna a pesar de ser el guiso más exquisito que había probado en su vida. No debía darle alas a esa mujer que le complicó la existencia. No sólo debería abstenerse de su disfrute, encima tendría que salvaguardarla de los otros y soportar a una cría que sería un incordio. Soltó la cuchara con desidia.

—Desde luego no es un manjar, pero es pasable.

—Es… que… no conozco muchos de los alimentos y… cuando me habitúe, con el tiempo, os aseguro que os lameréis los dedos —musitó ella.

Ambrosio esbozó una sonrisa ladina.

—Eso, en el caso que llegues a demostrarme que eres una buena cocinera. O por mucho alcalde que te proteja, te pongo de patitas a la calle.

Amelia se juró que eso no sucedería. Trabajaría hasta la extenuación por conseguir que ninguno de esos alimentos se resistiese en sus cazuelas.

—Don Ambrosio, os juro que no os arrepentiréis de haberme dado esta oportunidad. Sé trabajar duro y no me oiréis una queja.

Él le lanzó una mirada iracunda y espetó:

—No soy ninguna hermana de la caridad. Si estás aquí es por orden del señor regidor. Pero incluso, con esa influencia, entenderá que decida echarte como a una apestada si me perjudicas el negocio. No siempre hay tanto cliente. Cuando la Flota se larga, con ella los marinos que ocupan casas; entonces la ciudad queda medio vacía. Así que, no siempre gano buenos maravedíes. Espabila y gánate también el pan que deberé darle a tu cría por la cara demostrando que no se las pirarán por tus malos guisos.

—No espero que nos regaléis nada. Ella también ayudará, señor. Ya lo ha hecho hoy.

—Es lo justo.

—¿Puedo haceros una pregunta?

Él alzó la mano dándole permiso.
—¿No hay comensales cuándo la Flota parte? ¿Y qué haré?
—Siempre pasan por aquí viajeros que llegan de otras partes del Caribe camino a otras ciudades o en busca de oro en los ríos de la selva. Ahora, llena los platos. Y no los desbordes. Una cucharada de más significa menos beneficio. ¿Entendido?
—Sí, don Ambrosio.
Amelia procuró que su patrón no tuviese queja alguna. Ya terminada la comida, continuó con la limpieza general, hasta dejar la cocina como los chorros del oro. Seguidamente se dedicó a la despensa. Anotó en la cabeza las viandas básicas que necesitaría y también que buscaría alguna sábana vieja para proteger los alimentos de insectos y ratas. Sin apenas unos minutos para descansar llegó la hora de la cena. Recalentó los guisos y ya entrada la noche, al cerrar la puerta, se dejó caer en la silla con gesto agotado. Tomó a la pequeña Matilde y la arropó. La niña, en apenas unos segundos se quedó dormida. La jornada fue muy dura y no quería ni imaginar cómo habría sido para su hija. Ese no era lugar para una criatura de ocho años. Debería estar en la escuela o jugar con otros niños. Pero, ¿qué podía hacer? Se encontraba perdida en un lugar extraño, sin amigos, sin posibilidades. Lo único que poseía era su firmeza para salir adelante. Y en esos instantes, se sentía débil e incapaz de soportar un nuevo día. Lo único que deseaba era alejarse de esa realidad espantosa.
Paquita la miró. Conocía muy bien los sentimientos por los que esa mujer pasaba. Ella los sufrió en sus propias carnes.
—Cariño, en este lugar nunca se descansa. Venga un barco o no, el cabrón de Ambrosio busca trabajo donde no lo hay. Así que, vete acostumbrando a esta tierra. Es dura e inmisericorde; en especial con los débiles. Enjuágate ese llanto y échale arrestos a la situación. No hagas caso de las habladurías y plántales cara.
Amelia alzó la mirada. Por lo visto, el motivo de su llegada a Nombre de Dios ya estaba en boca de todos.
—¿Cómo? No robé. Lo juro. Y en la vida podré demostrar mi inocencia. Mi reputación ha sido sellada.
—Todos los lacres pueden romperse.
—Lo dices porque eres una mujer libre.
Paquita dejó escapar una risa cargada de escepticismo.
—¿De verdad lo crees?
—Por supuesto. Puedes irte de aquí en cuanto te plazca. Yo tengo vetado el regreso a mi hogar.
—¿Y crees que yo no? Mi esposo decidió emigrar. ¡El muy imbécil soñaba con hacerse rico! Le deseé suerte, pues no pensaba acompañarle. Pero la ley lo avalaba y me vi forzada a acompañarle.

Así que, no me digas cómo te sientes en estos momentos. Puede que tú, al estar sola, el miedo sea más acuciante. Más, la compañía de un marido idiota no es mucha ayuda, te lo aseguro. No solo no se hizo rico; por el contrario, me vi forzada a trabajar en esta jodida taberna al espicharla de la manera más absurda. ¿Te puedes creer que su vida terminó a causa de un hueso de aceituna? Nunca vi a nadie ponerse tan morado. Y tampoco creo que hubiese en el mundo una viuda más alegre que yo. Roberto era un completo memo. Estorbar era lo único que sabía hacer. Por suerte tampoco atinó con fecundarme. No puedo ni imaginar cómo sería mí vida con una criatura pegada a mis faldas en este lugar perdido del mundo. Ha sido un error traer a la chiquilla.

—No podía consentir que esos rufianes ganasen la partida y me lo arrebatasen todo. Además. ¿Piensas realmente que en Sevilla estaría mejor? No, Paquita. Esto no puede ser peor que un orfanato. Si he de trabajar en esta cocina sin descanso lo haré con gusto hasta que doña Acuña me reclame.

Paquita aseveró.

—Ya sé de tú protectora. Has tenido suerte. Ambrosio es un hideputa. Hay que tener muchos arrestos para pararle los pies. Y esa dama y el alcalde se los ha atado, por el momento. Guárdate bien las espaldas y no confíes en nadie.

—¿Tampoco en ti?

Paquita sonrió.

—Piensa que soy como una gata.

Ciertamente, lo parecía, pensó Amelia. No era bella. Más sus ojos eran grises como los felinos, que resaltaban más al tener el cabello negro como el carbón.

—Dulce y melosa, pero que saca las garras al incomodarte algo.

—Eso mismo. No te metas en mis cosas y todo irá como la seda. Ahora deberías ir a acostarte e intentar descansar. En cuanto cante el gallo hay que ponerse en pie. Mirar lo que hay en la despensa y proveer.

—¿Cómo qué proveer?

—¿No te lo ha dicho Ambrosio? Típico de él. La cocinera también es la encargada de la compra.

El semblante de Amelia se tornó blanquecino.

—Pero… ¡Si apenas conozco el género! Ni las tiendas donde comprar.

—Comienza por lo básico y más económico. Mientras sea comestible. Y en cuanto a los comercios, estás de suerte. Solo hay un almacén. ¡En fin! Me largo. Estoy consumida.

—¿No duermes aquí?

—Mi marido no lo hizo mal del todo. Compró una casa. Ruinosa, pero es mía. Tranquila. Si le plantas cara a Ambrosio estarás bien. Es

molesto como los pedos que provocan las judías, pero inofensivo. Buenas noches.

El corazón de Amelia casi se paró. En ese instante la evidencia de su soledad era nítida y el pavor se apoderó de ella. Sin embargo, miró a su hija y se lo sacudió.

Lo mismo hizo con el polvo del cuartucho.

Una vez limpio se dejó caer en la cama y sin darse cuenta se quedó dormida.

Los siguientes días fueron agotadores. Ambrosio no dejaba de atosigarla y jamás encontraba nada a su gusto. De todos modos, Amelia no se acobardó. A cada grito su fortaleza que creía deshecha se recomponía. Matilde era la razón. Ella debía sobrevivir a la injusticia que con ellas se cometió. Demostraría a todos que la verdad era más poderosa que cualquier intento de hacerlas desaparecer.

Más, no fue ella quien contribuyó sola. La generosa Guadalupe estuvo a su lado en todo momento. Le enseñó como aplicar cada uno de los productos extraños que crecían en esa tierra y cómo comprarlos. Cuando eran maduros, si debía rechazarlos, el precio justo a pagar. Y en poco tiempo Amelia se desenvolvió entre los fogones con seguridad.

Semanas después, Ambrosio continuaba despreciándola. No por algo personal hacia ella. En realidad estaba encantado. La mujer no rechistaba y cumplía cada una de sus órdenes. No como Paquita que, si no fuese porque era muy apreciada por los clientes, ya haría tiempo que la habría echado sin el menor signo de remordimiento.

Pero el posadero era un hombre orgulloso y habituado a proceder con libertad en su negocio haciendo y deshaciendo a su antojo. No soportaba tener que acatar las normas impuestas por el alcalde y mucho menos tener que abstenerse de meter a esa moza tan fascinante en su cama. Encima, debía soportar a esa chiquilla. Nunca le gustaron los críos. Para él eran seres que te sacaban los ahorros a cambio de nada y se pasaban el día estorbando. Sin embargo, Matilde era distinta. Ya desde el primer momento se aplicó en ayudar a su madre y sin mostrar el menor síntoma de desagrado. Por el contrario, disfrutaba entre los fogones y obedecía a Amelia sin una pataleta. Era evidente que era educada. Y eso no era corriente entre la bazofia condenada por la ley que llegaba a esas tierras. Ellas no encajaban. No obstante, se dijo que no era asunto suyo indagar en misterios ajenos. A él lo único que le preocupaba era que su posada le reportara buenas rentas.

Le costó muchos esfuerzos conseguir su propia independencia. Aún podía recordar el espantoso viaje. Tormentas, hambruna, enfermedad y muerte. Besó el suelo al llegar a la playa y levantó los ojos para dar gracias al Señor por su buena fortuna. Pero aún no era el momento. Descubrió que las maravillas que escuchó en las tabernas eran meros cuentos. No surgía trabajo para tanto hombre que escapó de la pobreza de su tierra y tuvo que agarrarse a lo que encontró. Durante dos años se deslomó en la selva para dar paso a un camino

empedrado, que en apenas unas semanas volvía a ser devorado por la espesura. El calor, los mosquitos y la amenaza de los indígenas le hicieron flaquear. Ya no soñaba con tesoros. Lo único que ambicionaba era volver a Mediavilla del Río, a esa casa donde las corrientes de aire se filtraban por todas las rendijas, pero donde podía sentirse libre; a pesar de tener la panza vacía. Y esa, aún le parecía una meta mucho más difícil que enriquecerse en el Nuevo Mundo. Sin dinero nadie pisaba un barco del Imperio.

Pero su fortuna cambió.

Sonrió al recordar aquella tarde que, por un descuido, cayó en el río. A pesar de que en su villorrio había uno, como su mismo nombre indicaba, no sabía nadar y lo primero que pensó es que su aventura terminaba en ese instante. Más, el caudal apenas le llegaba a la cintura. Ignoró las burlas de sus compañeros al ver el guijarro dorado. De un zarpazo lo agarró y lo guardó en el bolsillo.

Su descubrimiento no lo hizo rico, pero obtuvo las suficientes pepitas para poder liberarse de ese trabajo infernal. Pero no compró un pasaje. En España apenas sobreviviría dos años y no daba para iniciarse en los negocios. En cambio, en Nombre de Dios, podría labrarse un futuro y compró una casa convirtiéndola en la única posada.

Sin embargo, desde hacia unos días surgió la competencia. Ahora la clientela se repartía y las ganancias cayeron hasta la mitad.

Maldijo a aquella maldita tierra que te embrujaba para después arrojarte al fango. Temía perder el diminuto imperio que logró a base de un gran esfuerzo. Y así hubiese sido a no ser por la llegada de Amelia, que con sus magistrales manos realizaba pura alquimia en los fogones. Los parroquianos regresaron al redil y de nuevo la seguridad ocupó cada centímetro de su voluminoso cuerpo.

Hinchó las fosas nasales y suspiró al percibir el aroma delicioso. Echó una ojeada a su alrededor y su sonrisa quedó borrada al instante. Como siempre, Paquita no llegaba a su hora y estaban a punto de abrir la puerta.

Con una energía inusitada en un cuerpo tan rollizo entró en la cocina.

—¿Dónde cojones se ha metido esa bruja?

Amelia, removió la sopa.

—Anoche no se encontraba bien.

—¿Indispuesta? ¡La enfermedad que siempre la acongoja es la vagancia! Espero por su bien que aparezca o no respondo de mis actos.

—Os aseguro que estaba enferma. Tenía sudores y calentura. El médico ha mandado aviso y ha dicho que debe permanecer en cama al menos ocho días.

Ambrosio golpeó con el puño la mesa y Matilde respingó sobresaltada.

—¡¿Por qué rayos no me has puesto al tanto, mujer?!

Amelia se echó a temblar y musitó:

—Dormíais, señor. No pensé que…

—No pensaste, no pensaste. ¡Por lo clavos de Cristo! ¡Precisamente hoy! ¿Qué vamos a hacer?

Amelia lo miró con una interrogación en sus hermosos ojos pardos.

—Hoy es San Silvestre, se termina el año. Todo el mundo acude a la posada a beber vino o a yantar como dioses. ¡Y yo sin moza para servir!

—Hay hombres que buscan empleo. Si…

Ambrosio alzó la mano haciéndola callar.

—Tú eres tonta, mujer. Una posada se distingue por sus caldos, su comida y en especial por sus zagalas. ¿Y qué va a pasar? La gente no tiene paciencia e irán a la otra posada. Y si se acostumbran a ella, esto será mi ruina. Y también la tuya. Si no hay parroquianos, no hay trabajo. Por mucho que lo exija el alcalde.

Amelia se echó a temblar. No podía permitirse el lujo de perder el empleo. No confiaba en el alcalde. Prometió buscarle una colocación y lo hizo a pesar de ser una convicta. Pero estaba segura de que una segunda vez no entraría en sus planes, pues ya cumplió. Tenía que encontrar una solución cuanto antes, más no sabía cómo. No podía encontrar a una ayudante en tan poco tiempo y menos si todos esperaban divertirse en ese día. Debería hacerlo ella misma.

—Don Ambrosio. No os preocupéis. Yo misma atenderé las mesas.

Él soltó una carcajada sorda.

—¿Tienes el don del desdoblamiento? ¡No puedes cocinar y al mismo tiempo rondar por la posada!

—Señor. Puedo. La comida estará a punto. Matilde me ayudará a llenar los platos y los serviré, mientras vos atendéis con el vino. Para tener más ventaja disponed ya los vasos en las mesas y cubiertos —propuso. Él negó con la cabeza. Ella insistió: Podamos o no, hay que hacerlo. Vuestro negocio, como vos habéis dicho, puede derrumbarse como un castillo asediado. Y por supuesto, mi seguridad depende de ello. Así que, hay que coger el toro por los cuernos.

Ambrosio se revolvió con la mano los escasos cabellos. La muchacha tenía razón. No podían dejarse vencer por las circunstancias.

—¡Está bien! Hay que echarle cojones. No perdamos más tiempo.

Amelia corrió hacia la cocina, Matilde a sazonar las viandas y Ambrosio a preparar las mesas.

Mientras se afanaban en tenerlo todo a punto, la algarabía del exterior llegaba hasta ellos. Más, no sentían pena por no poder

participar de la celebración. Su futuro estaba en juego y eso era lo importante.

Cuando los primeros parroquianos cruzaron el umbral, Ambrosio, trémulo, se secó el sudor que le caía por el rostro. No era para menos. Se trataba del señor Alcalde, su mejor amigo el alguacil y un desconocido.

—Sed bienvenidos, señores. Podéis sentaros donde más os acomode. ¿Vino? —dijo. Y sin dejar de echar miradas hacia la cocina, llenó los vasos.

—Me gustaría mostrar al juez Ernesto Cabanillas la buena cocinera que os recomendé —dijo Esteban de Mediavilla.

—Y lo hará. ¿Qué os place, señores? ¿Carne o pescado?

—Cataremos de los dos.

El posadero corrió hacia la cocina. Amelia, previsora, ya tenía varios platos humeantes a punto para llevar al comedor. Ambrosio los puso en la bandeja y a paso ligero sirvió la comanda.

—Que os aproveche, señores.

Sin perder un segundo, tomó nota de las dos siguientes mesas que ya aguardaban. Entre él y Amelia sirvieron a los clientes; sin que nadie apreciase la falta de Paquita. Sus únicos sentidos estaban puestos en los platos. En la deliciosa comida que esa joven hermosa y de aspecto frágil creó para ellos.

—¡Posadero!

Ambrosio, al sentir la voz del alcalde, acudió presto.

—Señor…

—El señor Juez ha quedado muy complacido. Sin duda, he de felicitarme por haberos traído a esa dama. Es una cocinera muy capacitada. Aunque, la mía aún la supera. Más, con el tiempo, creo que podréis igualar el privilegio que tengo con Guadalupe. Cuidadla, que os conozco, amigo mío. Ya veis lo complacidos que están los comensales. No sería de vuestro agrado ver como os la quita otra posada donde se apreciaran más sus habilidades —dijo Esteban. Y dejó unas monedas sobre la mesa.

—¡No, señor! No puedo permitirlo. Hoy invita la casa —refutó Ambrosio.

No lo lamentó. Al marchar el último cliente, los beneficios normales se habían cuadruplicado. Y tenía el pálpito que, a partir de ese día, el negocio iría a mejor.

—Pensé que no podríamos con esto —suspiró.

—He pasado por mucho para que unos simples hambrientos me venzan. Pero, como no busquéis a alguien para suplir a Paquita en estos días, temo que el agotamiento no me dejará terminar la semana —dijo Amelia.

Ambrosio respingó. No podía perder a la mejor cocinera. A pesar de

ello, sería difícil conseguir que alguien quisiese echarle una mano. No se molestó en hacer grandes amigos. Su meta era hacer dinero y para conseguirlo no podía perder el tiempo en visitas sociales.

—Ninguna mujer vendrá. Están casadas o ya con empleo. Y una morena no sabría atender a los parroquianos. Y un hombre… No. Imposible. Además, dudo que esta locura continúe tras la celebración.

Esa noche si fue una locura. Nadie de la pequeña villa quería perderse la oportunidad de divertirse sin medida. El vino, la comida y la música llenaron la taberna. Pero para Amelia no tan solo fue una fiesta. El año más terrible de su vida terminaba y comenzaba uno nuevo. Uno dónde el futuro era incierto y tenebroso.

Lo que sí fue una evidencia fue la creciente fama de la cocinera. Los comensales aumentaron día da día. Por suerte, Paquita se recuperó antes de lo previsto y Amelia pudo trabajar con menos tensión. Lo cuál le permitió poner en práctica varias recetas nuevas que Guadalupe la enseñó.

Sin embargo, la aparición de unos franciscanos les obligó a modificar sus planes.

—¡Maldita curia! ¿Por qué no se meten en sus cosas? ¡No! Tienen que mariposear en los asuntos de los demás. ¿Qué más les da que una chiquilla asista a la escuela o no? —exclamó Ambrosio.

—Nunca os gusto que cargase con mi hija. Pensaba que os alegraríais de deshaceros de una molesta criatura y ahora os enfurecéis por alejarla de vuestro lado por unas horas —replicó Amelia con tono mordaz.

El posadero carraspeó.

—No ha sido tan molesta. Ha ayudado bastante. Y ahora nos quedamos sin una par de manos más.

—Que nunca habéis renumerado —le recordó Amelia.

—¿Cómo que no? ¡Le he dado techo y comida! Eso cuenta. ¡Y mucho!

—Pues ahora deberéis contratar a una ayudante. La posada va viento en popa. Cada día hay más comensales y huéspedes. Paquita y yo no podemos con todo. Y no hace falta recordaos que, si un cliente debe esperar o no tiene el cuarto a punto, busca otro lugar donde hospedarse. Ya no sois la única posada de la ciudad. Si os sirve de consuelo, para que no os arruinéis con un sueldo exagerado, no me importará compartir los fogones con una nativa.

Ambrosio se mordió el labio inferior. La muchacha tenía razón. Pero le dolía tanto perder parte de los beneficios… Claro que, una india recibiría la mitad de dinero y por supuesto, no tenía la menor intención de que su rival se llevase a sus parroquianos.

—Lo haré. Aunque me repatea las entrañas. Pero no pienses que es por ti, muchacha. Lo hago por el negocio. Te pago para trabajar. Y si

por cumplir te mueres de agotamiento, me importa bien poco —remugó.

—Lo sé, don Ambrosio. Lo sé.

—Pues tenlo en cuenta.

A Matilde le costó adaptarse a la escuela. Siempre vivió con relativa libertad. En Sevilla jamás acudió a ninguna. Fueron sus padres quienes la educaron y al llegar a Nombre de Dios permaneció junto a su madre. Pero gracias a la ayuda de Yerén, un medio indio protegido por el padre Manuel, lo hizo. Ahora acudía con gran contento a la parroquia. No tan solo para aprender, si no porque el muchacho se convirtió en su mejor amigo a pesar de llevarle un par de años. Juntos jugaban, aprendían de letras y al salir de clase iban a la playa. Allí enseñaba a la pequeña a nadar y después se sumergía en las profundidades para buscar perlas.

—Dice padre Manuel que te harás cura —dijo Matilde mientras Yerén dejaba caer las ostras junto a ella.

Él levantó las cejas.

—¡Ni en sus mejores sueños!

—Pues él lo cree.

—Por creer… Mira, Matilde. Lo único que hay de verdad sobre mí futuro es esto —dijo Yerén extrayendo la perla de la concha. Se la expuso y añadió: Riqueza que me permitirá largarme de este andurrial.

—Yo también me iré con madre. Dice que una señora nos mandará llamar para ir a Darién. Tú puedes venir también —dijo ella.

Él le revolvió los rizos dorados.

—Tal vez. Ahora debemos regresar. Es hora de que ayudes en la posada.

—¡Odio a Ambrosio! Nos mata a trabajar y no me da ni un maravedí. Espero que esa mujer se decida de una vez a reclamarnos.

—Ya han pasado casi dos años. Dudo que se acuerde de vosotras — le recordó Yerén.

—Madre dice que las cuestiones de la ley son lentas. Yo confío.

Pero las semanas se convirtieron en meses, sin que doña Acuña mandara recado de llevarlas a Nuestra Señora de Darién. Y la salud de Amelia se consumía por la desesperación de largarse de esa posada. Cierto era que había contratado a una muchacha para que la ayudase. Aún así, se pasaba el día en la cocina para dar de comer a la ingente cantidad de bocas que pasaban por la posada y después adecentando la cocina.

El único consuelo que la animaba a seguir con vida era su hija y ésta podía alimentarse, crecía sana y llena de vitalidad. Y en cuanto a Ambrosio, mantenía las condiciones pactadas con el corregidor y no la molestaba.

—¿Y de qué te extrañas? Los poderosos pronto olvidan las promesas si no son de su conveniencia. Ve haciéndote a la idea de que de aquí no te mueves —refunfuñó doña Guadalupe.

—Parecía tan dispuesta…

La cocinera aporreó el pulpo con saña. Era una terapia que la dejaba bien descansada, sobre todo si sus pensamientos se dirigían hacia su ama. Doña Blasa era insoportable. Gorda, fea y de paladar caprichoso. Y no por saber apreciar los buenos sabores.

—¡Santa inocencia! Parece mentira que lleves tanto tiempo aquí. Esa mujer pudo tener buenas intenciones, pero su esposo es el fiscal y no sería prudente hacer privilegios hacia una rea cuyo esposo fue acusado de matar. Uno no se juega la carrera por alguien que no conoce y menos si ha sido sentenciado. ¿Aún no te has dado cuenta de que cada uno va a lo suyo? ¡Espabila, chiquilla! Nadie te ayudará.

—Vos lo habéis hecho.

Guadalupe agarró el cuchillo y lo dejó caer con fuerza para partir la cabeza del pulpo.

—Porque soy una carajota…

—¿Una qué?

—Una tonta. A pesar de mi experiencia, a veces, me puede el corazón. Desde el primer momento supe que eras una buena mujer. Y esa niña… ¡Era como un ángel caído del cielo! ¡Una perla muy valiosa entre tanta podredumbre! No podía permitir que estas alimañas que moran aquí os destrozasen. Y dime. ¿Cómo va con el posadero? ¿Mejor?

—No es amable, pero respeta los términos.

—¡Cómo no! Nunca ha tenido una cocinera tan excelente. Pero vete con tiento. Los hombres y más, viudos, en estos lares no son de fiar y si beben más de la cuenta… Cualquier día se le nubla la testa y olvida el trato. Y más si se da cuenta que tú protectora ha dejado de dar señales.

Amelia sonrió.

—Iré con cuidado. Y si intenta algo, juro que se acordará toda la vida. Por otro lado, como habéis dicho, gracias a vuestras enseñanzas no se atreverá. Ahora tiene competencia y me han asegurado que el cocinero de la otra posada es pésimo. Nunca os podré pagar vuestra ayuda, pues puedo trabajar con decencia. ¡No se que habría hecho sin vos! Jamás vi estos alimentos. Son extraños, pero reconozco ahora que son deliciosos.

Guadalupe lanzó un hondo suspiro.

—Esta tierra es generosa. Aunque, no hay que olvidar que es difícil. Los comienzos son duros.

—¿Por qué decidisteis emigrar a estas tierras? Tengo entendido que apenas vinieron mujeres en los inicios.

—No creas. En el tercer viaje del admirante Colón vinieron treinta y después, alguna ilegalmente; pues se requería que viniesen para casarse o con el esposo. Si alguna llega sola era en tus circunstancias. En mi caso, yo estaba destrozada por la muerte de mi segundo esposo. Y no tan sólo por su pérdida. El muy cabrito me la endosó bien. ¡Y mira que soy avispada! Pues, no me enteré de que se jugaba nuestros cuartos a los naipes. Me dejó en la ruina. ¿Y qué podía hacer una mujer sola y sin posibles en un pueblo como Trujillo? El único horizonte era convertirme en fregona o pedigüeña. Y me dije que no me apetecía ninguna de las dos opciones. Así que, cogí los bártulos y el poco dinero que pude sacar y me encaminé hacia la próspera Sevilla. La suerte me acompañó y entré como cocinera en una taberna. Allí conocí a mi tercer marido. Poseía un pequeño taller y ejercía como ebanista. Se ganaba bien la vida. Lo suficiente para que yo me ocupara de la casa y lo ayudase en el negocio. Pero, cómo siempre, la mala suerte volvió. Me dije que el Señor me enviaba un mensaje. Y éste era que no cambiaría mi fatalidad si no me iba muy lejos. Esto era lo más alejado. Sin embargo, era un imposible. Hasta que escuché que muchos partían de modo, digamos, un tanto irregular. Ya sabes lo estrictas que son las leyes para estos casos. Ni esclavos, ni moros, ni judíos, ni mujeres solas y una retahíla más que llena varias páginas de prohibiciones. Un antiguo amigo de la taberna me ayudó a contactar con alguien especializado. Vendí todo y con el dinero pagué el pasaje y aún me sobró para poder resistir hasta conseguir un buen empleo. Y cómo a la vista está, que logré mi empeño. Soy la cocinera del alcalde y mi prestigio va más allá de esta ciudad. Aunque, hay que tener tiento. Uno debe capear el temporal e ir a lo suyo. Huir de los conflictos. Es lo que he hecho desde mí llegada y me ha ido muy bien. Por lo que, lo del matrimonio está descartado. No quiero que un nuevo marido me haga sufrir. Estoy bien como estoy. Sola, pero feliz.

El semblante de Amelia se ensombreció. A pesar del tiempo transcurrido aún perduraba en su corazón el amor por Leandro.

—Zagala, en ese asunto no debes seguir mi ejemplo. Eres demasiado joven para renunciar al amor. En este lugar las cosas son tan cambiantes cómo el tiempo. Hay sol radiante y en un segundo la lluvia torrencial puede llevarse todo por delante. Necesitas seguridad y el matrimonio te la puede dar.

—El amor lo tengo enterrado en una sepultura de Sevilla —musitó Amelia.

—Los muertos no te llevan al baile. Debes volver a vivir, a disfrutar de los placeres —le aconsejó Guadalupe.

—Hay recuerdos que están grabados a fuego. Y con la carga de mí injusticia a cuestas, nadie puede ser dichoso —masculló Amelia.

—Y nos convierten en esclavos. Pero el sometido tiene la obligación

de buscar la libertad. Jamás podrás ser feliz con esta actitud. Y si no quieres hacerlo por ti, debes hacerlo por tu hija. La niña apenas recuerda su vida en Sevilla y seguro que ya no pregunta por su padre.

Era cierto. Matilde se adaptó a la vida en ese lugar salvaje. Todo lo que acontecía a su alrededor la fascinaba. Los indios, animales, el mar del color de las esmeraldas, las exuberantes flores y en especial los relatos de los aventureros que se adentraban en tierras inexploradas.

—Al principio estaba asustada. No entendía porqué nos habíamos ido de casa, ni porqué su padre estaba ausente. Lo llamaba en medio de la noche sumida en un llanto desgarrado. Hasta que un día dejó de pensar en él y en Sevilla. Incluso la escuela que aborrecía comenzó a gustarle. Ahora, va alegre.

—¿Alegre? ¡Santa inocencia! Esos curas no son de fiar. Te lo digo yo. En cuanto puedas, la sacas o te la arrebatarán. Están como locos para crear hijas de Dios. Seguro que le inculcan que su destino es ser monja. Mira si son sibilinos que han conseguido que dos de esos salvajes tomen los hábitos. ¿Te imaginas a un morenito que adoraba a ídolos al frente de la Santa Misa? ¡Lo que hay que ver! El mundo se ha vuelto loco. Tanto que, fomentan los matrimonios mixtos. Y conste que no tengo nada contra los bronceaditos. Pero las costumbres, por mucho que intenten erradicarse, perduran en el fondo. Ya se ha visto en nuestras tierras. Muchos de los conversos lo son de palabra, no de hechos. La leche y el aceite no cuajan. Un matrimonio desigual está llevado al fracaso. Por suerte, a nosotras no nos está permitido. Aunque, a mí me daría lo mismo en el caso contrario. Dudo mucho que me enamorase de un salvaje.

—Un corazón sensible puede esconderse en cualquier carcasa. El mejor amigo de Matilde, Yerén, es un mestizo y os aseguro que es bueno como el pan.

Guadalupe removió y el cazo y tras catar su sabor, dijo:

—No lo pongo en duda, muchacha. Pero esa carcasa ha de ser de mi gusto y la raza de estas tierras no me entra, no. Siempre me han agradado los hombres altos, de cuerpo trabajado y con la piel un tanto curtida, pero no tanto. Estos indios parecen hombres que no han llegado a crecer. Y la verdad, es harto curioso si tenemos en cuenta que han nacido en una tierra donde todo crece de un modo prodigioso.

—Como los mosquitos —apuntilló Amelia al tiempo que mataba al que se posó en su brazo.

Guadalupe le acercó la cuchara para que catase la comida.

—Y no hablemos de las arañas, serpientes y hormigas que pican como demonios. ¿Cómo está?

—Bien —dijo Amelia mordiendo un marañón. Esa fruta era deliciosa. Aunque, también mortífera si no estaba madurada por el sol

o su nuez tostada. Una buena arma para matar a alguien y salir impune del crimen. Serían idóneos para sus fines. Le causaría mucha satisfacción ver como la vizcondesa se retorcía entre terribles dolores para después morir.

Sacudió la cabeza. Guadalupe tenía razón. Debía centrarse en el presente. Ya habría tiempo para pensar en el modo de regresar a casa. Porque, estaba decidida a ir costase lo que costase. Pasados unos años podría viajar. ¿Quién iba a acordarse de ella? No era tan importante. Siempre fue una más perdida entre las miles de almas de Sevilla.

Dejó de pensar en ello al comprobar que era hora de recoger a su pequeña.

—Debo irme. Gracias por mostrarme como se cocina la yuca. ¡No se qué haría sin vos! Mucho de lo que se come en estas tierras, si no sabes como tratarlo, te mata.

—No les des la exclusiva. En todas partes las ratas pueden darte un mordisco. Y por favor, no tardes tanto en venir a verme.

Amelia endureció el rostro.

—Sabéis que no es por mí culpa. Mi amo es un déspota.

—¿Amo? ¡No eres una esclava, muchacha!

—¿Vos creéis? No estoy aquí por mi gusto. Y no sólo eso, me han colocado una losa en el corazón que me impide que lata con normalidad. Sus palpitaciones están llenas de odio y solamente la venganza podrá liberarlo.

Guadalupe la apuntó con el dedo.

—Si una roca ha sido desmenuzada por el viento nadie puede reconstruirla de arena. Hazte a la idea de que lo único que tienes es esto y nada más. De ti depende que sea un futuro infernal o el mismísimo cielo.

Amelia soltó una risa profunda.

—¿El cielo?

—Sí, el cielo. Pero como eres una bobalicona, no tienes la menor idea de como iniciar el peldaño que te lleve hacia él. Ahora, en la posada, tienes la sartén por el mango. Si Ambrosio quiere que su negocio siga próspero, deberá respetarte y subirte el salario.

—¿Qué? Ese hombre mataría por un maravedí. ¡Ni hablar! No me expondré a que me despida.

—¡Quita, tonta! En la vida se le pasaría por la testa tal desatino. Es gracias a ti que El Ocelote es famoso. La mayoría de viajeros que pueden permitirse pagar un poco más que en la otra posada, acuden a ti. Y eso, querida, es muy difícil de conseguir en un andurrial como este. Así que, ponte los cojones que no tienes y plántale cara. Pide ayuda y un salario digno. Amenázalo con irte a la competencia. Ambrosio se cagará en los calzones. No dejará que los beneficios que le reportas se le escapen. Aunque, si lo pensamos bien, tienes otra

posibilidad. Puedes ofrecer tus servicios como doméstica en casa de algún gerifalte que pase por aquí camino a Tierra Firme.

—Estoy condenada a permanecer en este barrizal perdido.

—No si alguien influyente decide sacarte de aquí. Piénsalo. ¿Entendido?

Amelia esbozó una leve sonrisa. Era esperanzador ver que tenía un gran apoyo en el exilio.

—Tengo que ir a por Matilde. Nos vemos mañana en misa.

Guadalupe la vio partir con tristeza. Comprendía su amargura. Más, se juró que conseguiría que se tornara dulce.

Amelia caminó hasta la iglesia. Su presencia no fue ignorada por los transeúntes. No solía verse tal belleza. Más ella desdeñaba esos ojos cargados de lujuria y envidia. Lo único que le importaba en ese momento de su existencia era su pequeña. Conseguir que el dolor y el peligro jamás la tocasen.

—¡Madre!

—¿Cómo ha ido la escuela?

Matilde arrugó el morro.

—No me gusta.

—Pero si te sentías encantada.

—Ya no. El padre Julián me riñe porque no acierto con muchas lecciones. ¡Es qué cada vez es más difícil! No quiero volver. Ya no soy una niña. Tengo casi once años.

Amelia le tomó las manos.

—Hija. El saber es el bien que más riqueza nos aporta. Él te llevará adónde quieras. Además, no puede ser tan dificultoso lo que ese cura te enseña. Ya llegaste con las letras aprendidas. Has de esforzarte. ¿De acuerdo?

La chiquilla aseveró.

—Vamos. Tenemos mucha labor.

Matilde, durante el recorrido, no dejó de parlotear relatándole los juegos compartidos con los otros alumnos. A Amelia le parecía mentira como se habituó a ese destino tan aciago. Apenas hablaba de su vida en Sevilla. Aunque, se dijo, era lógico para alguien de tan corta edad sin apenas memoria. Y era mejor. No podía desear que Matilde sufriese del mismo modo que ella al recordar día a día lo que fue y ya no podía ser; a pesar de saber que era una tortura innecesaria.

A lo lejos vio a Nicolasa. Para saludarla efectuó un ligero movimiento de cabeza. No era conveniente que las relacionasen. Nombre de Dios no era el paraíso. Era el mismísimo averno. Allí todo valía y un error podía pagarse muy caro. Y ella se esforzó mucho para ganarse una buena reputación. Sin embargo, no podía ignorarla. Gracias a ella su viaje hacia esas tierras no se convirtió en una tortura.

Por eso, a veces, procuraba hacerle llegar alguno de sus guisos.

—¡Madre! ¡Un barco! ¡Y es enorme!

Amelia miró hacia el puerto. Por la inmensidad de la nave no dudó de que se tratara de La Flota de Indias y que se había adelantado varias jornadas. Eso significaba que debía darse prisa o tendría serios problemas con Ambrosio. Le quedaban apenas unas horas para preparar la cena para tanto marinero que acudiría a la posada. Y la despensa no estaba llena. Se pasó por la tienda de Valerio y compró algunos productos básicos, y también un capón y medio cerdo. Ambrosio habría puesto el grito en el cielo si fuese un día corriente. Sin embargo, cuando la flota llegaba debía ofrecerse la mejor comida, pues conseguía el doble de beneficios al incrementar los precios para los pasajeros poderosos que arribaban a la ciudad.

Por suerte, el posadero atendió sus ruegos y contrató a Chira, una mestiza que tenía gran habilidad para cocinar. Lo aprendió de su abuela, una castellana de Ávila que emigró junto a su marido e hijo Fausto. Éste ejerció como soldado. En una de sus expediciones se enamoró de una hermosa joven de la tribu de los Cueva, los indígenas más importantes y refinados de Panamá. De esa relación nació Chira. Por desgracia, unas fiebres terminaron con su familia española. Y al estar habituada a la vida en la ciudad desestimó regresar a la selva. Fue una suerte, pues Amelia no sabía que habría sido de su salud sin su estimable ayuda.

En cuanto cruzó la puerta, Ambrosio la miró con la misma inquina de siempre.

—Te pago para que te afanes, no para dar paseos. ¿Acaso piensas que eres una marquesa?

Por norma no contestaba al patrón. Se mordía la lengua. En esa ocasión no calló.

—Pues si no hubiese salido, no me habría enterado de que la flota ya está aquí y no tendríamos la despensa llena. Así que, guardaos vuestras riñas. Hoy os he salvado el pellejo. Claro que, como siempre, nunca me lo agradeceréis.

Él miró la cesta. Era una suerte tener a esa mujer en su posada. Por supuesto, como siempre, no expresó su satisfacción.

—¿Ya? ¡Por las barbas de Judas! —exclamó. Se frotó las manos en el delantal, como hacía siempre que se hallaba nervioso y gritó: ¡Paquita, baja ahora mismo! Y tú, ¿qué haces perdiendo el tiempo? ¡A la cocina!

Amelia obedeció. Dejó la compra sobre la mesa y sin dilación comenzó la tarea.

Sus movimientos ya no eran tan imprecisos. Siempre tuvo facilidad para aprender rápido y ya se manejaba bien con los productos tan extraños. Incluso, en las pocas ocasiones que tenía un rato libre, para

no pensar en una vida que jamás volvería a ser ni en el rostro del hombre que tanto amó y que aún perduraba en su alma, probó recetas de su invención. Y le salieron bien sabrosas. Más, hoy no era le momento propicio. Los marineros llegaban ansiosos por catar alimentos frescos y reconocibles. Un buen guiso de carne con patatas y otro de pescado, con el extra del capón asado o el cerdo, les haría relamerse los dedos. Era la única sensación satisfactoria, junto a saber que su hija estaba a salvo, que le mantenía las ganas de vivir.

Sonrió satisfecha al ver que Chira, la muchacha mestiza que la ayudaba, ya picó los tomates, pimientos y cebolla.

—Chicas, la Flota de Indias atracará en una hora.

—¿Qué hago yo, madre? —se ofreció Matilde.

—Pela diez plátanos y trocéalos. Los serviremos bañados en caramelo de azúcar. Será lo más rápido. Chira. Limpia el pescado. Lo haremos a la plancha de hierro. ¡Venga, a cocinar!

Se sentía cansado. No por el viaje. Hacía años que rodaba de un lado a otro en busca de ese sueño que lo arrancó de Trujillo y aún no lo había alcanzado. Pero no se daba por vencido. No hasta acallar a todas esas malas lenguas que desde el momento de su concepción le despreciaron. Porque su madre cometió la mayor de las ignominias y nunca dejaron de recordárselo.

—¿Cómo demonios pensaste que alguien como el Hidalgo Gonzalo Pizarro se haría cargo de ti y del hijo que acababas de tener? No, si ya tuve yo un mal bajío cuando entraste en casa. El señorito no era un santo. Sus correrías iban de boca en boca por toda la ciudad. Y si añadimos que el mozo tiene muy buena planta pues… Pero claro, la miseria olvida ciertas prudencias y fuerza a meterse en la boca del lobo. ¡En mala hora te mandé a esa casa!

Francisca, aún dolorida por el parto, no pudo evitar bajar el rostro ante su madre y que las lágrimas rodasen por sus mejillas cubiertas de sudor. Lo creyó porque su inocencia le hizo confiar en que él la amaba sobre todas las cosas y que llegado el momento se enfrentaría al mundo. Así se lo repetía una y otra vez al encontrarse entre sus brazos, sintiendo como su piel ardía, como su cuerpo temblaba, como sus ojos brillaban de felicidad al mirarla.

Fue una ilusión. Ningún hombre de posición dejaría todo por una miserable campesina que estuvo al servicio de Doña Matilde Pizarro como criada en el convento de San Francisco el Real de Coria donde profesó. Y como una perra fue expulsada por su pecado. Por fortuna, fue acogida en la casa familiar en la alquería del Berrocal.

Sin embargo, su familia no la recibió con los brazos abiertos. Todo lo contrario. Constantemente le echaban en cara su poca cabeza, sin importarles que tuviese el corazón y las esperanzas rotas. Lo único que sentían era vergüenza. Y entendía, claro que entendía. Sin embargo, no era la única que llegaba con la barriga ocupada con la simiente de un acaudalado. Ni tampoco, por desgracia, sería la última.

—Eso es, llora, mentecata. Has roto el cántaro y ya no lo llenarás con agua limpia. A partir de ahora lo único que conocerás es la miseria y el desprecio. ¡Ay Señor! Ya no nos bastaba con llenar el buche a trompicones y la muy tonta nos trae una boca más. ¿Y cómo has pensado alimentarlo? Con tu reputación nadie con dos dedos de frente te empleará como sirvienta. Nadie quiere a una mujer que se abre de piernas con tanta ligereza y encima, con un bastardo a sus espaldas. Si quieres un consejo, llévalo al orfanato —le recriminó su madre.

—No. Incluso en la estepa más árida nacen flores —gimió su hija, apretando con más fuerza contra su pecho al recién nacido.

Su madre resopló.

—¿Este bastardo una flor? ¡No tendrá el menor futuro!

—Es mi hijo, madre. Bastardo o no. Lo amo. Y no me separaré de él.

—Pues, tú verás. Nunca has sido chica con pinreles. Más bien apocada y sin fuerza de voluntad. Y no esperes que nosotros carguemos con tu error. La bolsa está vacía y no podemos permitirnos la caridad; ni aún siendo mi hija. En cuanto te recuperes, te echas a la calle y buscas trabajo. ¡Y decente! Cómo me entere que vuelves a las andadas, te doy puerta. Esta ha sido una casa muy pobre, pero honorable. ¿Entendido?

—Sí, madre.

—Bien. Clarificado el asunto, ¿cómo piensas llamar al crío? Espero que no se te ocurra ponerle el del padre, ni ninguno de tus antepasados. Eso ya sería demasiado. Francisco es una buena solución. ¿No crees?

El niño rompió a llorar.

—Parece que no estás de acuerdo, pero es lo que hay, criatura. Haber nacido en el seno de la Santa Madre Iglesia y no en el pecado. Claro que, el chiquillo parece que ha esquivado al diablo y tiene cara de angelito. De unos buenos moldes no podía salir un bodrio. ¡En fin! Dale el pecho y que deje de berrear. ¡Lo que nos faltaba! Noches en vela. Te lo advierto, Francisca. Si sale llorón, os mando al pajar. Y ya sabes que de nada te servirá acudir a tú padre al igual que antes. El pobre no se atreve ni a ir a la taberna debido a la vergüenza. Su preciosa niña lo ha decepcionado. Claro que, yo nunca puse excesivas esperanzas en ti. Siempre estuviste demasiado ufana con la belleza que Dios te concedió. Pensaste que te bastaba la apariencia para conseguir tus propósitos. ¡Error! La hermosura es más bien un castigo para las mujeres pobres. Es su ruina. Lo ha sido la tuya y también la nuestra.

—Lo siento. Creí sinceramente que Gonzalo me amaba —musitó Francisca.

Su madre hizo oscilar la cabeza de un lado a otro.

—Me amaba… me amaba. No tengo la menor duda de que seas capaz de levantar ese sentimiento en el corazón de un hombre. Más, si hubieses sido lista, habrías comprendido que el amor, a pesar de lo que digan esos poetas, no es más poderoso que el dinero, ni de las sospechas de que por la sangre de alguien corre impura. Y nosotros siempre hemos estado bajo sospecha. Hay unos cuantos que creen que descendemos de marranos e incluso peor, del mismísimo Satanás. ¡Ay, hija! ¿Por qué callaste? Si hubieses contado la situación no estaríamos ahora metidos en este embrollo. Otras como tú salieron beneficiadas.

Como Isabel, la del Palomo. Sirvió en casa de don Alfonso Montilla y no sólo se dedicaba a limpiar. Más bien a deshacer camas. ¿Y vino preñada? ¡Quiá! Fue avispada. Al dejar la casa lo hizo con una bolsa repleta y con el vientre plano. No como tú. Hay modos de evitar quedar preñada. Si en lugar ir a tu aire te molestases en buscar los consejos de tu madre, te habría dicho la manera de que la simiente de ese desalmado no diese fruto. ¡Más no! La muchacha pensó que de miserable pasaría a ser una dama noble. ¡Idiota!

Le lanzó una mirada llena de ira. Dio media vuelta y salió del cuartucho.

Francisca lloró de nuevo.

—¡Pobrecito! ¿Qué te hecho? Marcado para toda la vida. No tienes futuro. Ni tan siquiera sé si podrás llegar a adulto. Las cosechas han sido malas, nadie moverá un dedo para ayudarnos. Y si mi leche no es fuerte…

Pero sí lo fue. El niño creció sano y con gran vitalidad. Lo bautizó, contra todo pronóstico, con el nombre de Francisco Pizarro González, a pesar de que progenitor eludiese su responsabilidad alistándose en el ejército de la Corona. Ella se dedicó a ayudar a su familia en el cultivo de las tierras. El pequeño, en cuanto tuvo edad, en el cuidado de la piara de cerdos.

Los primeros años pasaron alegres para Francisco. Más, todo cambió al asimilar que era hijo bastardo de un hidalgo. Ese hecho agrió su carácter, pues era incapaz de entender cómo teniendo sangre noble cuidaba gorrinos.

—No eres el primero ni serás el último. Estás cosas pasan muy a menudo. No me gusta verte emberrinchado. Y más hoy, jueves. Quiero que me acompañes a comprar. Necesito tú opinión.

Francisco inspiró. No podía negarle nada a Gabriela. A esa chica de ojos como los zafiros y cabellos ensortijados del color del trigo maduro que le mordió el corazón emponzoñándolo de amor.

Guardaron los cerdos y marcharon hacia la plaza de Santiago.

El mercado era extenso. No podía ser de otro modo. Gracias al rey Enrique IV, en 1465 otorgó el privilegio a la villa de mercado franco y así ofertar sus productos a quién así lo desease. Uno podía comprar telas, utensilios domésticos, todo tipo de alimentos y un sinfín de cosas más; todo con garantía de calidad y precios justos. El que sisaba en el peso o aumentaba el coste, era duramente castigado por las autoridades.

—Hoy hay mucha gente —comentó Francisco.

—La primavera es lo que tiene. A la gente le gusta sacarse la escarcha que ha cubierto su ánimo. Y nada mejor que una tela nueva o fruta fresca.

—¿Telas nuevas? ¿Quién puede permitírselas? Nosotros, desde

luego que no. Pero esas —mascullló Francisco señalando a dos damas acompañadas por sus criadas personales.

Gabriela lo tomó de la mano y sonrió.

—A mí no me importa usar de segunda mano. Lo más importante en esta vida es ser feliz. Y yo lo soy.

Él apretó los dientes.

—¿Cómo puedes afirmar algo así? Apenas podemos llenar la panza, dormimos en jergones de paja vieja y apestamos a causa de nuestro trabajo. Y lo más desesperante es que, jamás podremos prosperar; por la sencilla razón de que de ningún modo nos lo permitirán. No somos más que escoria para los poderosos. Perros a los que pueden echar de sus vidas sin el menor remordimiento.

—No es cierto. Algunos han tenido la oportunidad de hacer carrera en el ejército o al ir al Nuevo Mundo.

Él se detuvo y la miró.

—¿Te gustaría que emprendiese alguna de esas aventuras?

Ella, ruborizándose, murmuró:

—No. No quiero que te marches de Trujillo.

—En ese caso, siempre seré un porquero infeliz. Te espera un futuro… Mejor diré que ningún futuro nada próspero.

—Lo único que necesito es un techo, una cama, alimentarme y tener a mí lado al hombre que amo. Y en estos momentos, una camisa nueva.

Francisco sabía que Gabriela hablaba con la verdad. Sin embargo, él era consciente de que esa vida sería idílica al principio, pero que con el tiempo la amargura comenzaría a pedir su espacio hasta acomodarse por completo en sus corazones. Y no quería eso. Pero tampoco renunciar a la chica que adoraba. Y pensó que tal vez, como ella creía, el amor ganaría la batalla. Sonrió para dejar que las brumas despejasen y se dejó arrastrar por el entusiasmo de su estimada Gabriela. Encontraron la camisa idónea, comieron las primeras cerezas y se divirtieron con los saltimbanquis. Y al atardecer, risueños, pasearon con tranquilidad hasta llegar a casa.

Al llegar la noche el ánimo de Francisco se unió a las sombras. De nuevo el resentimiento de sentirse despreciado por su propio padre lo llevaron a perderse por las calles de la villa como si fuese un perro enjaulado.

Llegó al barrio de San Miguel. A pesar de ser noche cerrada las calles no estaban vacías y en los mesones la actividad era febril.

Francisco no era asiduo de esos lugares. Más, aquella noche, su ánimo cambió de rumbo. Una extraña rebeldía lo obligaba a descubrir sensaciones nuevas que lo alejasen de esa terrible monotonía que lo dejó hundido. Abrió la puerta y entró.

El Mesón de Catalina Ramos estaba abarrotado. Mesas ocupadas

por hombres que tomaban un cazo de sopa o cocido, junto a un vaso de vino o aguardiente. Otros jugando a los dados o a las cartas; mientras las busconas pateaban el local en busca de clientes.

Sopesó el bolsillo. Unas pocas monedas que debería custodiar como si la vida le fuese en ello. Pero ya no quería ser cuerdo. Merecía, por una vez, disfrutar, hacer una locura. Y nada mejor que probar su habilidad con las cartas en esa mesa donde quedaba una vacante. Se acercó y con timidez, preguntó:

—¿Puedo echar una partida?

Los tres tipos sonrieron a la vez. Conocían al muchacho. No por trato; más bien por el oficio que ejercía. Sería fácil desplumarlo.

—Adelante.

Por lo visto, su hasta ahora mala suerte, decidió salir a pasear. De las diez partidas solamente perdió una. El dinero inicial se triplicó y optó por abandonar la timba. Pidió una jarra de vino y tras tres vasos dejó que la mujer de carnes prietas se sentase en su regazo.

—¿Sabes que eres un buen mozo? Se te ve fuerte y muy macho. ¿Verdad qué sí? —dijo dejando caer la mano en la entrepierna de Francisco. Éste, a pesar de que el alcohol le había embotado los sentidos, no pudo evitar ponerse nervioso. Nunca estuvo con una mujer. No es que tuviese dudas con respecto a su hombría. Eran las mozas las que no querían perderse entre las piernas de un porquero. Y consideró que, gracias a los beneficios de los naipes podría catar las mieles de la carne esa misma noche.

Lo cierto fue que, lo poco que pudo pagar, unido a ligera borrachez y la falta de un catre, no propició que el recuerdo fuese memorable. Su primera vez aconteció en un oscuro callejón. La mujer arrinconada contra la pared, mientras él, nervioso y excitado, sentía como era el interior de una mujer. Pero fue tan breve que, a las pocas embestidas todo terminó. Por fortuna, los únicos testigos de su vergüenza fueron las ratas.

Rabioso, se dijo que su destino era cosechar un fracaso tras otro y se juró que sería la última vez.

Sin embargo, uno se hunde en las arenas movedizas si no se aferra a un agarre y su salvación fue escapar de Trujillo.

Al pasar por la calle Merced, frente a la casa de los Pizarro, sintió en el corazón un mordisco de rabia. Les demostraría el gran error que cometieron esos cabrones al regresar a Trujillo rico y famoso. Si era listo podría hacer carrera. Y estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio para lograrlo.

—Alegra el semblante, compañero. Nos esperan unas semanas de puro disfrute. Nada de selvas, serpientes, soportar lluvias torrenciales o yacer al raso. Toca una buena mesa, una cama mullida y seca, y solazarse con una hembra. ¡Por los clavos de Cristo! En cuanto

llenemos el buche nos plantamos en el burdel y se nos quitarán todas las penas —dijo Ernesto, apartándolo de los recuerdos.

Francisco dudaba. Nunca, ninguna mujer logró borrar el recuerdo de su primer amor. Cierto era que el dolor ya no punzaba. Sin embargo, la herida continuaba allí y ninguna mujer fue capaz de curarla.

—Esto no es Darién. No estoy dispuesto a que esas busconas me peguen pústulas. Pero sí que cataré gustoso un buen festín. ¡Tengo el buche que me cruje! Ahí está la posada.

Ernesto arrugó la nariz. No era un palacio. Seguramente estaría lleno de chinches y ratas. Pero es la que les aconsejaron de las dos únicas hospederías.

Al cruzar la puerta comprobaron que sus expectativas no erraban demasiado. Sin embargo, eran mucho mejor de lo supuesto.

Ambrosio, que su olfato de posadero le había dado una gran intuición para distinguir a un paria de un señor, acudió presto.

—Señores. ¿Qué puedo ofreceros?

—Deseamos dos habitaciones —respondió Ernesto.

—Como no. ¿Por muchos días?

—El tiempo que tarde en repararse la nave de don Vasco Núñez de Balboa.

Ambrosio respingó.

—¿No es la Flota la que ha arribado a puerto?

—Pues, no. Ahora, si no os importa, nos gustaría tomar un buen vino.

El posadero no aguardó ni un segundo en complacerlos. Y una vez servidos, corrió hacia la cocina.

—No es la Flota. Es la nave de Balboa. ¡Dios sea loado! Al parecer no debían recalar aquí, pero han tenido que revisar algún desperfecto de la carabela. Dobles ganancias. Daos prisa. Pronto llegarán los demás componentes de la expedición y serán muchos.

—¿Qué expedición? —se interesó Chira.

—Al gran Balboa le ha entrado en la cabeza explorar el mar que se encuentra más al sur. Y no tengo la menor duda de que saldrá airoso; como siempre. Como tampoco que pise esta humilde taberna. Así que, esmeraros. Han de salir de aquí con la convicción de que nunca han comido nada tan delicioso. ¡Vamos! No os encandiléis.

Aunque hubiesen querido, no tuvieron tiempo. Desde que avistaron la nave la actividad en la cocina fue frenética. El cochinillo asándose en el horno, junto a patatas, cebolla y tomates, y un toque de pimienta. En la cazuela corvina hecha con una simple salsa de agua, harina de maíz y cebolla. En la olla, sopa de pollo aderezada con diferentes especias. En el fuego arroz con coco, una especialidad deliciosa de Chira. La receta era simple. Se prensaba la carne del coco y se ponía a hervir hasta que salía el aceite. Seguidamente, se echaba el agua y el arroz. Una vez cocinado, se podía aderezar con azúcar o bija.

Matilde, en ocasiones, se asomaba a las cazuelas para oler el delicioso aroma que desprendían.

—Cariño, ¿no tienes tareas que hacer? No me gustaría que el padre Julián me llamase la atención por desatender el aprendizaje de mi hija. Anda, vamos al comedor —le ordenó Amelia.

Matilde y su madre salieron de la cocina y Amelia la sentó en la mesa más alejada. Abrió el libro con rudeza. Le gustaba más cocinar que las tareas escolares. No entendía la razón de los estudios. No le serían útiles para ejercer de cocinera. No obstante, siempre obedeció a su madre y esa no sería la primera vez en contradecir una orden. Colocó el tintero y mojó la pluma. Antes de comenzar miró a su alrededor. La posada ya estaba casi llena. La mayoría de los clientes eran soldados. Matilde no sabía muchas cosas, pero sí que la gente los consideraba héroes. Descubrían nuevas tierras y luchaban contra los indios que adoraban a dioses extraños y que según contaban, eran feroces y que se comían a sus enemigos. Pero eso no lo creía. Los indios de la ciudad no eran salvajes. Por el contrario, muy amables y simpáticos; como Yerén.

Suspiró y comenzó a practicar la escritura. Aunque, en su modesta opinión, no le hacía falta. Era la que mejor escribía. Sin embargo, las cuentas se le atragantaban. Seguramente porque nunca tuvo ningún dinero que contar.

—¡Por los clavos de Cristo! Una hembra digna de mirar —exclamó Ernesto al ver a Amelia.

Pizarro paladeó el vino y la observó. Su compañero decía la verdad. No era de esas mujeres que desbordara belleza. A pesar de ello, irradiaba magnetismo. Sus ojos pardos, al igual que su cabello, junto a una piel nítida y blanca, le conferían magia. Era como si una ninfa de los bosques salió de su refugio para perderse entre los simples mortales. Cualquier hombre no habría dudado en dar media fortuna por ella.

Sin embargo, era incapaz de mirar a una mujer con los ojos del amor. A pesar de los años transcurridos continuaba amarrado a Gabriela. A la muchacha que amó con locura y cuya pobreza le impidió convertirla en su esposa. Y era consciente que era un absurdo. Bien era cierto que ya no era un porquero. Ahora era un soldado del rey. Pero era tarde. El amor de su vida ya era de otro. De alguien mucho más afortunado. ¿De qué le sirvió luchar en los Tercios bajo el mando del Gran Capitán Don Gonzalo Fernández de Córdoba? Ya desde el inicio del viaje arriesgo su vida. Fue una travesía llena de obstáculos. Tormentas, falta de agua, enfermedades y hombres muertos. Por fin llegaron a Mesina donde se unieron a un contingente de dos mil soldados. De allí partieron para tomar Cefalonia. Durante más de un mes asediaron la ciudad bajo la lluvia continúa de las flechas, aceite caliente y piedras. Vio morir a muchos de sus compañeros y a otros convertirse en lisiados para el resto de sus días.

El consuelo fue que ese horror no fue en vano. El veinticuatro de diciembre tomaron la fortaleza de San Jorge.

El próximo objetivo era ir a Tarento. Él no pudo ir. Le hirieron en la pierna y fue repatriado junto a otros heridos. La heroicidad que buscaba para ascender no fue posible.

El único consuelo era que se alejó de los cerdos. Porque, por lo demás, seguía tan pobre como las ratas. El salario como soldado no era espléndido. Más bien escaso. Apenas daba para sobrevivir. Circunstancia que, en ocasiones, lograba superar gracias a los naipes. Sin embargo, no bastaba.

Partió hacia el Nuevo Mundo en mil quinientos dos con la expedición de Nicolás de Ovando, el gobernador de La Hispaniola. Durante seis años estuvo inmerso en la conquista de nuevos territorios, venciendo a los nativos. Durante su recorrido sufrió enfermedades y la muerte de muchos compañeros. Pero nada les detenía. Eran hombres con la misión de engrandar el imperio más colosal del mundo. Y lo consiguieron. A pesar de ello, aún no se sentía satisfecho. No quería ser un mero soldado. Aspiraba a más.

Por esa causa se unió a una nueva aventura propuesta por el rey Fernando. La conquista de Tierra Firme. Lograron dos nuevas gobernaciones. Una en el Cabo de Vela y Gracias de Dios. También se apoderaron del gofo de Urabá, en Nueva Andalucía.

Más no terminó allí su aventura. En mil quinientos ocho se unió a Alonso de Ojeda, pues el rey había llamado a concurso la colonización de Tierra Firme. Ojeda recibiría la gobernación de Nueva Andalucía y su rival, Diego de Nicuesa, Veragua hacia el oeste.

Ojeda partió el diez de noviembre con trescientos hombres bajo su mando hacia la bahía Calamar. Allí toparon con indígenas y les leyeron la proclama de que debían someterse para así mantener la paz y les entregaron baratijas como recompensa. Los moradores de la bahía se sintieron ofendidos y se alzaron en armas. Los vencieron y eufóricos, decidieron perseguir a los que lograron escapar hacia la selva. Al llegar a la aldea de Turbaco ocurrió lo contrario. Los sorprendieron y prácticamente quedaron diezmados. Ojeda y unos cuantos, entre ellos Pizarro, consiguieron llegar al mar y ser rescatados por la flota.

Un tiempo después llegó Nicuesa y olvidando sus rencillas, regresaron de nuevo al poblado diezmando a la población. Después, cada uno emprendió la navegación hacia sus destinos.

Ya nombrado gobernador de Nueva Andalucía, cuya extensión era considerable. Aún así continuó expandiéndose hasta conseguir parte de la Hispaniola; más tarde alcanzó el Golfo de Urabá e hizo construir el fuerte de San Sebastián.

Más las penalidades volvieron a hacer acto de presencia. Los

alimentos comenzaron a escasear, el clima era insoportable y los indios no dejaban de hostigar con sus flechas emponzoñadas. Incluso Ojeda fue herido en una pierna y como la ayuda no llegaba, dejó al mando a Pizarro; ordenándole que si no volvía en cincuenta días regresasen a Santo Domingo.

No regresó y Pizarro dejó el fuerte junto a setenta colonos. Los restantes fueron rescatados por Vasco Núñez de Balboa.

Y no contento con estas aventuras, una vez más, se enroló en una nueva expedición junto a Balboa para alcanzar el Mar del Sur.

—Ya saciado el estómago, ahora toca vaciar la entrepierna. La tengo a reventar. Voy al burdel. ¿Te vienes?

Pizarro, mientras apuraba el vaso, negó con la cabeza. Su compañero le dio unos golpecitos en la espalda.

—Como sigas así, vas a coger mala fama, amigo. Y en estos tiempos las dudas sobre la hombría se pueden pagar muy caras. Deberías acallar las malas lenguas. No me gustaría ver cómo la Santa Inquisición te mete un hierro candente en el ano.

—Nunca conocí a nadie tan rebuscado. Anda, vete de una puñetera vez y desfógate.

Ambrosio se acercó a la mesa y preguntó:

—¿Satisfechos, señores?

—Unas viandas excelentes. Ya deseo catar la cena. Pero ahora debo irme digamos… a solazarme tras tanto tiempo en alta mar. ¿Comprendéis? —respondió Ernesto. Inclinó la cabeza y salió de la posada.

—Perdonad, señor. He de atender a nuevos parroquianos.

Ambrosio buscó mesa y vio la única libre ocupada por Matilde.

—¿Qué haces aquí? ¿No ves que la necesito? ¡Maldita chiquilla! Siempre en medio. ¡Lárgate a tú cuarto! —le espetó.

Matilde lo miró con inquina. No le gustaba ese hombre. Trabajaban sin descanso y nunca lo contentaban. Recogió las cosas y se encaminó hacia la escalera.

—Puedes sentarte aquí —le dijo un soldado.

—Madre no quiere que hable con extraños —se negó ella.

—En ese caso me presento, soy Francisco Pizarro. ¿Y tú?

—Matilde Gutiérrez.

—Pues, ya que no somos extraños, puedes sentarte, ¿no?

Ella miró hacia la cocina. Pero su madre estaba demasiado ocupada para prestar atención a lo que sucedía en el comedor. Levantó los hombros y tomó asiento.

—Y dime. ¿Qué hace una perla cómo tú en estas tierras?

—Ir al convento a estudiar —respondió Matilde con gesto hastiado.

—Entiendo. Preferirías jugar. No obstante, los estudios son muy importantes. Nos ayudan a salir de muchos apuros y nos dan grandes

oportunidades.

—¿Vos también os aburríais?

—Nunca fui a la escuela. Soy un ignorante —confesó Pizarro.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿No sabéis escribir?

—Un porquero no necesitaba de letras. Le basta con alimentar a los gorrinos. No siempre fui soldado. Como imagino que tú tampoco serás estudiante toda la vida.

—Seré cocinera, como mí madre. Aunque, no tendré un patrón antipático cómo Ambrosio. Cocinaré en mi propia posada.

Él recordó sus aspiraciones de niño. No eran muy ambiciosas. Tener un trabajo digno para poder mantener a su familia y vivir feliz. Y nada se cumplió. Pero no quería destruir los sueños de esa pequeña tan hermosa y dulce.

—Veo que tienes pretensiones a pesar de ser una niña.

—Ya soy mayor. En un mes cumplo doce años. Y sé lo que quiero.

—Eso está bien. Sin embargo, para conseguirlas debes aplicarte mucho en la escuela.

—¿De qué me servirán las letras en la cocina?

Pizarro bajó el rostro y la miró con fijeza.

—Si quieres tener tú propia taberna deberás saber que dicen los documentos de compra, hacer las cuentas para que el negocio no se arruine o anotar las recetas. Pero más que nada, porque saber leer es algo mágico. Puedes conocer historias emocionantes, terroríficas o épicas. Puede que dentro de unos años leas las hazañas que nosotros, los que ahora exploramos estas maravillosas tierras, hayamos realizado.

—Seguro que encontráis sitios fabulosos y tesoros —dijo Matilde.

Él se levantó y dijo:

—Eso espero. Anda, sigue con los estudios.

Aquel era el momento preferido para Amelia, al quedar la posada en silencio y el ajetreo de la cocina se tomaba un rato de descanso.

Se sentó bajo el carao amarillo en plena floración y dio un sorbo al zumo de piña. Cerró los ojos y se dejó envolver por el canto de los pájaros. Era una melodía tranquilizadora. Aún así, no podía tener paz. No podía obviar la injusticia hacia ella y el destino tan amargo que una mujer malvada la obligó a tomar. La odiaba. Y la certeza de que jamás podría hacerle pagar su pecado la consumía.

—Amelia.

Abrió los ojos. Esbozó una leve sonrisa al ver a doña Guadalupe.

—¡Vaya! Algo importante debe aconteceros cuando abandonáis vuestro santo santuario a estas horas.

La mujer resopló y se sentó junto a ella. Se secó el sudor de la frente y soltó un gran suspiro.

—Traigo una noticia que no va a gustarte.

—Dudo que estas tierras puedan traerme alegrías —dijo Amelia, llenándole un vaso de zumo.

Guadalupe lo apuró de un solo trago y lo dejó en el suelo. Carraspeó incómoda y dijo:

—No concibo como sigues tan negativa, mujer. Tienes un empleo decente, una hija preciosa… Pero a lo que vamos. Hoy ha llegado un barco de Darién.

—Lo sé. He dado buenas viandas a media tripulación. ¿Y?

—Balboa ha comido en casa del alcalde. Por cierto, ha alabado mi buen hacer. ¡No sabes cómo se ha chupeteado los dedos con mi cordero con salsa de pimientos y aji! Y digamos con mí…

—Doña Guadalupe, soy consciente de que deseáis contarme lo fabulosa que ha sido vuestra cocina, pero por favor, id al grano —la interrumpió Amelia.

—Si, claro… Bien. En Darién ha habido un brote de fiebres. Ha muerto bastante gente y uno de esos desgraciados ha sido… Doña Acuña.

El semblante de Amelia se tornó blanquecino. Ahora entendía la razón por la que no cumplió su promesa; como también que su esposo no se molestaría en prestarle su ayuda. Nunca saldría de Nombre de Dios.

—Lo siento, muchacha. Sé las ilusiones que tenías por ir a un lugar un poco más civilizado. De todos modos no debes preocuparte. Te has labrado una fama muy buena, tanto como la mía. Nadie se atreverá a ponerte una mano encima. Y mucho menos el cabrón de Ambrosio.

Sin ti su negocio se iría a la mierda.

—No. No solo era eso, doña Guadalupe. Tenía la esperanza, a pesar de haber transcurrido ya tanto tiempo de que doña Acuña me ayudase a que la injusticia que sufrí se solventara y pudiese regresar a casa. Pero eso ya no será posible a causa de la maldita Muerte. Ya no —sollozó Amelia.

Guadalupe la estrechó entre sus brazos.

—Criatura. El hombre propone y Dios dispone.

—Pues… Dios debe odiarme para… otorgarme tantas penas. ¿Qué le he hecho? Siempre he intentado ser una buena cristiana, ganarme el sustento con el sudor de la frente, ser una buena esposa y hecho lo imposible para educar a mi hija.

—No te odia. Más los caminos del señor son inescrutables. Estoy convencida que estas pruebas son para llevarte a un destino maravilloso.

—No me quedan esperanzas, ni ganas de luchar —musitó Amelia.

Guadalupe soltó un gruñido.

—¿Y tú hija? ¿No te parece importante? Ella te necesita, no lo olvides. Así que, deja de gimotear como una criatura y compórtate como una mujer. Has de meterte en la cabeza de una maldita vez que este es y será tú hogar. Y por ello debes adaptarte e intentar que el resentimiento no te impida crear una nueva familia donde la tristeza quede bien lejos. Matilde no puede crecer viendo como su madre se consume por algo que no puede solucionar. Amelia, aunque el día este nublado el sol sigue allí. Solo deja que la niebla se despeje y vive tú vida.

—Eso quisiera hacer. Sin embargo, esa mujer me lo impide.

—¿Soñabas con vengarte, no? Pues tú mayor venganza es pisotearla con tu felicidad —le aconsejó Guadalupe.

Amelia se deshizo de su abrazo.

—¿Lo decís en serio? ¿De verdad pensáis que soy dichosa?

—Podrías serlo si olvidaras. Por la posada han pasado hombres de prestigio, soldados destacados e incluso funcionarios que han solicitado tú mano. ¿Y qué has hecho? Despreciar una vida que podría ser relajada y cómoda.

—Sabéis la razón.

—Un motivo del todo desatinado.

—¿El amor os parece baladí?

—El amor del que hablas está bajo tierra y tú corazón late.

—Nunca podré sentir afecto por otro hombre.

—Los sentimientos son diversos. Los latidos de nuestros corazones nunca se mueven con el mismo compás. A veces son desbocados a causa de una música apasionada y otros se mecen a un suave ritmo. Y todos ellos son igual de honorables. Querida Amelia. No te niegues a

sentir de nuevo esa música que nos hace sentir que la vida merece la pena. Eres una mujer fuerte, lo has demostrado. Y aunque sé que las ganas de vivir muchas veces se debilitan; también que es verdad que los muertos no te llevan a ningún lado. El pasado es el pasado y hay que mirar al frente. ¿De acuerdo? Siento tener que irme pero al alcalde no le gusta esperar.

Amelia permaneció cabizbaja. Tenía razón. No obstante, se sentía como una rama mojada incapaz de prender fuego. Ya no le quedaban arrestos. Y de nuevo se sumió en un llanto desgarrador.

—¿Os puedo ser de ayuda? Os aseguro que cualquiera que os haya ofendido conocerá mi ira.

Amelia, enjuagándose el llanto, negó con la cabeza.

—¿Qué podríais hacer contra el Destino?

Francisco se mordió el labio al recordar cómo le plantó cara cuando su madre se casó y trajo al mundo otra criatura. Un medio hermano que, paradójicamente, bautizaron con el nombre de Francisco Martín de Alcántara. Un hecho que ahondó más en el poco aprecio que tenía por si mismo. Y no era una apreciación gratuita. Su madre consideraba que el nuevo vástago nacido en el Santo Matrimonio, debía prevalecer en derechos al bastardo.

Pero estaba decidido a cambiar esa situación. Se dijo que si el futuro no ofrecía mejores perspectivas él se encargaría de darle una pincelada de belleza. Deseaba convertir a Gabriela en su esposa. No era una meta imposible. Durante muchos años, a pesar de ser un miserable porquero, le demostró su amor. Y esa misma noche lo sellarían para siempre.

Cerró a la piara y se encaminó al mercado. Durante meses ahorró lo que pudo, pues quería comprarle algo bonito para tan solemne ocasión.

Rechazó cualquier objeto de segunda mano. La que iba a ser su mujer, al menos una vez en la vida, se merecía un buen regalo. Así que, tras vagar de puesto en puesto durante casi una hora se decantó por una tela fina. Podría confeccionarse algo hermoso para el día de su boda.

Satisfecho regresó a casa. Llenó una tina y se lavó concienzudamente para apartar el olor a cerdo que parecía impregnado en su piel. Sin embargo, era una meta imposible sin ese maravilloso jabón exclusivo para los poderosos.

Resignado, se secó y se puso la única muda que poseía. Arregló sus cabellos y perfiló la barba. Estaba preparado para el momento más importante de su vida.

Nervioso le hizo la pregunta más importante al ser que más adoraba y Gabriela aceptó.

Antonio y Enrique, sus hermanos, al conocer sus intenciones, se

enfrentaron a él.

—¡Tú! ¡Cabrón! No te acerques a Gabriela o juro que te matamos —gritó Antonio.

Francisco cerró la puerta de la porquera y se enfrentó a ellos, y aseguró que Gabriela sería su esposa.

Los dos hombres, enfurecidos, avanzaron hacia él. Sin apenas darle tiempo a reaccionar Antonio le asestó un puñetazo en la nariz. Un crujido se escuchó, al tiempo que la sangre comenzó a manar. A pesar de ello, Francisco no se achantó. Intentó devolver el golpe. Más, dos contra uno era una lucha perdida. Y la perdió. Los hermanos de Gabriela se dieron por satisfechos y se fueron. Francisco quedó con parte de la nariz quebrada, dos costillas rotas, los ojos tan hinchados que apenas podía abrir y dos dedos de la mano fracturados.

—Esto no es más que un aviso. Si insistes, te matamos. ¡Apártate de nuestra hermana, hideputa!

Francisco, con los ojos deformados, los vio marchar. Con un esfuerzo intentó levantarse. Le fue imposible. Le dolía cada centímetro del cuerpo.

Una hora más tarde, a rastras, logró entrar en casa.

—¡Ay, Señor! —jadeó su madre al verlo. Corrió hacia él y como pudo, lo alzó—. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Nada? ¡No me vengas con esas! ¿Quién ha sido?

—Los hermanos de Gabriela. No quieren que me case con ella.

Su abuela, en lugar de apiadarse, dijo:

—Traer al mundo a un bastardo no reporta nada bueno. No, señor. Hija, te lo advertí y no me hiciste caso. Estas son las consecuencias. Ni siquiera puede tener aspiraciones hacia una campesina. Muchacho, métete en la testa que jamás te querrá nadie. ¡Nadie!

—Eso no es verdad. Gabriela me ama —replicó su nieto.

—¿Y de qué sirve una noria si no hay agua? Esos te han cortado el caudal. A la vista está de qué nunca, me oyes bien, nunca te entregarán a esa chica. Nada tienes para ofrecer. Cuanto antes lo entiendas, mejor. Ahora vayamos adentro e intentemos arreglar este desastre.

Francisco, de bien niño se juró que jamás lloraría. Sin embargo, la vida le había arrebatado la única luz que podía aportarle felicidad y dejó que el dolor se derramase.

Horas después, al pasar la pena, dio paso a la rabia y se juró que no permitiría que nadie más volviera a someterlo. Les haría pagar una por una sus afrentas. Marcharía bien lejos a buscar un futuro mejor y ese futuro se encontraba en el ejército. Y al regresar, recibirían la ira de su venganza.

Una vez restablecido, se encaminó hacia el centro de la villa.

Al pasar por la calle Merced, frente a la casa de los Pizarro, sintió en el corazón un mordisco de rabia. Les demostraría el gran error que cometieron esos cabrones al regresar a Trujillo rico y famoso. Si era listo, podría hacer carrera. Y haría cualquier sacrificio para lograrlo. Al igual que esa mujer y así se lo dijo.

—Mi señora. Todos los que estamos aquí lo hemos desafiado.

Ella dibujo una media sonrisa cargada de tristeza.

—Muchos no por voluntad propia.

—¿Y pensáis que todos hemos llegado a estas tierras por decisión? No, mi bella dama. Siempre hay un aguijón que nos muerde y que nos obliga a modificar lo que creíamos una realidad inmutable para poder sobrevivir a su veneno. Y yo, y vos, aquí estamos con la frente levantada en busca de un porvenir. El Destino no nos ha hundido.

—Por el momento.

—Deberíais ser más optimista.

—Os aseguro que ya no me quedan motivos.

—Sois joven, hermosa y ejercéis un oficio que es alabado por todos los comensales que han posado hoy por la posada. Puedo aseguraros un futuro halagüeño.

—Si difícil es en España para una mujer sola con una huérfana de padre a su cargo, imaginad en estas tierras abandonadas de la mano de Dios con unas leyes duras y a veces del todo desproporcionadas. He sido testigo de grandes atrocidades. Indígenas colgados de un árbol, amputaciones por robar una simple patata, buscadores de oro que han perdido la vida por un sueño, hombres matándose por un insulto… No, señor. Este lugar se parece mucho al infierno.

—En eso erráis. Precisamente aquí se generan las grandes oportunidades si uno es fuerte y listo, y vos las aprovecháis valiéndoos de vuestra increíble habilidad entre los fogones. Os habéis ganado el respeto.

—Flaco favor si es a causa de unos fogones —suspiró Amelia.

—Un trabajo bien hecho, sea cuál sea, siempre dignifica.

—¿También vos os sentís recompensado?

Él confirmó con la cabeza.

—Por supuesto. Participé en grandes expediciones y aporté a la Corona nuevas tierras. Y puedo vislumbrar que mi futuro aún será más glorioso. No os quepa la menor duda.

Amelia se levantó.

—Soñar es gratis.

—Lo es. Sin embargo, hay que materializar esos deseos para poder hacerlos realidad. Yo me he puesto a ello y en unos días partiré. Un nuevo mar me espera al final del camino.

—Os deseo suerte. Y hablando de sueños, me retiro. Mañana me levanto antes del alba. Os agradezco vuestra compañía, señor…

—Francisco Pizarro. Siempre a vuestro servicio, encantadora señora. Que descanséis bien.

Matilde cuando el ocaso comenzó a dar paso a las sombras, regresó a la posada.

—Han traído esta carta para ti. Pensé que tras lo que hiciste no te quedarían amigos —le dijo Ambrosio.

Ella se la arrancó y sin mediar palabra se fue a la habitación. Con impaciencia abrió el sobre, sacó la misiva y leyó con ansia.

"Estimada Amelia:

Espero que al recibo de ésta te encuentres bien al igual que Matilde. Me alegró mucho saber que tú trabajo está siendo recompensado y que la fama de tú cocina se extiende entre los viajeros. Siempre supe que saldrías adelante dadas tu fortaleza y bondad. Yo no tengo tanta suerte en cuestión de salud. Los huesos me están matando. Lógico. Ya no soy una jovencita. En unas semanas me planto en los sesenta. Liberta, ya sabes, la lavandera, a sus setenta sigue al pie del cañón. Es más fuerte que un toro. Yo sin embargo, gracias a Dios que me ha otorgado unos retoños tan compasivos, ahora vivo a costa de ellos; puesto que me es imposible seguir trabajando. Me tratan como si fuese que una reina. No pueo decir lo mismo de la pobre Hortensia. Su amo la echó al ver que ya no rendía y ninguno de sus familiares la acogió. Ahora es una pedigüeña al pie de la catedral. Por el contrario, Lola es afortuná. Una tía de Andujar murió dejándola de heredera. Ahora se ha ido pa allí y es dueña de una finca de viñedos y olivares. También debo informarte de que Fermín ha cerrado el comercio para irse con su hija a Toledo. Ahora lo regenta un tal Ángel Pérez. Y sus precios han subido cómo el humo de la mayor de las hogueras. Sin duda, es un cristiano nuevo. En cuanto a los marinos y soldados que llegan de esas lejanas tierras, se ve de too. Unos con los bolsillos repletos de oro y otros con el rabo entre las piernas. Aunque, éstos se dejan ver poco debio a la vergüenza del fracaso; por lo que la mayoría de soñadores siguen creyendo a los afortunados de que irse de colonos es la mejó de las determinaciones.

Esto ya no es lo que era. La calle se está llenando de gente nueva y puedo decir con seguridá que no son na agradables. Apenas te hablan dos palabras y no llames a su puerta pa pedir ná. Los buenos vecinos san terminao.

¡En fin! Esto es lo principal que pueo contarte de mi monótona vía. En cuanto a lo que ya sabes, no me gusta darte noticias de ella. Sé que truncan tu tranquilidad. Pero me pediste que siguiese su vía y lo hago. Por ello he de decir, muy a mi pesar, que ahora se ha casao con un jerifalte de la Casa de la Contratación. Uno de esos que controla la llegada de los tesoros para la Corona. Pueo imaginar lo que debe hacer o esa tiparraca no hubiese puesto los intereses sobre él. Seguro que ahora anda nadando más en oro que antes de matar a su marío.

¡Ay, Amelia! La justicia es ciega, sorda y muda. Los buenos de corazón son castigados y los que tienen el alma negra, recompensados. Pero seguro que Dios terminará por darle su merecido.

Querida Amelia. No te hagas mala sangre. Céntrate en tú futuro y en Matilde; que es lo verdaderamente importante.

Y sin más, recibe un fuerte abrazo de tú amiga Gertrudis, que te quiere".

Matilde, rabiosa, arrugó el papel. ¿Cómo era posible que esa víbora tuviese tanta benevolencia Divina? Y se dijo que si el Señor no repartía justicia ella, de un modo u otro lo haría. No importaría lo que tuviese que hacer.

Pizarro junto a su mejor amigo saboreaban con gusto el estofado.

—Esa cocinera ha sido bendecida por la mano de Dios. ¡Jesús! Saben a gloria estas cosas tan raras. Ha provocado en mí el pecado de la gula. Me tomaría un plato tras otro hasta reventar.

—Les llaman patatas.

—Lo que sea. Pero comería una tonelada. Después de una semana de catar estos manjares, el viaje a manos de esa calamidad de cocinero resultará una condenación. Espero que tarden en reparar la nao —dijo Ernesto.

—Así es —confirmó su compañero.

—¿Sabes? Este andurrial no es tan espantoso cómo a primera vista nos pareció. Buena comida y hembras que saben ejercer su oficio. Anoche, juro que obtuve más placer que en años en Ciudad Real. Tal vez esas rabizas han aprendido de esos salvajes. Me hicieron cosas que… Mejor vienes esta noche vienes y verás que no miento.

—Como dije, no estoy dispuesto a pillar gonorrea, amigo mío. Quiero regresar vivo o de una pieza a Trujillo —refutó Francisco, mientras observaba cómo Amelia se desprendía del delantal y salía al exterior.

Ernesto ladeó la cabeza al tiempo que sonreía.

—Ya veo. Pero, por lo poco que llevo aquí, puedo asegurar que esa hembra tiene el cerrojo puesto. Es de lo más decente. Encauza tu cipote hacia otro lado o no catarás coño, tal vez en meses. Y… —Calló al ver que Francisco apartaba la silla con brusquedad y se levantaba —. ¿Qué ocurre? ¿Adónde vas? ¡Francisco!

Él no respondió y a grandes zancadas fue tras ella.

Amelia, como cada tarde, cuando el trabajo en la cocina lo daba por concluido, se acercaba al rincón más recóndito de la playa dónde nunca acudía nadie a esas horas y disfrutaba del atardecer en soledad, sin pensar en nada; solamente perdiéndose en la maravilla que la Naturaleza le ofrecía.

—¿Os importuno?

Ella ladeó la cabeza y sonrió al hombre que en los últimos días se convirtió en el confesor al que contaba lo que su dolorido corazón sentía. Francisco era educado, cortés y noble. Virtudes que escaseaban en el género masculino en esas tierras olvidadas de la mano de Dios.

—Vos nunca. Sentaos y disfrutar de esta puesta de sol. No veréis otra igual. Este sumidero, a veces, nos deja ver un poquito de cielo.

Francisco se acomodó y la miró fascinado.

—Vos sí que sois un cielo. El paisaje más hermoso que he

contemplado. Amelia, habéis logrado que mi desilusión ya no exista. Me habéis curado el corazón —dijo. Y no mentía. Amelia le inyectó su dulzura para borrar la amargura del recuerdo de su amor perdido. Ahora su alma encontró a su gemela.

—Señor, os pido que, a pesar de estar a solas, no me habléis así. No es correcto, ni oportuno.

—Amelia. Sé que vuestro ánimo está herido. Pero dejadme demostraros que no de muerte. Yo puedo ser el remedio para volver a haceros feliz.

—Sabéis que nunca lograré la dicha ni la paz necesaria para complacer a un hombre. No sin que el mundo conozca mi verdad y los que me enviaron a esta vida paguen.

—Y lo conseguiréis —aseguró Francisco.

—No podré. Nunca podré salir de esta cárcel —musitó ella.

—Con mi ayuda, sí. Estoy dispuesto a regresar a España con vos en cuanto retorne de la expedición.

—Soñáis. Nunca dejarán que una rea no pague su crimen. Estoy sentenciada a morir en estas tierras y sin opción al indulto.

—Podéis liberaros si lo hacéis con un nuevo apellido.

—¿Sugerís que falsifique mi identidad? —se escandalizó Amelia.

—¡Por Dios, señora! Un hombre cómo yo nunca os induciría a quebrantar las leyes. Hablo de algo legal. Hablo de casaros.

Ella negó con la cabeza.

—El matrimonio para mí es un sacramento sagrado. Nunca lo utilizaría para mis intenciones de venganza. No podría mentir ante Dios.

—Sé que apenas nos hemos conocido hace seis días. Sin embargo, es tiempo suficiente para mí corazón. Sé que sois el alimento que mi alma necesita. Sois para mí la verdadera riqueza de estas tierras. El tesoro que busqué. Amelia. Dejad que forme parte de vuestra vida, que sea vuestro protector, vuestro esposo, vuestro amante. Dejad que en estos días os demuestre mi devoción y comprenderéis que soy la otra mitad que os falta.

—Hay sentimientos que deben cocinarse a fuego lento, mi señor.

—O en ocasiones caer en un gran incendio. Y vos habéis demostrado, en tan poco tiempo, que no os soy del todo indiferente; puesto que habéis puesto vuestra confianza en mí contándome vuestras penalidades esperando que no os rechace y sea comprensivo.

Era cierto. Le agradaba. Era un hombre respetuoso, honrado, de físico agradable y con un prestigio que engordaba día a día. Ninguna mujer lo rechazaría. A pesar de ello, jamás podría entregarle su corazón. Éste permanecía atado a su adorado esposo. Y sin embargo, era tanta su soledad y miedo a morir sin reparar el honor de la familia que comprendió que él era su única solución. No volvería a tener una

oportunidad semejante.
—¿En verdad queréis qué, con mí reputación, sea vuestra esposa?
—Allí lograremos que el verdadero criminal pague y seréis recompensada. Haré lo que sea por vos, mi bella Amelia.
—Estáis comprometiéndoos a un fin nada agradable, señor.
—Si con ello sois mía, nada importa. Convertiros en mi mujer es lo qué más deseo, mi bella señora. Y en cuanto a vuestra fama, en verdad no me importa. Mi corazón sabe que sois inocente.
—¿Y si acepto en verdad regresaremos a España? Puede que cuándo consigáis lo anhelado, olvidéis vuestra promesa.
—Juro por mi honor que os sacaré de esta ciudad. En el mismo día que pise Nombre de Dios, tras el éxito de la expedición, nuestra unión será sagrada. Seré vuestro marido. Volveremos a España. Yo con honores por el descubrimiento y unos buenos caudales. Seré nombrado hidalgo y viviremos sin apuros. Y por supuesto, para reparar vuestra honra arrebatada con injusticia.
—¿Y tampoco os importa que sienta por vos aprecio, pero no amor?
—Por ahora me basta. Sé que cuándo estemos en el altar las promesas que haréis serán veraces; porque acabaréis amándome. Decidme ahora. ¿Queréis ser mi esposa?
Amelia ladeó el rostro y se concentró en el horizonte teñido de carmín. ¿Estaba dispuesta a olvidar sus principios y casarse con un hombre que no amaba para conseguir su venganza? ¿O por el contrario rechazar tan magnífica oferta y continuar cómo una esclava en esa tierra que era un infierno? Su lógica le decía que debía rechazarlo. Su agonía aceptarlo. ¿Y si optaba por el matrimonio sería capaz de sobrellevar entregarse a él en el lecho a cambio de conseguir su redención? No podría negarle el derecho cómo esposo. No a un hombre tan generoso. No sin antes estar segura.
—Ya veo —musitó Francisco. Se levantó y ella lo retuvo.
—Besadme —le pidió.
Él parpadeó desconcertado.
—¿No lo deseáis?
—Sueño con ello desde hace mucho tiempo.
—¿Os parece mucho tiempo cinco días?
—El deseo no atiende a la tiranía de la arena del reloj.
Ella le acarició la mejilla.
—Pues esa arena os dice que la espera ha terminado. Es momento de cumplir vuestra ansia.
Francisco no dudó más. La agarró de la nuca, bajó el rostro y sus labios se posaron sobre los de ella.
Amelia esperó rechazo e incluso repugnancia. Por el contrario, la boca de Francisco le proporcionó sensaciones inesperadas. De nuevo su cuerpo sintió deleite, ardor, ansia. Pero sobre todo, la necesidad de

ser de nuevo mujer. Y no protestó cuando él la apretó contra su pecho. Ni al recorrer sus manos la espalda en busca de las tiras. Tampoco al caer la camisola. Él bajó el rostro y su boca voraz se apoderó de uno de sus senos.

Ella pensó que debería detenerlo. Cometía una locura de la que más tarde se arrepentiría. Pero la vida le enseñó que no existía un mañana seguro, que el presente era lo que en verdad importaba. Y llevaba demasiado tiempo con el frío en la piel. Dejó que continuase recreándose en sus senos, en su boca y gimió complacida, retorciéndose bajo su peso al notar su dureza.

Él, animado por su entrega, le alzó la falda e introdujo la mano entre sus piernas. La acarició y volvió a besarla con avidez mitigando los gemidos entrecortados de Amelia al acometerla el clímax.

—Siempre supe que erais una mujer fogosa —cuchicheó Francisco.

Lo fue, aunque siempre bajo el dominio de las caricias de su esposo, no de otro hombre. Y ahora descubría que podía gozar con un extraño sin que su corazón necesitara de sentimientos y no tan sólo eso, deseaba con fiereza que la colmara por completo, y sin el menor pudor le bajó los calzones.

—Esto no es correcto ni decente, pero estoy ardiendo. Sofocad mi fuego, mi señor —jadeó, tomando entre las manos su masculinidad erecta.

—Os adoro. Me muero por poseeros —dijo él, ronco.

—Pues hacedlo de una vez o moriré de ansiedad —le pidió ella, con la respiración agitada.

Francisco no lo dudó. La penetró de un solo golpe. Ella cerró los ojos y suspiró complacida ante los envites. Y de nuevo el placer casi olvidado la inundó junto al de su amante.

Matilde no dejaba de mirar, a pesar de ser consciente de que Yerén nadaba cómo un pez. No cómo los españoles que emprendían un viaje peligroso para cruzar el océano sin saber mantenerse en el agua. La temían tanto que nunca se cruzaron con uno de ellos que osara darse un baño. Lo cuál les era muy favorable para sus propósitos.

Yerén por fin emergió y suspiró.

—¡Te has vuelto loco! ¿Por qué tardas tanto en salir? Algún día te ahogarás.

El muchacho avanzó hacia la orilla mostrándole la bolsa.

—Si se quiere algo hay que arriesgarse. Pero no sé porque te preocupas tanto. Soy un chico fuerte y gran buceador.

Matilde lo observó. Tenía razón. Ya no era ese chiquillo quebradizo y menudo de meses atrás. Ahora el tiempo lo transformó en un joven alto, fornido y hermoso. Aún así, no podía evitar angustiarse cuando buceaba. Si le ocurriese algo, ella también moriría.

—No hay que confiar en el mar. Es traicionero. Y tú lo sabes.

—Pues, confía en mí. Mira. Hoy traigo un buen botín. He contado una docena.

—Ya veremos que nos encontramos. A ver si hay suerte.

Yerén se sentó junto a ella y le entregó la bolsa. Matilde extrajo las ostras, cogió el punzón y abrió una. Hurgó la carne y sonrió al dar con la perla.

—Pequeña, pero perfecta —dijo Yerén.

—Anda. Dame una. A ver…

Obtuvieron el mismo resultado. Doce perlas menudas, pero de esfera perfecta.

—Ya tenemos una cantidad considerable. En unos años cumplimos el sueño y si damos con una enorme, nos pagarán tanto por ella que levantaremos la mejor posada —dijo Yerén.

—¡Años! —suspiró Matilde.

—No seas impaciente.

—¿Cómo no serlo en esta situación? Madre se mata a trabajar por culpa de ese maldito posadero que le paga una miseria y apenas puede ahorrar.

—Por eso estamos buscándonos la vida para tener un buen futuro los dos. Bueno, los tres —dijo Yerén colocándose los pantalones.

—Madre no querrá trasladarse a otro lugar de Tierra Firme. Está empeñada en regresar a Sevilla —refutó ella.

—No puede.

—Lo sé. Pero es tozuda. Buscará la manera de esquivar la ley.

—Una meta imposible. Es mejor que le hagas ver la realidad de una vez.

—Pues, eso quiere decir que tampoco podrá salir de aquí. ¿Verdad?

—Eso me temo.

—Entonces, yo tampoco me iré. No dejaré a mi madre sola.

—El futuro está por ver. La cuestión es que no nos dejemos llevar por la pesadumbre. Nosotros no pasaremos el resto de nuestra vida sirviendo a los demás. Estoy harto de cargar fardos, barrer la iglesia y esquivar las insinuaciones del padre Manuel para que tome definitivamente los hábitos. Tengo que largarme o me veo dando misa. Seremos libres y dueños de nuestro destino. En España, aquí o en Venezuela —aseguró él.

—¿Si, verdad?

—Tenlo por seguro. Buscaremos el modo de escapar de esta cárcel.

—¡Uy! Casi anochece. Mi madre me matará. Tengo que irme. Nos vemos mañana —dijo Matilde. Le estampó un beso rápido en la mejilla y echó a correr.

Llegó a la fonda exhausta y con el cabello empapado.

—¿Dónde te has metido? La posada está a reventar y la cena está a punto de ser servida y nos faltan manos. ¡Venga! ¡Date brío!

—He ido a refrescarme a la playa con Yerén.

Amelia dejó la olla en la mesa. Tomó el mentón de su hija y la obligó a mirarla.

—Cariño. No es prudente que vayas por ahí al igual que antes y mucho menos que te vean tanto con Yerén a solas. Pronto dejarás de ser una niña. ¿Comprendes?

—¿Qué puede haber de malo? Somos amigos.

—Lo sé. Aún así, deberías distanciarte o al menos, no dejarte ver tanto con él en público.

—¿Por qué?

—Mira. No tengo nada en su contra. Es un buen chico. Pero mestizo y tú una jovencita que muy pronto será casadera. Tienes que mantener tú reputación.

Matilde parpadeó perpleja.

—¿Casarme? ¡Tengo doce años, madre!

—Yo tenía catorce y contraje nupcias, y quince cuando viniste al mundo. Pero no tengo la menor intención de entregarte a tan tierna edad. A no ser que te sientas enamorada. ¿De acuerdo? Aún así, la relación con Yerén no es ya aconsejable. Al menos, una tan íntima a vuestra edad. Él ya ha cumplido los quince. En su cultura ya es un hombre. Entiéndelo, querida.

—¿Qué cultura? Él ha crecido como cristiano, madre. En la vida ha convivido con los indígenas. Por otro lado, es hijo de un hidalgo. Y si no está con él es porque desapareció en una expedición. No se sabe si

vive o ha muerto. No lo olvidéis.

—Aún así, mejor hazme caso.

Matilde asintió. Sin embargo, no tenía la menor intención de separarse de Yerén. Después de su madre era la persona más importante de su vida.

—Voy a cambiarme.

Subió al cuarto, apartó una piedra de la pared y puso en el saquito el tesoro encontrado hoy. Se cambió de vestido y bajó a servir.

—Lleva esto a la mesa cinco.

Matilde obedeció.

—Vuestro estofado, soldado. Espero que lo disfrutéis.

El hombre la miró con fijeza. Era una hembra preciosa aún a medio hacer. Una perla en medio de esa mierda de lugar. Alargó la mano y la aferró por la cintura.

—Tú si que eres un bocado exquisito. Preferiría deleitar mi paladar contigo, preciosa. Dime. ¿Cuánto quieres por abrirte de piernas y probar mi polla? Te daré el doble si me aseguras que seré yo quien te rompa el virgo. Eso si aún lo conservas. Una joya cómo tú ya debe de haber recibido buenos dineros de otros. ¿Y bien? ¿Qué dices?

—¡Soltadme! —gritó Matilde.

Él se llevó una mano a la bolsa y la zarandeó.

—Niña. No me seas desabrida. Te pagaré bien y si me complaces en todo, recibirás una buena propina.

—Os digo que me dejéis —siseó Matilde

—Ha dicho que la soltéis.

El soldado miró al hombre panzudo y levantó la mano en un gesto de desprecio.

—Este asunto es entre ella y yo. Vos no os metáis. ¡Largaos!

—Me meto porque soy el dueño de esta hospedería. Y aquí no ejercen rameras. Mis empleadas son intachables. Gozan de gran honorabilidad. Este es un local respetable. ¿Os queda claro, soldado? Así que soltad a la chiquilla o llamo al alguacil y os acuso de asaltacunas. ¿Qué os parece? —siseó Ambrosio.

El hombre obedeció al instante.

—Está bien. No hay que ponerse así. Uno es recién llegado y no conoce las normas del lugar.

El posadero apuntó con el dedo a cada uno de los presentes.

—Me pongo cómo me sale de los cojones. Y escuchad bien. Eso va por todos. Aquí usaréis las manos para sujetar la cuchara o el vaso. Si queréis jincar al otro lado del puerto está la mancebía. ¿Entendido? Pues eso. A comer y disfrutar de las viandas y caldos; que es lo que se ofrece en la mejor posada de Nombre de Dios.

Amelia miró incrédula a su patrón.

—¿Qué?

—Yo… Os doy las gracias por ayudar a mi niña.

—¿Por qué razón? Lo único que he hecho es salvaguardar mi negocio. ¡Venga! ¿Por qué estás parada? ¡A la cocina!

Ella suspiró hondo. Por fortuna, en cuanto llegase Francisco se liberaría de Ambrosio. Se acercó al fuego y removió el guiso, mientras pensaba en la nueva vida que le aguardaba. Un nuevo marido al que entregó el corazón, a pesar de creer que nunca más volvería a amar. Y no solamente eso. También la hizo revivir entre sus brazos. El soldado resultó ser un gran amante. Antes de partir le hizo probar las mieles del placer en muchas ocasiones haciéndole perder la sensatez. Se comportaron cómo dos criaturas ansiosas por fornicar y lo hicieron en cualquier parte, de maneras distintas y cada una de ellas, muchas de las cuáles le eran desconocidas, le inyectaban más y más placer.

Amelia no sabía decir si aquello era puro placer o amor. Lo único de lo que era consciente era de que jamás sintió nada parecido con su difunto esposo. Y pensó que la Vida, por fin, decidió entregarle unas migajas de felicidad y de esperanza. Por suerte, su mala cabeza no tuvo consecuencias y no se encontraba preñada. Eso habría complicado de nuevo su existencia. Todo seguía igual que antes de caer de nuevo en las garras del amor. En poco tiempo su explorador regresaría, se casarían y la llevaría de nuevo a Sevilla para cumplir la venganza que continuaba carcomiéndole el alma. Porque en la última misiva que escribió Gertrudis le informó que la vizcondesa había resurgido de las sombras donde la hundió su difunto marido y que su vida era una constante fiesta. Ella se encargaría de que terminase como la peor de las pesadillas. Esa mujer conocería el verdadero infierno.

—¿Por qué sonríes? ¿Es qué eres boba? Ese hideputa te ha gritado una vez más —dijo Paquita.

Amelia dejó caer con fuerza el cuchillo sobre el cuello del pato.

—Porque Ambrosio ha defendido a mi niña.

—No te me subas a la parra, cielo. Si lo ha hecho, ha sido por algún interés. Ese no hace nada de balde.

—Aún así, es de agradecer.

—Pues, a partir de ahora, esto puede repetirse. Así que, deberás atar corto a tú niña. Se está convirtiendo en una muchacha realmente hermosa. Su aspecto se asemeja más a una jovencita de quince años que a una chiquilla. Es un bocado apetitoso para cualquier hombre. Y ya sabes que por aquí la moral se esconde en las esquinas. No digo yo que le ocurra nada, pero nunca se sabe. Es mejor prevenir. ¡En fin! Lo dicho. Ponle coto a tanta libertad que le has dado, en especial en dejarla ir a todas partes con Yerén sin vigilancia o puede que algún desalmado barrunte que Matilde no es decente.

—¿Qué burrada es esa? Esos chicos son cómo hermanos.

—Pero no lo son. Ahora se han convertido en dos jóvenes hermosos. Y ya se sabe cómo las gastan los jovencitos en cuestión de la carne. Una broma, un roce y sin darse cuenta, ¡zas!, la barriga hinchada.

Paquita no erraba. Matilde, en muy poco tiempo, se convertiría en una joven muy hermosa. Una perla en medio del barrizal. Aún así, no temía por ella; puesto que en poco tiempo dejarían ese infierno para volver a su adorada Sevilla. Pero hasta entonces debía cumplir con la labor.

—Basta de darle a la lengua y espabilemos. Queda mucho por hacer. Pásame el aceite de coco. Y tú, Chira, vigila el horno.

Una vez cerrada la taberna y tras dejar la cocina como los chorros del oro bien entrada la noche, Amelia, agotada, se retiró a descansar.

En cuanto el sol salió, Amelia se dispuso a saltar de la cama. No pudo. Le dolía todo el cuerpo y se sentía febril.

Matilde se acercó al ver su lividez.

—¿Te encuentras mal, madre?

—Cansada. Es cómo si una losa me prensara todos los huesos. Y tengo mucho calor. Mucho. Y al mismo tiempo escalofríos.

Su hija le tocó la frente y silbó.

—Tienes calentura, madre. Hoy no puedes trabajar.

—He de hacerlo o Ambrosio se enojará.

—¡Qué le den por el culo a ese cabrón! —renegó Matilde.

—¿Qué es ese lenguaje tan soez en una cría? ¿Es lo qué te he enseñado? —se lamentó Amelia.

—Lo he aprendido en la posada. Cómo también que en este estado no puedes cocinar. Permanecerás en la cama.

Su madre se convulsionó.

—Iré a buscar al médico —decidió Matilde.

Unos minutos después el hombre dictaminó con semblante sombrío.

—Sin duda, son las fiebres. Desde ayer ya he visitado a más de una docena de enfermos. La plaga se extiende.

—¿La fiebre? ¡Señor! —gimió Matilde.

—No desesperemos. Le daremos uva caleta. Es un remedio para la diarrea y la respiración.

—¿Sanará?

—Sólo Dios sabe. De todos modos, no nos rendiremos y le administraremos lo necesario. Y tú no permanezcan a su lado y si lo haces, cúbrete la boca. Puedes contagiarte. Si empeora me das aviso.

Matilde se dejó caer en la silla y rompió a llorar. ¿Iba a morir su madre?

—Hija. ¿Qué ha dicho el galeno?

Ella se secó las lágrimas. Forzó una sonrisa y se acercó al lecho.

—Un simple resfriado. Me ha dado medicamento y te lo vas a tomar ahora mismo. En un par de días estarás cómo una rosa.

—No puedo descansar tanto tiempo. La posada…

Matilde la obligó a callar dándole una cucharada de la medicina. Su madre efectuó un gesto de repugnancia.

—Sé que es malo, pero curativo. Traga. Ahora descansa. Iré a hablar con Ambrosio.

El posadero se encontraba tras el mostrador inmerso en un ataque de tos. Una vez repuesto apuntó con el dedo a Matilde.

—Me ha dicho el galeno que tú madre está con la plaga. No quiero

apestadas por aquí. Si se enteran estoy perdido. No acudirá nadie y el cabrón de Tomás me quitará la clientela. ¡Tenéis que largaros cuanto antes! ¿Entendido? Yo… —Calló al volver la tos con fuerza.

—Ha dicho el doctor que la gente cae cómo moscas. Vos deberíais ver también al doctor; por si acaso.

—Lo he visto y sólo es un resfriado.

—En ese caso, reposad. Dudo que hoy sirvamos. Nadie querrá arriesgarse a infectarse. Yo y las otras chicas os prepararemos un buen caldo.

Contrariamente a lo esperado, Ambrosio aseveró y subió la escalera con gesto dócil. Matilde acudió de nuevo junto a su madre.

—Seguro que Ambrosio se ha… puesto cómo un energúmeno y no quiere lejos… de la posada —balbució Amelia.

—También tiene mocos; al igual que media isla. Paquita y yo podemos con todo. Tú descansa.

—Pero…

—Madre. Si no lo haces, empeorarás. Así que, reposa y pronto pasará el catarro.

Sin embargo, dos días después su vaticinio no se cumplió. Paquita también se encontraba enferma, al igual que Chira. Y la enfermedad de Ambrosio y de Amelia se agudizó. Tos, descomposición, respiración rápida, vómitos; mientras que Matilde no mostraba ningún síntoma. Desesperada, optó por acudir a casa de Yerén. Pero no pudo cruzar el portal. Algunos colonos vestidos con grandes telas y con el rostro cubierto por una máscara patrullaban la población; mientras otros recogían cadáveres y los echaban en un carro.

—¡Atrás! Nadie puede salir de casa. ¡Entra! ¡Rápido! —le espetó uno de ellos amenazándola con un trabuco.

Matilde no se hizo rogar. Al parecer, la situación era más grave de lo imaginado. Cerró la puerta y se apoyó en ella en un intento por controlar la respiración.

—Cálmate. Mamá no debe ver tú zozobra. Cálmate, Matilde. Cálmate.

Un tanto más apaciguada entró en el cuarto de Amelia. Dormitaba. Cogió el tarro de la medicina. Apenas quedaba y tras lo visto, sería imposible conseguir más. Debería reducir la dosis. Llenó media cuchara y sacudió sumamente a su madre.

—Toma esto.

Amelia abrió los ojos y negó con la cabeza. Le era imposible tragar nada. Sentía tremendos dolores y apenas podía respirar. Era consciente de que estaba muy enferma. En realidad, dudaba que llegase a sanar.

—No… quiero. Es inútil. Matilde. Sé que no es un resfriado. Esto es la plaga… de la que todos me hablaron cuando llegamos… a estas

tierras. Mi fin está… cerca —jadeó.

—No digas eso, madre. Te pondrás bien si tomas el remedio. ¿De acuerdo? Abre la boca, por favor.

—No, cariño. No. Mi delicada salud… no podrá luchar contra esto. Ya siento el aliento… de la muerte.

—¡No morirás! —exclamó Matilde.

—Hija. Debes aceptar… lo inevitable. Pero no debes afligirte. ¿Me oyes? Tienes que ser fuerte.

—Madre…

Amelia la ferró por la muñeca.

—Calla y escucha. Todos estos años he vivido con la esperanza de… cumplir mi venganza. A pesar de saber que era casi un imposible. Pero Francisco me ofreció la oportunidad de cumplir ese sueño.

—¿Pizarro? ¿Cómo? —se extrañó Matilde.

—Íbamos a casarnos. Sí. No… me mires así. Amaba a tú padre. Pero los años… pasan y el dolor también. Mi corazón volvió a latir. De nuevo la felicidad me… llegó de su mano. Siendo su esposa… nadie me relacionaría con aquella… mujer que fue exiliada. Pero ahora sé que será imposible. Pero tú… Tú puedes hacerlo por mí.

—Mi presencia en España está prohibida y puedo enfermar —le recordó Matilde.

—No, hija. El Señor te ha dotado de gran fortaleza. No has mostrado debilidad en todos… estos días. No te contagiarás. Y en cuanto a ir a Sevilla, tú no fuiste… condenada. Puedes regresar. Hija. Mi alma no descansará en paz, ni tampoco la de… tú padre hasta que esa mujer pague su felonía. Recuerda… su nombre. No lo olvides jamás. Haz que… saboree el barro al igual que hizo con nosotras y tú padre. Victoria de Montegrande debe recibir su castigo. Jura… que lo harás. Júramelo, hija. Júralo ante mi lecho de muerte y ante Dios.

Matilde pensó que era misión imposible. Aún con esa certeza, sin temor a incumplir la palabra dada a un moribundo, dijo:

—Lo prometo, madre. Juro que esa mujer pagará su perfidia.

Amelia delineó una leve sonrisa.

—Gracias, hija. Te quiero. Has sido mi… dicha durante este… infierno. Que el Señor te bendiga.

Matilde, desoyendo los consejos del galeno, besó la frente de su madre. Era consciente de que pronto la Parca llegaría para llevarse al ser que más amaba.

—Yo también te quiero, madre.

Ella relajó el rictus, cerró los ojos y exhaló el último aliento.

Matilde estalló en un llanto desgarrador.

Pero no era la única que lloraba a sus muertos. La verdad era que medio Nombre de Dios se sumía en las fiebres. Y pocos sobrevivían a ellas.

Matilde no fue el único golpe que recibió. Unas horas después de fallecer Amelia, la terquedad de Ambrosio no pudo con la enfermedad. Y a pesar de aborrecer a ese tirano le fue imposible no sentir pena.

Hundida en un dolor infinito apenas fue capaz de sostenerse ante la tumba para despedir al ser que le dio la vida. Ya no tenía brazos que la arroparan. Yerén también enfermó y Paquita dejó este mundo aquella misma mañana. Y pensar que su mejor amigo también la dejase le hacía desear la muerte.

Sin embargo, la vida no fue en esta ocasión tan cruel. El muchacho sobrevivió y en cuánto pudo ponerse en pie acudió junto a ella.

—¡Yerén! ¡Estás con vida! —gritó, echándose en sus brazos.

—¿Tú estás bien? —jadeó él preocupado, alejándola para comprobarlo. Estaba ojerosa y también más delgada. A pesar de eso, parecía sana.

—Sí. ¿Y tú cómo estás?

—Cansado y un poco débil, pero no me quejo. Soy de los pocos que la plaga no lo ha matado.

—No sé porqué yo no enfermé. Pero madre ha muerto. Solo tengo doce años y me he quedado huérfana. Ya no tengo familia. Tengo mucho miedo —sollozó ella.

—Me tienes a mí. Nunca te abandonaré. Nunca.

—¿Y qué haremos? Sé que tú patrón ha caído. También Ambrosio. Ya no tenemos trabajo, ni casa. Estamos desamparados.

—Con la mitad de la población diezmada faltarán brazos. Sobreviviremos. Y Guadalupe, al igual que tú, se ha librado del mal. No así su ayudante. Por lo que si tienes en cuenta cuanto te estima, seguramente te dará el puesto. Y yo… Ya me las apañaré. Siempre he sido recurrente.

—¿Te quedarás aquí, verdad? —sugirió Matilde.

—No se… ¿Crees que te dejarán estar en la posada? Por otro lado, no sería prudente vivir juntos sin estar casados —opinó Yerén.

—¡Si soy una niña! Nadie podría pensar mal. Además, saben que nos consideramos hermanos —refutó ella.

—La mente de los hombres es muy calenturienta. Y estás a punto de cumplir trece años. Tienes edad legal para ejercer… Ya sabes.

—Por eso mismo necesito protección. Sola no estaré segura. Yerén. Por favor. Al menos hasta que la plaga se termine. ¿De acuerdo?

La epidemia terminó ocho días después y el balance que dejó fue escalofriante. Las tres cuartas partes de los pobladores fallecieron. Nombre de Dios era ahora una ciudad fantasma. Lo sobrevivientes fueron presos del miedo y la apatía. El llanto, la debilidad, la pena y la desesperación se aposentaron con fuerza. Nadie era capaz de vislumbrar un rayo de luz en su futuro.

—Este lugar está acabado. En unos meses estará vacío. Nadie

querrá vivir donde puede caer por este azote. Si queremos seguir adelante deberemos emigrar —dijo Guadalupe.

—¿Irnos? ¿Adónde? —inquirió Matilde.

—A Nueva Cádiz, Santo Domingo, San Juan… A dónde sea. Yo, desde luego, me largo con el primer barco. El destino me es indiferente. No me acojona comenzar una vez más. Tú deberías hacer lo mismo. Y lo harás, pues nuestros destinos siempre andarán juntos.

La expedición fue un éxito. Ya no era un mero soldado sin categoría. Ahora formaba parte de los conquistadores. Estuvo a cargo de San Sebastián de Urabá, al ser herido su superior Alonso de Ojeda. Y en cuanto se restableció, iniciaron de nuevo la conquista de nuevos territorios para España. Y ahora podía decir con orgullo que fue junto a ciento noventa españoles y ochocientos indígenas uno de los primeros hombres que divisaron desde la cordillera de Chucunaque el mar que andaban buscando.

Con el corazón henchido por el inminente reencuentro con la mujer que amaba, bajó de la nave. Arrugó la frente al ver el puerto apenas frecuentado.

—No nos aguardaban —dijo el grumete.

—Eso será. Disfruta de pisar tierra, muchacho.

—Id con Dios, señor Pizarro.

Con pasos apresurados se encaminó hacia la posada. Al llegar frente la puerta tomó aire y la empujó. Cerrada.

—¿Qué ocurre? —musitó.

—La posada ya no existe, señor.

Francisco, confuso, miró al indígena.

—¿Cómo que no existe?

—La plaga, señor. Culpa de la plaga.

—¿Qué plaga? ¿De qué hablas?

—Hace unos meses hubo un brote de fiebres. Muchos murieron, entre ellos el posadero.

—¿Y los demás? ¿Qué sabes de ellos?

—No se… Arribé hace unas semanas. No se más. Mejor pregunte al cura.

Francisco se apresuró para llegar al convento cuanto antes y rogó a Dios que Matilde y Amelia estuviesen bien.

Los minutos que el padre Manuel tardó en recibirlo le parecieron horas.

—¿En qué puedo ayudaros, señor?

—Acabo de llegar a Nombre de Dios y me han informado que se desató una enfermedad terrible. Busco dos mujeres que trabajaban en la posada y me han dicho que debo preguntaros a vos. Se trata de Amelia Gutiérrez y a su hija Matilde.

El sacerdote apretó los labios.

—Así es. El mal se cebó con más de la mitad de la población. No podéis ni imaginar cómo fue. La muerte nos rondaba a casa paso y ni las oraciones, ni la medicina pudieron salvarnos. La Iglesia perdió dos

de sus miembros. Una gran desgracia.

—Que El Señor los acoja en su seno —dijo Francisco, santiguándose.

—Sí. Pero el resto... El vicio, el mal, la idolatría estaba haciendo mella entre nosotros y se nos ha castigado.

—Los caminos de Él son insondables.

—Amén.

—Amén. Ahora. ¿Podéis decir dónde puedo encontrar a esas dos damas?

El oficio del padre Manuel lo obligaba a dar consuelo a sus feligreses. Pero se hartó de soportar gente desesperada y sin consuelo. Y optó por dejar que fuera otro quién le diera las malas noticias.

—Id a casa del alcalde. Hablad con la cocinera. Se llama Guadalupe. Ella sabe.

Francisco respiró aliviado. Metió la mano en la bolsa y sacó una moneda.

—Gracias, padre.

—A ti, hijo. Ve con Dios.

En la casa del regidor fue recibido por el mayordomo.

—Lamento comunicaros que el alcalde no está en este preciso momento. Calculo que llegará en un par de horas. ¿Queréis aguardar en el salón o preferís regresar más tarde?

—No, gracias. Me gustaría platicar con la cocinera. Tengo entendido que se trata de Guadalupe.

El lacayo, muy profesional, no se sorprendió ante tan extraña petición por parte de tan honorable caballero.

—Por supuesto, señor. Acompañadme.

Bajaron a la cocina.

Guadalupe estaba junto al horno vigilando el cerdo, mientras Matilde permanecía a su lado.

—¿Lo ves? La piel está un poco dorada. Se debe aguardar unos minutos más, hasta que esté crujiente. Y…

—Guadalupe. Este señor te busca.

Las dos se giraron.

—Señor Pizarro —musitó Guadalupe.

—Mostráis poca alegría, mujer.

Ella suspiró.

—¿Y qué alegría se puede tener ante lo acontecido? ¡Una desgracia! ¡La peor que podía pasarnos!

—He tenido noticia de la plaga. Pero compruebo que estáis bien. ¿Y Amelia? ¿Está en la casa?

Matilde rompió a llorar y el corazón de Francisco dio un vuelco a presentir lo que no quería escuchar.

—Ella… Por desgracia, no superó la enfermedad, señor. Ya sabéis

que no gozaba de una salud de hierro. Sucumbió hace dos semanas —le confirmó Guadalupe.

Él se tambaleó y se apoyó en la mesa.

—¿Muerta? No es posible. No… Ella me aguardaba. Íbamos a casarnos. Juntos teníamos que ir a Sevilla. Estáis en un error…

—Yo misma le cerré los ojos, señor. Y yo… misma la enterré —dijo Matilde.

—Lo lamento. Sé cuánto os amaba y cuánto la correspondías vos —dijo Guadalupe.

Francisco no se molestó en contener las lágrimas. De nuevo la Vida lo golpeaba en el lugar que más dolía, en el corazón. Dos amores tuvo y dos amores le arrebató. Aún así no conseguiría destrozarlo. Tal vez no volviera a recuperarse de las heridas en sus sentimientos, pero no le pulverizaría las ganas de comerse el mundo. Por el contrario, lucharía con más ahínco para lograr la fama y riqueza que siempre soñó. Se incorporó y secó con brusquedad las lágrimas. Era un soldado, un conquistador y la debilidad no tenía cabida en su existencia. Debía seguir adelante a pesar del dolor.

—Cierto. Era una gran mujer. La mejor que conocí. Sufriremos su ausencia durante mucho tiempo. Más, nunca será olvidada, pues permanecerá en nuestros corazones y su gran legado en su hija.

—Sí —susurró Matilde.

—Y decidme. ¿Cómo está la situación en Nombre de Dios?

Guadalupe se inclinó ante el horno y sacó la bandeja con el cerdo.

—Esto se hunde. Ya nadie quiere venir por lo ocurrido y los pocos que han quedado parten hacia otros lugares. Yo misma, a pesar de mantener este magnífico empleo tengo intención de irme. Dicen que en Santo Domingo uno puede ganarse la vida muy bien.

—Cierto. Es una gran urbe y sede del representante de la Corona. Hay comercios de todo tipo, decenas de posadas, tabernas, iglesias, un teatro y también catedral. El dinero fluye gracias a las plantaciones de azúcar. Y ha llegado a mis oídos que el rey ha donado cuatro mil pesos en oro a varios terratenientes para que prueben a sembrar clavo, jengibre o canela; puesto que la minas de oro ya no son tan productivas. Es una buena elección.

—¿Vos que haréis?

Él, pensativo, se mordió el labio inferior.

—Dado el repentino vuelco de los acontecimientos, no se… Puede que viaje en el barco que parte pasado mañana hacia Santo Domingo. Allí decidiré que rumbo tomar. Si deseáis venir conmigo, ya lo sabéis. Y si decidís viajar más tarde, si aún estoy en la ciudad, preguntad por mí. Os ayudaré gustoso a instalaros.

—Gracias, señor. ¿Y tú qué harás, pequeña?

—Quiero ir a Sevilla.

Francisco alzó las cejas.

—Una gran meta. Sin embargo, aún eres muy pequeña. Deberás aguardar unos años.

—El tiempo no me importa. Pero os aseguro que lo lograré. Le prometí a madre que no terminaría en este infierno y cumpliré la palabra dada —aseguró Matilde.

—No me cabe la menor duda —dijo él al ver la determinación en sus ojos profundos cómo el mar.

Yerén escuchaba a Matilde con aire preocupado.

—No será posible. ¿Es qué no te das cuenta? No podré escapar de aquí.

—¿Por qué no?

—No me permitirán viajar y menos el padre Manuel. Está emperrado y más tras la plaga, a falta de religiosos, que debo profesar cuanto antes. Por otro lado soy medio indio y por mis rasgos nativos no podré pasar por español. Si marcho de polizonte y me pillan puedo acabar en las milicias, luchando en la selva y sin sueldo —refutó Yerén.

—Menudencias. El señor Pizarro nos ayudará.

—Por mucha influencia que tenga, cosa que dudo, sin dinero no podremos.

Matilde perfiló una sonrisa pícara.

—¿Acaso piensas que soy tonta? Estos años observé todos los movimientos de Ambrosio. Sus entradas, sus salidas, sus secretos… ¿Comprendes?

—No me dirás que…. ¡¿Te has vuelto loca?! Si te pillan será tú fin —se alborotó él.

—No temas. Lo planeé a la perfección. Acudí a ver al alcalde. Le conté mí triste situación y por supuesto, que la posada pasaba, por no tener herederos Ambrosio, al Consistorio. Mediavilla se regocijó. Tomó posesión de la misma y de sus ahorros, que cómo todos saben para salvaguardarlos de los ladrones se entregan a la Iglesia y así custodiarlos. Y el capital era considerable. El cura recibió una recompensa por sus servicios y a mí me pagó varios jornales, y me permitió trabajar y vivir en esta casa.

Yerén levantó las dos cejas.

—Pero me huelo que ahí no termina la historia. ¿Cierto?

—Cómo dije, vigilé a ese hideputa y descubrí que no todos los ducados acababan bajo el amparo del padre Julián. Ambrosio guardaba también parte de su riqueza en lo alto de la traviesa de su cuarto. Me costó alcanzar tanta altura, pero lo conseguí sin romperme la crisma.

—Unos ducados que ahora están en tus manos.

—Así es.

—¿Y de cuánto hablamos?

—Dos mil.

Yerén soltó un largo silbido.

—¿Bromeas? La posada dio para mucho en estos años.

—No creas. Era rentable, pero no al extremo de conseguir una pequeña fortuna. Ambrosio solía trapichear con los marinos que eran de paso. Especias, pepitas de oro, información privilegiada… La cuestión es que gracias a ese déspota podremos salir de este cenagal. El señor Pizarro conseguirá que con un soborno se te permita viajar cómo su criado personal.

—¿Y no has pensado que se preguntará de dónde hemos sacado el dinero? Si se huele que lo hemos robado al posadero nuestros cuellos penderán de una soga. Ya sabes que aquí no se andan con menudencias. El otro día le amputaron la mano a un lancero del rey por robar parte de la soldada.

—Ese hombre amaba a madre. Nunca me perjudicaría. Por otro lado, sé que comprende las ansias de salir de un pozo profundo. Él mismo lo estuvo durante muchos años. No temas. Por lo demás, en ningún momento mostraremos los dineros. Usaremos parte de las perlas. No verán nada extraño en que paguemos con ellas —aseguró Matilde, poniendo las últimas que Yerén consiguió en el saquito.

—El dinero no es suficiente para nuestros planes. Parte de él lo gastaremos en sobrevivir en Santo Domingo y el resto deberemos seguir ocultándolo. Si nos desprendemos de las perlas no podremos tener la posada y seremos unos simples sirvientes —le recordó él.

—El mar seguirá a nuestra disposición. Conseguirás más. Y tal vez en esa parte encontremos mayor cantidad e incluso una gigante por la que nos darán una gran fortuna.

Yerén le acarició la mejilla con gesto cariñoso.

—Estás en todo. ¿Sabes? Eres una chiquilla muy avispada para tú edad.

—En unas semanas cumplo los trece. Deja ya de tratarme cómo a una niña. Madre se casó a los catorce —se enojó Matilde.

Él la observó mientras se colocaba la camisa. No erraba. Ya se vislumbraba la mujer que sería. Hermosa e inteligente. Cualquier hombre daría una fortuna por convertirla en su esposa. Y la idea de que un extraño se interpusiese entre ellos lo exacerbó. Nunca concibió la vida sin ella.

—¿A qué viene esa cara enfurruñada? No hay ningún error en lo pensado.

—De todos modos, me preocupo —mintió.

—Pues serénate. Debemos estar templados para entrevistarnos con Pizarro y convencerlo del propósito.

El plan le pareció factible.

—Tras mi gran hazaña nadie pondrá en duda que necesite un sirviente. Vislumbro que no nos pondrán pegas. Y mucho menos al ver esto. Son las perlas más perfectas que he contemplado. Poseen gran valor. Procuraré que no se aprovechen. Dadme diez. Aunque, en un

principio les pagaré con cinco. A lo sumo, gastaréis ocho. El capitán dejará de hacer preguntas y de exigir el salvoconducto ante tanta generosidad.

—Os estamos muy agradecidos, señor.

—Es lo menos que puedo hacer por la hija de Amelia. Iba a ser mi esposa. Ahora eres mí protegida. Siempre estaré dispuesto a ayudarte. Os sacaré de aquí. Lo juro.

No se equivocó. Tras tratar con el comandante sobre el pago y las condiciones, les comunicó que podían prepararse para partir.

—¡Estoy emocionada! —suspiró Matilde.

—Pues yo, la verdad, estoy cagá. Eso de comenzar de nuevo me pareció una gran aventura, pero recapacitando, a mis años no se yo… —se lamentó Guadalupe.

—¿Qué años? Aún podéis conseguir un buen marido —dijo Matilde.

—¡Uf! No mientes al diablo. Llevo años sola y sola quiero seguir. No quiero hombre que me mande. Ya no. Pero tú, en unos pocos meses serás una presa muy codiciada.

—Matilde es una chiquilla. No está para amoríos, ni creo que piense en ellos —intervino Yerén.

Guadalupe observó cómo la mejilla del muchacho se contraía. Y comprendió sus sentimientos. Aquello no era bueno. No señor. Los amores entre mestizos o indígenas para las mujeres lo prohibía la ley. No así al contrario. Un hombre si podía casarse con una india.

—Cierto. Matilde no debe pensar en los asuntos del corazón; al igual que tú. ¿No te parece?

Él entendió a qué se refería. Soliviantado ató la bolsa, la lanzó sobre la cama y se despidió.

—¡Todo listo! Vendré al anochecer. Tened cuidado.

—Esta noche dejaremos este infierno —suspiró Guadalupe.

—¿Por qué estáis tan nerviosa? Nos reuniremos mañana y la travesía no será larga. Y por supuesto, no en las condiciones en las que vine yo —dijo Matilde, entrando en el cuarto.

—¿Te acuerdas?

—¡Cómo olvidar esa pesadilla! Pero cómo he dicho, vos viajaréis al igual que una reina.

—Eso si me dejan partir —susurró Guadalupe.

—¿A qué os referís?

—A nada.

Matilde dejó el jubón y la miró con fijeza.

—Hace años que nos conocemos. Os preocupa algo.

—No es nada, de verdad.

—Mentís.

La mujer inspiró hondo, le indicó que se acercara y le habló al oído.

—El alcalde no sabe que me largo.

—¡¿Qué?! —exclamó Matilde.

—Baja la voz, por Dios. Sé que el señor no me dejaría ir. Y más ahora que su esposa y parte del personal ha fallecido. Necesita a alguien que lo cuide. No tengo más remedio que escabullirme; al igual que vosotros.

—Pero el señor Pizarro piensa que vos sí sois una pasajera legal y que tenéis pasaje.

Guadalupe se derrumbó sobre la cama.

—Pensaba sobornar al comandante con un buen capital.

—Esto es un gran conflicto. Pero vos nos ayudasteis al llegar y no pienso dejaros en la estacada. Hablaré con Pizarro.

—Sí, por favor. Necesito largarme de aquí o moriré de desesperación.

Matilde lo hizo. Y al igual que antes, el capitán aceptó el soborno.

Y al esconderse el sol y quedar las calles vacías, los fugitivos subieron a la nave. Y el ocho de febrero de mil quinientos catorce dejaban Nombre de Dios.

Quisqueya, madre de todas las tierras, tal cómo denominaban los nativos a La Hispaniola, era un lugar mucho más adecuado para vivir que Nombre de Dios. Se encontraba a orillas del río Ozama y ya se parecía mucho a una gran ciudad. Desde el puerto podía verse la catedral y las casas construidas con piedra.

—Sin duda, hemos elegido bien. Sí señor —dijo Guadalupe.

—No hay que ser tan optimista. Falta ver si encontramos empleo. Mejor dicho, un buen trabajo o deberemos mendigar a los pies de la catedral.

—¡Uf, Yerén! ¿Por qué eres tan fatalista? —se quejó Matilde.

—Expongo lo que nos puede pasar.

—¿Y por qué no pensar que podemos enriquecernos? —apuntilló Guadalupe.

—Por pensar, podemos hasta soñar que un día seremos coronados como reyes del gran imperio Español.

—¿Qué mosca te ha picado? Te has levantado de un humor de perros —le echó en cara Matilde.

—El humor cambia. Ahora no me parece tan buena idea esta aventura. Tengo un mal augurio.

—Bobadas, muchacho. Hasta ahora el viaje no ha reportado problemas. Tampoco los tendréis para aposentaros. Visitaré al Gobernador Diego Colón y solicitaré que nos asista —dijo Francisco.

—¿A vos? —se extrañó Guadalupe.

Él dejó que la mirada se perdiera en el ajetreo de los estibadores y dijo:

—Tengo en mente una buena solución. Más, no diré nada por si no germina. Ahora coged un coche y que os lleve a la Posada Cuatro Ojos. Es la mejor. Decid a Eulogio que vais de mi parte. Nos reuniremos a la hora de comer. Mientras, reposad.

Siguieron sus instrucciones.

El coche se adentró por las calles de la ciudad. Matilde miraba todo embobada. No recordaba con claridad su etapa en Sevilla y Santo Domingo le parecía una ciudad enorme. Decenas de casas, comercios y cientos de personas moviéndose de un lugar a otro. Indígenas, mestizos, marinos, agricultores. Pero lo que más le sorprendió fue el mercado. Decenas de puestos llenos de fruta, carne o de telas.

—¡Qué trajín! Produce mareo.

Guadalupe efectuó un mohín de desprecio.

—Es evidente que no recuerdas el que había en Sevilla. ¡En fin! Mejor que lo que hemos dejado atrás, es. Aquí podremos encontrar

casi de todo. Mirad. Ahí esta la posada. Tiene buena pinta.

El interior no desmereció la fachada. La limpieza y orden parecía ser la regla. Cómo también no rechazar la sugerencia de Pizarro. Eulogio los acomodó en las habitaciones más regias.

—Esto comienza bien —se alegró Guadalupe.

—Veremos cómo sigue —apuntilló Yerén.

—¿Ya volvemos a ser cenizo? Por favor, si es para rezongar, mejor no abras la boca —le pidió Matilde.

—Haré el esfuerzo para comer. La bazofia que nos han dado en el barco aún me repugna el paladar. Espero que el aspecto esté acorde con la calidad de las viandas.

Guadalupe se asomó a la balconada.

—Lo comprobaremos en unos minutos. Mirad. El señor Pizarro acaba de entrar. Bajemos.

Se reunieron con él entorno a la mesa. El posadero les sirvió personalmente y les ofreció los mejores platos.

—No está mal el estofado. Pero nada comparable al de Amelia, que Dios la tenga en su gloria.

El semblante de Pizarro se ensombreció. El recuerdo de la mujer que le encendió la carne y el alma aún era profundo y doloroso. Pero al instante se repuso y tomó un sorbo de vino.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado? —se interesó Yerén.

—Lo he solucionado.

—¡Fantástico! ¿Y de qué se trata el acuerdo al que habéis llegado? —quiso saber Matilde.

—Le he hablado de la expedición con Balboa y de nuestro éxito. Al parecer la hazaña se ha extendido. Nos hemos convertido en héroes. Los españoles estamos de suerte. A principios de año Diego Velásquez fundó en Cuba la Villa de Trinidad. El Imperio se extiende al igual que la espuma.

—Pues, que bien —rezongó Yerén.

Matilde lo fulminó con la mirada.

—Seguid, por favor, señor Francisco.

—Sin embargo, por lo que me ha contado Colón, por aquí las cosas no andan del todo tranquilas. Los españoles están divididos. Unos, a los cuáles pertenece el gobernador, son partidarios de que las leyes sigan cómo siempre. Es decir, que los hidalgos y nobles continúen poseyendo los privilegios. La parte contraria piensa en que los colonos deben ser todos igualados y que se tienen que conceder algunos privilegios a los indígenas. Ya han hecho oficial que un español pueda contraer nupcias con una india. A la contra, no. A consecuencia de ello, ha habido disturbios y alguna que otra muerte violenta. El rey Fernando lo ha requerido en la corte y partirá de inmediato.

—Mal asunto —murmuró Guadalupe.

—Así es. Más, no para nosotros. Como dije, necesita justificar que los problemas han sido exagerados. Y yo soy la excusa perfecta, pues al ser un sencillo soldado hijo de porqueros, me ha concedido el honor de ser a partir de ahora hidalgo, recompensándome así por los servicios prestados a la corona y se ha puesto a mí disposición. Le he informado que deseo descansar durante una buena temporada, pero que no pretendo estar ocioso. Mejor dicho, que deseo montar un negocio. Y me ha cedido sin que deba abonarle ni un ducado una casona en el centro de la ciudad, justo en la Plaza Mayor.

Yerén, por primera vez desde que dejaron Nombre de Dios, sonrió.

—Podemos montar nuestra propia hospedería. ¡Por fin dejaremos de estar a la sombra de un patrón abusador! Seremos libres.

—¿Con qué capital? —dijo Guadalupe.

—¿Ahora sois vos la pesimista?

—La dama tiene razón. Tenéis el edificio de balde. Pero hay que ver su estado, comprar camas, mesas, sillas y avituallar la cocina. El abastecimiento y reparaciones necesarias para poner en marcha un mesón —comentó Francisco.

—¿Vos no participaréis en el negocio? —quiso saber ella.

—Por desgracia, el salario de un soldado no es espléndido. Me es imposible alquilar casa y encima ser socio vuestro; aunque mi nombre debe constar como dueño del negocio. Es evidente que sobre el papel. No pretendo aprovecharme de las circunstancias.

—Y no lo haríais, señor. Nos habéis sido de gran ayuda. Sin vos tendríamos un gran problema. Un porcentaje de nuestras ganancias sería un buen pago —dijo Guadalupe.

—De todos modos, creo que vosotros ya podréis arreglároslas solos. ¿No es así, Matilde? ¡En fin! He hecho todo lo que ha estado en mí mano. Ahora os toca a vosotros aprovechar la ocasión. Aquí os dejo la dirección. Debo irme. Nos veremos mañana y me contáis. Buenos días.

—¿A qué se ha referido al decir que no tendrás impedimentos? —se interesó Guadalupe.

Matilde miró de reojo a Yerén.

—Pequeña. Desembucha.

—Desde hace años pescamos ostras y hemos recolectado cientos de perlas. Gracias a ellas estamos aquí.

—Y gracias a ellas podrás convertirte en propietaria de una posada.

—Para ser exactos, Yerén y yo —puntualizó Matilde.

Guadalupe sacudió la cabeza con energía.

—No es posible. No al ser un mestizo. Ya habéis comprobado que el gobernador no quiere ceder en ese asunto. Los indios seguirán siendo considerados seres inferiores y sin capacidad para nada, a excepción de trabajar como las mulas.

—Ya escuchasteis al señor Pizarro. Ninguno constaremos en los

papeles. Y Yerén es el artífice de que poseamos una buena suma de dinero, pues se ha arriesgado durante años sumergiéndose en las profundidades del mar; por lo que recibirá el mismo beneficio.

—¿Qué significa eso?

—Que seréis mí cocinera y también socia.

—No puedo aportar apenas capital. Le he dado la mitad de mis ahorros a ese capitán avaricioso. Sería injusto.

—Matilde no aceptará vuestro dinero. Se siente en deuda con vos por haberlas ayudado al llegar a estas tierras —dijo Yerén.

—No puedo…

Matilde alzó la mano haciéndola callar.

—Podréis si queréis ayudarme de nuevo. ¿Es qué no os dais cuenta que os necesitamos? Solos no saldremos adelante. Precisamos los consejos de una mujer sabia como vos.

Ella tomó aire por la nariz y sonrió.

—¿Me tomáis el pelo? ¡Habéis sorteado a la ley y encima poseyendo una pequeña fortuna! Y no digamos de enredar a don Francisco. No necesitáis que nadie os ampare.

Yerén cogió la jarra y le sirvió más vino.

—Aún así, queremos que forméis parte de nuestras vidas, doña Guadalupe. Ya os consideramos de la familia. Por favor, decid que sí.

Ella tomó el vaso y lo levantó.

—Yo a vosotros también os aprecio; tanto que sois los hijos que el Señor no me dio. Chicos. Juntos avanzaremos hacia una vida mejor. Brindemos por nuestra asociación.

—¡Qué la suerte nos acompañe! —exclamó Matilde.

—Esperemos que así sea —deseó Yerén.

Y los acompañó. En apenas unas semanas la posada estuvo lista. Y en unas pocas más, la fama de la sabrosa cocina de Guadalupe se extendió cómo la pólvora; al igual que la gran comodidad de los jubones y excelentes alcoholes. Y transcurrido un año, La Arena Blanca se erigió como una gran posada. Y al siguiente en la mejor de Santo Domingo.

Matilde escogió un buen surtido de frutas. Plátanos, mangos, mamey, zarapotes. Y tras discutir el precio con el vendedor se acercó al puesto de las especias. Desde que llegaron al Nuevo Mundo se tornaron imprescindibles para los guisos. Adquirió pimienta de Jamaica, nuez moscada, canela, ají y jengibre.

—¿Aún falta mucho? —se quejó Yerén.

—¿Por qué eres tan gruñón si sabes que necesitamos proveernos para nuestros clientes? —le echó en cara Matilde.

—Me quejo porque no entiendo la razón de ser tú mozo de carga. Tengo otros menesteres más importantes.

—Si te pido que me acompañes es para que me protejas. Últimamente no me siento segura.

Yerén la observó con preocupación.

—¿Ha sucedido algo que no sepa?

—No. De todos modos, prefiero prevenir.

Él comprendió a qué se refería al ver al marino que la miraba con ojos golosos. Matilde estaba a punto de cumplir los quince, pero aparentaba mucha más madurez y su belleza la convertía en alguien muy apetecible. La posada era segura, pero en las calles cualquier desaprensivo podía cometer una atrocidad.

—Pues date brío. No tengo ganas de darle a los puños —remugó.

Ella pagó al vendedor y miró con aprensión hacia la zona del mercado donde se ofrecía mano esclavizada.

—Esto es consecuencia de que casi acaban con mis congéneres. Los colonizadores, tanto que predican la palabra de Dios, son seres despiadados y sin alma. Han matado a los indígenas en las minas obligándolos a laborar en jornadas interminables. Son hijos del Diablo. Ahora asaltan poblados de África y traen a sus moradores al igual que si fuesen animales de carga. Seres con menos derechos que el perro de sus amos —masculló él.

—¿Olvidas que eres hijo de un hidalgo?

—Más bien de un hideputa que se aprovechó de mi madre. En el parto ella perdió la vida y el cabrón se largó con viento fresco.

—No puedes afirmar tal cosa. Consta como desaparecido. Y no todos los colonos son desalmados, como bien sabes. El padre Manuel te acogió y gracias a ello tienes una educación y no terminaste cómo un arrastracueros mendigando por las calles.

Yerén soltó una carcajada profunda.

—Puro interés. Le vino bien mostrar ante todos que domesticar a un salvaje en la ley de Dios era posible. Pero al muy botarate le salió

mal la jugada. Nunca se dio cuenta de que jamás tomaría los hábitos. No contó con que el indiecito era más listo que él. Al igual que todos estos no se percatan de que sus actos ocasionarán una rebeldía. Al tiempo.

—Por Dios Santo, baja la voz o puedes tener serios problemas con ese —le pidió ella.

Él miró a Gonzalo de Veloza, el hombre que consiguió que la producción azucarera fuera rentable. El método, cruel e inhumano, le fue indiferente a la Corona. No les importó diezmar casi en su totalidad a los nativos.

—Vinimos en busca de una vida mejor y mira con lo que nos hemos topado.

—Por fortuna, nosotros no somos su carne de cañón.

—¿Y eso nos licencia para mirar hacia otro lado?

—¿Y qué podríamos hacer? Yo te lo diré: Nada. Yerén, por favor. Tienes que ser razonable y no meterte en problemas. Si te ocurriese algo no podría soportarlo. Así que, ten mucho tiento.

—Pues salgamos de aquí o no podré contenerme.

Con la compra del día llegaron a la posada. Las mesas ya estaban repletas de marinos y comerciantes. Los que llevaban semanas sin pisar tierra bebían cómo si el mundo fuese a desaparecer, mientras que otros negociaban los productos recién llegados de España y los más despreocupados se jugaban a los dados o cartas parte del salario.

Entró en la cocina dispuesta a hacer magia en los fogones en compañía de Fortunata.

—Traigo buenas viandas.

—¡Magnífico! Hoy estoy inspirada. Veréis los manjares que preparamos.

Matilde no lo dudaba. Su ayudante, ante la petición de la Corona de solicitar mujeres para repoblar las nuevas tierras, decidió emprender una nueva vida lejos de España. A pesar de que fue por voluntad propia, no le fue fácil. Desde su Valdepeñas natal hasta llegar a Sevilla transcurrieron cinco semanas. Una vez alcanzado su primer destino tuvo que conseguir que un hombre la escoltara. Ya en compañía, iniciar el papeleo en la Casa de la Contratación. Entregar certificado de buena conducta, otro de que no viajaba sola, el de limpieza de sangre, asegurar que sus abuelos y padres no fuesen marranos, carta de soltería y permiso del padre, en caso de que se tuviera, para viajar. Todo ello provocaba que la estancia en la ciudad se prologara varios meses hasta que la nave partía. Pero las dificultades no terminaban ahí. Una debía proveerse de alimentos, ropa e incluso utensilios de cocina y por supuesto ropa interior limpia pues la higiene en el barco era escasa; al igual que la seguridad. Una debía ir con cuatro ojos para que, a pesar de ir protegida por una figura masculina, no caer en las

garras de un violador. Por suerte Fortunata, tal cómo su nombre indicaba, tuvo suerte. No cayó en las garras de ninguna de las enfermedades que se propagaron entre los viajeros, ni tampoco en la de los piratas y seis semanas después de abandonar España llegó a Santo Domingo y a los pocos días a su posada. Por lo cuál, Matilde estaba muy agradecida. Era una trabajadora incansable, de carácter risueño y magistral entre los fogones. Una ayuda valiosa para su nueva vida.

Matilde nunca imaginó que el futuro sería tan benévolo; al menos con ellos después de todo lo sufrido. Ahora era libre, dueña de la posada que siempre soñó y con la compañía de los dos seres que más amaba en este mundo. Dos años después de su llegada a la ciudad podía considerase relativamente feliz.

Sin embargo, alguna noche la peor de sus pesadillas la despertaba abruptamente. Su madre se aparecía ante ella. Su rostro reflejaba el inmenso dolor por seguir perdida en el mundo de las sombras a causa de que su venganza aún no se cumplió; mientras el ser que llevó en las entrañas vivía dichoso olvidando la promesa que le hizo en el lecho de muerte.

Yerén, al ver sus ojeras, le preguntó:

—¿Otra vez ese mal sueño?

—Y seguiré con él por el remordimiento de mentir a madre.

—Matilde. Debes comprender que Amelia no era consciente de que nunca podrías realizar el juramento. Fuisteis exiliadas y con la prohibición de regresar a España. Deja de atormentarte.

Guadalupe dejó el tazón de leche sobre la mesa.

—Me parece que erráis.

—¿A qué os referís?

—Fue tú madre quién recibió sentencia. No tú.

Matilde parpadeó perpleja.

—Pensé que eran delirios de madre. ¿Decís que podría ir a Sevilla sin temor a ser detenida? ¿Cómo es eso?

—Juraría que sí; ya que tú eras una chiquilla inocente de cualquier crimen. Deberías asesorarte.

—¡Eso sería tentar al Diablo! ¿No os dais cuenta que en estas tierras no existe la moral? Aquí nadie sabe quién es Matilde. Si levantamos la liebre, con la excusa de ser hija de una rea podrían arrebatarle los derechos que posee e incluso la libertad —protestó Yerén.

—¿Qué burrada es esa? Ella era una criatura cándida de apenas ocho años.

—Parece mentira doña Guadalupe que digáis eso. La justicia no es precisamente salvaguarda de los derechos de la plebe. Los magistrados miran por su propio interés. La ambición, lujuria y los crímenes son propios de los españoles. Y ahora Matilde puede ofrecer mucho.

—Yerén. No seas tan suspicaz. No puede ocurrirme nada, porque nada tengo. ¿O acaso olvidas que la posada está a nombre de Pizarro? Ante todos somos unos simples empleados a sueldo. Ningún magistrado sentirá interés por mí.

—De todos modos, mejor consultar con Francisco. Él podrá sacarnos de la duda.

—¿Y por qué ese interés en dejar lo que tanto esfuerzo te ha costado para regresar a una tierra que nunca fue amable contigo? —se interesó Guadalupe.

Matilde carraspeó y tomó un sorbo de leche.

—No tengo la menor intención de irme. Es simplemente conocer en qué estado me encuentro —mintió.

La anciana la miró con aire de aya muy enfadada.

—No te he parido, pero te conozco muy bien, pequeña. Desembucha.

—Doña Guadalupe…

—Habla o juro que conocerás mi ira.

Matilde, dudosa, se mordió el labio inferior.

—La paciencia se me acaba —insistió la mujer.

—Prometí a madre antes de morir que iría a Sevilla para vengarme de la injusticia que cometieron con nuestra familia.

—¿Cómo se te ocurrió jurar algo semejante a una moribunda? ¿Cómo siendo consciente de qué era imposible? ¡Has enloquecido, zagala! —se escandalizó Guadalupe.

—¿Y por qué razón es un imposible? —intervino Yerén.

La mujer bufó.

—¿Sois memos? Sí. Sin duda. ¿Es qué no veis que deberíais enfrentaros a los más poderosos? Nadie puede doblegar a un noble. Nadie puede lograr que la ley lo condene y menos un mestizo, y una muchacha cuyo padre fue condenado a la horca.

—¿Y quién habla de justicia?

Los ojos de Guadalupe se abrieron como platos.

—¿Hablas de venganza, Yerén?

—Hablo de la única equidad que tienen los indefensos.

—Mejor di que hablas de lanzaros vosotros mismos a la hoguera.

Matilde se levantó.

—No discutamos más. El trabajo nos espera y hay mucho. Esta tarde llega el Dragón de los Mares y con él más de sesenta solados. Nuestra única preocupación hoy es recibir a los que nos escojan con nuestras mejores viandas y nuestro mejor vino.

—Está bien. Pero no quiero escuchar ni una bobada más. ¿Queda claro?

—No os preocupéis, doña Guadalupe. Sabéis de sobra que soy una joven sensata. ¿No es cierto?

—Espero que así siga.

Detuvieron el carro bajo las palmeras.

—¡Es un lugar precioso! ¡Parece el paraíso! —exclamó Matilde.

Yerén asintió con ojos brillantes. Nunca pensó que una playa pudiese ser más hermosa que la dejaron en Nombre de Dios. Y ante él estaba la arena más blanca y el mar con el color esmeralda más nítido.

—¿Cómo es qué no me has traído antes?

—¿Lo dices en serio? Desde que llegamos tú única prioridad es la posada y siempre te has negado a venir tan lejos; porque claro, las horas deben dedicarse a tú gran negocio —le echó en cara Yerén.

—Teníamos que asentarnos. Ahora nuestra fama ya nos permite relajarnos y dar un paso más para alcanzar nuestra meta. Venga. No te enojes, por favor.

Yerén dejó la bolsa sobre la arena y se quitó la camisa.

—¿Sigues con esa absurda idea de ir a Sevilla?

—Hice una promesa y quiero cumplirla.

—Pero ahora nos hemos establecido y con éxito. Podemos conseguir una vida cómoda y hasta lujosa. ¿Por qué tirarlo todo por la borda? Estoy convencido de que si tu madre pudiese verte estaría satisfecha con lo logrado y te liberaría de esa carga tan peligrosa.

—La mentira que nos destruyó tan solo puede repararse con la caía de esa mujer. No merece seguir viviendo con tanto sosiego. No cuando mi padre colgó de la soga por su maldad. Haré que arda en el infierno sin morir —masculló Matilde desprendiéndose del vestido.

Yerén echó una ojeada nerviosa a su alrededor. Matilde se había convertido en pocos meses en una joven. La niña ya no existía y su belleza provocaba pensamientos nada inocentes en la mente de los parroquianos. Y también en los suyos. Le era imposible verla ya cómo esa chiquilla que consideraba una hermana. Ahora su corazón la quería pero cómo debía hacerlo un hombre con la mujer que deseaba cómo esposa. Una esposa que por su condición jamás podría tener y eso lo atormentaba.

—¿Estás loca? Pueden verte.

—¿Quién? Esto esta alejado de todo lo civilizado.

—De todos modos, ten tiento. Y no te sumerjas conmigo. No hasta que evidencie que es un lugar seguro.

—Lo parece.

—Las apariencias engañan. Por ejemplo, aléjate de ese árbol. Es un manzanillo y es conocido cómo el árbol de la muerte.

—¿Por qué?

—Con solo rozar su savia puede causarte grandes ampollas en la

piel. Y se te ocurre comer sus frutos, que son dulces y sabrosos, morirás; pues contienen gran veneno. Vómitos, deshidratación… Mejor ponte bajo esa palmera.

Ella obedeció.

—El mar está tranquilo. ¿Crees que encontraremos perlas?

Yerén se acercó a la orilla.

—Me han dicho algunos nativos que estas aguas contienen gran cantidad. Así que esperemos dar con ellas —dijo adentrándose en el agua.

Matilde lo observó mientras nadaba. Yerén se había transformado era un muchacho muy bello. Su cuerpo podía compararse a los de los dioses, al igual que su belleza salvaje. Una belleza que no pasaba desapercibida por las mujeres de la ciudad. Incluso alguna, por lo que llegó a sus oídos, gozó de su esplendor. Y sólo pensar en ello la enfureció. Y no comprendió la razón. Él era su hermano mayor, su mejor amigo. Sin embargo, unos días atrás, ante el coqueteo descarado de la hija del herrero hacia Yerén, no pudo disimular su furia y Guadalupe le hizo ver la razón de su inquietud.

—Debes controlar tú enojo y tus sentimientos —le dijo.

—¿Es qué no lo veis? ¡Le tira los tejos sin el menor pudor! Es una descocada.

—¿Y a ti qué más te da?

—Pues… No lo se. ¡Pero me enerva! Además, no son prudentes estas demostraciones inmorales ante los parroquianos pueden llevar a engaños.

—La ciudad sabe que aquí los únicos servicios que se ofrecen son viandas y catres.

—Viendo esto, no se yo —remugó Matilde mirando a la muchacha con ojos cargados de fuego.

La mujer acarició su brazo y suspiró.

—Sé que no se puede luchar contra el corazón, más debes hacerlo. Lo vuestro está prohibido.

—¿De qué habláis? No existe lo nuestro, doña Guadalupe.

Sin embargo, ahora se daba cuenta de que sí existía; al menos por su parte. Yerén, en ningún momento, mostró que su cariño fuese más allá de la amistad.

Se acomodó bajo la sombra de la palmera, pues el sol era demasiado fuerte para su piel nívea y aguardó nerviosa el resultado de la búsqueda de Yerén con los ojos entornados. Esperaba que el mar fuese tan generoso cómo el de su antiguo hogar o incluso más. Tal vez encontraran esa perla tan especial que todo pescador buscaba.

Respingó sobresaltada al comprobar que se dormía. Se levantó y se acercó a la orilla. Yerén aún no había salido. Se adentró en las aguas tibias oteando el fondo sin ver su amigo.

—Le ha pasado algo —jadeó.

Asustada ante la posibilidad, cogió un cuchillo y se zambulló escudriñando a su alrededor. Peces y corales llenaban el fondo marino, y también algas enormes que formaban un mar verde que se balanceaba al ritmo del agua, y entre ellas Yerén se debatía por liberarse de algo que lo sujetaba. Nadó hacia él y bajó hasta ver que tenía el pie enredado entre las plantas. El aire ya comenzaba a escapar de sus pulmones. Yerén se agitó indicándole que se fuese, pero ella no le hizo caso. Intentó cortar el alga. No pudo. Subió hacia la superficie, tomó una gran bocanada y se hundió de nuevo. Se lanzó hacia Yerén. Éste estaba a punto de perder el conocimiento. Desesperada se afanó por liberarlo y lo consiguió. Yerén se había desvanecido. Lo tomó por las axilas y ascendieron. Con dificultad logró arrastrarlo hasta la orilla.

—Yerén. ¡Yerén! Por favor, abre los ojos. Por favor. No me hagas esto. Por favor. ¡Respira! —gritó presa del pánico, golpeándole el pecho.

Él reaccionó, tosió y expulsó el agua que llenaba sus pulmones.

—Gracias a Dios —suspiró ella, sollozando sin consuelo.

—Estoy bien.

Matilde lo miró furiosa.

—¿Por qué te empeñas en hacerme sufrir? ¡Te he dicho cientos de veces que no puedes estar tanto rato bajo el mar! ¿Y qué haré yo si te mueres? ¿Di?

—No voy a morir.

Ella hipó sin consuelo. La sola idea de que Yerén desapareciera de su vida le laceraba el corazón.

—No eres… inmortal. Así que, a partir… de ahora, te controlaré el tiempo y saldrás… cuándo te lo indique. Y no quiero que vengas tan lejos solo. Bucearás dónde siempre. ¿De acuerdo?

—A sus órdenes, doña Gutiérrez.

—¿Por qué bromeas en una situación cómo esta? ¡Has estado a punto de ahogarte!

—¿Tanto te dolería?

Ella, con el rostro empañado de lágrimas, asintió. Él alzó la mano y le acarició la mejilla.

—¿Por qué?

—¿Qué pregunta es esa? Sabes muy bien la razón.

—Hay razones que son un engaño.

—¿Insinúas que el aprecio que te tengo es ficticio? —se alborotó Matilde.

—Sé que me aprecias. Aunque, no de la manera que todos creen. Estás enamorada de mí.

—Sin duda, la falta de aire te ha nublado el razonamiento —resopló

Matilde comenzando a alzarse.
Yerén la agarró por la cintura y se lo impidió.
—¿Qué haces? Suelta —jadeó ella.
Él posó una mano en su nuca y la atrajo hacia su rostro.
—Vamos a descubrir la verdad.
—No…
Yerén la acalló con un beso. Ella intentó liberarse. Él se lo impidió. Profundizó su asalto y devoró esa boca que durante mucho tiempo soñó saborear, gimiendo al comprobar que sus besos demolían la resistencia de Matilde.
—Sí que me amas. Confiésalo —jadeó.
Sí. Lo quería con toda el alma. Pero nunca se lo confesaría. No deseaba ver cómo se burlaba de ella.
—Yerén…
—Dilo.
—¡Sí, maldita sea! ¿Ya estás satisfecho? Anda, ya puedes reírte de la pobre niña tonta —dijo Matilde con ojos húmedos.
La mirada de Yerén se tornó resplandeciente.
—Nunca podría. Desde el primer instante que vi a esa niña de cabellos de oro y ojos cómo el mar, caí rendido. Eres la chica que siempre ha anidado en mi corazón. Eres la mujer que amo y siempre amaré. Eres mi perla más valiosa.
—¿No estás burlándote, verdad?
Él tomó su rostro entre las manos.
—Estoy abriéndote mi corazón, Matilde. Te digo que deseo pasar el resto de la vida a tu lado.
El semblante de ella se ensombreció.
—Es imposible. La ley no permite las uniones de una mujer blanca con un nativo o mestizo.
—Hay leyes no escritas.
—¿Insinúas qué vivamos juntos sin estar casados? Es un riesgo muy grande. ¡Imposible!
—No si somos discretos.
—¿Y si quedo en cinta? ¿Di? No. No —rechazó ella.
—Podemos ir a otro lugar. Cambiar nuestros nombres y casarnos.
Ella se separó, se sentó y miró el mar.
—Tú en la vida podrás pasar por blanco. Nuestro matrimonio es imposible. Nunca formaremos una familia.
Él alzó el torso. Le tomó el mentón y la obligó a mirarlo.
—¿Dices que renunciarás a nuestro amor y buscarás un marido conveniente? —inquirió con tristeza.
Matilde sacudió la cabeza con énfasis.
—Jamás podría amar a otro.
—¿Y renunciaras a los hijos por mí? No puedo pedirte eso. Lo más

conveniente es que me aleje. Mañana mismo me iré.

—¡No! —gritó ella.

—Es lo más beneficioso para los dos. No podremos vivir con nuestros sentimientos y tratar de frenarlos. ¿No lo comprendes?

Matilde acercó su boca a la de Yerén.

—No quiero detenerlos. Ya no. Ámame —susurró.

—Sería una locura…

—Estoy cansada de ser juiciosa y renunciar a todo lo que deseo. Y ahora te deseo a ti.

Él dejó escapar una exhalación angustiosa. La estrechó contra el pecho y buscó su boca.

A pesar de que el futuro era halagüeño, la vida seguía muy dura en Santo Domingo. La ciudad era el centro del Nuevo Mundo. Allí residía el virrey y allí recalaban todos los barcos que iban hacia otras latitudes y hacia destinos desconocidos para adquirir más tierras para la Corona. Consecuencia de ello era que los comercios, negocios y posadas no dejaban de crecer y a pesar de que la fama de la posada era notable, debía mantener día a día su buen hacer.

Quien también corría de boca en boca era Matilde. Su belleza y habilidad para regentar tan próspero negocio la llevaron a ser una de las casaderas más cotizadas. Colonos, soldados, funcionarios e incluso grandes terratenientes acudían a la posada para probar fortuna, pero ninguno ganaba el boleto.

Aquella tarde, el alcalde de Azua, se fijó en la bella posadera. Pensó que no quedaría mal cómo esposa de tan alto funcionario. Era joven, mucho, pero a los quince ya podía convertirse en una mujer casada. A ello debía añadirse que era hermosa y que reflejaba gran salud, hecho que podría darle muchos vástagos.

—Señora Matilde. ¿Podéis atenderme?

Ella entregó la olla a la camarera, cogió una jarra y se acercó a él.

—¿En qué puedo serviros, señor Herrera?

Él levantó una ceja.

—No os asombréis, señor. Una posición cómo la mía requiere estar al tanto de todo lo que sucede en la ciudad. Y sé que vos estáis de paso para haceros cargo de la alcaldía de Azua.

Herrera aseveró con sutileza.

—En ese caso, sabréis que he enviudado recientemente y que será doloroso para mí emprender esta nueva etapa sin la compañía de una esposa.

—Quedad tranquilo. Vuestra presencia y posición facilitará que halléis a la mujer adecuada en vuestra ciudad.

—Dudo que allí encuentre damas tan adorables cómo vos.

Matilde le llenó el vaso y sin dejar de sonreír, dijo:

—Las apariencias engañan, señor. Si me disculpáis, tengo que atender los fogones. Disfrutad de las viandas.

Yerén la detuvo antes de entrar en la cocina.

—A ese tipo tienes que pararle los pies. Bueno. A todos esos energúmenos que te rondan —remugó Yerén.

Matilde no pudo evitar una media sonrisa ante los celos del muchacho.

—¿Temes que alguno gane la partida?

—Se sabe que la voluntad de las mujeres es voluble —replicó él.

—¿Es así cómo me consideras? Me decepcionas, Yerén. Mucho —siseó ella. Dio media vuelta y entró en la cocina. Él la siguió.

—¿Por qué te enojas? ¿Es qué no entiendes que me aterroriza perderte?

Ella puso el cazo en el fuego, se dio la vuelta y le acarició la mejilla.

—Nunca me perderás. ¿De acuerdo?

—Pero ellos no saben que tú corazón ya está ocupado y no dejarán de cortejarte. Ante sus ojos eres una mujer libre y casadera.

—Y yo tan sólo tengo la última palabra. Jamás pasaré ante el altar.

Él la estrechó contra su pecho y la besó. Ella se apartó de inmediato.

—¿Estás loco? Acaba de entrar Fray Bartolomé de las Casas. Si nos ve terminaremos ante la Real Audiencia y después en la hoguera.

—Estoy harto de que debamos escondernos. Además, dicen que este cura no es tan estricto. Su meta es evangelizar al máximo posible de salvajes, junto a Pedro de Córdoba y Antón de Montesinos.

—¿Y piensas qué yo no lo estoy? A pesar de ello, deberemos apechugar. No nos queda otra.

—Irnos lejos.

—Lo haremos. Pero no ha llegado el momento. Aunque, sí el de dar de comer a esa jauría hambrienta. Ve llenándoles los vasos de vino. Si los contentamos sacaremos mucho más beneficio.

—Hemos ahorrado una buena suma. Aún así, nos queda mucha más si queremos realizar el plan concebido. Mañana mismo iré a por más perlas.

—¡Ni lo sueñes! —se negó Matilde.

—No necesito que me acompañes.

—¿Olvidas lo qué pasó hace unas semanas? No, Yerén. No bucearás solo. Además, no puedes. Debemos pasar por el sastre a buscar los disfraces. Hoy comienzan los carnavales.

Él suspiró.

—Lo olvidé. Será una noche larga.

—¿A qué viene esa pesadumbre? El regocijo cabalgará desbocado por las calles y rincones de la ciudad. Y he sido invitada por María Álvarez de Toledo, la mujer más poderosa del Nuevo Mundo a su fiesta. Esa mujer es un ejemplo para las damas ilustres y si a eso añadimos que con la ausencia de su esposo ha tomado las riendas de la gobernación, pues no debemos obviar sus órdenes. Y esa invitación no es otra cosa que un mandato. Mira. Estamos a punto de calar hondo en la sociedad de Santo Domingo y esta fiesta es el remate que nos elevará a lo más alto. ¿O piensas que la esposa de Colón invita a cualquiera?

—Ahí está el meollo del asunto. ¿Quién eres tú? Una simple posadera. No formas partes de la elite. Y no lo digo con desprecio. Hablo de la realidad.

—Cierto. No soy más que una mujer que regenta un negocio. Sin embargo, nuestra fama se ha extendido en apenas unos años y eso no es fácil. Supongo que querrá conocer y recompensar a la mujer que ha hecho posible ese milagro. No hay más.

—Dudo que seas presentada a la gobernadora. Vamos a un baile de máscaras. El anonimato es la ley.

—En la práctica no. Hemos de mostrar el rostro al lacayo para verificar nuestras identidades o cualquiera podría infiltrarse. Lo cual induce a qué si alguien quiere descubrir a un invitado soborne al criado.

—Ahí está el problema. Soy un mestizo que no está autorizado a entrar en esa casa. No cruzaré esa puerta —remugó Yerén.

—La invitación permite un acompañante. Un sirviente jamás discutirá la decisión de un invitado de su señora.

—¿Y qué hay del negocio? No podemos dejarlo en manos de los empleados. Por lo demás, opino que colarme es arriesgado.

—¿Y qué es la vida sin emoción? Por lo demás, esta noche casi todo está permitido. No hay amos, ni señores. Ni damas ni rameras. Todos se entremezclan sin el menor pudor. No hay rostros, no hay identidades. Libertad en estado puro. Y no pongas excusa sobre dejar por unas horas la taberna. Nuestros empleados son capaces de sustituirnos. Venga. Ve a llenar los vasos.

Yerén no estaba convencido; aún así, fue incapaz de negarse a ir al sastre y ponerse el disfraz.

—Te sienta de maravilla —lo alabó Matilde.

Él se miró en el espejo.

—¿No había otro? Me siento ridículo.

Ella se colocó a su lado.

—¿De veras lo crees? Mírate. Eres el joven más seductor de Santo Domingo. No se yo… Creo que me equivoqué al elegir el disfraz. Las mujeres no podrán quitarte el ojo de encima.

—Soy yo quién debería estar receloso. Estás muy provocativa. Apenas tienes la mitad del cuerpo cubierto. Tendré que apartarte a los sobones al igual que si fueran moscas atraídas por la miel y eso puede traernos muchos conflictos. ¿Podrías considerar ponerte otra cosa?

—Estoy cansada de seguir las normas y no pienso pasar la oportunidad de sentirme libre por una noche.

—Pero…

—¿Podrías olvidar las preocupaciones e intentar divertirte?

—No, Matilde. No puedo. Sé que caminamos por la cuerda floja y podemos caer con un simple traspié.

Ella le acarició el brazo y le dedicó una dulce sonrisa.

—Las cosas nos están yendo muy bien. Deja de pensar tan negro. Hoy vamos a divertirnos. ¿De acuerdo?

Él asintió no muy convencido.

Al llegar ante la puerta del alcázar Yerén, nervioso, tragó saliva. Y no porque el edificio inaugurado un año antes fuese imponente. Tenía un mal presentimiento, pero Matilde no atendería a razones y no estaba dispuesto a dejarla sola tal cómo iba vestida. Cualquier desaprensivo la pondría en una situación nada agradable.

Matilde entregó la invitación. El lacayo los hizo pasar y los llevó a un reservado.

—Por favor, las máscaras.

El hombre, que fue elegido por María de Toledo por conocer a cada uno de los que acudirían al sarao, comprobó sus identidades. Yerén aguardó intranquilo. Pero el sirviente les franqueó la entrada.

—¿Lo ves? No ha pasado nada terrible.

Yerén se limitó a gruñir.

—¡Vaya! Esto es majestuoso —murmuró Matilde.

Él sacudió la cabeza.

—Un delirio de Colón. Cincuenta y cinco habitaciones, mampostería con rocas coralinas e interior decorado con todo lujo de detalles. Un dispendio innecesario.

—Había que demostrar el poder de los conquistadores —apuntilló Matilde.

—Ya. Mira. Hay más de cien invitados. Pero soy incapaz de reconocer a ninguno.

—El anonimato es la cualidad más importante que tiene el Carnaval. Por ello no debes temer nada. ¡Venga! Vamos a bailar.

Despreocupados se unieron a los danzarines y bailaron hasta quedar agotados, siendo escudriñados por los presentes. Querían saber que pareja tan seductora se escondía bajo los disfraces de bailarina árabe y el corsario.

—La preocupación ha regresado. Llamamos mucho la atención. Seguro que intentarán descubrir quienes somos. Deberíamos irnos —dijo Yerén.

—No hay nada que temer. Aquí han venido a disfrutar. Además, después de tanto tiempo de penalidades me lo estoy pasando muy bien. Deja que me recree.

Él suspiró hondo.

—De acuerdo. Pero salgamos un momento.

Se encaminaban hacia el jardín, pero un corsario fue hacia ellos.

—¿A qué sois Matilde, la posadera? Vuestros ojos son inconfundibles, señora. Dos pedazos de cielo.

Ella reconoció la voz de Casimiro Murrieta, el capataz de la mina

de oro. Desde que llegó a La Hispaniola y acudía a la capital a hacer gestiones, no se marchaba sin pasar por la posada insinuándole propuestas nada honradas.

—Larguémonos. Rápido —dijo Yerén.

Pero ir hacia la puerta de salida fue imposible. Retrocedieron y tras cruzar el salón se adentraron por un largo corredor. Abrió una de las puertas. Por la escasa luz de la lámpara de aceite vieron que era un dormitorio. Entraron y cerró con la llave que se encontraba en la cerradura.

—Aquí no nos encontrará.

—Ni tampoco nosotros poder salir. No hay ventanas. Es imposible escapar. Deberemos regresar e intentar eludir a Murrieta —bufó Matilde.

—He visto cómo ese tipo se relamía los labios. No descansará hasta dar contigo. Y tendremos complicaciones si no nos largamos cuanto antes. Pero debemos aguardar un tiempo.

Ella se sentó sobre la cama.

—¿Por qué tenemos tan mala suerte? Estábamos gozando de la fiesta.

Él se acomodó junto a ella.

—Te dije que era mala idea aceptar la invitación.

Matilde apretó los labios. Se levantó y le pidió lo mismo a Yerén. Apartó el edredón y una gran sonrisa iluminó su rostro.

—Pues me niego a que me estropeen la fiesta. Y aquí está la solución.

—¿Qué haces?

—Desnúdate y átate la sábana cómo si fuese una túnica. ¡Venga!

Lo hicieron y regresaron a la fiesta disfrazados cómo habitantes de la antigua Grecia.

El salón continuaba atestado. María de Toledo no escatimó en bebida, viandas y espectáculos, y nadie deseaba abandonar la fiesta.

—Murrieta no podrá reconocernos.

—Tus ojos son tu identidad. Nos vamos.

—Yo no…

Él la aferró por la cintura.

—He dicho que nos marchamos.

Sujetándola con fuerza sortearon a la multitud y la llevó hasta la salida. Sin embargo, una vez más se lo impidieron. Un tipo tomó la mano de Matilde y la unió a la fila de danzarines. Yerén corrió junto a ella y tras dar varias vueltas por el salón lograron zafarse.

—Esto es una pesadilla. Volvamos a ese cuarto. Aguardaremos hasta que se marchen todos.

De nuevo tuvieron que cambiar de planes al ser frenados por el lacayo.

—La gobernadora desea veros, doña Matilde. Acompañadme. Vos, caballero, aguardad aquí.

Ella, dudosa, miró a Yerén. Él, con un leve gesto de cabeza le indicó que obedeciera.

Matilde siguió al criado. Ascendieron al piso de arriba. Abrió una puerta y antes de cederle el paso le pidió que se quitara la máscara.

—Doña María, su invitada.

Matilde, con el corazón acelerado, entró.

La mujer de Colón se encontraba recostada en el diván disfrazada de hombre. Matilde inclinó suavemente la cabeza.

—Me dijeron que erais bonita. Se quedaron cortos. Sois muy bella, y al mismo tiempo, talentosa. Regentáis la posada de don Pizarro con maestría. En poco tiempo se ha convertido en la más prestigiosa de la ciudad. Y eso, es un logro muy difícil para una mujer. Os felicito — dijo.

—Y yo a vos. Gobernar este territorio también lo es y vos lo hacéis con justicia e inteligencia.

—Hacer las cosas con la cabeza fría es primordial para conseguir logros. Aunque, a veces, se nos tuerza la displicencia para caer en pasiones poco convenientes. Es un consejo que os doy para vuestro bien. ¿Comprendéis?

Matilde supo a qué se refería.

—Si lo decís por la presencia de mi criado, no penséis mal, señora. Lo he hecho venir para mi protección. En una noche cómo esta una mujer no está segura si transita a altas horas de la madrugada. No pensé que os molestaría.

María esbozó una media sonrisa.

—Y no me ha incomodado. Desde que llegué a estas tierras he visto actos del todo pasmosos. Mi capacidad de asombro ya está completa. Sin embargo, una cosa es ser testigo de ello y otra muy distinta ser ignorante. ¿Entendéis a qué me refiero?

—Sí, señora.

—Dicho esto, he de decir que me preocupo por vos. No me gustaría que tras el esfuerzo por conseguir un buen prestigio, después de la mala reputación de vuestros padres, todo se quebrase por un comportamiento nada adecuado; mejor dicho, prohibido y poco discreto. Comprenderéis que mi posición, sin tener en cuenta lo que yo opine, me obliga a que todos cumplan con las normas. ¿Entendéis?

—Puedo aseguraros que mi conducta es intachable y siempre lo será. Nadie podrá poner mí nombre en su boca para insultarme. Cómo bien decís, he trabajado duro para llegar donde estoy. No pienso caer de nuevo.

La gobernadora aseveró satisfecha.

—Me contenta oíros decir eso. Al igual que me complacería pasar

por la posada y probar vuestra exquisita cocina.

—Seréis bienvenida siempre, señora. Aunque, si lo deseáis, puedo traeros las viandas aquí. Lo digo para vuestra intimidad.

—Lo pensaré. Ahora ya podéis seguir gozando del carnaval, con la moderación que exponéis.

—Siempre he procurado meditar mis actos y desechar aquello que no me conviene o no es adecuado para la sociedad. Imagino que igual que vos.

—Ciertamente. Ha sido un placer tener esta conversación. No siempre da una con una mujer de vuestra inteligencia. Espero que, a partir de ahora, podamos reunirnos alguna vez.

—Será un honor.

—Divertíos. Buenas noches.

—Id con Dios, señora.

Matilde se retiró, no sin antes apreciar que la gobernadora no pasaría la noche sola. Era evidente que en la sociedad que se desenvolvían las apariencias ocultaban la verdadera naturaleza de las bajezas humanas.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Yerén en cuanto regresó a su lado.

—Ya te lo contaré.

—Te veo preocupada. Algo malo ha sucedido.

—Todo está bien. ¿Podemos irnos de una vez?

Abandonaron el alcázar y se perdieron por las calles de la ciudad. La fiesta bullía en cada rincón. Nadie quería desaprovechar esa noche de desenfreno libre de cualquier pecado.

—Podemos seguir con el festejo. Se escucha la música. Ven —sugirió Yerén.

—Yo no…

Él le tendió la mano y ella, finalmente, cedió.

Llegaron a una pequeña plaza. Decenas de ciudadanos bailaban al ritmo de una orquestina.

—Bailemos.

Se movieron al ritmo de la Seguidilla, Saraos y la Pavana. Y agotados y riendo, se dejaron caer al suelo

—¿He conseguido hacerte feliz? —jadeó Yerén.

Matilde lo besó.

—No. No es prudente. Por favor, para. Pueden reconocernos —le pidió él.

Ella posó las manos sobre su pecho.

—Estamos bajo el amparo de las caretas. Además, hoy nadie se fijará en nadie. Lo único que buscan es cumplir sus deseos ocultos. ¿Y sabes cuál es el mío?

—Lo sé. Pero no es posible.

—Hemos superado muchas penalidades. Nada es imposible para nosotros. Por favor, ámame. Quiero ser tuya por completo.

Yerén la apartó y se levantó.

—Regresemos a casa. Es tarde y mañana nos espera una jornada dura.

—Pensé que tenías más valor —dijo ella

—Esto no es cuestión de valentía. Vamos.

Matilde, refunfuñando, se alzó. Caminaron en silencio camino hacia la posada. Pero antes de llegar fueron zambullidos por una gran multitud.

—Tenemos que salir cómo sea —dijo Yerén.

—Pues yo no me marcho. Hace mucho que mí vida es sólo trabajo y penalidades. Hoy quiero olvidarme de todo y gozar. Tú, si quieres, puedes largarte —gruñó Matilde, entrando en la casa.

—No puedes….

Yerén soltó un bufido y corrió tras ella.

—¿Has perdido la cordura? Esta es una celebración privada. No estamos invitados. Y si no yerro, esta es la vivienda del magistrado Horacio Valderrama. Si nos pillan estamos perdidos.

—¿Has visto algún guardián en la entrada? ¿No, verdad? Nadie nos detendrá.
—Sí. Pero…
—¡Oh, Yerén! No seas tan aguafiestas. Solamente un rato. ¿De acuerdo?
Él inspiró hondo.
—Está bien. Unos minutos y nos largamos.
En el salón apenas cabía un alfiler. Los invitados bebían y danzaban enloquecidos. Se unieron a ellos y bailaron de nuevo hasta quedar rendidos.
—¡Uf! Necesito descasar y beber de inmediato. Mira ahí. Vamos.
Con dificultad lograron alcanzar la mesa dónde se ofrecían diferentes bebidas. Tomaron dos copas de vino.
—Esto es de locos. Me reventarán los oídos. Larguémonos —refunfuñó Yerén ante la algarabía.
—Sí. Vayamos a un sitio tranquilo. ¡Venga! —propuso Matilde, saliendo al patio interior. Allí también la fiesta estaba en pleno apogeo. Lo cruzaron y abrieron una de las puertas. Una escalinata descendía hacia el sótano.
—No es prudente —dijo él.
—Es un buen escondite.
—Algún día te arrepentirás de no pensar las cosas y… ¡Matilde! ¡No bajes! No sabes que hay ahí abajo. Matilde… ¡Matilde!
Ella ignoró su advertencia y comenzó a bajar. Yerén también lo hizo. Al final de la escalera se encontraron con un almacén enorme de barricas y botellas de vino.
—Las teas están encendidas por si vienen a por más bebida. No es buena idea quedarnos.
—Esto es enorme. Vamos hacia adentro. ¡Ven! —decidió Matilde.
De nuevo, a regañadientes, él la siguió.
—Aquí estaremos bien. Se está fresquito —dijo ella al llegar ante una parte dedicada a almacenar sacos de cereales. Se sentó e invitó a Yerén que la imitara. Él obedeció.
—Descansamos un poco, nos tomamos el vino y salimos de inmediato. ¿Entendido?
—Entendido, gruñón.
Yerén cató la copa.
—No está mal. Pero es de baja calidad. El magistrado no es generoso con sus invitados.
Matilde saltó, se acercó a una estantería y cogió una botella.
—¿Y si abrimos esta?
—Si nos pillan… Es robar, Matilde.
—¡Aburrido! —se quejó ella dejándola de nuevo.
—Sensato y tú deberías serlo o te buscarás más de un problema.

¡Está bien! Dámela y siéntate.

Matilde se la entregó y él la abrió.

—Toma y cuéntame que te ha dicho la gobernadora.

Por supuesto, no le diría que la advirtió de su relación con él. Dio un trago, se la devolvió y dijo:

—Que se siente orgullosa de que una joven haya logrado obtener tanto prestigio; lo cuál no es frecuente para una mujer y que desea pasar por la posada.

Yerén probó el caldo y aseveró satisfecho.

—Una buena añada. Anda. Da otro sorbo y nos vamos.

Matilde dejó caer un chorro en la boca. Se relamió los labios y se acercó más a él.

—Sí. Pero antes bésame.

—Para… Lo hemos hablado. No podemos…

—Nadie nos ve.

—No es esa la cuestión. Lo nuestro está prohibido y debemos apartar los sentimientos o sufriremos.

Ella ignoró su razonamiento y hundió la boca en su cuello.

—Matilde, por favor. Frena. No eres consciente de lo que haces. Hoy has bebido mucho. Yo también. No es prudente —jadeó él.

—No es el vino quien me nubla la razón —alegó ella. Le arrebató la botella, lo empujó y se apoderó de su boca. Yerén fue incapaz de mantenerse frió. La besó con el mismo ardor. Una, dos veces y muchas más; hasta que el deseo ya fue insoportable. Con brusquedad la apartó.

—Tenemos… que parar o no… respondo —jadeó.

Matilde se incorporó.

—Yerén. Te quiero y no seré de otro. Deseo ser tuya. Lo deseo ahora. ¿Tú no?

—Sabes que es lo que más anhelo —confesó él.

Ella volvió a inclinarse. Con manos ansiosas comenzó a apartarle la tela.

—No sigas —le pidió él.

Ella continuó hasta dejar su pecho al descubierto. Cogió la botella y dejó caer un poco de vino. Bajó el rostro y lamió el riachuelo rojo.

—Delicioso —musitó Matilde.

Él dejó escapar un gemido lleno de angustia al ver cómo se relamía los labios.

—¡Maldita sea! —exclamó. La volteó con brusquedad posándose sobre ella. Con dedos trémulos la desprendió de la sábana. Ella, con las mejillas arreboladas por la excitación, contuvo el aliento.

—Si sigo no habrá vuelta atrás.

Matilde tragó saliva.

—Quiero ser tu mujer. Tómame. Ahora o moriré de ansia.

Incitado por su exaltación descubrió sus senos. Eran menudos, pero prietos. La lengua lamió la piel virginal. Sabía salobre por el sudor. Ella enredó las manos en sus rizos azabaches exhalando pequeños balbuceos de satisfacción. Él dejó atrás la contención. Ya no era precisa en ese instante. Matilde, aún sin ser consciente, le exigía más. Con osadía introdujo la mano entre los muslos. Ella respingó sorprendida.

—Yerén…

Él desdeñó su protesta.

—Me has pedido que te ame. Y lo haré. Confía en mí. ¿Lo harás?

—Siempre —suspiró ella.

Comenzó a acariciarla y Matilde, seducida por sus fricciones expertas dejó de rechazarlo. Cerró los ojos sumergiéndose en ese placer exquisito.

—¿Te gusta?

Ella tan solo pudo dibujar una tenue sonrisa de satisfacción.

Yerén apenas podía contener el ansia de poseerla por completo. Pero debía aguardar a que estuviese lista para recibirlo. De ningún modo quería que la experiencia fuese dolorosa o desagradable para ella. Amarrando la impaciencia agarró la botella e imitándola dejó caer el líquido por su nívea piel. El reguero descendió por su cuello, por sus senos, por su vientre y la lengua de Yerén siguió el sendero hasta llegar a su destino.

—¡Yerén! —clamó Matilde cuando su boca se hundió entre sus rizos dorados. Intentó incorporarse pero él no se lo permitió.

—Me has pedido que te ame y lo haré —jadeó.

Ella dejó de luchar. Nadie podría resistirse a ese exquisito placer que esa boca glotona proporcionaba. Tanto que lo que la rodeaba dejó de existir y tan solo quedó una sensación tensa y dolorosa, y que al estallar el placer más exquisito jamás imaginado la envolvió obligándola a jadear sin control.

Yerén, desesperado se bajó los calzones, la cubrió y se introdujo dentro de ella. Matilde ahogó la queja y clavó sus uñas en la espalda de su amante. Él ignoró el dolor y se movió suavemente dentro de su calidez y cuando el éxtasis amenazó con sumergirlo en el mayor placer de su corta vida, se derramó sobre su vientre para evitar un posible embarazo.

Y agitados por lo que acababa de ocurrir, permanecieron abrazados, quedándose adormecidos.

Yerén, sobresaltado, abrió los ojos.
—¡Matilde! ¡Despierta! —gritó.
—¿Qué ocurre?
—Algo va mal.
Matilde se incorporó.
—¿Nos han descubierto?
Yerén entrecerró los ojos.
—No. Pero… No se. ¿No notas algo extraño?
Ella posó la mano en su pecho.
—Claro que sí. Es la felicidad por haber materializado nuestro amor. Y quiero que vuelvas a demostrarme cuánto me deseas. Quiero que vuelvas a darme tanto placer.
—Matilde. Ahora no. Tenemos que salir o… —Calló al sentir la boca de ella en el pecho.
—Tengo apetito de ti. ¿Tú no de mí?
—Sí. Sin embargo, no podemos quedarnos. Tengo un mal presentimiento. Creo que…
De repente se escuchó un zumbido lejano.
—¡Yerén! ¡¿Qué pasa?! —gritó Matilde.
Él saltó al suelo y la arrastró hacia la mesa que se encontraba en la esquina.
—Es un terremoto. ¡Tenemos que cubrirnos! ¡Métete debajo! —exclamó cargando un saco. Lo colocó sobre la mesa. Después puso otro más y se colocó junto a Matilde.
De repente, las paredes, el suelo, los barriles, todo comenzó a balancearse. Una parte del techo cayó frente a ellos. La estantería se resquebrajó como si fuese de papel y varios barriles rodaron.
—Tengo miedo —sollozó Matilde.
Yerén la abrazó. Él también lo sentía. Había vivido varios temblores, pero ninguno tan poderoso cómo este. Probablemente, en el exterior, las cosas estarían mucho peor. Si las ruinas caían sobre la salida, probablemente quedarían sepultados. Aún así, para tranquilizarla, dijo:
—No pasará nada. Pronto cesará. No suelen durar apenas.
No erró. De repente, todo volvió a la normalidad.
—¿Ya está? —susurró Matilde.
—Sí. Vamos. Tenemos que salir.
Por suerte algún candil permanecía intacto y podían ver un poco entre la oscuridad. La bodega se encontraba prácticamente destruida. Cogieron dos lámparas y sortearon los cascotes, barriles y botellas

rotas hasta alcanzar la escalera.

Con el corazón desbocado por el miedo, Yerén comenzó a ascender hasta alcanzar la puerta. Rezando para que se abriese, empujó.

—¿Qué ocurre? —jadeó Matilde.

—Parece atascada.

—Empujemos.

Lo hicieron con todas sus fuerzas. Y no lograron nada.

—¿Estamos sepultados? —sollozó Matilde.

Yerén golpeó con los puños la madera y gritó a todo pulmón.

—¡Auxilio! ¡Abridnos!

Ella también se unió a su llamada. Pero tras varios minutos nadie vino en su ayuda.

—Agonizaremos lentamente de hambre y sed. Será terrible —dijo Matilde sin apenas voz.

Yerén sacudió la cabeza.

—No. No me rendiré. ¡Ayuda! ¡Socorro!

De nuevo, su esfuerzo no fue recompensado. Abatidos, se dejaron caer. Matilde se abrazó a Yerén.

—Si he de morir, doy gracias a Dios porque estás a mi lado —dijo, sollozando.

—No moriremos. Hoy no.

—Nadie sabe que estamos aquí. Es el fin. Acéptalo. Yerén…

Él se incorporó y con la mano le hizo el gesto de que callase.

—¿Qué es? —inquirió, ansiosa, ella.

—¿No lo oyes? Parece un gemido. Sí. Es por ahí. Ven.

Matilde se alzó y lo siguió.

—No estábamos solos —dijo Yerén señalando al hombre tendido. Se inclinó y lo zarandeó.

—¿Está muerto? —preguntó Matilde.

—Me temo que…

El hombre emitió un quejido y abrió los ojos.

—¿Qué ha… pasado? —gimoteó.

—Un terremoto. ¿Os encontráis bien? ¿Notáis se tenéis algún hueso roto?

El hombre se incorporó con dificultad.

—No. Pero la cabeza me estalla.

—Tenéis una pequeña herida. Pero no se ve grave. Aunque daría igual que fuese una herida de muerte, porque estamos sepultados bajo los escombros. Es imposible salir. Moriremos.

—No seáis tan rotundo. Siempre hay salidas, señor…

—Yerén Quesada.

—Silvestre Gómez. Mayordomo del magistrado. ¿Podéis decirme que estabais haciendo en la bodega? —quiso saber. Pero al ver a Matilde, dijo: Entiendo.

—¿Qué habéis querido decir con que siempre hay salidas? —preguntó ella.

El mayordomo se incorporó ayudado por Yerén.

—Seguidme.

Sortearon los escombros hasta alcanzar el fondo. Se detuvieron ante una estantería llena de pequeños toneles de ron.

—No veo puerta alguna —dijo Yerén.

—¿Acaso pensáis que en casa de un hombre tan notable cómo mi señor no existen recursos en caso de complicaciones? Mirad.

Silvestre apartó uno de ellos y les mostró una palanca. Tiró de ella y la estantería se separó de la pared dejando ver un corredor.

—¡Una salida! —exclamó Matilde.

—Así es. Salgamos de este infierno.

Al alcanzar la calle el panorama no fue mucho mejor. Edificios y palmeras derribados. Algunas partes de la calzada resquebrajada dejando ver grietas profundas. Pero lo peor no era la destrucción. Lo terrible fue ver a decenas de gente que unos minutos antes reían, bailaban, que soñaban con un futuro mejor, yaciendo sin vida.

—¡Señor! ¡Qué espanto! —clamó Matilde.

Yerén la estrechó contra su pecho.

—Lo se. Mantén la calma. Tenemos que ir a la posada para ver que ha ocurrido. Vamos.

Caminaron lo más rápido que pudieron entre lamentos de los heridos, llantos desgarrados de los que descubrían a un ser querido muerto y cómo era de esperar, sorteando a los desaprensivos que buscaban objetos o dinero de los cadáveres.

—¡Dios mío! —gritó Matilde al ver la posada. En realidad, sus ruinas.

Yerén fue incapaz de reaccionar. Miraba con incredulidad, cómo si lo que se mostraba ante él no era real. Era imposible que el futuro halagüeño que consiguieron se hubiese caído al igual que un castillo naipes.

—Guadalupe…. Guadalupe… —susurró Matilde.

Yerén parpadeó recuperando los sentidos. Bajo los escombros podía encontrarse ella. Con toda seguridad. Antes de irse dijo que no pensaba ir a ningún lado. Pero no se lo diría a Matilde. Ahora no.

—Seguro que está bien. Ya lo verás —la tranquilizó.

—Tenemos que buscarla —dijo ella. Se apartó y fue hacia los cascotes. Se inclinó e intentó levantar una piedra.

Yerén corrió tras ella, la obligó a levantarse y la abrazó con fuerza. Ella se revolvió.

—¡Déjame! Guadalupe puede… estar viva. No podemos… dejarla —hipó.

—Nadie que esté ahí debajo puede vivir. Más, ella no está. ¿De

acuerdo? Ahora serénate. Iremos a casa de Pizarro.

Él tuvo más suerte. El único desperfecto fue la caída de la celosía de una de las ventanas.

—¿Estáis bien? —se preocupó.

Yerén aseveró con evidente desánimo.

—Sí. Pero la posada ha desaparecido y con ella nuestras cosas y nuestro ahorros —dijo Yerén.

—Y también Guadalupe. ¡Tenemos que buscarla! ¡Tenemos que sacarla de debajo las ruinas! —se alteró Matilde.

—Estoy bien. Con una pierna quebrada, pero viva.

Matilde se volteó.

—¡Guadalupe! ¡Dios sea loado! —exclamó lanzándose a sus brazos.

—Gracias al Señor vosotros también estáis bien. Es lo más importante.

—Lo hemos perdido todo —musitó Yerén.

—Pues volveremos a comenzar. Nosotros somos expertos en ello. ¿No es así?

—¡Así es! Esta ciudad ha pasado por muchas dificultades y las ha superado siempre. Esta vez no será distinto —aseguró Pizarro.

Pero los siguientes días no vaticinaron su optimismo. La ciudad se hundió en el peor del caos. Nadie era capaz de reaccionar a tanta destrucción. Sin embargo, poco a poco, una relativa normalidad regresó. Comenzaron a reconstruir las casas, a reparar los desperfectos y a retirar los escombros.

Yerén puso todas sus esperanzas en recuperar los ahorros en cuanto lo que quedaba de su negocio fuese retirado; por ello se afanó en ayudar a ello. A cada roca que apartaban buscaba con ansia la caja, pero nunca aparecía.

—Será difícil. Estará destruida —lo desanimó Matilde.

—Las perlas y maravedíes seguirán ahí.

Sin embargo, varias semanas después, la predicción de Matilde se hizo realidad. Tras apartar unos escombros comprobaron que un gran socavón se tragó gran parte de la posada y con ella el tesoro que durante tanto tiempo amasaron.

—Estamos en la ruina. Si no fuese por Pizarro nos veríamos en la calle mendigando —dijo sin apenas poder contener el llanto.

—Buscaré trabajo. Seguro que con mi fama lo conseguiré de inmediato —dijo Matilde.

—¿Y qué te pagarán? ¿Di?

Ella se sentó junto a él y le acarició la mejilla.

—No renunciaremos a nuestros sueños. Tú buscarás perlas y yo cocinaré para un notable. ¿De acuerdo? En unos meses podremos replantearnos nuestro futuro.

Yerén no tuvo problema para conseguir trabajo. Se precisaban albañiles para la reconstrucción de los edificios derrumbados. Matilde entró cómo cocinera en casa de Salvador Coscojuela, un alarife de gran prestigio. En realidad, el más solicitado de esas tierras. No había hidalgo o comerciante enriquecido que no requiriere sus servicios para que construyese su nueva casa.

—La cena ha sido una exquisitez, al igual que siempre. Te felicito.

—Me limito a hacer mí trabajo, señor.

El hombre la miró relamiéndose los labios.

—Hace un mes que estás a mí servicio y he de confesar que ha sido un acierto contratarte. Eres educada, habilidosa en la cocina a pesar de tu juventud y portadora de una gran belleza. Te aseguro que soy la envidia de muchos.

Ella, a pesar de que su patrón siempre se comportó con gran educación, la expresión que mostraba ahora la tensó.

—Espero que no sea por motivos que nada tengan que ver con mis labores —dijo con tono gélido.

Él carraspeó incómodo.

—Por supuesto que no, querida Matilde. Jamás pondría en tela de juicio tú reputación. Por el contrario. Mataría a cualquiera que te difamase. Si me envidian es por las intenciones que tengo hacia ti y que espero que aceptes.

—Si me propone lo que imagino…

Coscojuela alzó la mano.

—Mi oferta es del todo decente. Opino que tras dos años de viudedad ya es hora de tener una nueva esposa. No es bueno que un hombre esté solo. Y he pensado que eres la idónea para mitigar mi soledad. ¿Qué me dices?

Matilde parpadeó perpleja. Había esperado algo indecoroso, nunca algo semejante de un hombre cómo él; cuando por su posición podía aspirar a cualquier hija de un hidalgo o notable funcionario.

—Yo… No se… Temo que mi condición no es… de la categoría que vos merecéis —farfulló.

—A pesar de ella, con la ropa y joyas adecuadas todos jurarían que eres una gran dama; puesto que además eres educada, sabes de letras, posees inteligencia y tú porte es digno de una reina.

—Agradezco vuestras palabras, señor. Pero…

—Comprendo que una muchacha tan joven no desee un marido de mi edad. De todos modos, puedo ofrecerte una vida cómoda, llenarte de joyas y lo principal, ser tratada cómo la señora que mereces ser. No

volverás a mover un dedo para trabajar. Te servirán a ti. Te mereces lo mejor.

Coscojuela no era un viejo. Debía rondar los cuarenta. Físicamente no llegaba a ser asqueroso, pero casi se acercaba a ello. Panzudo, algo desdentado y de baja estatura. Aún así, cualquiera en su situación y posición social baja aceptaría sin dudar al ofrecer prestigio y riqueza. Más, no para ella. No para una mujer que estaba rabiosamente enamorada de otro. Sin embargo, no era tonta. Y no era el momento de tirar por la borda un empleo tan ventajoso.

—Me honra que vuestra merced haya pensado en mí para tan insigne fin. Pero comprenderéis que es algo inesperado y que me ha causado gran estupor. Necesito meditar, puesto que es una decisión muy importante; tanto que afectará al resto de mí vida.

Él aseveró.

—Lógico. No siempre le llega a uno un ofrecimiento tan tentador. ¿No te parece?

—Lo es, sin duda. Os aseguro que cavilaré a conciencia, señor.

Él tomó la copa y mirándola con fijeza la hizo rodar entre las manos.

—Deseo que tras pensarlo tú respuesta sea afirmativa. Ten en cuenta que hay muchas candidatas de más alto rango que tú que matarían por ser mi esposa. A pesar de ello, tú eres la única que me interesa. Claro que si te demoras, otra podría ocupar el puesto tan deseado. Así que, rúmialo bien. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Ya puedes irte. Ve con Dios.

—Os deseo lo mismo, señor.

Al llegar a casa, Guadalupe notó en el rostro de Matilde que algo no andaba bien.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se ha propasado Coscojuela? ¡Si así es, voy y lo mato!

—No. No. Sigue muy correcto.

—¿Entonces?

—Es cansancio, doña Guadalupe.

La mujer entrecerró los ojos.

—¿De nuevo muestras desconfianza hacia mí?

—Por supuesto que no. ¿Acaso no sabéis que os considero mi familia? Es que… No tiene importancia.

—Aún así, cuenta. Vamos. ¡Matilde! Llevo semanas sentada en esta silla sin salir ni hablar con casi nadie. Me moriré de aburrimiento. Habla.

Ella suspiró hondo.

—El alarife me ha pedido matrimonio.

Guadalupe estiró el torso y la miró con la boca abierta.

—¿Qué? ¿No será una chanza?

Matilde negó con la cabeza. Se sentó, llenó un vaso de agua y la tomó de un tirón.

—¡Por los Clavos de Cristo! ¡Menuda propuesta! ¿Y qué has respondido? —dijo Guadalupe, tras salir del impacto.

—Que lo pensaré. Aunque, es evidente que no voy a aceptar.

—¿Es qué eres boba? No podrías esperar un marido mejor. Rico, aún relativamente joven y admirado por la sociedad. Vivirías mejor que una reina. No te faltaría de nada, serían los demás quienes trabajarían por ti y para más postre, entrarías en el exclusivo mundo de los poderosos.

—¿Acaso no me conocéis? Nunca me casaría sin estar enamorada.

Guadalupe bufó.

—El amor está sobrevalorado. Te lo digo yo. Niña. Tus circunstancias no han sido precisamente las mejores para esperar un futuro digno. Él te ofrece algo que jamás soñaste. ¿Es qué no lo ves?

—No he necesitado a nadie para salir del agujero en el que me tiraron. He ganado mi honra trabajando con decencia y muy duro —replicó Matilde, irritada.

—Cierto. A pesar de ello, siempre quedará la sombra de tus padres. Coscojuela puede difuminarla.

—¿Qué queréis decir?

—Pues, que él tiene el poder con su testimonio de sembrar la duda sobre los crímenes que cometieron… Bueno. Me refiero a… Ya me entiendes.

—Aún así, no me compensaría sacrificarme por un hombre que ni tan siquiera podría apreciar. Mejor olvidad esta insensatez. No me casaré con ese tipo.

—Quien debe olvidar sus propósitos imposibles eres tú.

Matilde dejó escapar el aliento.

—¿Otra vez con lo mismo? Os he dicho mil veces que entre Yerén y yo no hay más que amistad.

—¿Me crees una panoli? Cielo, tengo ojos y experiencia de muchos años. No puedes engañarme. Vosotros dos os amáis. Lo comprendo. De verdad. A pesar de ello, tienes que entender que vuestra relación está prohibida. Sólo espero que la cosa no vaya más allá de lo platónico.

Matilde le dio la espalda y removió el contenido del cazo.

—¡Ay, Dios! Sí que habéis sobrepasado la línea. ¿Es qué estáis mal de la cabeza? ¿Es qué no has visto lo que está a punto de sucederle a Ernesto Orozco a pesar de ser un notario notable y a su sirvienta? ¡Nada podrá salvarles del castigo por su amancebamiento! La ley es estricta para los blancos. En vuestro caso, será terrible si llegan a enterarse de vuestra relación.

—Dejemos esta discusión que no conduce a parte alguna.

Guadalupe sacudió con énfasis la cabeza.

—Sé que los jóvenes no atienden los consejos de un viejo. Pero tú deberías o terminarás pudriéndote en la cárcel. ¿Es qué no lo comprendes?

Matilde se dio la vuelta.

—Conozco el riesgo y no me importa; porque no pienso renunciar a mis sentimientos por amar a alguien con un color distinto de piel. Y ahora, si no os importa, dejemos el tema, por favor. Pizarro y Yerén llegarán de un momento a otro y he de ultimar la cena —mascculló.

—¡Insensata! Sólo espero que esta necedad no sea descubierta.

Ellos lo procuraban amparándose en la oscuridad para dar rienda a su amor, hasta que la noche daba un bostezo para retirarse y dar paso al albor.

Matilde observaba cómo las sombras se difuminaban con la creciente luz que el sol irradiaba. Pocas veces podía gozar de tan magnífico espectáculo. El trabajo en la posada y ahora en casa de Coscojuela comenzaba mucho antes del amanecer.

Yerén, desde el lecho, la miraba embelesado. Su desnudez mostraba su perfección. ¡Era tan hermosa! Tanto cómo las perlas que arrancaba de las profundidades marinas. Y esa joya era suya. Ningún otro gozaría jamás de sus besos ni de su pasión, y mucho menos de ser el dueño de su corazón, se dijo con orgullo.

Se levantó y se colocó tras ella.

—¿Qué te ocurre? Llevas días taciturna. ¿Problemas con el alarife? ¿Es qué quiere algo más de comida?

—No. El hombre es decente. Es cansancio —mintió Matilde. Si tuviera conocimiento de la propuesta, jamás permitiría que volviese al trabajo. Y necesitaban el dinero, pues no podían estar siempre bajo la protección de Pizarro.

Yerén la envolvió con sus brazos y hundió la cara en su cuello.

—Yo te relajaré —dijo con voz sensual, lamiéndole con delicadeza la piel nívea.

—Para. Guadalupe se despertará y puede oírnos; y tenemos que ir a la playa sin que se entere —le pidió ella, estremecida.

Él la apretó más contra su pecho. Matilde percibió el calor de su piel, el latido acelerado del corazón, cómo la respiración comenzaba a alterarse, al igual que su hombría y no pudo evitar el remolido de deseo. Un ansia enfermiza que la obligaba a ceder siempre que él la demandaba.

—Desde que se quebró el hueso no se alza sin mi ayuda y dormirá una par de horas más. No hay temor. Hasta entonces, tenemos mucho tiempo para darnos mucho amor —musitó Yerén posando las manos en sus senos. Con malicia pellizcó los pezones. Al instante notó su dureza. Una sonrisa malévola cruzó su atractivo rostro. Abandonó uno

de los pechos y descendió la mano hasta alcanzar su intimidad, introduciéndola entre los muslos. Ella exhaló un suspiró hondo cuando él comenzó a hurgarla con delicadeza.

—Yerén… La ventana… Para… Pueden vernos —jadeó.

Él la volteó y la mantuvo sujeta. La besó con hambre. Nunca se cansaba de su sabor. Descendió por su cuerpo hasta detenerse entre sus ingles. Ella contuvo el aliento y emitió un gemido de satisfacción al ser devorada por su boca insidiosa e implacable. Impaciente por alcanzar el éxtasis, se retorció. Él gruñó al sentir la sangre correr sin control. Matilde lograba tornarlo impaciente. Apenas podía amarla con la delicadeza que merecía. Se levantó, la puso contra la pared, separó sus piernas y la penetró de un solo golpe.

—Yerén. Por favor —jadeó ella.

Él no se hizo de rogar y se balanceó con cadencia, para olvidar sus propósitos al instante y embestirla con más agitación. Ella se unió a sus envites y juntos alcanzaron la gloria.

—Te amo —dijo él en apenas un susurro.

Matilde se giró y acunó su rostro entre las manos.

—Y yo más que nada en este mundo. Siempre te amaré. Nunca haré nada que…—Calló al escuchar a Guadalupe llamar a Yerén.

—¡Mierda! ¿Por qué rayos tiene que despertar hoy antes de lo acostumbrado? —masculló él.

Matilde se separó de él y comenzó a vestirse.

—Saldré antes de que me vea. Nunca debe sospechar que hoy no iré a casa de Coscojuela porque está en una de las plantaciones. Te aguardaré en la plazoleta.

Mientras esperaba a Yerén una nueva leva de jóvenes llegados de España miraban perplejos a su alrededor. La ciudad, en esos momentos, no era precisamente lo que escucharon. Las ruinas no demostraban el poder y riqueza que ostentaba. Pero gracias a su mano de obra pronto se recuperaría. Las gestas militares las obtendrían más tarde.

Yerén llegó y emprendieron camino hacia la parte de la costa donde encontraron un buen banco de ostras.

Al atardecer, tras una jornada con grandes beneficios, regresaron a la ciudad.

—Aún no tenemos suficiente para salir de esta pobreza ni de la esclavitud —se lamentó Yerén.

—¡Madre mía! ¿Por qué exageras? No somos mendigos ni cautivos. Vivimos holgados gracias a nuestros trabajos —le reprendió ella.

—Antes éramos propietarios. Quiero volver a gozar de esa libertad.

—Los dos lo deseamos. Pero llevará tiempo. La conquista de Granada no se hizo en un día.

—Sería más fácil si pudiésemos ir cada día a bucear.

—Aparta la impaciencia o tendrás complicaciones. ¿De acuerdo? Ahora entremos.

La llegada de la Flota de Indias fue recibida con gran júbilo. Las autoridades de Santo Domingo subieron a la nave principal para recaudar los impuestos, revisar las mercancías para dar su aprobación y recoger la valija. Una vez hecho los trámites se descargaban las mercancías y cuando la nave estaba preparada para recibir nuevos envíos, una caravana interminable de carros conducidos por esclavos arribaba al puerto para enviar sus productos y ya dispuesta se recogía el correo y partía de nuevo hacia Sevilla. Era entonces cuando se organizaba la feria que solía durar semanas. Acudían comerciantes de todos los rincones para ofrecer telas, animales de corral, especias, vino, aguardiente; cualquier cosa que uno precisara. Los precios solían dispararse, al igual que las reyertas, homicidios y enfermedades. El puerto no era precisamente un lugar saludable, ni tampoco la salud de los muchos que acudían. Aún con estos contratiempos, nadie quería perderse la oportunidad de comprar productos poco frecuentes e incluso lujosos.

Matilde, antes del terrible terremoto, acudía para proveer a la posada de los manjares y utensilios más exquisitos. Ahora, cómo simple sirvienta, solamente abastecía la despensa de Coscojuela. Compró lo necesario y tras cumplir con su jornada laboral regresó a casa.

Guadalupe, ya restablecida, entró cómo un vendaval en la cocina.

—¿Lo habéis escuchado? Jean Fleury asaltó el galeón Virgen de las Nieves. Se dice que se llevó la carga y el oro, y que no dejó a nadie con vida.

—Tanta riqueza es un reclamo para los piratas. Por ello se ha reforzado la escolta. Han fletado dos galeones con doce cañones cada uno y reclutado a cincuenta soldados —dijo Pizarro.

—Soldados que merman para nosotros. La ciudad queda más desprotegida y ellos lo sabrán —apuntilló Yerén.

—¡Dios Santo Bendito! Esperemos no pasar por el trago de ser invadidos —se santiguó Guadalupe.

—Algo peor ha sucedió. En enero falleció en Madrinalejo el rey Fernando a la edad de sesenta y cuatro años. A partir de ahora nuestro monarca será su hijo Carlos —les comunicó Pizarro.

—Educado en Flandes. ¡Puaf! Nos traerá costumbres extranjeras. Ya lo veréis. No vaticino nada bueno. No señor —comentó Guadalupe.

—Por cierto. ¿Habéis ido a por el correo? —preguntó Pizarro.

La mujer se golpeó la frente.

—¡Uy! Sí. No había nada para vos. Pero han traído de Sevilla para

Matilde —dijo la mujer sacándosela del bolsillo.
—¿Para mí?
—Bueno. Iba dirigida a tú madre.
—¿Y cómo han dado conmigo? Apenas se conocía nuestro destino. Diría más, que nadie estaba al tanto. Esto es muy chocante —musitó Matilde.
—El capitán que nos llevó lo estaba. Y al serle devuelta la misiva la reenvió aquí. Tú misma puedes verlo —le aclaró la mujer.
Matilde la cogió con dedos temblorosos. En el sobre estaba tachado el nombre de su madre y sustituido por el suyo.
—¿De quién es? —se interesó Yerén.
Matilde se levantó.
—Si me disculpáis.
Se fue a la habitación para leer con más privacidad. Era de su estimada Gertrudis.
"Querida Amelia:
Espero que al recibo de la presente te encuentres bien. Yo tirandillo. Ya sabes. Los huesos. Pero mis males se tornan menos dolorosos por la alegría que me ha dao mi Rosarillo. ¡He sio abuela de un churumbel precioso! Le han puesto Rafael, al igual que mi difunto marío. El chaval tiene los ojos del color de las almendras tostás y es guapo a rabiar. Espero que con el tiempo tu pequeña te haga tan feliz al igual que lo ha hecho mi niña conmigo. No sabes lo que es ser abuela. Es una felicidá indescriptible.
También he de comunicarte que Pedro Fernández ha sio nombrao Maestro de la Capilla de la catedral y estarán a su cargo los seises. Seguro que este año por el Corpus los chiquillos nos deleitan con una de sus composiciones. Me ha dicho que tiene en marcha un villancico. Supongo que aún ta acuerdas de la canción que compuso pa ti. Nadie ha descrito el amor hacia una mujé cómo él. Aún sigo barruntando que hubiese sido de ti si te hubieses casao con él. Pero eso nunca podremos saberlo. ¿Verdá?
Hablando de ti, me dijiste en tu última carta que tenias buenos planes pa más adelante. Planes que podrían cambiar el futuro. Más, no me dijiste el qué. La verdá, me dejaste muy intrigá. He barruntado que abrirás tu propia posada o que tienes en ciernes la perspectiva de un casamiento. Eso último me haría más contenta que lo primero. Una mujé tan joven no es justo que esté sola ni que renuncie a tener más hijos. Espero que cuando me contestes me saques de dudas.
Ahora te pregunto por la pequeña Matilde. Bueno. Pequeña ya no tanto. Si no calculo mal deberá rondar los quince y si no poco le falta. ¡Ya está en edad de merecer! ¿Hay candidatos adecuaos pa ella en esos andurriales? Habrá, digo yo dada su hermosura y educación que le has dao. No pue conformarse con un pelagatos. La niña merece un buen partido. Ser una señorona. A ver si en pocos meses tenemos dos casorios.
Por cierto. El día de Navidad puse en la mesa la receta que me

mandaste. ¡Muchacha! ¡El éxito que tuve! Cuando les dije que el potaje con costillar de cerdo y verduras contenía patatas no lo podían creer. Desde entonces, esos tubérculos han pasado a ser parte de mí despensa. Parece mentira el juego que una pué sacarles. Fritas, hervidas, al horno… El jueves fui al mercao y ya hay tomates a la venta. Por lo visto uno muy avispao decidió cultivarlos y se los quitan de las manos. Manda recetas sobre ellos. ¿De acuerdo?

¡En fin! Hay que dejar las cosas agradables para adentrarnos en asuntos turbios. Lo que comentamos en cuanto a la susodicha y repito que no debería volver a hablar de ella, pues sé que tu malasangre aún se revolverá más en las venas; pero una promesa es una promesa y no puedo volverme atrás. Ahí va lo último.

Mi querida Amelia, la vía de la infame aún es más espléndida que hace unos meses. Debido al trabajo de su esposo en la Casa de la Contratación el rey Fernando lo requirió en la Corte pa darle una condecoración y un título nobiliario. Ahora la vizcondesa también ostenta el de Marquesa de Ríoplata; que como pués deducir es por la plata que entra por el Guadalquivir y que él controla. ¡Iluso rey! Si supiera la que pasa por sus bolsillos y no por caja. Pero claro, los sinvergüenzas se ayudan entre ellos y nadie delata al otro. Pero por mi parte hago lo posible a mi altura para que el brazo de la Justicia Divina caiga sobre su cabeza y pague el mal que os ha causado. Rezo ante el Cristo de los Dolores y pongo velas toos los domingos cuando acudo a misa pa que se escuche mí súplica. Sé que ahora tu fe se ha difuminado, pero yo aún confío en ser escuchá y que esa desgraciá arda en el infierno en cuanto la espiche de una muerte tan dolorosa que sus gritos se oigan hasta Nombre de Dios.

Bueno. Callo porque si no…

Por el momento eso es too. No es cuestión de contar todo en una sola carta. Hay que guardar pa las posteriores que espero no sean muchas, porque confío que algún día podamos retomar nuestra relación cara a cara. Porque estoy segura que la verdá saldrá a la luz y serás redimida.

Sin más, se despide tu estimada amiga Gertrudis.

Besos a Matilde y cuidaros mucho.

¡Ah! Y no tardes en escribir pues aguardo con ansia tus vivencias y todo lo que cuentas sobre esa tierra tan extraña”

Matilde terminó de leer. A pesar de la dureza de la situación no soltó lágrima alguna. Por el contrario, la ira se fue apoderando de sus entrañas. ¿Cómo era posible que esa mujer que les destrozó la existencia fuese elevada a la altura de los más nobles? Merecía ser castigada y era imposible. No después de perder las ganancias. Se precisaba mucha plata para que te concedieran el regreso a España, el pasaje y el avituallamiento. Y por el momento apenas contaban con una décima parte. A este ritmo, necesitarían años para conseguir lo perdido y era probable que en ese tiempo esa mujer muriera. La única

solución era encontrar una perla enorme y eso era prácticamente un milagro y dado el historial de su vida, para ella no existían. Siempre que alcanzaba el cielo con los dedos, la cruda realidad la retornaba a la tierra.

—Aún así, no desistiré de vengar a mis padres. Del mismo modo que yo fui castigada sin culpa, si fallece, sus descendientes heredarán la venganza. Lo juro por lo más sagrado. ¡Lo juro!

Matilde dejó la bandeja ante Coscojuela.

—¿Deseáis algo más?

Él tragó el sorbo de vino.

—Una respuesta.

—Señor, os dije que era un honor aceptar vuestra oferta, pero que la rechazaba.

—Y yo que era comprensible. No obstante, ya han pasado varios meses desde mí primera petición y considero que es un plazo del todo prudente para que hayas cambiado de opinión.

Ella se frotó las manos en el mandil con gesto nervioso.

—Veréis… Me halaga que me consideréis digna de ostentar vuestro apellido. Sin embargo, hay algo que ignoráis sobre mí pasado y…

Él alzó la mano.

—¿Has perdido la doncellez?

Matilde tragó saliva. Nunca podría confesar algo semejante en su situación. Si provocaba su enojo podría acusarla de amancebamiento aunque fuese mentira. A un hombre como él lo creerían sin dudar.

—No —mintió.

—Me contenta que la guardes para tu marido; cómo lo hacen las mujeres decentes. Y espero ser yo el primero que te lleve por los caminos del placer carnal.

Matilde evito una arcada al imaginarlo sobre ella. Carraspeó y dijo:

—Debo hablaros de mí familia. Ellos… Ellos fueron acusados de asesinato y robo. No me mires tan sorprendida. Llevas varios meses sirviéndome y conoces de qué pie calzo. No hago nada sin antes consultar o sin indagar.

—¿Y no os preocupa? Pensad los chismes y rechazos que nuestra boda provocaría. Podría perjudicar vuestro trabajo. Ya sabéis cómo son los nobles. No quieren tratos con gente sin honor.

—Lo que digan los demás me la trae floja; a no ser que se metan con mis obras. Esa es la única reputación que me importa. Además, mi talento supera cualquier reticencia. No hallarán a otro que les construya casas tan magníficas. Pasarán por alto cualquier mancha. Por lo que, si este es el único impedimento que te obliga a rechazar mi petición, ya no existe. ¿Qué respondes?

Matilde dudó unos segundos.

—Matilde…

—Os aseguro que cómo marido seríais perfecto. Más, debo ser sincera. Os tengo aprecio y no deseo engañaros. No puedo ser vuestra mujer pues no os amo.

—No se si eres consciente de mi ansia por convertirte en mi esposa. Me estás pidiendo que mate mí amor.

—Lo siento mucho, señor —susurró ella, cabizbaja.

Coscojuela soltó un largo suspiro. Ya había hecho los trámites para poder casarse con esa maravilla por si aceptaba casarse. Nadie podía imaginar cuánto la deseaba. Sus noches desde que llegó a casa eran un tormento al imaginarla entre sus muslos, penetrando en ese cuerpo perfecto y níveo cómo las perlas. Ni tampoco el control que debía ejercer para no abalanzarse sobre ella y tomarla sin la menor consideración. Pero no quería su odio. Anhelaba su complacencia y el único modo de conseguirla era que pasaran por el altar. Matilde agradecería cada segundo de su vida el haberla convertido en una gran dama.

—Me duele. A pesar de eso, acepto tú decisión —dijo. Aunque, por supuesto, no se daba por vencido. Encontraría el modo de tentarla tanto que le sería imposible darle de nuevo una negativa.

—Gracias, señor. ¿Puedo retirarme?

Coscojuela la despidió con la mano.

Durante el camino que llevaba hasta casa de Pizarro, Matilde no pudo dejar de pensar en que el futuro, de nuevo, le infligía otra prueba y sin premio. Por el contrario, la pérdida del empleo; puesto que no aceptaría casarse.

—¿A qué viene ese ceño? ¡Ay, Dios! Le has dicho a tu amo que no quieres casarte con él y te ha despedido —dijo Guadalupe.

—Sí. Digo sí a la negativa. En cuanto al trabajo, sigo con él.

—Mira, niña. Esos hombres no se conforman con renunciar a lo que desean y si no has aceptado ser su mujer, intentará que lo seas de otra manera menos honrosa. No me cabe la menor duda de que pronto te pondrá de patitas en la calle.

—¿Y qué? Mi reputación me conseguirá otro empleo. ¿Y Yerén?

—No ha llegado.

—¿Qué habrá pasado? Siempre está en cuanto llego —musitó Matilde.

—¿Por qué te preocupas? El joven es capaz de cubrirse las espaldas en cualquier circunstancia. No escatima en recursos. Tú lo sabes bien.

—¿A qué viene ese tono mordaz, doña Guadalupe? Yerén es noble, decente y con un corazón de oro.

—No me cabe la menor duda. Sin embargo, posee un defecto muy perjudicial para ti y es el egoísmo. Le da igual meterte en una situación peligrosa.

—Los dos estuvimos de acuerdo.

La mujer bufó.

—Cómo dos botarates. Espero que, por lo menos, no carezcáis de prudencia. No quiero ni imaginar lo que nos pasaría si te llena la

barriga. ¡En fin! Terminaré la cena.

Matilde se asomó a la ventana impaciente aguardando a Yerén.

Pero las horas pasaron y no llegaba

—¡Ay, doña Guadalupe! El corazón me dice que le ha ocurrido algo terrible.

—O tal vez esté retozando en otro lugar —dijo la mujer con inquina.

Matilde le lanzó una mirada iracunda.

—Me duele que por amarlo lo despreséis.

—Pues, sí. Ahora me cae mal. Muy mal. Porque su egoísmo te pone en peligro y no permite que puedas crear una familia, cómo la que te está ofreciendo Coscojuela. Si te quisiera de verdad dejaría que tú futuro fuese más halagüeño.

—¿Por qué insistís tato?

—Porque deseo hacerte entrar en razón. Aunque, veo que es un absurdo. Me voy a dormir. Tú deberías hacer lo mismo. Te estás preocupando por nada. Yerén llegará y nos dará una explicación. Real o inventada. Pero vendrá. ¿Cómo no hacerlo cuándo aquí tiene comida, cama y mujer que lo contenta de balde? Sería idiota. ¿No te parece?

Matilde se abstuvo de responder. No quería que la amistad que las unió terminase con una discusión que permanecería lastimándoles el corazón el resto de sus días.

—Que el sueño os sea plácido.

—Matilde, ve a dormir. ¿De acuerdo?

Pero ella permaneció pegada al ventanal y al amanecer continuaba esperando.

—¿Dónde estás? ¿Dónde? —sollozó.

De repente, una idea cruzó su mente y el temor se acrecentó. Corrió hasta su cuarto. Abrió el baúl y rebuscó histérica. El cuchillo y la bolsa que utilizaba para buscar ostras no estaban.

—No… No… —jadeó dejándose caer al suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pizarro.

—Yerén… Yerén…

—¿Acaso ha acontecido un accidente en la obra? ¿Está herido o…?

—No… Él salió a bucear y no ha regresado. Me temo lo peor… —farfulló. Se secó las lágrimas y se levantó—. Tengo que ir a buscarlo. Tengo que… ir. Estará herido. Necesitará ayuda.

—No es prudente.

—¡Pues iré! ¡Tengo que ir! —chilló ella.

Guadalupe acudió junto a ellos.

—¿Qué son estos gritos?

—Yerén fue a pescar y no ha regresado. Me barrunto que esto no es nada bueno —le susurró Pizarro.

Ella empalideció. El muchacho no era de su gusto, pero nunca desearía su muerte.

—Matilde. Serénate. Iremos juntos a buscarlo. Lo traeremos de vuelta. ¿De acuerdo?

Ella, convulsionándose por el llanto, asintió.

Guadalupe cerró la puerta.

—Es inútil. No quiere levantarse y lleva seis días así. No come, ni bebe. Sólo llora y llora. ¡Ay, Dios! ¿Qué podemos hacer?

—Darle tiempo. Ha perdido a un ser muy querido. No es fácil que la herida del corazón cicatrice. No me miréis así. Tengo ojos.

—Lo único bueno de esto y no me malinterpretéis, es que Matilde ha dejado de estar en riesgo. Esa relación era una locura. Ahora, más adelante, podrá plantearse crear una familia como Dios manda.

—Difícil lo veo.

—¿Por qué? Su madre dijo que jamás entregaría el corazón y os lo dio a vos. Si no hubiese muerto, ahora sería vuestra esposa.

—Tenéis razón. Puede que en el futuro los sentimientos ahora heridos, se recuperen. Dios lo quiera —aceptó Pizarro.

Sin embargo, Matilde en lo único que podía pensar era en el día que su vida se tornó un mal sueño.

Durante el recorrido una escalofriante tormenta estalló sobre ellos. Matilde no quiso dar marcha atrás y llegaron a su playa secreta. Yerén no estaba. Lo único que encontraron fue su ropa tendida sobre la arena. Pizarro no pudo evitar que enloquecida se tirase al agua y buceara intentando rescatar a Yerén. Pero el oleaje la obligó a desistir y a aceptar que el gran amor de su vida había muerto.

El dolor fue inevitable. Se sintió fragmentada. Su mitad ya no existía. Nada le importaba. Solamente deseó morir. Hasta que la insensibilidad recorrió todos los caminos que conducían a la enajenación para patearla y dar paso a la lógica. Se dijo que lo que imaginó ya no sería posible. Ahora tenía que plantearse de nuevo el futuro. ¿Y cómo quería ese futuro? ¿Seguir aceptando la crueldad del Destino o por el contrario tomar sus propias riendas?

Se decidió por lo último. A partir de ahora ella decidiría los senderos. Se secó las lágrimas, aplastó el sufrimiento, salió del encierro, tomó un baño, se alimentó y se puso sus mejores galas dispuesta a enfrentarse al futuro que ella crearía.

—Matilde. ¿Qué estás haciendo? —le preguntó, preocupada, Guadalupe.

—Tengo algo urgente que hacer.

—Aún no estás en condiciones. Será mejor que descanses unos días y…

—No me queda tiempo.

—¿Tiempo para qué? Niña. ¿Adónde vas? ¡Contesta!

Matilde no respondió, salió a la calle y se encaminó hasta casa de

Coscojuela.

Él, al verla, quedó impactado. Su aspecto era horrible. Ojerosa y delgada. Aún así, era imposible no apreciar bajo ello su hermosura.

—No esperaba verte. Me enteré de lo sucedido. Sé cuánto apreciabas al igual que si fuese tú hermano a ese joven y lo mucho que te ha afectado. Lo siento mucho. Recibe mis más sinceras condolencias.

—Así es la vida. Hay que tomar las cosas cómo vienen y no hundirse por las adversidades —contestó ella con frialdad.

—Cierto. A veces nos golpea con fuerza y otras nos acaricia.

—A vos os tratará con afecto; pues he decidido casarme con vos.

Coscojuela la miró boquiabierto.

—¿No me habéis oído? Acepto vuestra petición. Seré vuestra mujer.

—Sí… Pero… No querría que esta tragedia fuese el acicate para convertirte en mí esposa.

—Todo lo que nos sucede nos influye. De todos modos, no temáis. Si he tomado esta determinación es porque cómo bien dijisteis, a mi edad ya es conveniente estar casada y ser la esposa de un hombre notable me será muy ventajoso. Por otro lado, sois el mejor candidato que la vida podría ofrecerme. Inteligente, gentil y aún joven. Además, habéis sido tenaz durante casi dos años. Primero en la posada y después estando a vuestro servicio. No os habéis rendido y eso me ha demostrado que me amáis de verdad. ¿Quién podría rechazaros? Solamente una botarate.

Él se levantó, tomó su mano y tras besarla con devoción, dijo:

—¡Cuán feliz me haces! No te arrepentirás. Y cómo esperaba tú conformidad, he activado las gestiones. Nos casaremos enseguida. ¿Te parece bien?

Ella reprimió un gesto de asco.

—No hay que precipitarse, pues deseo una boda por todo lo alto en la catedral, invitados importantes, un banquete digno y música, mucha música. Además, un vestido adecuado a vuestro rango precisa tiempo en la costurera. ¿Me lo daréis todo?

—Cómo desees. Pero moriré de ansia por hacerte mía.

—La espera os la recompensaré. Aunque, con el dinero conveniente deberéis aguardar menos.

—Tendrás el necesario para que seas mi mujer cuanto antes. No escatimes en gastos. Haz lo que más te apetezca. El evento merece el dispendio. Quiero que toda la ciudad presencie la suerte que he tenido.

—Gracias, señor. Ahora os prepararé la comida.

Él se levantó.

—No puedo consentirlo. Ahora eres mí prometida. A partir de este momento eres una dama. No volverás a mover un dedo.

Matilde le dedicó una falsa sonrisa.

—Hoy será el último día. Pero no quiero dejaros sin comer. Os sirvo y acudiré a la modista. Deseo acelerar los trámites para convertirme en la señora de Salvador Coscojuela. ¡Ah! Pero antes… No se cómo decirlo… yo… No sé cómo os lo vais a tomar.

—Habla sin miedo, mujer.

—Sabéis mí situación económica. La modista no será barata y…

…Quieres que financie el vestido. ¿No? Ya he dicho antes que no limitaré los gastos.

Ella, mostrando pudor, aseveró.

—Nunca he esperado que tú corrieras aportaras nada. Y a partir de ahora, me pides lo necesario sin vergüenza. Podríamos decir que ya eres mi esposa —dijo Coscojuela cogiendo la bolsa que colgaba de su cintura. La abrió y le entregó un puñado de monedas.

—Creo que es demasiado. En realidad, mucho —musitó Matilde, aparentando escandalizarse.

—Pues más tendrás. Nunca carecerás de nada. Por ser la señora de Salvador Coscojuela.

—Gracias, señor. ¿Preferís algún color especial para el vestido?

—El que tú gustes, querida. Hazlo todo a tu elección. A mi me basta con saber que serás mi amada. Y por favor, llámame Salvador. Ya hay confianza. No la que me agradaría, pero todo llegará.

Ella simuló sonrojarse.

—Serénate. Lo hará a su debido tiempo, como es de ley entre la gente honorable.

—Sois un hombre maravilloso. Vuestra espera será premiada. Os lo prometo. Mañana, si no os inoportuno, vendré a comer con vos.

—¿Cómo vas a incomodarme? Será un placer, estimada.

Matilde le dedicó una enorme sonrisa.

—En ese caso, nos vemos.

Regresó a casa.

—¿Dónde has estado? —se interesó Guadalupe.

—He ido a ver a Salvador Coscojuela.

—Y por supuesto, a pesar de rogarle que no se enojara tras abandonar las labores durante tanto tiempo, te ha despedido.

—No fui a recuperar el trabajo.

—Ya. ¡Ay, Matilde! ¡Ay! ¿No podías esperar tras esta tragedia para meditarlo con más calma? ¿Qué haremos ahora sin ese sueldo? Si me lo hubieses dicho yo…

—No he renunciado. Por el contrario, me convertiré en la señora de la casa, pues he aceptado casarme con él.

Guadalupe se atragantó y rompió a toser.

—¡¿Qué?!

—Lo que habéis oído.

—Pero… Decías que no podías casarte por interés. No comprendo…

—La Vida te hace recapacitar cuando lo que esperabas se destruye. Ya no tengo amor, ni lo tendré jamás. Pero siguiendo vuestros consejos, una mujer siempre está más segura con un esposo al lado. Y Coscojuela es un marido adecuado. ¿O no lo pensáis así ahora?

—Por supuesto. Sí. No obstante, esta decisión me parece precipitada. Aunque, siempre hay tiempo para retroceder durante el tiempo de compromiso.

—Lo he pensado bien. Ya tengo dieciséis. Edad suficiente para ser esposa. Así que me casaré antes del diez de Febrero.

—¿Por qué esa fecha…? ¡Jesús! Has aceptado porque te ha dicho que te llevará a Sevilla. ¿No es así? —se horrorizó Guadalupe.

—No. Pero él aún no sabe que nos largaremos de aquí.

La mujer se frotó la frente con aire desesperado.

—Sin duda has enloquecido. ¿Y si no lo hace? ¿No habrá boda? ¡Madre mía! ¿No ves qué le has dado tú palabra y si la incumples te causará perjuicio? Puede denunciarte a las autoridades por promesa rota.

—Más mal que el que ahora arrastro no habrá. No me importa lo que me ocurra a partir de ahora; si no consigo cumplir con el juramento que le hice a madre.

—Ese hombre jamás saldrá de Santo Domingo. ¡Aquí es un maestro de obras afamado! No lo convencerás y el sacrificio no te habrá servido de nada. Por el contrario, maldecirás el día que tomaste esta decisión. Niña. Piénsalo de nuevo. Dile que… No se… Busca una excusa convincente.

—He tomado una determinación y no daré marcha atrás. Me he marcado un plan y lo cumpliré a rajatabla. Cueste lo que cueste.

Guadalupe respiró hondo y la miró afligida.

—Esto te destruirá.

Matilde dibujo una sonrisa ladina.

—No me subestiméis, doña Guadalupe. No me subestiméis. La niña ha muerto. Ahora tenéis ante vos a una mujer que sabe muy bien que quiere.

Pizarro y Guadalupe no pudieron quitarle de la cabeza esa insensatez, y Matilde continuó con la finalidad marcada. Logró que su futuro marido se volviera loco de deseo y accediera a cada una de sus peticiones. No ponía pega alguna con la esperanza de conseguir algún pequeño favor anticipado a la boda; y ella, a pesar de la repugnancia, se lo ofrecía. Cómo ahora que él besaba su cuello tras colocarle un hermoso collar de oro.

—Señor, parad. Esto no es decente. Debéis aguardad al casorio. Entonces seré completamente vuestra. Parad. Si nos ve el servicio estaremos en boca de toda la ciudad y no quiero que mí reputación intachable se vea enturbiada unos días antes de la boda —dijo ella revolviéndose.

—Ya hablan de nosotros. Ha sido sorpresivo nuestro anuncio —dijo él rodeándole la cintura con las manos.

—Deberían hablar más de vuestra obra. Tengo la sensación de que no sois lo suficiente valorado. Estoy segura de que si trabajarais en España vuestra fama sería fabulosa. En Sevilla mismo, con la riqueza que llega de estas tierras se están construyendo grandes edificios. Vos podríais ser el encargado de uno de ellos o de varios. ¿No os gustaría ser reconocido cómo merecéis? Al fin y al cabo, no es lo mismo ser apreciado aquí que en Castilla o en la Corte.

—Tú apreciación no es cierta. Soy el aljerife más solicitado y me gano buenos sueldos. ¿Para qué quiero más? No, Matilde. No necesito emprender nuevas aventuras a mi edad —refutó Coscojuela apretándola contra su cuerpo.

Ella se revolvió y se encaró a él.

—¿Por qué decís que sois viejo? Estáis en la mejor época. Maduro y con experiencia. Lo que necesita una ciudad cómo Sevilla.

Coscojuela tragó saliva. Era la primera vez que la tenía entre sus brazos y tan cerca. Sus bocas casi se rozaban.

—¿Solamente Sevilla la requiere? —dijo ronco.

Matilde aún se aproximó más y posó sus labios casi sobre los suyos.

—A mi me la mostraréis pronto. Pero Sevilla, si no sois osado, jamás la conocerá y será una pena. Cuando servía en la posada escuché relatos de que escultores o maestros de obras de pésima calidad eran alabados cómo si fuesen los mejores artistas. No es de justicia. En cambio vos, los enloqueceríais con vuestra genialidad. Sus loas estarían justificadas. ¿No os parece? Pensadlo. Ahora debo irme. Nos veremos mañana, mí señor —musitó y bruscamente se separó.

—Matilde… Un beso. Sólo uno —gimió él.

Ella posó un dedo sobre su boca y después lo alojó en la de él.

—Id con Dios.

Marchó siendo consciente de que dejara todo para comenzar de nuevo en España no era del todo factible. A pesar de ello, se dijo que ya encontraría el modo de obligarlo, porque si fracasaba, debería buscar una excusa potente para poder anular la boda.

Por fortuna llegó a sus oídos una noticia esperanzadora. El rumor de que un joven aljerife llegó de Sevilla con ideas novedosas para la construcción le dio la oportunidad que esperaba.

—¿Os habéis enterado de la presencia del joven aljerife Eladio Arcos? Dicen que es muy habilidoso. Incluso tengo entendido que ofreció sus servicios a la Gobernación.

—¡Bah! Nadie confiará en un recién llegado y casi imberbe. No temas, querida. Nadie me arrebatará el puesto. Aquí soy el rey de los constructores. Mi última obra ha sido todo un éxito. Tanto que, una vez más han confiado en mí para crear el nuevo edificio de aduanas. Ese novato no tiene nada que hacer en esta ciudad. Tal vez obras menores; pero nada que lo lleve a la gloria.

—Una gran noticia —dijo Matilde intentando mostrar entusiasmo.

Coscojuela que se estaba deleitando con unas costillas a la miel, se chupó los dedos uno por uno y dijo:

—Cómo ves, tu futuro esposo está alcanzando cada vez más posición social.

Aquello no era un aliciente para abandonar Santo Domingo. Todo lo contrario. Aún así, no se daría por vencida. Encontraría el modo de obligarlo.

El posible remedio lo encontró en María Álvarez de Toledo. Desde ese Carnaval tan atípico, nació entre ellas una relación algo parecida a una amistad. Gracias a ella lograría su objetivo o por lo menos lo intentaría.

La mujer de Colón la recibió con una enorme sonrisa.

—Echaba de menos vuestra conversación, Matilde. ¡No sabéis lo aburridas que son las demás! Supongo que venís a contarme que os habéis comprometido e imagino que venís a invitarme en persona.

—Sí.

—Con franqueza, ha sido sorpresivo.

—Lógico. No es corriente que una sirvienta se case con un señor tan notable —apuntilló Matilde.

—No lo es, no. Sin embargo, en vuestro caso es de lógica. Vos gozáis de hermosura y juventud. La mujer de Coscojuela no era precisamente una beldad ni tampoco joven. Dicen que le sobrepasaba unos diez años y de salud un tanto de delicada. Murió en el parto y su hijo también. Imagino que ha visto en vos lo que necesita para formar una familia; a parte de que no tengo la menor duda de que ha muerto

de amor. Ya sabéis que el rumor que corre por toda la ciudad sobre vos es que sois la más hermosa y codiciada de las solteras. Por lo que, me es difícil entender la razón de que eligierais a un hombre como él, cuando podrías obtener uno más joven, más rico o incluso noble. Explicadme.

Matilde carraspeó nerviosa. Era el momento de hacer creíble su mentira o sus planes se irían por la borda.

—Como sabéis, entré a su servicio a causa de la pérdida de mí trabajo en la posada. Siempre agradecí su generosidad de sacarme de la miseria.

María sonrió socarronamente.

—¿Qué miseria? Pizarro os acogió. Y en cuanto al trabajo, yo misma, si hubieseis venido a solicitar el puesto de cocinera no habría dudado en contrataros. Al igual que el resto de la ciudad. Nadie dejaría escapar a una maga de los fogones como vos. Así que, no os andéis por las ramas y decidme la verdad. ¿Hay algo que no me estáis contando? ¿Acaso es necesario que os caséis con tanta precipitación?

—¡Oh, no! Claro que no. Veréis. El señor Coscojuela solía venir a la posada. En varias ocasiones intentó tentarme para que trabajara en su casa. Cuándo la catástrofe fue en lo primero que pensé y no dudé en aceptar cuando su oferta seguía en pie. Eso es todo. Durante los primeros días no me acompañaba la confianza. Ya sabéis. Los amos suelen comportarse con ligereza con el servicio. Pero él me trató con amabilidad y respeto a pesar de ser su cocinera. Nunca hizo nada que pudiese ofenderme. Con el tiempo fui conociendo su carácter. Descubrí que era generoso, inteligente, que poseía un corazón lleno de bondad y que sus sentimientos hacia mí eran nobles y por que negarlo, con una posición envidiable para una joven de mi condición. Medité su propuesta de matrimonio y acepté sin dudar.

María entornó los ojos con aire suspicaz.

—Es evidente que sois una joven con los pies sobre la tierra. Aún así… ¿No habrán influido los últimos acontecimientos?

Matilde supo a qué se refería y también que había llegado el momento de urdir su estrategia.

—No puedo negarlo. Aunque, no a lo que insinuáis. Yerén era mi hermano del alma. Por ello he sufrido tanto. Sin embargo, mi decisión tiene que ver sólo con mi prometido. Él me place cómo marido y por supuesto, sé que él me adora. No puede haber motivos mayores. ¿No os parece? Si bien, hay algo más que me obliga a acelerar el enlace. Su estado. Mirad. He callado hasta ahora por fidelidad y compasión. Ahora ya no puedo. No sabiendo lo que está a punto de hacer. Y vos sois la que tenéis que conocer que ocurre.

—¿A qué o referís? —inquirió María, con evidente curiosidad.

—Hoy me ha dicho que lo habéis elegido para construir un edificio.

—Cierto. Tuvimos otra opción interesante de un tal Arcos. Pero hemos escogido al mejor; al señor Coscojuela. Ya que es de confianza y conoce nuestros gustos.

Matilde inspiró hondo mostrando en su semblante preocupación.

—¿Qué ocurre? Me estáis inquietando.

—La situación apenas me deja conciliar el sueño; porque no querría que la enfermedad de mi futuro esposo causara un desastre.

—No entiendo. ¿A qué os referís? Hablé con él hace un par de días y observé que gozaba de buena salud —se extrañó María.

—En apariencia, señora. Su mal crece en su interior. Mi futuro esposo se muere. Apenas le quedan unos meses. Así lo confirmó el doctor. Bueno, varios. Así que, la boda debe ser inmediata. Quiero recompensarlo por su actitud hacia mí. Quiero que sus últimos días estén llenos de felicidad.

—Vaya. Me habéis dado una noticia terrible —musitó María.

—A causa de esto he venido a informaros para que lo dispenséis del trabajo. Sin embargo, debo pediros que jamás le digáis la razón. Cómo supondréis, él no está al tanto de su mal. Consideré que no debía sufrir esperando la muerte.

—Por supuesto. Sería una tortura saber que el fin de uno se acerca. Aunque, si lo destituyo también sufrirá. ¿No os parece?

—Lo hará. Más, es necesario. Mirad. Podéis decir que el joven insistió y que os presentó un nuevo diseño y que os maravilló su modernidad. Al fin y al cabo, siempre deseamos en estas tierras estar al día al igual que España.

—Una excusa creíble. Sí —aceptó María.

—Sé que en cuanto lo retiréis del proyecto enfurecerá, pero es mejor que piense que otro más joven le ha tomado la delantera, que qué pase sus últimos días trabajando sin descanso. Deseo qué al llegar su hora recuerde la dicha que le he ofrecido y que, a poder ser, cumpla sus aplazados deseos.

—No os preocupéis. Haré lo qué me pedís. Matilde. Siempre vi en vos a una mujer noble, inteligente y buena. Hoy lo habéis demostrado. Aunque —Maria abandonó el tono circunspecto y emitió una media sonrisa —,no me lo toméis a mal, pero considero que también lista. Cómo viuda heredaréis todas sus propiedades y dinero. Lo cuál, os lo mereceréis por cuidar de nuestro aljerife en la recta final de su vida. Ahora dejemos los temas lúgubres. No es bueno para el alma. Decidme. ¿Ya habéis hablado con el cardenal? ¿No? En ese caso, lo haré yo. ¿Cuándo será el enlace?

—Desearíamos que fuese en tres semanas. Muy precipitado, lo sé. Pero dados los hechos…

—Comprensible. No os preocupéis por las amonestaciones. Es sabido que los dos sois libres para pasar por el altar. En cuanto al

banquete os ofrezco el Alcázar para celebrarlo.

—Dudo que mi prometido acepte tras apartarlo del proyecto.

—Lo hará. Es una orden de la máxima autoridad. Por lo demás, sé que vos sabréis manejar la situación. ¿No es así?

—Lo he hecho hasta ahora. Así que, sí.

—¿Acudiréis, cómo siempre, a mi fiesta?

—Lamento rechazarla en esta ocasión. Yerén no era familia de sangre, pero estoy de luto por considerarlo mí hermano. Por otro lado, con la enfermedad de mí prometido no tengo ánimo para celebraciones. La cuestión del enlace es harina de otro costal. Deberé hacer de tripas corazón para simular que es el día más dicho de mí existencia. Salvador no puede irse de este mundo sin ver a su prometida feliz por convertirse en su esposa.

—Entiendo. Pues aprovechad para organizar la boda y cuidar de vuestro futuro marido. Id con Dios.

María cumplió su palabra. Al día siguiente le comunicó a Coscojuela el despido.

Él, furioso tras conocer su destitución, entró en el salón.

—Salvador. ¿Qué ocurre? Os veo muy perturbado. Por favor, no me deis una mala noticia. Otra más no. No lo soportaría.

Él se dejó caer en el sillón y se dio aire con el sombrero.

—¿Qué que me ocurre? ¡Me han traicionado! ¡Me han humillado! ¡A mí! ¡Al mejor aljerife de estas tierras! ¡No me lo puedo creer! ¡Jamás pensé en vivir algo semejante!

—Calmaos, por favor, Salvador u os va a dar un sincope y no soportaría veros enfermo —le pidió Matilde.

Él desoyó su consejo y continuó bramando.

—¡Imposible serenarme! ¡Por los Clavos de Cristo! Esto no quedará así. ¡No! Acudiré dónde sea para ejercer mi derecho. ¡Iré a la justicia! ¡Estos hideputa pagarán esta afrenta!

Matilde llenó un vaso de agua y se lo ofreció.

—Tomad y contadme. Me tenéis en ascuas, señor.

Salvador bebió con ansia.

—De repente, me han retirado del proyecto que aceptaron las autoridades.

—¡No es posible! —exclamó Matilde, simulando sorpresa.

—Lo es. Lo es. Ese cabrón de Arcos no se dio por vencido ante la negativa de utilizar sus servicios. Les presentó un nuevo diseño y les encantó y… ¡Me ha jodido el trabajo!

Matilde apretó los labios rabiosa.

—Os dije que en este lugar, a la mínima, ya no se os respetaría y no me hicisteis caso. Ahora ya tenéis la evidencia. Ha llegado un principiante y os han arrinconado cómo a un mueble viejo. En esta ciudad no se os ha respetado la dedicación que le distéis.

—Les haré cambiar de opinión.

—Sabéis que cuando toman un camino dejan atrás los otros. Y más si conduce a nuevas tierras. Y es chico les ha mostrado lo que se lleva en España y no querrán anclarse en el pasado. Hagáis lo que hagáis, ya no hay nada que hacer. No os contratarán más. Os han abocado a un retiro forzoso siendo tan joven negándoos la oportunidad de mostrar toda la creatividad que aún poseéis.

Coscojuela, abatido, bajó el rostro y se centró en mover la miga sobre el mantel.

—Una vez más tienes razón.

—¿Y qué os propuse antes de que acaeciera la afrenta? Decid.

—Volver a España.
—Pues lo haremos. No se hable más.
—Pero, Matilde. Yo…
—¿Qué queréis? ¿Sentaros ante la ventana y ver la vida pasar cómo un anciano? No, mí señor. No puedo consentir que un genio como vos desperdicie la suya. Porque, una vez más, auguro que ese joven ya no os permitirá realizar nuevas obras. Os ha quitado el puesto.
—No se...
Ella resopló soliviantada.
—Deseabais alcanzar la fama para la eternidad con vuestro trabajo. Pues os seguro que aquí, visto lo visto, no lo lograréis. En Sevilla se apreciará vuestra maestría y durante siglos se hablará de las maravillas que ideasteis. Estoy convencida de ello. De la misma manera que lo estuve cuándo os dije que os quitarían el trabajo.
—Lo predijiste, si. Pero la travesía es dura. Muy dura. Incluso podemos perder la vida. Por lo demás, parten en apenas un mes y no tendríamos tiempo para solicitar el viaje ni proveernos de lo necesario.
—Hablaré con doña María.
Coscojuela se emocionó.
—Sí. Hablad con ella y rogarle que recapacite.
Matilde apretó los labios en señal de disconformidad.
—La conozco y no cederá. Sin embargo, no podrá negarse a facilitarnos los trámites del traslado y tampoco a darme una carta de recomendación sobre vos para las autoridades de Sevilla. En cuanto lleguemos, no os faltará el trabajo; porque dirá que sois un aljerife magistral. Os lo debe y se lo recordaré.
—Soñáis. Conozco a esa mujer y es tozuda cómo una mula y orgullosa. No se rebajará a aceptar que ha procedido mal, ni que rechazáramos su invitación para el carnaval.
—Me escuchará por quebrantar la amistad que nos une y por convertirme en la futura esposa de un hombre despreciado. Yo también me siento vilipendiada. Tiene que resarcirme.
Salvador la miró desolado. Ella acercó la silla y se situó ante él.
—Mí señor. Vais a ser mi marido y yo, cómo vuestra esposa, os deseo lo mejor. ¿Y sabéis la razón? Por esta —dijo. Bajó el rostro y apartando el asco, lo besó dulcemente en los labios.
Él jadeó sorprendido.
—¿Es qué dudabais de mi afecto por vos? Pues no lo hagáis. Y os lo demostraré en nuestra noche de bodas. Y días después, felices partiremos rumbo a nuestra nueva vida. Sevilla será el hogar de nuestra estirpe y vuestra gloria —susurró besándolo de nuevo.
Era la primera vez que mostraba esa intimidad y la primera que tan sólo con esa dulce caricia su hombría, ya un tanto debilitada, se

vivificaba. Y la preocupación que lo atormentaba de no poder cumplir con sus deberes maritales se esfumó. Ahora estaba seguro de que no erró al elegirla cómo esposa. Junto a ella la vida adquiriría ilusión.

—Iremos a España. ¡Sí! —exclamó entusiasmado.

Matilde reprimió la satisfacción. Se separó de él y dijo:

—Ahora mismo iré a ver a María. A mí regreso, nuestros problemas se habrán evaporado. Os lo juro.

La esposa de Colón parpadeó perpleja ante su petición.

—¿Estáis diciendo que queréis ir a España? ¿Por qué?

—¡Oh, yo no! Pero mi prometido, tras la destitución, se ha sentido herido en su orgullo y quiere demostrar que su genio sigue vivo y espera hacerlo en Sevilla. Y cómo es de ley, seguiré sus deseos. Sé que no podrá trabajar, pero no quiero robarle la esperanza.

—Pero… ¿No será dura la travesía para un hombre tan enfermo?

—No si nos acomodan en el camarote destinado a las autoridades. A no ser que no viaje ninguno de ellos, por supuesto. Sé que os estoy pidiendo demasiados favores…

—No, querida. Es lo mínimo que puedo hacer por vuestro esposo cuyos servicios nos han dado tantas satisfacciones. Al igual que vos, deseo que su fin esté lleno de dicha. Hoy mismo redactaré la carta. Se la entregará vuestro esposo en mano a José Barrachina. El administrador de proyectos arquitectónicos del ayuntamiento. Por otro lado, vos le daréis otra antes en la que le indicaré que le otorgue un trabajo. Dado que su fallecimiento está cerca, sólo le dará tiempo a diseñarlo; pero mantendrá la ilusión. Y en cuanto a los documentos para el embarque en un par de días estarán. Así que, quedad tranquila. Salvador Coscojuela vivirá el tan terrible trance con la dignidad que se merece.

—Doña María. ¿Podría abusar un poco más de vuestro favor y pediros que añadáis a un pasajero más?

—¿Quién?

—Guadalupe Olivera. Es para mí cómo la madre que ya no tengo. Sería una compañía primordial en mi obligado exilio.

—Así se hará. Y aún haré algo más por vos. Redactaré otra carta de presentación para vos. Irá dirigida a Victoria Montegrande.

Matilde, al escuchar el nombre, se frotó las manos sudorosas.

—Esa mujer se ha erigido cómo la más influyente de la sociedad; incluso más que la mismísima Duquesa de Alba. Os tomará bajo las alas de su protección y os introducirá en los círculos más elitistas de Sevilla.

Matilde no podía creer lo que estaba escuchando. Al parecer, el Destino comenzaba a apiadarse de ella. La cercanía con esa víbora le felicitaría su meta.

—Gracias, doña María. No sé cómo podría pagaros tanta

generosidad.

—No me debéis nada. Ahora regresad junto a vuestro prometido y seguid preparando el enlace. No queremos que la boda más esperada nos defraude.

—No lo haremos. Gracias de nuevo. Quedad con Dios —se despidió Matilde.

Abandonó el Alcázar con el corazón desbocado al pensar en la suerte que tenía. No tan sólo partiría hacia la ciudad anhelada, también pasaría a formar parte de las amistades de su mayor enemiga.

—La primera fase se ha puesto en marcha. Mañana se cumpliría la segunda —musitó.

Al amanecer se subió a un caballo y cabalgó hasta llegar a la playa donde fue tan feliz.

El dolor adormecido despertó. Se acercó a la orilla sollozando y se dejó caer en la arena.

—¿Por qué me has abandonado? Sin ti mi corazón se debilita y no tengo más remedio que dar paso a la frialdad para que mis sentimientos no mueran. Pero no podré lograrlo; no sin ti. Tú te has llevado el amor. Ahora lo único que me embarga es el sentimiento de ira. Una ira que quiero aplacar culminando la venganza que me pidió madre y para ello debo olvidar que tengo alma; porque no tiene cabida en mis próximos pasos. Un camino en el que otro hombre ocupará tú lugar al tomar mi cuerpo. A pesar de ello, juro que jamás será dueño de mi corazón; porque éste está bajo estas aguas profundas junto a ti. Siempre permanecerá contigo. Nunca más volveré a amar. Te quiero, mí amor.

Matilde lanzó el ramo de flores al mar, se secó las lágrimas y caminó hacia el árbol que hundía sus raíces en el agua, el manzanillo.

—Tú me ayudarás en mi venganza —musitó. Se cubrió las manos con unos guantes de piel, cogió el cuchillo y rascó la corteza hasta que un líquido blanquecino apareció. Lo introdujo con cuidado en un frasco y tras obtener lo preciso, lo selló. Volvió la mirada hacia el océano y tras unos segundos, regresó de nuevo a la ciudad.

33

El camino hacia el altar para Matilde pudo compararse al de un reo yendo hacia el cadalso. Tras dar la aprobación a la pregunta del sacerdote la muerte de sus más nobles sentimientos se sellaron. A partir de ese instante solamente viviría para reparar el daño que les hicieron y lo que tuviese que hacer lo haría sin dudar, por muy extremo o doloroso que fuese.

Los invitados, ajenos a su tormento, gozaban del magnífico espectáculo que organizó. La novia con un vestido de seda verde y una corona de orquídeas lucía hermosísima. La catedral repleta de flores, el mismísimo cardenal oficiando y un coro elevando sus voces

angelicales. También exclamaron loas hacia el banquete. Uno podía reventar si probaba cada uno de los diferentes platos ofrecidos.

Salvador Coscojuela no cabía en sí de gozo. Junto a él se encontraba la joven más hermosa de Santo Domingo y era suya. Y tras la celebración lo sería por completo.

La única que no se sentía feliz era Guadalupe; porque su pequeña estaba cometiendo un gran error y así se lo dijo unos minutos antes de ir hacia la catedral.

—Sé que en su día te aconsejé que aceptases a Coscojuela. Más, ahora… Considero que tus emociones no son las adecuadas para ser una esposa. No amas a ese hombre, ni tan siquiera lo aprecias. La existencia junto a él será ardua y terminarás herida. No hay peor tormento para una mujer que soportar las caricias de un hombre que le asquea.

—Sé lo que hago —aseguró Matilde.

—No. El dolor por la muerte de Yerén, tu juventud y la sed de venganza te ha nublado el entendimiento. ¿No lo ves?

—Doña Guadalupe, no volváis a recriminarme. Vos sabéis lo que mi familia pasó por la maldad de esa mujer. Cualquiera comprendería mi proceder y me apoyaría. Por lo demás, ya he cumplido los dieciséis. Soy una mujer.

—Y lo entiendo. No obstante, tengo miedo de lo que pueda ocurrirte sin nadie que cuide de ti ni que te aconseje para evitar un terrible error. Por ello, a pesar de que me negué al principio a ir Sevilla, he aceptado. Eres cómo mi hija y no puedo abandonarte.

Uno de los invitados se acercó a darle la enhorabuena a la novia.

—¿No me felicitáis? Todos lo hacen —le recriminó Matilde a Guadalupe.

La mujer chasqueó la lengua.

—No hace falta que seas tan cínica.

Matilde dio un sorbo a la copa y tras paladear el caldo, dijo:

—Deberéis ir acostumbrándoos. La Matilde que conocisteis ya no existe. A partir de hoy mí única misión es culminar lo que madre no pudo y para ello debo olvidar que tengo emociones. La única que conservaré será la pasión por realizar los planes marcados. Ahora olvidad estos asuntos turbulentos y divertiros. Es mí boda.

—Siempre estaré a tu lado. Más en este momento, me es imposible contener la irritación. Si me disculpas, me retiraré.

—Sí. Será lo mejor. No quiero que mis invitados vean caras largas en un día tan señalado. Id a descanar. En un par de días os espera un largo viaje. A no ser que deis marcha atrás —replicó Matilde con tono mordaz.

Guadalupe se levantó.

—Sabes que no lo haré. Pero no me pidas que apruebe esta

necedad. Sigue disfrutando este momento, porque el futuro no será nada placentero. Buenas tardes.

Matilde, sorbiendo el vino, la miró alejarse. Estaba en lo cierto. Nunca más volvería a sentir dicha. A pesar de ello, no podía albergar tristeza; porque el sufrimiento, el asco y la renuncia a la felicidad lo justificaba el fin marcado. Solamente al alcanzar el objetivo su vida podría adquirir la calma.

—¿Has visto cómo nos miran los hombres? Están pensado que soy el más afortunado por haberte conseguido. Seguramente están imaginando lo que ocurrirá después en el dormitorio —dijo Salvador.

—La venturosa soy yo, mí señor —dijo Matilde reprimiendo una náusea al pensar en ello. Durante días caviló en la manera de impedir la consumación, pero conociendo a Coscojuela, no la evitaría. Aunque, sí lo emborrachaba el trance sería fugaz. Le llenó de nuevo la copa y se la ofreció.—Brindemos por nuestra futura felicidad, amado esposo.

—¿Quieres marearme? —bromeó él.

Ella inclinó la cabeza y lo miró con fijeza.

—Sí. De pasión.

Él apuró la copa y tras relamerse los labios, dijo:

—Vayámonos. No puedo esperar más a hacerte mía. La sangre me bulle y el corazón me reventará si no calmo este ardor ahora mismo.

Matilde posó la mano en su muslo y lo acarició sutilmente. Él emitió un gemido angustioso.

—Paciencia, mi señor. Paciencia. Todo a su tiempo. Ahora debemos atender a nuestros invitados. Os prometo que cuando caiga el sol iremos a nuestro hogar y cómo vuestra fiel y sumisa esposa os complaceré en todo lo que me demandéis. En todo. Calmad el fuego con más vino.

Pizarro se acercó a ellos.

—Me gustaría bailar con la novia —dijo tendiendo la mano hacia Matilde. Ella aceptó y se alejaron hacia el centro del patio.

Salvador observó a su esposa y la garganta se le secó. Tomó otra copa para aplacar la sequedad de la garganta. No tuvo bastante. El ansia lo consumía. Bebió de nuevo.

Al atardecer los novios abandonaron el banquete. Matilde angustiada por lo que pronto soportaría y Salvador bastante achispado.

—Buenas noches, amos. Os doy mis felicitaciones —los recibió el ama de llaves.

—Sí… Si —dijo Salvador. Tiró el sombrero sobre el aparador y dando pequeños tumbos caminó hacia la habitación.

Matilde lo agarró del brazo y lo detuvo.

—Aguardad, mi señor. Angustias debe ayudarme a desvestirme. No tardaré, mi querido esposo. Yo también estoy impaciente.

Él jadeó al verla caminar hacia el lugar dónde su apetito sería saciado. Agarró la botella de ron y bebió directamente de ella.

Mientras, Matilde intentaba reprimir el temblor.

—No temáis, señora. Los hombres, en cuanto el alcohol los domina, pierden facultades. Y viendo el estado del señor la consumación será leve.

Matilde rogó que así fuese. Porque el valor que llevó a cuestas ahora pesaba cómo si cargara un roca.

—Lista. ¿Necesitáis algo más, señora? —dijo Angustias.

Lo que precisaba no podía dárselo. Solamente ella podía infundarse el valor que se escapaba por las rendijas de la sensatez que aún le quedaba.

—No. Puedes retirarte.

Se miró en el espejo. Se veía pálida y con el pavor reflejado en el semblante. Apretó los puños en un intento de infundarse fuerza.

—No es momento de hundirse. Te has marcado un camino y debes transitar por él, aunque encuentres piedras, barro o socavones. Ahora esquivarás el primer obstáculo.

Pero el sonido de la puerta le hizo subir el corazón a la garganta. Inspiró hondo y se dio la vuelta. Salvador, babeando, la miraba con ojos brillantes de lujuria. Reprimió un gesto de repugnancia y se obligó a sonreír.

—Aquí me tenéis, mi señor. Dispuesta a serviros, pues ya sois mí dueño.

El camisón a la luz de las velas dejaba entrever su figura perfecta. Salvador se relamió los labios. Impaciente, a trompicones, avanzó. Sin mediar palabra, con brusquedad la tumbó sobre la cama, le alzó el camisón y se bajó las calzas. Su miembro ya estaba inhiesto.

—Y bien... que me servirás —farfulló. Le separó los muslos y la penetró con fuerza.

Ella ahogó un gemido ante su brutalidad y se aferró a los bordes de la cama. Cerró los ojos y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Pero soportó la vejación. Era el precio a pagar por sus ambiciones.

Salvador se movió febril y tras balancearse un par de veces eyaculó, se dejó caer de espaldas y casi al instante, el único sonido que se escuchó fueron sus ronquidos.

Matilde se levantó. Corrió hacia la jofaina y se limpió con una mezcla de aceite de cedro y oliva para borrar su huella y evitar un posible embarazo. Sin embargo, no había jabón que limpiara su mente; pues quedaría grabado para la eternidad que traicionó el juramento que le hizo a Yerén.

Matilde alzó la mirada. El galeón era impresionante; al igual que los demás buques. En cabeza La Capitana, de trescientas toneladas y cien marineros. Cinco mercantes, cuatro que navegarían a barlovento, el buque de guerra, dónde ellos viajarían, los navíos de aviso y cerrando la comitiva, La Almiranta. Una demostración del gran poder que ya ostentaba el imperio español.

—La información dice que bebe rondar las doscientas toneladas. Es un barco seguro y con bastante tripulación. Unos cien. Ahora no lo aprecias pero tendrá diez cañones. Por otro lado, me han asegurado que el capitán Mateo Piedrahita es uno de los mejores navegantes —dijo Pizarro.

—Si intentas tranquilizarme, vano esfuerzo. Aborrezco el mar y en este instante incluso estoy meditando dar media vuelta —dijo Coscojuela secándose el sudor de la frente.

—Creí que me casé con un hombre valeroso y con ambición. Si ahora abandonas nuestro proyecto de futuro, la admiración que siento por ti se derrumbaría al igual que una torre de naipes. Me sentiría realmente decepcionada y mi motivación para que este matrimonio sea feliz se esfumaría; porque ya no serías el hombre que cautivó mi corazón. ¿Lo entiendes, verdad? —dijo Matilde posando la mano en su muslo.

Él entendió y no había barco en el mundo que pudiera hacerle prescindir de los favores de su esposa. Matilde, a pesar de su juventud, se manifestó cómo una amante complaciente y aplicada en las artes de la fornicación. No rechazó ninguno de sus requerimientos ni de sus propuestas en los dos días que llevaban de feliz matrimonio.

—Soy ese hombre. A pesar del pavor que siento por cruzar el océano, por ti subiré a ese barco, mi amada esposa.

Ella le dedicó una enorme sonrisa y abrió la puerta.

—Pues, partamos hacia nuestra nueva vida.

Bajaron y se reunieron con Guadalupe y Pizarro.

—Me tiemblan las piernas —susurró la mujer.

—No temáis. Estáis en buenas manos. Mateo me ha jurado que cuidará de vosotros con especial atención y siempre cumple su palabra. Por lo demás, vuestro avituallamiento es digno de un rey. Comeréis fresco durante días y lo principal, no deberéis aguardar turno en el hornillo pues cómo pasajeros ilustres compartiréis mesa con el capitán, junto al cirujano, el escribano y el sacerdote. Y si añadimos que viajaréis en camarote, pues eso, más que una ardua travesía será un viaje de placer —dijo Pizarro.

—Creo que exageráis un poco, pero me dejáis un poco más tranquila, señor. Y decid. ¿Qué haréis vos?

—Probablemente, enrolarme en otra expedición. Puede que, algún día, escuchéis que he descubierto nuevas tierras.

—Y lo haréis. Sois un hombre extraordinario y os echaré mucho de menos —aseguró Matilde.

Él extendió los brazos y ella se acurrucó en su pecho.

—Yo también. Deseo que la felicidad que buscas la encuentres en esa lejana tierra. Suerte.

—Ya la ha encontrado. ¿No es así, querida? —dijo Coscojuela.

Ella se separó, se secó el llanto incipiente y aseveró.

—Debéis subir. Ya sueltan velas. Buen viaje. Que el Señor vele por vosotros.

Los viajeros emprendieron el ascenso por la pasarela. El capitán los recibió dándoles la bienvenida y seguidamente ordenó que se iniciara la navegación.

—Me encomiendo a Dios —musitó Guadalupe santiguándose.

Coscojuela hizo lo mismo. Matilde permaneció con las manos aferradas a la barandilla. Era la segunda vez en su vida que observaba cómo su hogar se alejaba poco a poco hasta convertirse en una mota en el horizonte.

—Es hora de llevaros a vuestros aposentos. Por favor, seguidme — les dijo un marinero.

El camarote no era muy espacioso. Y el poco que había estaba ocupado por una cama donde dos personas apenas cabían, los dos baúles que trajeron y cómo única ventilación un ojo de buey.

—No es acorde con lo que hemos pagado —dijo Coscojuela.

—Es el que hay libre en cubierta, señor. Esto no es un viaje de placer. Todo está calculado para la seguridad de los pasajeros. Los demás dormitorios están en la planta de abajo. Si preferís cambiar, queda uno libre.

—No será necesario. Éste nos basta. ¿Dónde pernoctará doña Guadalupe? —se interesó Matilde.

—Se le ha acondicionado uno de los pequeños en el piso inferior. Ahora, si me dispensáis, debo inspeccionar que todo vaya como debe. La comida será al mediodía. Se os servirá en el camarote del capitán.

—Gracias, señor…

—Martín Zurita, grumete al servicio del almirante. Si precisáis de algo hablad siempre primero conmigo. Le transmitiré vuestros deseos.

En cuanto se cerró la puerta, Coscojuela soltó un reniego.

—No te quejes. A comparación de mí primer viaje, esto es gloria bendita. No quieras ni imaginar lo que tuve que sufrir; tanto que, a pesar de ser una niña el horror aún perdura en mi recuerdo.

Él se acercó y la tomó por la cintura.

—Yo haré que esta travesía sea muy dichosa —susurró. Inclinó la cabeza y besó el cuello de su joven esposa.

Ella, como siempre, aguantó la náusea al imaginar lo que iba a suceder. Intentó impedirlo.

—Salvador, ahora no.

—Estamos en un camarote privado. Nadie osará molestarnos. Además, anoche no me concediste el favor por estar nerviosa ante el viaje. Debes compensarme, mi bella mujercita.

—¿Y qué deducirán cuando me vean con el cabello enmarañado? En un par de horas debemos ir a la mesa del capitán. No tendré tiempo de acicalarme. No me hagas pasar esa vergüenza.

—No será necesario que te despeines. Hay maneras de aliviar a un hombre. Yo te mostraré una de ellas. Durante el viaje será un buen modo de entretenernos y de saborear muchos placeres.

Matilde supuso a qué se refería. No podría hacerlo. Eso no.

—Mí señor. Prometo que esta noche te concederé lo que me pidas. Pero ahora... Ahora estoy un poco mareada por el vaivén y…

Él tomó su mano y la llevó hasta su entrepierna. Estaba duro. Matilde pensó que un hombre de su edad ya no respondería al deseo al igual que un joven. Sin embargo, Salvador mantenía un gran vigor y esa equivocación la obligaba a soportar lo que creyó que casi no existiría.

—No haré que hagas esfuerzo alguno. No por el momento. De todos modos, ahora cumplirás con la promesa que hiciste ante el altar de obedecerme. ¿No es así? —insistió Coscojuela bajándose los calzones. Se sentó sobre el lecho y le indicó que se acomodara junto a él. Ella obedeció. Él tomó su mano e hizo que rodease su miembro, aún no rígido del todo.

Matilde respiró aliviada. Por ahora sus peticiones eran bastante tolerantes. Cuándo demandase más osadas ya pensaría en la manera de evitarlas.

—¿Qué he de hacer? —dijo fingiendo inocencia.

Él la instruyó.

—¿Está bien así, amado esposo? ¿Te place?

Coscojuela asintió, cerró los ojos y jadeando cómo un cerdo alcanzó el alivio deseado.

Matilde se limpió y él recompuso su ropa.

—Eres bella, inteligente y predispuesta a los placeres carnales. La esposa ideal. Soy un hombre muy, muy afortunado.

—Y tú el mejor de los maridos —dijo ella.

—Por eso voy a dejar que reposes hasta la hora de comer. No quiero que el cansancio nos impida alcanzar la felicidad conyugal. Yo, mientras tanto, inspeccionaré la cubierta.

Matilde, ya a solas, se permitió dejar escapar la tensión que desde

la muerte de Yerén soportaba y estalló en un llanto amargo. Pero al mismo tiempo se juró que a partir de ese instante sería fuerte.

—No puedes tener aversión a nada, Matilde. Harás lo que sea necesario. Mentir, humillarte, prostituirte. Lo único importante para ti es cumplir la promesa que le hiciste a madre en el lecho de muerte. Ni los elementos ni las vejaciones te impedirán llegar a Sevilla.

Pero el viaje de regreso a España era mucho más peligroso y largo que el contrario. Tras dejar Santo Domingo se dirigieron hacia La Habana. Allí los barcos mercantes cargaban especias, alimentos frescos, agua y semillas. El aprovisionamiento solía durar un par de días, tiempo en el que los viajeros podían bajar a tierra. Después la travesía continuaba por el Canal de las Bahamas, con el peligro de toparse con piratas o corsarios, y también con las fuerzas de la naturaleza.

—¿No hay… mucho… viento? —jadeó Salvador.

—Parece que se avecina una ventisca —dijo Matilde, sin mostrar el menor temor.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—He aprendido que es inútil y agotador preocuparse por algo contra lo que no puedes luchar. Así que, sosegaos.

El barco se balanceó y Salvador se aferró a los barrotes de la cama.

—Nunca debí hacerte caso. Nunca… Vamos a morir y nuestros cadáveres serán devorados… por los peces. ¡Maldita mujer! Me has lanzado… a las garras de la Parca. Me he casado con una loca insensata. He cometido el mayor… error de mí vida. Y… —Calló a causa de una arcada. Agarró el cubo y vomitó.

—Será mejor que te tumbes. Le pediré al doctor que te de algo para el estómago revuelto —dijo ella con tono gélido.

Él le aferró la muñeca.

—Perdona, querida. No quise decir eso.

—Pues lo has dicho. Y me siento ofendida. Tanto que hago por ti. Deberé replantearme ser tan complaciente con alguien que no valora mis esfuerzos.

—Es que… El miedo me hace decir cosas que no siento. Eres la mejor esposa… La mejor. Perdona. Perdóname.

Matilde lo ayudó a acostarse.

—Nunca dudes que soy la más fiel y servicial esposa. Si lo haces, todo será distinto. Ahora apacíguate. Este barco no se hundirá. Llegaremos a nuestro destino, sanos y salvos.

La nave continuó sin más contratiempos hasta alcanzar las Azores, el Algarbe y tras sortear los bancos de arena del río Guadalquivir, el diez mayo del año mil quinientos dieciocho arribaron a Sanlúcar de Barrameda a principios de mayo. Después de un día de descanso se encaminaron hacia su nueva vida.

Matilde bajó del carruaje con el corazón latiéndole desbocado. ¡Por fin alcanzó el punto de partida para su venganza!

—Gracias a Dios hemos llegado. Si no fuese por vergüenza besaría el suelo —dijo su marido.

Ella atisbó por la ventanilla. La ciudad era mucho más impresionante de cómo le fue descrita. Enorme, con gente inundando sus calles, con edificios imponentes, mercados, comercios y su catedral la más hermosa. A pesar de eso, apreció que no todo eran parabienes. Un fétido olor inundaba el aire debido a los desperdicios, aguas fecales y cadáveres de animales tirados en medio de la calle.

—El ajetreo es mareante. Pero ahora reposaremos como reyes. Me han dicho que es la mejor posada de la ciudad. ¿Es así?

Matilde miró a su esposo con aire hastiado.

—Salí con ocho años. Desconocía estos asuntos. Por lo demás, apenas tengo recuerdos de mí niñez aquí. ¿Entramos? Me muero por tumbarme en una cama de verdad.

La información no erró. El lugar era limpio e incluso podría decirse lujoso; dónde podía pedirse lo que uno deseara y Salvador ordenó que les llevaran una tina para tomar un baño antes de cenar.

Su deseo fue complacido. El barreño ya estaba en la habitación que constaba de todo lo necesario; y aún más, pues la cama era magnífica. Grande y mullida. Era un hospedaje encaminado hacia los viajeros ricos.

—¿Has pedido un baño? ¡Oh! Muero por tomar uno como Dios manda —suspiró Matilde.

—Supuse que era lo que más deseabas en este momento. Y yo he nacido para complacer a mi mujercita en todos sus caprichos —dijo Salvador.

—Eso está muy bien. Así que, siguiendo mis deseos has de saber que también quiero que encuentres una casa cuanto antes.

—El lugar es propicio para no tener que precipitarnos. Aquí estaremos bien —dijo Salvador.

—Mí vida en el Nuevo Mundo ha transcurrido en posadas. Quiero un hogar. Quiero ser la señora de mí casa y a poder ser pasado mañana.

—Por supuesto querida, pero también que esa casa sea acorde con nuestro estatus. No podemos conformarnos con cualquier cosa. Tenemos que mostrar nuestra categoría. Comprende que eso llevará tiempo.

A ella no le interesaba que la alta sociedad de Sevilla los ubicara en

una pensión. Eso llevaría a suspicacias. Muchos que llegaban de nuevo a España mentían sobre lo conseguido en esas tierras lejanas. Ellos debían mostrar que eran gente notable llegada de La Hispaniola. Por eso decidió utilizar su mejor arma para convencer a su esposo de la premura por asentarse.

—Venga. No te demores y desátame el corpiño. Estoy ansiosa por meterme ahí —le pidió Matilde.

Él no se hizo de rogar. Con dedos trémulos deshizo los lazos. Ella se liberó de la prenda opresora, de la falda y de la totalidad de la ropa, mostrando su desnudez sin pudor ante su esposo.

Él, con el aliento contenido, miró embobado el cimbreo de sus caderas, sus nalgas meciéndose a cada paso. Nunca se cansaba de verla, de acariciarla, de hundirse dentro de su calidez. Ninguna otra lo hizo gozar tanto. Ni tampoco estimularlo cómo si aún tuviese veinte años.

Matilde se volvió ligeramente. Salvador contuvo el aliento al imaginar lo que podía hacer con esos dos senos turgentes.

—¿No vienes? —lo invitó con voz sensual. Se dio la vuelta, subió los tres escalones y se metió en la tina.

Él se relamió los labios. Con dedos temblorosos se desnudó y se metió en la tina.

—Eres preciosa. Una diosa hecha carne y te deseo con locura. Mira lo que estás consiguiendo de mí. Ya estoy dispuesto al igual que lo estaría un zagal de quince años. Nunca me canso de fornicar. Nunca —dijo ronco, tomando su mano para evidenciar su excitación.

—Ni yo de jugar. Ya sabes que soy una chiquilla muy traviesa. ¿Verdad? Vuélvete de espaldas, amado esposo —le pidió Matilde.

Él obedeció. Era incapaz de negarle nada a esa mujer y mucho menos en una situación cómo esa. Cerró los ojos al sentir la esponja deslizándose sobre su piel.

—¿Te gusta, mi señor? ¿Está bien así?

Él se limitó a aseverar.

—Hablando de la casa, supongo que te habrás informado de cuál es la mejor zona de la ciudad. No podemos caer en un barrio que nos desprestigie.

—En el centro… En la plaza de San Francisco… Allí… O en sus alrededores. ¡Dios! —Calló cuando la esponja se deslizó por el interior del muslo.

—Mañana iremos a ver si hay alguna en venta o alquiler. Estoy ansiosa por instalarme en nuestro nuevo hogar.

—Querida… No es momento… de hablar de estas cosas. Ahora no.

Matilde ascendió hasta sus testículos, pero repentinamente se alejó.

—Prometiste alojarme en una vivienda noble.

—Esta posada, por el momento… es digna de príncipes —insistió

él.

Ella se acercó a su oído.

—Pero yo soy una reina. Eso me dices siempre que te satisfago. ¿O mientes?

Salvador se estremeció al sentir su aliento ardiente.

—Nunca miento. Por favor, no te enojes. Haré lo que me pides. Tus deseos son órdenes para mí. Te lo suplico, sigue tocándome. Sigue.

—Eres el mejor de los esposos y por ello te haré muy feliz. ¿Así lo serás? —sonrió ella regresando a sus caricias, al tiempo que le mordisqueaba el lóbulo.

Salvador ahogó un gemido. Aquella mujer lo enloquecía. Provocaba que su efusión carnal alcanzara cotas inimaginables. Cuando lo tocaba el corazón se le paralizaba, al igual que la respiración y el único alivio era esperar que su masculinidad inflamada estallase en el interior de ese cuerpo cálido para alcanzar el mayor de los placeres.

—Quiero fornicar —dijo ronco.

—Y yo, querido. A pesar de ello, no lo haremos hasta estar en la intimidad de nuestra casa. Aquí me siento incómoda. Podrían oírnos. Mejor dicho, a mí.

—Pues contén tus… demostraciones de placer…

—No seré capaz. Es tanto el gusto que me das, que pierdo la cordura. Por otro lado está Guadalupe. Su estancia nos provoca gastos extras y precisamos ahorrar, por el momento, lo que podamos —dijo Matilde masajeándolo con vigor.

—Te he prometido acelerar el… trámite cuánto antes. No seas… cruel. Quiero estar en… tu coño. ¡Dios! Ya es tarde —farfulló Salvador. Se aferró al borde de la tina y eyaculó.

Ella suspiró. Tornarlo tan dócil cómo un perro adiestrado la obligaba a complacerlo en sus exigencias sexuales. Era un coste a pagar muy alto para su moralidad. Sin embargo, merecía la pena. Salvador era incapaz de negarle nada tras saciarlo. Comía de su mano y él sería uno de los instrumentos principales para conseguir lo necesario para consumar su represalia.

Tal cómo prometió, al día siguiente acudieron al centro de la ciudad. El posadero los envió a un tal Pepe Heredia que era el hombre más informado de la situación de las casas en venta o alquiler.

—No hay demasiadas de la nobleza que buscáis. La situación de la ciudad ha cambiado desde el descubrimiento de esas tierras. Muchos campesinos, comerciantes e incluso nobles han decidido asentarse. El precio del alquiler o la venta se ha disparado. No es fácil encontrar algo digno.

—Por el dinero no hay que temer. ¿Nos mostráis ya? —dijo Salvador.

Tras visitar tres edificios se decantaron por uno de alquiler situado

en la calle Sierpes. Tres pisos, muy espacioso, con patio interior y ya acondicionado para entrar a vivir.

—Un poco elevado de precio, pero merece la pena. Es hermoso y amueblado a nuestro gusto —suspiró Salvador.

Y tres días después de su llegada se instalaron.

—Hemos resuelto el primer obstáculo. Ahora debes presentarte a Eladio Infanzón. Él realzará tú carrera de aljerife.

—No se… Deja que primero nos instalemos del todo —dijo Salvador sentándose en el diván.

—Lo que mejor te parezca, querido.

—Ven —le pidió Salvador dando unos golpecitos con la mano en el asiento.

—No puedo. He de salir. Tengo cosas que hacer.

—¿Cuáles? —preguntó él ceñudo.

—No pienses mal. No existe otro para mí. Además, ¿a quién podría conocer? Acabamos de llegar. Debo buscar empleados. Me han aconsejado acudir a una mujer que selecciona a los mejores. Pero no temas por mi seguridad. Me acompaña Guadalupe. No tardaremos. Y después, te compensaré, esposo amado —dijo guiñándole un ojo.

—No es necesario, querida. Adquiriremos esclavos. Hoy hay una gran venta —le informó Salvador.

—¿Esclavos? No. No los quiero en mí casa —se negó Matilde.

—Querida. Son un prestigio y nosotros necesitamos que se nos considere.

Ella, finalmente, cedió. No podía permitirse las cuestiones de moral.

—No me sentiré cómoda, pero si es para nuestro bien, vayamos a por ellos.

—Una mujer no debe asistir a un lugar semejante.

—Entonces, iremos a dar un paseo. Aún no he visto la Catedral.

Pero no fue allí. Su destino fue entrevistarse con José Barrachina.

—Me han dicho que venís de parte de Doña María de Toledo.

—Así es. Una gran amiga. Me pidió que os entregara esta carta.

Él tomó el sobre, lo desgarró y tras leer miró más atentamente a la mujer. Era preciosa. En otras circunstancias se aprovecharía de su desesperación. No podía. No por tratarse de alguien cercana a una de las mujeres más influyentes del Imperio.

—Me pedís un gran favor. Lo haré, pues le debo mucho a nuestra amiga común.

—Gracias.

—Dadas las circunstancias, le otorgaré que realice los planos del nuevo palacio de justicia. Le llevará tanto tiempo que… Ya me entendéis.

—Os doy las gracias otra vez. Tened buena tarde.

—¿Y bien? —se interesó Guadalupe cuando Matilde subió al coche.

—Ningún contratiempo.

La mujer suspiró hondo.

—No se… Todo esto me da mala espina. ¿No sería mejor que olvidaras esta locura?

Matilde la fulminó con la mirada.

—¿Qué olvide? Pero, ¿qué decís? ¡Fue la causante de nuestra desgracia!

—No te alteres, cielo. Lo único que digo es que puedes salir lastimada. Esa gente es poderosa.

—Por eso mismo. Son fatuos. Y esa confianza será mí ventaja.

—Dios te escuche —cuchicheó Guadalupe.

—Ahora vayamos a la costurera. Necesito el mejor vestido para presentarme ante esa víbora.

—¿Podrás enfrentarte a ella con serenidad? —se preocupó la mujer.

—Si he podido manejar y soportar a alguien cómo mi esposo, será pan comido. ¡Ay, doña Guadalupe! Dejad de preocuparos.

—Eso, mi niña, jamás podré hacerlo. Te quiero demasiado y mi temor es verte sufrir.

—En cuanto logre mi objetivo, ese sufrimiento no se irá. Ya sabéis la razón. De todos modos, os aseguro que no será ya tan doloroso. Ahora, démonos prisa. No hay tiempo que perder. La venganza ya comienza a transitar por el lugar correcto.

Matilde iba de un lado a otro de la habitación.
—Espero que todo salga bien —susurró.
Salvador entró en el salón y dijo:
—He tenido que esperar tres semanas a que Barrachina regresara de Valladolid, pero ha merecido la pena. Le he mostrado los planos de mis trabajos en Santo Domingo y ha quedado entusiasmado. Le he expuesto mi idea para el nuevo edificio y me han concedido el proyecto.
—¿Lo ves? ¡Te lo dije! Deberías confiar más en mí —exclamó Matilde.
Salvador se acercó a ella y la abrazó.
—Doy gracias al Señor por haberme llevado por tú camino. Eres la mejor esposa que un hombre puede desear. Y hablando de deseo… ¿Qué te parece si lo celebramos? El triunfo me ha excitado y mucho.
Matilde esquivó su boca babosa y se separó. Ese hombre estaba poseído por la lujuria y cada vez que la requería le costaba más deshacerse de sus deberes conyugales. Afortunadamente, la capa de frialdad con la que se vistió impedía que la grima y el remordimiento ganaran la batalla para dar paso a la indiferencia.
—Sabes que siempre estoy dispuesta. Ahora es imposible. Tengo algo mucho más urgente que resolver.
—¿Más que aliviar a tu marido?
Ella afirmó con la cabeza.
—Me aguarda Victoria Montegrande, marquesa de Ríoplata. Esa mujer es muy influyente y si no acudo a la hora acordada, nuestros esfuerzos serán vanos. Ella es la que nos introducirá en lo más granado de la ciudad. Puede que incluso con los nobles. ¿Comprendes? Ahora debo centrarme en esta tarea.
—Desde que nos instalamos apenas hemos intimado. Me siento desatendido y por Guadalupe también. La mayor parte del día estáis fuera de casa —se lamentó él.
Ella posó la mano en su mejilla.
—Querido. Me gustaría complacerte cómo antes. Pero comprende que he tenido que organizar la casa, recorrer la ciudad para encontrar el mejor mercado, la costurera, el platero… Y encima la presión de quedar bien ante la marquesa. Me siento un tanto agotada. Y en cuanto al servicio, ahora tenemos a Laila. Ella te dará todo lo que necesites. Es una muchacha muy dócil y dispuesta a servirnos en todo. Has escuchado, muchacha. Haz todo lo que ordene el señor y sin rechistar. Estás aquí para obedecernos sin rechistar.

—Sí, ama.

—Bien, querido. Te dejo en buenas manos.

Él miró a la muchacha. La compró por su juventud y belleza. Consideró que era su extrema juventud la haría una buena trabajadora pero también un buen ornamento para la casa. Era hombre al que la estética le importaba mucho. Probablemente por su profesión. Sin embargo, ahora consideraba que podría serle útil para algo más; puesto que Matilde llevaba muchas jornadas sin acercarse a él y se sentía mortificado; pues desde que conoció a Matilde la lujuria adormecida despertó de golpe y necesitaba aliviarse casi a diario. Amaba locamente a su esposa, pero Laila sería la solución a no tener que masturbarse cuando lo rechazara. Se levantó y se acercó a la ventana. Matilde subía al carruaje. Se dio la vuelta y tomó la mano de la esclava.

—Vamos —ordenó.

Matilde también mandó al cochero partir. Cuánto más se acercaba a su destino, la entereza menguaba. Iba a enfrentarse a la mujer que destruyó a su familia y dudaba de que fuese capaz de contener la ira.

—Debes hacerlo o lo estropearás todo. Cálmate, Matilde. Cálmate.

Cuando se detuvo ante la enorme mansión tiró de la campana y al abrirse la puerta se anunció.

—Lamento comunicaros que los Marqueses se han ausentado —le comunicó el mayordomo.

—¿Y cuándo regresan?

—En unos meses.

Matilde parpadeó aturdida.

—¿Meses?

—Sí, señora. El rey ha encomendado al marqués una tarea privada.

—Gracias —musitó ella.

Tras asimilar la noticia, el desconcierto dio paso a la rabia. De nuevo la Vida le ponía trabas cuando estaba a punto de alcanzar la victoria. Pero el criado dijo que volverían y ella, en esos años, aprendió a tener paciencia. Cómo el lobo aguardaría silencioso para aprovechar el momento preciso de echarse a la yugular de su víctima. Aún con esa firmeza, no pudo evitar que el malhumor se reflejara en su rostro.

—¿Qué ocurre, querida? ¿Esa mujer se ha negado a recibirte? —se interesó Guadalupe.

Ella caminó de un lado a otro del salón.

—La marquesa se ha ido a Madrid por meses. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Qué haré ahora?

—Puede que esto sea lo mejor para ti.

—¿En serio?

—Sí, niña. Sí. Uno no puede proceder en algo tan peligroso sin

poseer la serenidad precisa si no quiere fracasar o terminar siendo la herida. Hay que estudiar los pasos y ver cuáles pueden ser los que nos lleven a la meta.

—Sé bien la manera de hacerlo.

—¿Acercándote a esa mujer para clavarle una daga? No, pequeña. Así no.

—Merece la muerte —siseó Matilde.

—Si estuviese en tú lugar me parecería poco castigo. Esa mujer merece sufrir al igual que lo hizo Amelia, tu padre y tú. Debes urdir una venganza más acorde a los hechos. Esa marquesita debe sufrir el escarnio público, terminar en la cárcel o exiliada.

—¿Y pensáis qué a alguien de su alcurnia la penarán? No, doña Guadalupe. No podré hacer nada por esa parte. Jueces y autoridades irán a su favor.

—Si se usa la inteligencia, no. Y tú eres lista, muchacha —aseguró la mujer.

Matilde la miró ceñuda.

—¿Por qué ahora no me hacéis desistir? ¿Qué os ha hecho cambiar de opinión?

—He escuchado historias de esa mujer. Nadie cuenta una buena. He confirmado que es un bicho. Cuando alguien se cruza en su camino lo elimina sin el menor pudor de la manera que sea. Deshonrando, arruinando o matando. Y lo más desesperante es que nadie ha podido pararle los pies. Y creo firmemente que tú podrás acabar con ella. Pero como te he aconsejado, hay que meditar y mucho. Necesitamos tiempo e información. Y su ausencia nos permite idear un plan perfecto.

—¿Nos?

—Sí, Matilde. Te ayudaré a destruirla. Y lo haremos sin derramar una gota de sangre. No somos asesinas. Somos justicieras.

Matilde se echó a sus brazos.

—Gracias.

—¿Por qué me las das? Eres mi niña preciosa y siempre estaré a tu lado para cuidarte, protegerte y decirte las verdades cuándo cometas un error. ¿Quieres una taza de chocolate para levantar ese ánimo?

—¿Por qué debe animarse mí esposa? ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Salvador.

Matilde observó el rostro de su marido. Estaba rojo y el sudor le caía por la frente. Supo de inmediato lo que ocurrió en su ausencia. No pensó que cayera en las redes de otra mujer, pues Salvador estaba obsesionado con ella. Por supuesto, no le importó. Ahora Laila le servía para desembarazarse de sus muchas obligaciones maritales.

—La Marquesa se ha ido a Madrid y tardará meses en regresar. Los planes de ser introducidos en la alta sociedad se han ido a pique.

Él se sirvió una copa de ron.

—De momento. Pero sí puedo decir que estaremos en otros círculos también muy ventajosos. Al parecer, el Alcalde Mayor de urbanismo se ha interesado por mi obra y nos ha invitado a cenar el viernes.

A ella le importaba muy poco esa relación. Lo único que deseaba era enfrentarse a su mayor enemiga.

—No es lo mismo —dijo, abatida.

—¿Cómo qué no, muchacha? Se trata de la mayor autoridad de Sevilla en cuestiones de desarrollo. Su influencia y amistad nos pueden ser muy útiles. ¿No es así, señor? —intervino Guadalupe, mirándola con intención.

—Guadalupe habla con sensatez. Así que, procura presentarte con tus mejores galas. Y si necesitas algo más, compra lo que desees. No escatimaremos en inversiones que pueden ser muy productivas en el futuro. Mientras tanto, seguiré con los planos. Quiero que estén casi terminados para la cena. Se los mostraré y ya nadie dudará de mí gran genio. Se nos abrirán muchas puertas, querida. Muchas.

Su marido no erró. Cómo tampoco ella al suponer que Laila se convertiría en el objeto obsesivo de Salvador. No era de extrañar. Era una mora muy bonita, dócil y callada. La esclava ideal. Y sin importarle su conciencia, la llevó a El Compás y alquiló los servicios de una prostituta para que la aleccionara en las artes más obscenas que volvían locos a los hombres. De ese modo, aliviaría sus obligaciones cómo esposa que tanto la repelían.

—Tú moral decae día a día —refunfuñó Guadalupe.

—Soy contraria al esclavismo, aborrezco mentir y quebrantar la lealtad, y otras muchas cosas. Sin embargo, he tenido que renunciar a ellas para conseguir redimir a mis padres. ¿Lo entendéis?

—Yo sólo sé que esto no terminará nada bien. No señor.

El uno de Septiembre llegó la marquesa de Ríoplata, pero Matilde aguardó el día preciso para presentarse a ella. Y ninguno mejor que el día ocho, día de Nuestra Señora de La Victoria.

Cargó con la cesta y subió al carruaje.

Durante el recorrido no dejó de sonreír. Gracias a Guadalupe su impaciencia se templó y pudo pensar con claridad. La venganza era un plato que se servía frío o el ardor de las prisas podía quemarte. Aún no tenía ninguna estrategia. Ya la encontraría cuándo tomase contacto con el enemigo y estudiara sus pasos. Sin esa información podía caer en el fracaso.

Cuando el coche se detuvo, tomó aire, bajó y tiró de la campanilla.

—Soy Matilde Gutiérrez. Vengo a ver a la señora marquesa. Traigo referencias de doña María Álvarez de Toledo.

—Pasad. Os anunciaré.

La casa era un palacete. Ostentoso y recargado. La evidente muestra de aquellos que a toda costa desean demostrar su riqueza.

El mayordomo regresó.

—La Marquesa os aguarda. Pasad.

Matilde tomó aire en un intento de amarrar la rabia. Debía serenarse o el plan fracasaría.

Esperó ver a una mujer con el rostro de una bruja donde se reflejaba la maldad. Se encontró con algo muy distinto. La mujer, de unos cuarenta años, era hermosa. Sus ojos verdes contrastaban con el cabello azabache y con su piel tan blanca que parecía translucida. Si la hubiera visto en un bosque diría que era un hada. Pero recordó que también había malvadas. Victoria Montegrande era una de ellas.

—Pasad. Acomodaos. Luisa. Sírvele chocolate a nuestra convidada.

La garganta seca de Matilde apenas le permitió alzar la voz.

—Gracias.

Victoria observó a su invitada. Una muchacha hermosísima de porte refinado y por su modo de sentarse llena de seguridad. Y al parecer con grandes posibilidades monetarias; pues el vestido de fina seda era, sin la menor duda, creación de la afamada Macarena Frías. La recién llegada calaría muy hondo en la sociedad. Una gran competencia. Pero ni ella ni nadie la eclipsarían. Ella era la reina de Sevilla.

—Es un placer recibiros.

Matilde le entregó la carta y la anfitriona la rechazó.

—No es necesario. María ya me ha dado muy buenas referencias sobre vos en su última misiva. Y todos aquellos que gozan de su

amistad también lo hacen de la mía. En un honor recibiros en nuestro círculo.

Matilde tensó la espalda. Ardía de deseos de abalanzarse sobre ella al recordar que su padre murió colgado de una soga y el dolor de su madre. Las noches llenas de llanto, las vejaciones que sufrió por su condición de rea, el precario estado de su salud debido al trabajo y al clima de Nombre de Dios. Pero en lugar de dejar libre su rabia se obligó a sonreír. No debía mostrar su debilidad.

—El honor es mío, Marquesa. Y cómo muestra de ello os traigo unos dulces. Y no sólo por cortesía, también por ser hoy el día de vuestra virgen.

—Gracias. Luisa. Sírvelos en una bandeja.

—Me han dicho que llegasteis hace poco. ¿Ya conocéis bien la ciudad y a sus habitantes?

—No a todos, por supuesto. Aunque, si al alcalde y a sus más cercanos amigos —dijo Matilde.

—Deduzco que por la labor que está haciendo vuestro esposo.

—Tenía entendido que erais la dama más influyente de la ciudad y ahora lo compruebo. Acabáis de llegar y ya estáis al tanto de todo.

—Por ello hay que ir con pies de plomo conmigo. El que me ofende debe temblar. Pero vos no lo haréis. ¿Verdad?

—¿Por qué debería? No os conozco, ni tengo nada contra vos. De momento, claro.

La marquesa dejó escapar una suave carcajada.

—Me gusta la gente con sentido del humor. Creo que nos llevaremos muy bien. Y decidme. María me ha contado que os habéis trasladado a Sevilla a causa del trabajo de vuestro esposo; que por lo que ha llegado a mis oídos era un aljerife muy cotizado en el Nuevo Mundo. ¿Por qué dejar la prosperidad para probar fortuna en un lugar dónde es desconocido?

Matilde dio un sorbo a la taza.

—Delicioso. La cantidad de azúcar perfecta.

—Tengo a la cocinera más cotizada de Sevilla. Ya cataréis sus platos.

—Será un placer. Aunque, vos también probaréis los míos. Soy una gran maestra de los fogones.

—¿De veras?—se asombró la marquesa.

Matilde creyó que lo mejor para no causar desconfianza entre ellas era contar la verdad. Porque, lo más probable era que una mujer de su calaña fuese que ya estuviera al tanto de su vida.

—En Santo Domingo regentaba la posada La Arena Blanca de Don Francisco Pizarro. También un buen amigo. Más bien alguien casi de la familia. Pidió a mi madre en matrimonio. La plaga de la fiebre impidió el enlace, pues mí madre falleció.

—¿De veras? ¡Cuánto lo siento!

—Gracias. Pues cómo decía, era cocinera y mí cocina la más apreciada de la ciudad. Allí fue dónde me conoció mi esposo. Cuando estalló el gran terremoto perdimos el local y él me contrató.

—Es bien cierto que se conquista a un hombre por el estómago. Aunque, en vuestro caso, contribuyó la belleza y la gracia. Más, dejemos estas cuestiones y responded a mí pregunta.

—Claro. Claro. Salvador creyó que su época en La Hispaniola ya no daba más de sí. Y era cierto. Ya no se sentía motivado. Por otro lado, deseaba estar al corriente de lo novedoso que se cocía en la Corte. Así que, lo induje a pensar que venir a España podía sacarlo de la apatía. Y aquí estamos.

—Por vuestra juventud encuentro que sois muy avispada.

—La vida y más en aquellas tierras te hace madurar antes. Es muy dura y solamente sobreviven los intrépidos.

—Os comprendo. Yo, a pesar de lo que podáis creer, también he tenido que luchar con uñas y dientes. Veo que somos muy parecidas.

Matilde no lo creía en absoluto. Su lucha era bien distinta a la suya. La movía ejercer justicia no la ambición.

—Opino que no es así. Aunque, espero aprender mucho de vos.

—Y lo haréis. A partir de ahora seréis mi pupila.

—No creo ser merecedora de tanta atención por parte de una dama cómo vos. Al fin y al cabo, no soy más que la esposa de un maestro de obras —dijo Matilde mostrando falsa humildad.

—De un aljerife que tengo entendido va a trabajar para La Casa de la Contratación. Ese honor no lo tiene cualquiera. Solamente los mejores miembros de la sociedad. Ahora vos formáis parte de ella. Sin embargo, eso no impedirá que dejéis vuestra fase de señora y me cocinéis. Quiero verificar vuestra fama.

—Y lo haréis.

—¿Os parece bien dando una fiesta en vuestra casa para daros a conocer? Claro que sí. El jueves a las ocho preparad un banquete para diez comensales. Ahora, deberéis disculparme. Tengo asuntos que atender. Soy una mujer muy, muy ocupada.

Matilde se levantó.

—Habéis sido muy atenta, marquesa. Espero atenderos del mismo modo en mí casa.

—No tengo la menor duda de que así será. Id con Dios.

—Os deseo lo mismo —dijo Matilde; cuando en realidad deseaba enviarla al infierno.

37

El mercado dejó muy preocupada a Matilde. Desde que se convirtió en la señora Coscojuela no puso un pie en la cocina.

—Aquí no hay casi nada de lo que siempre he utilizado en los

fogones. Tengo que impresionar a esa mujerzuela. ¿Qué voy a hacer?

—Pues cocinar. Cosa que deberías haber hecho siempre. Con eso de ser una señorona comemos casi bazofia —se quejó Guadalupe.

—No exageres. Las cocineras que elegí siempre han sido excelentes. No debo inquietarme. Podrá guisar ella bajo mi supervisión.

—No puedes delegar en nadie. Esa bruja es capaz de enterarse de que no has cocinado tú.

—Cierto. Podría entorpecer nuestra incipiente relación —suspiró Matilde

—Deja de padecer. Bajo mi supervisión lo harás de maravilla. La cena será un éxito. Siempre y cuando te contengas. Si no eres prudente será tu fin —dijo Guadalupe.

—Parece mentira que me creas tan estúpida. Lo haré en el momento oportuno —replicó Matilde. Olió un melocotón y dijo: Señor. Quiero dos libras. Y también unos plátanos.

—¿Y por qué voy a confiar tras las necedades que has cometido?

—Visto lo visto, la cosa no ha ido tan mal. ¿No os parece?

Guadalupe dejó la fruta en la cesta y abonó el importe.

—Sí. Has logrado llegar a Sevilla. Lo reconozco. Pero. ¿A cambio de qué? ¿Di? ¿De venderte a un esposo al que no amas y que te asquea? Y si hablamos de lo otro… ¡Da gracias a Dios de que nadie os descubriera!

—Pero el precio que pago es justo si con ello logro lo que tanto tiempo he soñado.

—¿Has pensado en qué dentro de ese pago puedes quedar preñada? ¿De verdad querrás a un hijo de ese hombre? ¡Ay, Matilde! ¡Ay! Estás jugando con fuego y vas a achicharrarte.

—Os aseguro que no me voy a quemar. Ya tomo remedios para no engendrar. Además. Ahora tengo a Laila. Mi esposo está tan encandilado con ella que es muy poco probable que me preñe.

—¡No es de extrañar! La has convertido en una puta muy habilidosa. Tú comportamiento me causa dolor. ¿Dónde ha quedado esa muchacha bondadosa y llena de piedad? —le riñó la mujer.

—Es niña quedó sumergida en el mar —musitó Matilde.

—La rabia y el dolor no son buenos consejeros. Te estimulan a actuar sin utilizar la cabeza.

—¿A qué viene esta reprimenda? Estabais de acuerdo conmigo. ¿Qué ha pasado?

—Porque cada día que pasa me parece más demencial tus planes —replicó Guadalupe. Caminó hacia el puesto de carne y cogió una perdiz.

—¡Eh! El género no se toca —la amonestó el vendedor.

—Hay mucho pillo que quiere engañar, pero yo no soy una taruga. Nunca compro nada sin antes comprobar su buen estado.

El tipo, un hombre de mediana edad, alto y bien parecido, la apuntó con el dedo.

—Mira, mujer. Mi nombre es Celestino Prados. Y mi nombre es respetado en esta ciudad. ¿Y sabes la razón? Pues, ni más ni menos, porque vendo la mejor carne de la ciudad. Fresca y tierna. Mis animales gozan de una alimentación que muchos desarrapados querrían. Y si no eres, como dices una lerda, a simple vista habrías notado su calidad. Así que, no vuelvas a ofenderme.

Ella se puso en jarras y se enfrentó a él.

—¿Ofenderte? Mira, Celestino Prados, estás ante la cocinera más afamada de Nombre de Dios y Santo Domingo. Así que, puede que sea yo la que me sienta ofendida.

—¿De veras? ¡Qué honor! —se burló él.

—¿Así qué no me crees? —se escandalizó Guadalupe.

—Al igual que tú no confías en mis carnes, yo tampoco en tus fogones si no los cato. Pero haremos una cosa. Te regalo esta ave si vienes a mí casa y me la cocinas esta noche.

Ella estiró el cuello.

—¡Desvergonzado! Aunque me veas portando la cesta para esta dama, soy una señora. Una mujer de lo más decente.

—No lo he dudado un segundo, pues se te nota en el porte. Mi propuesta es de lo más honorable. La cena sería para mí y mis dos hijos. Desgraciadamente, su madre ya no está entre nosotros.

—Ni yo voy a estar en tú mesa. Ahora dejemos esta plática sin sentido y ponme la perdiz, una libra de costilla de cerdo y un cacho de panceta.

Él la sirvió y le entregó la comanda.

—¿Podría decirme la cocinera más afamada del Nuevo Mundo su nombre?

Ella, cómo única respuesta, le soltó un gruñido. Dio media vuelta, agarró a Matilde y se alejó escuchando las carcajadas del carnicero.

—Menudo idiota engreído.

—Pues tenía buena planta y os miraba con ojos interesados. Podría ser un buen marido. Negocio productivo, por lo que se ve y ya con dos churumbeles criados. No tendríais que parir —bromeó Matilde.

—¡Bobadas, niña! ¡Venga! Esta noche hay invitados y aún no hemos comprado ni la mitad. ¿Querrás pescado?

—¿Acaso no os ofende las fosas nasales su olor? Está putrefacto. Iremos a la fuente.

—¿Al puerto? ¡Ni hablar, chiquilla! Dicen que es una zona no muy recomendable para las damas —se horrorizó Guadalupe.

—No a la luz del día. Vamos.

El camino fue arduo. Calles embarradas, carros circulando sin el menor miramiento para el peatón, obstáculos cómo piedras,

desperdicios o aguas fecales. Pero el peor aroma era el que, con la llegada del calor, se desprendía de los patios donde sus dueños enterraban a sus esclavos muertos. Sevilla era una ciudad asombrosa, pero también abandonada por sus vecinos y autoridades.

—Desde luego, Santo Domingo es un paraíso comparado con esto —gruñó Guadalupe tapándose la nariz.

Al llegar al puerto se acercaron a las barcas y adquirieron pescado fresco. Y ya con lo necesario regresaron a casa y se encerraron en la cocina.

Durante horas se afanaron en conseguir la calidad y exquisitez que las caracterizaba.

—¿Creéis qué lo hemos conseguido? —se preocupó Matilde.

—Ni lo dudes, pequeña. Se van a chupar los dedos.

—¡Oh, no! Son gente refinada. Tienen buenos modales.

—Pero mean y cagan cómo los demás mortales.

—¡Guadalupe, por Dios! Que bruta sois —simuló escandalizarse Matilde.

—Soy del pueblo llano; al igual que tú. Pero esta noche te esforzarás por lucir cómo toda una dama y lograrás que caigan rendidos ante ti. Anda. Ve a vestirte con tus mejores galas.

A la hora acordada los invitados llegaron y el matrimonio Coscojuela aguardaron nerviosos; en especial Matilde. Los años sirviendo a los más notables le enseñó cómo eran en realidad. Su mayor pasatiempo era despellejar a quien no era de su gusto. Por ello su introducción en la sociedad más granada dependía de esa noche.

—Recuerda. No saques ningún tema de conversación. Serán ellos quienes lleven la voz cantante. No podemos meter la pata —le indicó, una vez más, a su marido.

—No soy estúpido, Matilde. O de lo contrario no habría llegado tan alto —remugó él.

Ella le acarició el brazo.

—No te enojes. Es que estoy aterrada. A parte de la marquesa no tengo la menor idea de quienes son los demás. Es difícil complacer a un comensal desconociendo sus gustos.

Salvador le sonrió.

—Tú siempre has sido capaz de lograr el milagro de que nadie ose rechazar tú comida. Hoy triunfarás. ¿Lista para la inspección?

Ella aseveró.

El mayordomo anunció a los recién llegados. A cada nombre la fortaleza de los anfitriones se iba desmoronando. En el comedor de su casa estaban Los duques de Alba, los condes de Arcos Rodrigo Ponce de León y su esposa Beatriz, los marqueses de Tarifa, Fadrique Enríquez de Ribera y su esposa Catalina, el Alcalde del Mar Juan Arias de Saavedra y su consorte Juana de Avellaneda, y por supuesto la

vizcondesa y su esposo. Los personajes más poderos de la ciudad y de la nación.

—Es un honor recibiros en mi humilde casa —dijo Salvador.

—El placer será nuestro si tal cómo me aseguró vuestra esposa es una de las mejores cocineras que hay hoy en día —dijo Victoria.

—Eso era antaño. Al convertirse en mi mujer dejó la tarea, cómo es natural. Hoy ha cocinado especialmente para vuestras mercedes. Podréis comprobar que aún no ha perdido su habilidad prodigiosa. Por favor, acomodaos y disfrutar del ágape —dijo Salvador.

Los invitados se sentaron ante una mesa que les sorprendió. Los anfitriones gozaban de una posición acomodada. Candelabros de plata, al igual que los cubiertos y copas de cristal fino.

—Lo primero que voy a ofreceros es una sopa fría de Calabaza. Es un plato originario de Nombre de Dios. Espero que os guste.

Probaron con reticencia, para después saborearla con deleite.

—La sopa fría ha sido exquisita. A ver que opinamos de la perdiz —dijo el marqués de Tarifa, arrancando una pata.

—No, duque. Hay que hincar el cuchillo —le indicó Matilde.

—¿Y los huesos?

—Vos hacedlo.

El hombre obedeció. El cuchillo se deslizó por la carne sin encontrar ninguno.

—¡Asombroso! ¿Cómo lo habéis hecho? La perdiz conserva su forma original —se maravilló Catalina.

Matilde sonrió.

—Secreto profesional.

El pescado al horno acompañado de papas fritas y cómo postre sorprendente, plátano frito bañado en miel y flambeado ante los comensales, fue el remate para erigir a la anfitriona cómo una maga de los fogones.

—¿Y bien, vizcondesa? —inquirió Matilde.

—He de aceptar que dijisteis la verdad. Sois una cocinera sorprendente. Es una lástima que hayáis dejado el oficio.

—Para vuestro beneficio, señora; pues podréis ser de los pocos que gocen con mis platos.

—Imagino que los presentes también —apuntilló el Conde de Arcos.

—Por supuesto. Si os parece bien, esta reunión podría celebrarse una vez a la semana. De este modo, mí esposa podrá mostraros las artes culinarias del Nuevo Mundo. Claro que, con los pocos productos que hay llegado a estas tierras —propuso Salvador.

—Por mi parte, acepto e imagino que los demás también —dijo Beatriz.

—En ese caso, me afanaré en pensar el próximo banquete para ofreceros aún más placer.

El vizconde miró a Matilde con ojos codiciosos. Ella se lo daría, sin duda, pero metiéndola entre sus muslos.

El acercamiento hasta su gran enemiga fue más fácil de lo esperado. Lo más difícil era controlar las ansias de destruirla en cada encuentro. Nadie podía imaginar lo que su sonrisa amable ocultaba. Pero muy pronto terminaría su tortura si lo pensado salía cómo esperaba y viendo la actitud por ella de Infanzón, su esposo, la victoria era indudable.

—¿Vos también sois aficionada a las miniaturas de barcos? —le preguntó él.

—¡Oh, no! Bueno... No quiero decir que no me gusten. Son copias preciosas. He venido a ver al maestro Molinero para que construya una maqueta de uno de los edificios de mí esposo. Un regalo de Navidad.

—Un gran acierto. Lo haréis feliz. Aunque, pienso que él siempre lo es teniéndoos a vos. Sois una mujer extraordinaria. Buena cocinera, inteligente y hermosa —dijo Infanzón devorándola con sus ojos de gato.

—Os agradezco los cumplidos, pero me considero una mujer corriente; más bien del montón —replicó ella con falsa humildad.

Él continuó mirándola con descaro.

—Las mujeres corrientes no poseen vuestra agudeza ni hermosura. Ni tampoco la audacia que habéis demostrado al labraros un futuro próspero en tierras lejanas y salvajes. Que por cierto, tan cómo se acordó en las Cortes de Valladolid a principios de año, las Indias ya forman parte oficial de la Corona de Castilla.

—Ahora soy una mujer casada. Ya tengo la fortaleza de mi esposo.

—Sin duda tenéis un matrimonio ventajoso y seguro. A pesar de ello, estoy convencido de que sois de ese tipo de personas que si no tienen una nueva emoción la vida les parece aburrida. Os veo temeraria y audaz. ¿Me equivoco?

—Veo que sois un gran observador; lo cuál también demuestra agudeza —dijo Matilde brindándole una sonrisa encantadora.

—Cualidades que me han dado la oportunidad de regentar un trabajo esencial para la Corona —apuntilló el con orgullo.

—Lo sé. Toda Sevilla habla de vuestra gran labor. Aunque, no alcanzo a comprender cuál es exactamente vuestra responsabilidad. Vos os encargáis del control de la llegada del oro y plata. ¿Verdad?

—Así es.

—Una tarea comprometida. A pesar de eso, no tengo la menor duda de que sois el hombre adecuado; aún siendo tan joven. Marqués… Perdonad el atrevimiento pero…

—Hablad sin temor, señora Coscojuela. Podéis pedirme lo que se os antoje. Soy vuestro más fiel servidor —la interrumpió él con voz melosa.

Ella parpadeó con gesto avergonzado.

—Veréis. En Santo Domingo todos hablaban de La Casa de la Contratación y me crearon una gran curiosidad. ¿Sería muy osada si os pidiera que me la mostraseis? Claro que sí. No debí ni mentarlo.

—Al contrario. Será un honor. Me encaminaba hacia allí. ¿Podríais venir ahora?

Matilde no pudo creer que la suerte le fuese tan favorable. Adquiriría información y la oportunidad de seducirlo; porque su estrategia era volverlo loco de pasión e inducirlo a terminar con su esposa. De este modo sus manos estarían limpias de sangre y también su conciencia. Aunque, dudaba que Guadalupe estuviera de acuerdo. Jamás aceptaría que se humillara cómo una vulgar puta para obtener su objetivo. Procuraría tenerla en la inopia. Sin embargo, esa meta, a diferencia de su plan, sabía que sería imposible de realizar. Nadie engañaba a esa mujer.

—No tengo nada mejor que hacer —aceptó.

—Vuestro esposo no opinaría lo mismo —dijo él con doble intención.

—Mi marido está ocupado en el proyecto. Apenas me presta atención. Señor marqués, vos me sacaréis de la monotonía —dijo ella abanicándose con sensualidad.

Él contuvo el aliento. Esa maravilla de mujer le estaba enviando señales inequívocas de que estaba buscando una aventura extramatrimonial. Y él era experto en ofrecérselas a las mujeres hastiadas de unos maridos incompetentes en la cama. Matilde cataría sus habilidades y el gozaría de la mujer más hermosa de la ciudad.

—Por favor, dejemos los formalismos. Ya somos amigos. ¿Verdad? Llamadme Eladio.

—A mí Matilde.

—Pues bien, Matilde. ¿Vamos?

Durante el camino compraron buñuelos a un morisco.

—¡Um! Son tan deliciosos que me comería docenas —suspiró Matilde.

—¿Os gustan los dulces?

Matilde se chupeteó los dedos y la respiración de Infanzón se cortó al imaginarla lamiendo otra cosa.

—Lo que más. ¿Y a vos? —dijo ella.

—Me agrada uno en especial —respondió él devorándola con sus ojos grises.

—¿Cuál, señor?

—Uno no muy fácil de conseguir. Aunque, espero que vos con

vuestra habilidad para manejar la cocina me lo horneéis.

—Dadme la receta y os complaceré.

—Yo también os complaceré ahora en vuestra petición. Por favor, pasad.

Infanzón le mostró el interior del edificio y ella simuló estar sobrecogida. Decenas de estancias, de documentos, de empleados afanados por cumplir su misión.

—Pues ahora viene lo mejor. Acompañadme.

La llevó a un almacén resguardado en el sótano. Cientos de cajas, tinajas y baúles aguardaban para ser distribuidos a los lugares oficiales de la Corona.

—¿Y vos lleváis el control de todo? ¡Impresionante! —inquirió Matilde mirándolo con admiración.

—Una gran carga, sin duda. Tengo que dar cuenta a los reyes de qué ni una pieza ha sido robada.

—¿Y cómo lo controláis? Me parece imposible al ver tanta mercancía.

—Soy el autorizado de subir a bordo y llevarme los libros de contabilidad. Una vez llega la carga los contables comprueban que las cifras coincidan. Si todo es correcto, el capitán puede moverse en libertad por la ciudad o de lo contrario, tengo la potestad de denunciarlo a las autoridades judiciales. Después, las mercancías son depositadas aquí y yo soy el guardián. Nadie tiene otra llave, ni nadie tiene permiso para entrar.

Matilde lo miró seductora.

—¿Habéis roto las reglas por mí?

—Por vos estaría dispuesto a hacer cualquier cosa.

—¿Lo que yo quiera? —susurró Matilde.

—Pedid y se os concederá.

Ella abrió un baúl y tomó una estatua de un ídolo de oro.

—¿Podéis regalármela?

Infanzón se la quitó.

—No, mí querida Matilde. Su falta se notaría en el expediente. Mejor esto —dijo, escogiendo un colgante de oro con una esmeralda incrustada.

El marqués, sin saberlo, le estaba poniendo en bandeja el camino hacia el final de su sufrimiento.

—Entiendo. Algo tan pequeño podría considerase una cuenta mal hecha. ¿Cierto?

Él entrecerró los ojos.

—¿Qué insinuáis?

Ella posó la mano en su pecho y con voz seductora, dijo:

—No insinúo, Eladio. Pero no debéis temer. Soy una mujer que ha luchado por salir adelante trabajando cómo una mula, pero no lo

logré. Ser la cocinera más afamada no me compensaba en riqueza. Mi esposo fue el medio para tener la comodidad que siempre deseé. Solamente eso. No soy mujer que desaproveche las oportunidades que se le presentan y si esas ocasiones me son llegadas por alguien generoso, le demuestro lealtad y gratitud en gran medida. ¿Comprendéis?

Él aseveró.

—No me equivoqué al catalogaros cómo una mujer de gran inteligencia.

—Vos también lo sois; además de ambicioso.

—Creo que nos vamos a llevar muy bien, señora Coscojuela —dijo Infanzón.

—También lo creo yo —afirmó Matilde.

Él cerró la puerta y echó la llave.

—¿No será imprudente? —inquirió ella.

—Nadie baja sin mi permiso. Podré mostraros los secretos que escondo con tranquilidad.

Ella apartó cualquier signo de debilidad. Si podía soportar al baboso de su marido, más podría hacerlo con un hombre relativamente atractivo, con buen cuerpo y meticuloso con su aspecto. Porque Infanzón era todo lo contrario a repulsivo.

—Ardo en deseos de conocer cada uno —lo invitó Matilde mirándolo con intención.

Él exhaló un gemido y la agarró de la cintura, buscó su boca y la devoró. Ella cerró los ojos y permitió que la explorase en profundidad.

—Sois deliciosa. Vuestra boca es dulce.

—Es por el dulzor del buñuelo —susurró ella.

—No, mi hermosa dama. Vos sois la dulce criatura con la que he soñado cientos de veces en teneros así, en adentrarme en vuestra calidez —jadeó él.

Matilde lo instó a soltarla.

—¿Y pensáis que yo no ambiciono ser vuestra? En nuestra primera cena apenas me pude contener. ¿O no os disteis cuenta de que mis ojos siempre terminaban sobre vos? Me embrujasteis con vuestro atractivo y personalidad. Creí desfallecer en la segunda al imaginar este momento. Por fortuna, no deberé sufrir en la tercera; pues ya la tortura habrá terminado.

—¿Lo decís de veras?

Ella lo besó con la misma avidez.

—¿Os basta esta prueba, señor? Pero ya llevo mucho tiempo alejada de casa y mí marido, aunque esté pendiente de su trabajo, también lo está de mí. No quiero que sospeche de mis salidas o nuestros encuentros serán imposibles. Debo irme ya.

—Matilde, no podéis… dejarme ahora. He soñado con tomaros

desde… que os conocí. Muero de deseo —farfulló Infanzón con el rostro enrojecido por el ardor.

—Quiero disfrutar de vos y las prisas no son buenas para el placer —dijo ella.

—Os prometo que con cinco minutos os dejare complacida y al mismo tiempo, yo apagaré mi sed de vos —aseguró Infanzón. Se arrodilló, le levantó la falda, apartó los calzones y hundió la boca entre sus muslos.

Matilde apretó los dientes y cerró los ojos para hacer más soportable la vejación. Sin embargo, a medida que la boca de ese hombre se tornaba más y más voraz, horrorizada comprobó que el placer adormecido regresaba con fuerza y sin poder evitar la vergüenza de rechazar ese deleite, dejó escapar un largo gemido cuando el orgasmo la asaltó derribando todas sus murallas de protección.

La ciudad aún estaba recomponiéndose; aunque eso no impedía que el trajín continuara mareando al recién llegado. Él no lo era. Se había ausentado durante más de un año, pero ya estaba de regreso. Por fin recuperaría su vida.

Aceleró el ritmo de sus pasos para llegar cuanto antes a su destino. La impaciencia, ahora que estaba tan cerca de alcanzar la gloria, lo estaba matando.

Se detuvo ante el edificio. De repente, la duda lo embargó. Se frotó las manos sudorosas y tragó saliva. ¿Y si ya nada era igual qué antes? Tantos meses eran demasiados para esta época donde la vida no podía detenerse. Uno seguía adelante o se perdía en el camino. Y él era de los que nada le impedía seguir.

Golpeó la aldaba con energía y aguardó agitado. Tras unos largos segundos volvió a llamar. El resultado fue el mismo. Con toda seguridad pensó que a esa hora estarían ejerciendo sus quehaceres. Aún así, volvió a insistir.

—No hay nadie.

Él se volvió.

—Ya lo veo. ¿Sabéis cuándo regresarán o dónde están?

La anciana alzó los hombros.

—Yo no me meto en las cosas de los demás. Lo que si puedo decir es que hace tiempo que no paran por la casa. Tal vez se han ido a otra ciudad.

—¿Estáis segura?

—¿Quién puede estar seguro de algo? Prueba si saben algo en la taberna El Loro Verde. Por allí pasa todo el mundo y los chismes están a la orden del día. Ve con dios, muchacho.

Así lo hizo.

El local estaba abarrotado, al igual que siempre. Ni una mesa libre. Se acercó al mostrador.

—Adolfo.

El hombre alzó la mirada. Al verlo, el vaso que sostenía en la mano cayó al suelo.

—¡Por Judas! —exclamó santiguándose.

—¿Qué te ocurre? Parece que hayas visto a un fantasma.

—Yerén. Pero… Dijeron que te ahogaste. Incluso, a pesar de no tener cadáver, se te hizo un responso. Esto es tan inesperado, tan increíble.

—Pero no carente de alegría. ¿Cierto?

—Sin duda. Yerén. Vayamos adentro para hablar con calma.

Se acomodaron en la trastienda. Adolfo, ya repuesto del susto, le sirvió una copa de ron.

—Pero… ¿Por qué has tardado tanto tiempo en dar señales de vida? No lo comprendo. ¿Tienes alguna explicación qué no desate mí ira?

—La tengo, amigo. Han sido circunstancias ajenas a mi voluntad. Verás. Es cierto que tuve un percance. Mejor dicho. Uno gordo. Perdí el conocimiento mientas buscaba ostras y por poco no muero ahogado. Unos taínos me encontraron flotando en el mar. Me llevaron a su poblado situado en una isla lejana. Cuando desperté tras varias semanas no recordaba ni quien era, ni de donde procedía, ni nada. Mi mente estaba en blanco. Por mucho que intenté buscar en mí pasado fue imposible. Esa es la razón por la que he estado ausente tantos meses. Solamente cuando, del mismo modo que marchó la memoria regresó de golpe, me afané por volver a casa. He llegado hace apenas unos minutos.

—Menuda historia. Digna de un libro de aventuras —musitó Adolfo.

—Cuándo se la cuente a los demás también reaccionarán con asombro.

Adolfo carraspeó inquieto.

—¿Qué ocurre?

—Supongo que no lo sabes. No. Si has llegado hoy…

Yerén apoyó la mano sobre la mesa, inclinó el torso y miró a su amigo con inquietud.

—Habla. ¿Le ha pasado algo grave a Matilde? ¿Ha enfermad0? ¿O…? No quiero ni pensarlo. No. Dime que no.

El tabernero pensó que la noticia de su muerte sería mucho mejor que la que le iba a dar. Porque, a pesar de sus disimulos, conocía el secreto que guardaban esos dos. Le sirvió otra ronda de ron. Yerén la rechazó.

—Te aseguro que querrás tomarlo. Mira… Has estado mucho tiempo desaparecido. Bueno. Lo cierto es que te dábamos por muerto. Es hecho ha cambiado muchas cosas. Verás…

Yerén golpeó la mesa con el puño.

—¡Maldita sea, Adolfo! Antes de venir aquí pasé por casa de Pizarro y no hallé a nadie. Alguien me dijo que era muy probable que llevasen ausentes mucho tiempo. Así que deja de andarte por las ramas y dime que está sucediendo. ¡Ya!

—Don Francisco Pizarro ha emprendido una nueva expedición.

—Era de esperar.

—En cuanto a Guadalupe y Matilde se han ido a… Sevilla.

Yerén parpadeó aturdido.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Cuándo?

—Al poco tiempo de tú muerte. Bueno quiero decir… Ya me

comprendes.
—¿Por qué? ¿Por qué no… me ha… esperado? —logró decir tras el impacto.
—¿A un fantasma? Te dimos por muerto, muchacho. ¿Qué esperabas? Matilde vio la oportunidad de dejar el trabajo tan duro y de regresar a una ciudad civilizada y próspera.
—Tengo que ir a Sevilla para que vea que sigo vivo.
—¿Estás loco? La Flota sólo tardará un par de semanas en regresar a España. No tienes tiempo para solicitar documentación y aunque lo tuvieses, por tu condición de mestizo no te concederían el permiso. Y si piensas en ser polizonte, olvídalo. Lo único que conseguirías es estar muerto de verdad.
—El dinero todo lo compra. Y tengo el necesario.
Adolfo gruñó.
—Te digo que lo olvides. No es prudente que vayas a Sevilla. Allí las cosas ya no son cómo aquí. Matilde ha decidido cambiar de vida y tú ya no tienes cabida en ella. Lo único que harías es complicársela.
—¿A qué te refieres?
Su amigo se aclaró la garganta, se tomó otro vaso de ron y dijo:
—Matilde se casó.
La noticia golpeó con fuerza en el corazón de Yerén.
—¿Qué estás diciendo? —jadeó.
—Salvador Coscojuela le propuso matrimonio y ella aceptó. Se unieron a las pocas semanas de tu desaparición. Lo siento. Sé cuánto la amabas. Como ves, tus pretensiones no tienen causa moral. Ahora le pertenece a otro. Ahora es una esposa santificada por Dios. No puedes ir a exigirle nada. ¿Lo entiendes?
Yerén, a pesar del dolor, tuvo un momento de lucidez. Matilde, ante su pérdida, decidió cumplir la amenaza de vengar la muerte y el honor de sus padres. Y utilizó a Coscojuela. Matilde no lo amaba. Solamente lo amaba a él y recuperaría su relación, costara lo que costara. Se llenó la copa y tragó el contenido.
—Ni Dios ni todos los demonios me obligarán a desistir. Matilde es mía. Siempre lo ha sido y ningún marido hará que me aleje de ella —siseó.
—La noticia te ha nublado la mente. Debes serenarte para pensar con claridad o tus demonios te llevarán a la destrucción. Puede que ya tenga un hijo. ¿No lo has pensado? No puedes entrometerte en un matrimonio consagrado por Dios —le pidió Adolfo.
—No temas. Se muy bien lo que he de hacer. Gracias por los tragos.
—Pero, amigo…
Yerén no lo escuchó. Se levanto y salió de la taberna para encaminarse hacia casa de Luis Fabrique, uno de los funcionarios que podrían ayudarlo a salir de Santo Domingo. El tipo era bien conocido

por aceptar sobornos. Su precio era alto. Pocos podían permitírselo, pero él poseía lo suficiente.

Tras ser recibido y aceptar una veintena de perlas cómo pago, tres días después Fabrique le entregó los documentos necesarios.

—Ahora te llamas Alonso Zorita, oriundo de Orio, un pueblo pesquero de Guipuzcoa. Nadie habrá oído hablar de él, no posee nada relevante, por lo que el engaño será difícil de descubrir. Hijo de pescador y costurera. Llegasteis atraídos por la búsqueda de perlas. Os asentasteis en una de las islas caribeñas, por esa causa apenas nadie te conoce y tras ocho años de dura pesca y huérfano de padres, siendo dueño de una pequeña fortuna has decidido volver a España. ¿Te ha quedado claro?

—Cómo el agua. ¿Qué hay del avituallamiento?

—Cargado en el almacén. En cuanto al pasaje, he considerado que debes pasar lo más desapercibido. No hay que llamar la atención ni ser considerado ilustre para ocupar la mesa del capitán. Habría demasiadas preguntas. Por ello he reservado un pequeño camarote bajo cubierta. A partir de ahora todo depende de ti.

—Lo sé.

—Por mi parte, ya he hecho el trabajo. Buen viaje.

La fiesta de Carnaval ese año, cómo excepción, se celebraba en la Casa Pilatos. Sus dueños la habían ampliado y querían mostrar lo maravillosa que quedó.

Y así era. De estilo mudéjar se estructuraba alrededor de dos patios, el de entrada y el principal en el cuál, en su entorno, se ubicaban las dos plantas. A sus dos costados, dos jardines.

El interior no era menos fastuoso. Techos de madera artesonada, azulejos árabes y tapices en las paredes. La iluminación generosa era a causa de decenas de lámparas doradas y de hierro forjado. Sin embargo, lo más impactante para los invitados fue la enorme mesa repleta de manjares exóticos.

—Vos habéis contribuido mucho a que la fiesta sea un éxito, Matilde. Os doy las gracias y también a mi buena amiga Victoria por habernos presentado. A partir de ahora podéis consideraros nuestra amiga —le dijo María de Silva, duquesa de Medinaceli.

—Sois muy dadivosa, pues no he hecho otra cosa que aleccionar a vuestros cocineros, su excelencia.

—Siempre recompenso la generosidad. Ahora id a disfrutar de la fiesta.

Matilde se reunió puso de nuevo la máscara y se reunió con su marido.

—¿Y bien?

—Ha quedado encantada. A partir de hoy ya formamos parte de su círculo.

—¡Estupendo! Venga. Unámonos a los bailarines —exclamó Salvador.

—Ve tú a divertirte. Tengo que relacionarme para que en esta ciudad se nos considere.

—No es necesario, querida. Ya hemos entrado en las mejores casas de Sevilla.

—Yo nunca tengo suficiente y tú tampoco deberías conformarte. Si lo hubieses hecho estarías mendigando trabajo en Santo Domingo. ¿No es así?

Él besó su mejilla.

—Como siempre, tienes razón. Ve.

Pero Matilde con el único que se reunió fue con su amante en el jardín más alejado del salón. Desde su primer encuentro tres meses atrás en el almacén del tesoro real, Infanzón había caído en su trampa. Aunque, no sólo él. Ella también lo hizo en la suya. Horripilada descubrió que podía sentir el placer que él le proporcionó sin

necesidad de sentir amor. Durante días el remordimiento apenas la dejó comer ni dormir. Finalmente, su raciocinio llegó a la conclusión de que la Vida le arrebató el amor, pero no le arrancaría ninguna otra cosa que le causara satisfacción y el sexo era una de ellas.

En cuanto a Infanzón, su nueva condición de mujer apasionada, aceleró que lo tuviese comiendo de su mano. Sin embargo, aún faltaba darle el espaldarazo final y ya no le quedaba más paciencia.

—¿Y bien? ¿Alguna novedad que me alegre la noche? —le preguntó.

—Hoy ha llegado la Flota.

—¡Por fin! ¿Habrá posibilidades esta vez? Llevamos dos expediciones sin poder meter mano y estoy ansiosa por acelerar nuestra situación.

—Estamos de suerte. Uno de los capitanes murió durante la travesía y Liberto Gómez, un buen amigo, lo sustituyó —le explicó él.

—Lo que significa que podemos sacar tajada. Más bien, una de muy buena.

—Sí. Dentro de poco podremos largarnos lejos y vivir cómo reyes.

—Yo también lo ansío. Pero sabes muy bien que tu esposa jamás te dejará en paz. No es de las que se dejan humillar. Nos buscaría hasta debajo de las piedras. No podremos ser felices. A no ser que… Ya sabes lo que hay que hacer.

Eladio sacudió la cabeza.

—No. Eso no puede ser. No. Me cortarían la cabeza y a ti te pondrían en una pira.

Matilde se pegó a él.

—No si somos listos.

—Mira. Ya estamos arriesgando mucho por nuestro futuro. Más bien dicho, yo arriesgo.

Ella se apartó y lo miró ofendida.

—¿Acaso no te he dicho qué también me desharé de mí esposo? ¿Eh? Muy bien. Cómo quieras. Esto se ha acabado.

—Matilde, amor. No…

—Si no estás dispuesto a hacer lo necesario para que podamos estar juntos, olvida nuestra relación.

—Yo te amo.

—No es verdad. Me has manipulado. Te has aprovechado de mí. Lo único que anhelabas era poseerme, disfrutar de mí cuerpo. Lo has hecho. Pero no habrá sido gratuitamente. No. Me compensarás esta decepción con la mitad de lo que has robado.

—Querida. Haré lo que desees.

—¿Ahora me embaucas para qué no me lleve parte del botín? ¡Eres despreciable! —le espetó Matilde dando media vuelta.

Eladio la retuvo agarrándola de la muñeca.

—No me dejes. Te necesito. Quemaré el mundo por ti.
Ella dejó escapar una risa sarcástica.
—¿Ah, si? Juras que no puedes vivir sin mí y al mismo tiempo renuncias a nuestro amor. ¿Y por qué? Porque eres un pusilánime. Yo arriesgo mí reputación y el escarnio público si mi marido descubre que es un cornudo. Aún así, estoy dispuesta a echarlo todo a rodar por ti. Seguridad, honor, matrimonio… Si me quisieras lucharías con uñas y dientes.
—Dime que he de hacer y lo haré.
—¿Seguro?
—Lo prometo. ¿Qué has planeado?
—Ahora no. No es momento.
Infanzón la tomó entre sus brazos y hundió el rostro en la curva de su cuello.
—Cierto. Es momento de algo mucho más satisfactorio.
—Eladio… No es prudente.
—¿La qué piensa deshacerse de nuestros cónyuges habla de prudencia?
Ella se revolvió.
—Es que pueden vernos y sería nuestro fin. Mejor mañana. En el almacén de siempre. ¿De acuerdo?
—Mañana tengo algo importante que hacer. ¿Recuerdas? Mejor aprovechemos el momento.
—Mi esposo me echará en falta.
Infanzón soltó una enorme carcajada.
—Querida. Estamos en carnaval. Hoy no hay reglas para nadie. Lo más probable es que esté retozando con otra. ¿No te habré puesto celosa, verdad? —dijo buscando su boca.
Matilde se zafó.
—¡No digas bobadas! ¿Acaso no planeo librarme de ese baboso que me produce arcadas?
—Eso no implica que una mujer sienta rabia hacia otra que se solaza con su esposo. Es una ley no escrita de los sentimientos.
—Pues para ti hay una a partir de ahora. No volverás a tenerme hasta que cumplas con lo acordado.
—Si lo haré.
—En ese caso, comienza ahora. Regresa junto a la marquesa y haz el papel de amante esposo. No debemos levantar suspicacias. Me pondré en contacto contigo —dijo Matilde.
Regresó al salón.
—¿Ya has sacado provecho de tus relaciones? .se interesó Salvador.
—¿Acaso lo dudas?
—Nunca, mí querida esposa.

Lo primero que pensó Yerén al pisar Sevilla fue encontrar a Matilde. Sin embargo, la lucidez llamó a la puerta de su desasosiego. Sería un error dar con ella. Su desesperación lo haría proceder desde las entrañas y no podía precipitarse. Ahora ella era una mujer casada en una ciudad dónde la inquisición disfrutaba torturando o matando a sus víctimas. No podía dar un traspié. Debía ser inteligente y pensar con calma los pasos a seguir para poder volver a estar juntos y disfrutar de su amor. Para ello optó en crear la nueva identidad que los papeles indicaban.

Lo primero que hizo fue hospedarse en una discreta pensión y después proveerse del ropaje adecuado para un emigrante que regresaba poseedor de una cuantiosa fortuna.

Yerén se miró en el espejo. Nadie diría que era un mestizo llegado del Nuevo Mundo. No con esas ropas suntuosas y los rasgos de su parte española.

—Buen trabajo, sastre. Merecéis cada maravedí. Tomad —dijo dándole una bolsa.

—Ya sabéis dónde estoy para lo que preciséis.

—Sí. Quedad con Dios.

Yerén, ya vestido acorde a su estatus, partió hacia la calle Sierpes en busca del taller de Emilio Alarcón, el joyero que su hombre de Santo Domingo le aconsejó para poder vender la mercancía lejos de la ley.

—¿En qué puedo serviros, señor?

—Me han dicho que comerciáis con oro, plata y perlas traídas del Caribe.

—No os han informado mal, señor…

—Alonso Zorita.

—¿Qué me ofrecéis?

Yerén extrajo una bolsa que contenía una centena de aljófares.

—No puedo daros mucho. Mis clientes quieren lo mejor y estas perlas son irregulares.

Yerén abrió otro saquito.

—Esto es otra cosa. Nacaradas, grandes y perfectas.

—¿Y bien? ¿Cuánto?

—Señor Zorita, este establecimiento es honrado y cumple con la ley. Primero debo ver los papeles de la aduana.

—Me han dicho que soléis hacer la vista gorda cuando os ofrecen algo poco común.

Alarcón estiró el cuello mostrando ofensa.

—Os han mentido, señor. Repito que cumplo con las ordenanzas.

Yerén inclinó el torso y casi susurrando dijo:

—Fernando Olivera es mí informador. Y, por lo que me contó, deduzco que vuestra relación comercial es muy estrecha. Dijo que vos sois el único que puede comerciar con lo que os traigo, porque es muy, muy especial. Dejad que os lo muestre y después decidís.

—Os repito…

—Olivera me ayudó a salir de Santo Domingo. ¿Comprendéis? Por ello no tengo la menor intención de buscarme problemas y menos con la ley. Claro que, en caso que os neguéis, también me indicó que buscara a Genaro Mandetti.

—A pesar del consejo, no podéis fiaros de un genovés —dijo Alarcón indicándole que lo siguiera a la trastienda.

Yerén sonrió. Llevaba apenas una semana en la ciudad y ya era conocedor de la rivalidad que existía entre los nativos y los llegados de otros países.

—Sentaos —le pidió, al llegar a un pequeño despacho. Ocupó el lugar tras le mesa y dijo: Bien. ¿Qué es eso tan especial?

Yerén rebuscó en el interior del cinturón, le mostró una cajita y la abrió.

—Os aseguro que nunca habréis visto nada parecido.

El platero la tomó. Sus ojillos cubiertos de arrugas se abrieron como platos. Era la perla más grande y perfecta.

—¡Por la Virgen Santa! Esto es… es…

—¿Lo mejor que ha caído en vuestras manos? Pues sí. Por ello espero un precio justo o ya sabéis a quién se la ofreceré —dijo Yerén reclinando la espalda en la silla.

—No. No. Habéis acudido al lugar adecuado.

—¿Pero tenéis el capital? Sabed que me he asesorado y esto cuesta una fortuna. Y la necesito de inmediato.

Alarcón tomó un instrumento y midió la perla.

—Treinta y cinco milímetros. Redondez perfecta y sin una mancha en su nacarado. ¡Inaudito! ¿De dónde la habéis sacado?

—Mi familia se ha dedicado años a su búsqueda en el Caribe. Esta la hallé yo. ¿Y bien? ¿Hacemos negocios? ¿O busco en otro lugar?

—Comprended que no podré daros su valor real. Tendré problemas para que alguien la adquiera de esta manera… un tanto conflictiva. Sin documentación… Difícil.

Yerén dejó escapar un chasquido.

—¿Acaso me tomáis por tonto? Sé muy bien que cualquier poderoso dará una explicación que nadie pondrá en duda. El dinero todo lo tapa. Así que, dadme una cifra.

Yerén salió convertido en un hombre muy rico.

El siguiente paso fue encontrar un lugar donde establecerse.

Acudió a la calle Feria, detrás del mercado de abastos para ver a Consuelo Villuela. Regentaba un negocio de telas tan exclusivas que estaba al tanto de todo lo concerniente a la alta sociedad.

—¿En qué puedo ayudaros, señor?

—Me han dicho que vos sois la mejor importadora de paños.

—Así es —afirmó ella con orgullo.

—Soy un recién llegado y quiero instalarme. Me gustaría que vos os encargarais de los cortinajes y telas necesarias para una casa solariega.

—Será un honor, señor…

—Alonso Zorita.

—Necesitaría vuestra dirección para estudiar lo que debo hacer.

—Veréis… Aún no tengo casa. Ignoro cuáles son los mejores lugares. Confiaba en acudir en ayuda de unos buenos amigos, pero la nave que portaba su última misiva se hundió a causa de una terrible tormenta. Por ello ignoro dónde se han establecido. Es posible que vos los conozcáis. Se trata de Salvador Coscojuela, un afamado aljerife y su esposa Matilde.

—¡Por supuesto! Y no solo yo. Media Sevilla. Está a cargo de la construcción de un edificio muy importante. Y no sólo eso. En el poco tiempo que llevan en la ciudad, ya han conseguido introducirse en lo más granado. Por ejemplo, los Duques de Alba son uno de sus mejores amigos, al igual que los marqueses de Ríoplata. Lo dicho. Vuestros conocidos han triunfado. Y yo, una vez más, al encargarme de la decoración de su casa de la calle Sierpes; que por cierto es espléndida.

—Esto es asombroso. ¡Sois mi ángel, señora! Gracias a vos podré reencontrarme con ellos —exclamó Yerén.

—Me contenta ser de ayuda.

—Y más me ayudaréis si, por casualidad, sabéis de alguna casa en alquiler o en venta cerca de ellos.

—Precisamente ayer me informaron de un palacete en la calle Cuna. Es paralela a la calle Sierpes. Podéis acercaros y probar suerte. Aunque, puedo asegurar que el montante será elevado.

Yerén el dedicó una sonrisa encantadora.

—Esa cuestión no será un impedimento. Os doy las gracias una vez más. Cómo he dicho, sois mi ángel. En cuanto me aposente os mandaré llamar. Ha sido un placer, doña Consuelo. Quedad con Dios.

Matilde entró en el salón. El ambiente en la Casa Pilatos era bien distinto a los días de Carnaval. Los presentes vestían con sobriedad. Los caballeros con ropajes oscuros, al igual que las damas que cubrían cabello y rostro con mantillas.

—La misa ha sido de lo más solemne y el coro de niños sublime —decía el Conde de Arcos.

—Sus voces me han traspasado el alma —dijo Victoria.

Matilde tuvo que contener las ganas de gritar que esa bruja carecía de ella y con voz melosa, dijo:

—Cierto, marquesa. Angelicales.

Su mayor enemiga se acercó y acarició su brazo con delicadeza.

—Os he dicho que me llaméis Victoria. Somos amigas. ¿Verdad?

El sonido de la trompeta evitó que tuviese que mentir una vez más.

—Ya comienza el Vía Crucis y hay un gran gentío —anunció del Duque de Alba, asomándose a la ventana.

—Mi esposo va en cabeza —dijo con orgullo la Marquesa de Tarifa.

—Así debe ser, pues es él quien ha sido el artífice de esta demostración de fe —apuntilló el juez mayor de la Real Audiencia de Sevilla.

—Salgamos a los balcones —los invitó la anfitriona.

—Vamos, querida —dijo Salvador.

Matilde posó la mano en él estómago.

—¿Te encuentras mal? ¿Llamo al médico? —se preocupó él.

—No. No. Solamente estoy un poco revuelta. Necesito ir al baño.

—Entiendo. Ve, querida. Estaré junto a nuestra anfitriona.

Matilde le lanzó una mirada cómplice a Infanzón. Él entendió y aprovechó la oportunidad del revuelo que se formó para conseguir lugar para ver la procesión para reunirse con Matilde.

Su encuentro clandestino fue en la planta baja, lejos de cualquier visita inoportuna.

—Tras tantos días sin verte, moría por estar contigo —dijo él abrazándola.

—Ahora no. Tenemos algo mucho más importante que hacer —se revolvió Matilde.

—¿Algo mejor qué solazarnos? Creo que no —insistió Infanzón.

—Tú y yo tenemos planes. ¿No es así?

—Sí. Pero hablamos después. Ahora quiero amarte —insistió él besándola en el cuello.

—Eladio, no. Mi marido puede notar mí ausencia. Prometo que te compensaré mañana. Además, ya estoy cansada de esperar. No quiero

tener que vernos más secretamente.

—Todo llegará, mi amada. Ten paciencia.

—Se me terminó. No aguardaremos más. Toma esto.

Matilde metió la mano en el escote y sacó un frasquito. Él dudó.

—¿Te echas para atrás? Está bien. Cómo quieras. Pero esta es la última vez que nos vemos. Adiós —dijo Matilde dando media vuelta.

—No, por favor —le pidió Infanzón agarrándola de la muñeca.

Ella se volvió.

—No quiero a mi lado a nadie que me ha estado engañando durante meses. Tú nunca me has amado. En cambio yo, te amo con toda el alma. No me mereces.

—Sí te amo. Estoy loco por ti y te lo demostraré. Dame el veneno.

Matilde se lo entregó.

—Debes tener mucho cuidado. No lo toques o tu piel se cubrirá de ampollas. Pon una gota al café o al chocolate que tome tu esposa. Yo haré lo mismo con Salvador. Y lo haremos mañana.

—¿Y qué ocurrirá? —musitó él.

—Enfermarán. Sentirán dolor de garganta, cómo si se hubiesen resfriado. Es una ponzoña desconocida aquí. Ningún doctor podrá relacionarla con un asesinato, y más en este mes que el clima está siendo muy frío. Es la solución perfecta. Seremos libres y cuando el luto termine nos casaremos y podrás tenerme siempre que te plazca sin miedo a ser acusados de adulterio. ¡Ay, amor! Seremos muy dichosos.

—¿Y cuánto tardarán en morir? ¿Y sufrirán? —preguntó él muy turbado.

—No se. ¿Importa? No me dirás que alguien cómo tú tienes escrúpulos.

—Rapiñar no es lo mismo que cometer un crimen —se defendió él.

Ella se acercó y le rodeó la nuca con las manos.

—Cierto. Pero no nos queda otra si queremos amarnos sin miedo. Claro que, si no te atreves…

—Por ti me enfrentaría al mismísimo diablo. Me vuelves loco. Loco. Te necesito ahora —jadeó.

—Pues contente. La casa está llena de gente y pueden vernos —se negó ella.

—Están ocupados con el Vía Crucis. Además, me lo debes por tenerme alejado tantos días —dijo él. La tomó de la cintura y la sentó sobre la mesa. Le alzó la falda y hundió la cabeza bajo ella.

Matilde ahogó un gemido.

—No, Eladio. Si nos descubren…

No pudo decir nada más. Cerró los ojos y se dejó llevar por el placer.

El hombre que cruzó ante la puerta sonrió. Aquellos nobles se

erigían cómo heraldos del fervor religioso, de la honradez y decencia. Pero su corta estancia en la ciudad ya le enseñó su gran hipocresía. Esa mujer regresaría junto a su esposo después de haber gozado como una perra mostrando ante la sociedad lo fiel y abnegada que era.

Sacudiendo la cabeza subió la escalinata y se unió al resto de convidados. Sus ojos oscuros otearon a los presentes preguntándose quién de ellos sería el marido de Matilde.

La Duquesa de Alba se acercó a él.

—Bienvenido, don Alonso. Aunque, un poco tarde. La procesión está terminando.

Él besó su mano.

—¿Cómo iba a rechazar una invitación de tan ilustre dama? Y en cuanto a la tardanza, precisamente el gentío es lo que me impidió acudir a la hora acordada. No pude alcanzar el palacio hasta que terminó. Espero sepáis disculparme.

La Marquesa de Tarifa acudió junto a ellos.

—¿No me presentáis?

—Él es Alonso Zorita. Se instaló en la calle Cuna hace unas semanas. Y cómo ya me conocéis, la curiosidad me vence. Indagué y descubrí que llegó de La Hispaniola dueño de una gran fortuna. Quería conocerlo. Y lo convidé. ¿Os incomoda, marquesa?

Ella sonrió y le tendió la mano a Yerén.

—En absoluto. Es vivificante contar con sangre nueva. Esta ciudad es grande, pero diminuta en personajes que interesen de verdad.

—¿Y yo lo soy? —inquirió él.

La mujer lo miró con evidente interés. Hacía mucho que no se topaba con un hombre tan interesante. No era ninguna belleza, pero sí poseedor de un atractivo salvaje. Uno de esos que la obligaban a comportarse cómo una mujer desleal y voluptuosa.

—Dadnos tiempo para comprobarlo. Ahora tomad una copa.

Un hombre alto y espigado se acercó a ellos.

—¡Señor Caboto! Nos ha llegado la grata noticia. Ayer os nombraron Piloto Mayor de la Casa de la Contratación.

—Así es, señora.

—Felicitaciones.

—Son de agradecer. Lo mismo que lo que ha organizado vuestro marido.

—Ha tenido una idea fabulosa. ¿No lo pensáis así? Ha sido todo un éxito —dijo la anfitriona.

—Estoy convencida que se convertirá en una tradición —aseguró Yerén.

Infanzón llegó junto a ellos.

—Marquesa. ¿Habéis visto a mí esposa? Hace rato fue al excusado y me tiene preocupado.

—Deja de estarlo, querido. Me entretuve viendo el Vía Crucis, al igual que todos los creyentes piadosos —dijo Matilde.

Si supiera el tipo lo cornudo que era. O tal vez si estaba al corriente. La suciedad moral llenaba los salones más elegantes de Sevilla.

—¿Y qué os ha parecido el estandarte? —le preguntó Yerén.

Ella se volvió.

—No puede ser —dijo sin apenas voz.

Yerén, al ver su lividez corrió hacia ella. La cogió antes de que cayera y la trasladó hasta el diván.

—Hay que darle aire. Le está dando un vahído —sugirió Victoria y le alzó la mantilla.

Yerén, al ver su rostro, se le cortó la respiración.

Yerén se tomó el quinto vaso de vino. Quería borrar de su mente el horror que presenció.

—Señor. Desean veros.

—No estoy para nadie. Retírate.

—Se trata de una dama. Doña Matilde Coscojuela.

Al escuchar el nombre el corazón le dio un vuelco.

—Llévala al salón —dijo con los dientes apretados. Aguardó unos minutos, apuró el vaso y se preparó para enfrentarse a ella.

Al entrar en la estancia su respiración se paralizó. Matilde estaba más bella que nunca. Pero no podía rendirse a su debilidad. Aquella joven que estaba ante él ya no era la muchacha que le amó.

Ella se apoyó en la mesa al comprobar que el hombre que vio era realmente Yerén.

—¿Qué quieres? —siseó él.

—Cuando te vi pensé que eras un fantasma. Como te fuiste tan rápido no pude hablar contigo y verificar si eras tú. Y… ¡Dios mío, lo eres! Estás vivo —dijo ella sin apenas voz.

—¿Y eso te alegra? ¿En serio? —dijo él sirviéndose más vino.

—¿Cómo puedes dudar? Eres el amor de mí vida.

Yerén se apartó.

—¿No me digas? ¡Si te has casado! Has entregado tú corazón a otro.

—Eso no es así. Hubo otra razón.

—La ambición. ¡Cómo no! ¡Por Judas! ¿Qué te ha pasado? Ahora eres... eres... No se ni cómo calificarte.

—La gente tiene que adaptarse a las circunstancias.

—¿Circunstancias, eh? ¿Fornicar con el marqués de Ríoplata es una de ellas? Si. No me mires con esa cara de pavor. Te vi. ¡No me jodas, Matilde! Me dices que aún me amas y gemías al igual que una perra con él. ¡Así que no me mientas diciendo que tú corazón me ha pertenecido siempre!

—Yerén, escucha…

—¿Qué he de escuchar? ¿Di? Lo único cierto es que ante mi tengo a una mujer ávida de riqueza, mentirosa y traidora.

Ella, alterada, se enfrentó a él.

—¿Y tú qué? Nos hiciste creer que estabas muerto. No hay mayor crueldad. ¿Sabes el dolor que me causaste? No podía aceptar que te había perdido. Me sumí en un dolor insoportable. Durante días fui incapaz de pensar, de comer, de vivir.

Él soltó una carcajada cáustica.

—Pero no de casarte. ¡Pobre hombre! Creyó que se casaba con un ángel. ¿Ya se ha dado cuenta de quién eres en realidad? ¿Ya está al corriente de qué es un gran cornudo? No. Claro que no. Eres tan gran actriz que está en la inopia. ¿También retozas de gusto con el aljerife? ¿O por dejarte fría cómo una estatua te has buscado a otro?

Matilde se apretó las sienes.

—¡Calla! ¡No sabes lo que dices!

—No quieres oír las verdades. ¿Es qué ahora sientes vergüenza? Deberías haberla sentido en el momento de convertirte en un ser malvado y cruel.

Matilde lo miró iracunda.

—¿Hablas de saña? ¿Tú? ¡Por la Virgen Santa! No nos comunicaste que vivías. Te buscamos días, hasta que nos dimos por rendidos e hicimos un responso.

—No soy tan desalmado, Matilde. El accidente me hizo perder los recuerdos y cuando los recuperé fui de inmediato a Santo Domingo. Pero ya te habías ido. ¿Sabes cómo me sentí al saber que mi amor era ahora de otro? ¿Eh? —le echó en cara.

—Ni tú eres consciente de la pesadilla que padecí.

—Por supuesto.

—¡Maldita sea! ¡Eres incapaz de comprender! Sin ti ya no tenía nada porque seguir viviendo. Lo único que me mantuvo a flote fue recordar que le di la palabra a madre de cumplir su venganza. Debía ir a Sevilla y Coscojuela fue mí instrumento. Sin él no podía regresar a España. ¿Lo entiendes ahora? ¿Ves la razón de mis actos?

—¿Y tú amante qué tiene que ver en esta historia?

—Lo necesitaba.

—Por supuesto. Para saciar tú lascivia —dijo él con tono mordaz.

—¡Deja de especular, por Dios! A él debía convencerlo de alguna manera para mis planes. Y las mujeres, desgraciadamente, tenemos pocas virtudes para conseguirlo. Y sí. Me sacia. Me proporciona placer. Mucho. ¿Te extraña, Yerén? Pues no debería. Las mujeres somos de carne y hueso, al igual que vosotros. Mis necesidades carnales son las mismas.

Él apretó los puños.

—Juraste que jamás amarías a otro.

—¿Quién está hablando de sentimientos? Los hombres creen que las mujeres no tienen la capacidad de disfrutar sin ellos, qué deben estar obligatoriamente enamoradas. ¡Por Dios! ¡Qué ilusos! También nos gusta saborear el placer.

Yerén suspiró.

—No te reconozco. ¿Dónde ha quedado esa muchacha dulce y bondadosa?

—La Vida me ha golpeado muchas veces. Decidí plantarle cara y

evitar que me arrebatara los pocos placeres de los que podía gozar. Ya no volverá a tomar las riendas por mí. En realidad, ya las he tomado yo. Hoy mi mayor enemiga probará el sabor de la muerte.

—¡Matilde, por el amor de Dios! ¿Qué vas a hacer? —jadeó él.

—¿Yo? Nada. Tranquilo. No pienso mancharme las manos de sangre. Gracias a mi "lujuria" he logrado que Infanzón la envenene por mí.

—¿Ponzoña? ¿Es qué no piensas? Cualquier medicucho se dará cuenta y terminaréis en la horca —se asustó Yerén.

—No me creas tan mema. Lo hará con manzanillo. Tomarán su mal por un fuerte resfriado. Sufrirá dolores horrorosos y morirá asfixiada.

—¿Lo trajiste hasta aquí?

—¿Por qué te extrañas? Siempre has sabido de mis intenciones.

—¿Y qué le has prometido a tu… amante? ¿Di? ¿Qué también os desharéis de tú esposo?

—Sí.

—¡Voto a Dios, Matilde! Esto es… es… ¡Es un asesinato a sangre fría! Ese tipo no tiene nada que ver con tú pasado. ¡Es un víctima inocente! ¿Es qué no lo entiendes? —explotó Yerén.

—No te alteres. Nunca he tenido esa intención. Mi esposo vivirá.

—¿Y qué ocurrirá cuando Infanzón se de cuenta de que tu maridito sigue vivo?

—No podrá hacer nada, ya estará en la mazmorra.

Yerén se revolvió el cabello.

—Matilde. He vivido el sufrimiento de tu madre, la tristeza por no poder volver a su tierra y por impotencia te inculcó la semilla de la venganza. Juraste en su lecho de muerte consumarla. A pesar de eso, no estás obligada.

—¿Ah, no? ¡Hice una promesa a un moribundo! ¿Quieres que el alma de madre vague sin descanso?

—Ese compromiso era un despropósito. Amelia sabía que jamás volverías a Sevilla.

Matilde extendió la mano y señaló la ventana.

—Pues aquí me tienes. Y debo hacer honor a mí palabra. No me retractaré. Esa mujer morirá pronto. Pero antes de ir al averno sabrá la razón.

—Matilde…

—¡Ya basta! No quiero escuchar nada más. Adiós.

Yerén se plantó ante ella.

—No puedes irte.

—Aparta.

—No.

—Yerén…

Él la aferró. Posó la mano en su nuca y la besó hambriento. Ella

intentó deshacerse de su abrazo, pero el amor adormecido despertó y se rindió.

—Sí. Esto no es solo placer. Aún me amas. Matilde, por favor. Olvida esta locura. Podemos irnos lejos, vivir cómo nos plazca, sin nadie que nos lo impida. Tengo mucho dinero —dijo Yerén.

Ella se retiró. No era justo para él tener que soportar que la mujer que amaba compartiese lecho con otros.

—No te equivoques. Ya has visto que puedo sentir placer en brazos de cualquiera.

—El corazón no miente. He notado el compás de sus latidos al igual que antaño.

—La única verdad es que nunca podré vivir en paz si dejo inconclusa mi misión. ¿Es qué no te entra en la cabeza?

—No, Matilde, no. Lo único que entiendo es que nos merecemos ser dichosos y tu obsesión lo está impidiendo.

—Y tu egoísmo también. Buenas noches, Yerén.

—Ahora soy Alonso Zorita.

—Pues, quedad con Dios, señor Zorita.

Él golpeó la mesa con el puño.

—Volverás conmigo, Matilde. Lo juro.

Coscojuela cogió la misiva. Rasgó el sobre y tras leer se apresuró a regresar al comedor.

—¿No te ibas? —preguntó Matilde.

—La marquesa de Ríoplata está enferma.

—Debe ser grave cuando nos han informado. Querrán que la visitemos antes de… No quiero ni pensarlo. Voy a vestirme con arreglo a la situación y salimos —dijo Matilde adoptando una falsa mueca de aflicción.

Su marido hizo rodar el sombrero entre las manos.

—Deberás ir sola. Lo lamento, pero tengo una reunión importante en el Consistorio.

Matilde agradeció el pavor que tenía su esposo a la posibilidad de contagiarse de cualquier mal. Necesitaba los menos testigos posibles que podían descubrir su propósito. Subió a cambiarse, pero no escogió un vestido discreto. Por el contrario, uno de color parecido a las guindas más adecuado para asistir a un baile.

—No puedes ir así —la reprendió Guadalupe, abrochándole el collar de diamantes.

Matilde se perfumó en el escote.

—¿Por qué no? Es una celebración. Voy a contemplar cómo esa asesina da su último suspiro y ella presenciará mí victoria.

Guadalupe se frotó con la mano las mejillas.

—No te reconozco. Desde que Yerén murió tu mente dejó de…

…No está muerto —apuntilló Matilde.

—¡Ya lo sé! Lo que digo es que al creerlo te trastocaste. Matilde. Estás haciendo cosas horrendas. Vives con un marido que no amas, fornicas con otro hombre al igual que una ramera y cometes asesinatos.

Matilde ladeó la cabeza y la miró furibunda.

—Sí. Hago cosas inmorales. Lo sé. No obstante, tengo que hacerlas. Aún así, en ningún momento me mancharé las manos de sangre. Y lo sabes. Así que, abstente de creerme una criminal.

—Tú no, pero eres el artífice de inducir a otro que lo haga. Moralmente es lo mismo. Y ese hombre, te recuerdo que no es culpable de la destrucción de tú familia.

—Tampoco lo éramos padre ni yo. Ojo por ojo. La Biblia lo dice. Es la justicia de los que no la encuentran en las leyes. Por lo demás, Infanzón no es ningún santo. Por sus hurtos ya sería llevado al cadalso. Ahora aparta. Voy a cumplir la sentencia.

Llegó a casa de Victoria con el corazón desbocado. Se anunció y

Eladio la recibió.
—¿Cómo está?
Él se frotó las manos mostrando ansiedad.
—Está haciendo mucho efecto el veneno. Estoy asustado.
—¿Cuántas gotas le diste?
—Una. Sólo una. Cómo indicaste. Lo juro. Pero ha reaccionado muy deprisa.
—¿Qué ha dicho el médico? ¿Ha sospechado?
—No. Ha diagnosticado gripe aguda. Me ha dicho que le de un brebaje cinco veces al día; aunque de todos modos cree que no sobrevivirá.
—¿Ha venido alguien más a parte de mi?
—No. He hecho lo que me dijiste. ¿Y ahora qué hacemos? Matilde. Estoy muy alarmado.
—No hay motivo. ¿Tienes el frasco?
Él abrió un cajón y se lo entregó.
—También el de la medicina.
—Aún no he mandado a nadie a la botica.
Aquello favorecía sus planes. Con su presencia no sería posible rematar su hazaña. Por lo que decidió alejarlo de casa.
—Mejor. Ve tú. Demostrarás que estás pendiente de que el medicamento que te den sea correcto. Así verán que estás muy preocupado por la salud de tu esposa. Yo pasaré a visitarla. Anda. Ve.
Él salió y Matilde entró en la habitación de la convaleciente. Cogió una silla, se sentó junto al lecho y la observó. Sudaba cómo un cerdo y la respiración era angustiosa.
Victoria consiguió abrir los ojos.
—Agua… Agua… La garganta me… quema.
Matilde cogió la copa y echó una gota de manzanillo.
—Tomad.
La convaleciente bebió con ansia.
—¿Matilde? ¿Qué… hacéis aquí? Valoro vuestra… amistad, pero podéis contagiaros. Tengo… gripe. Marchaos.
—No, vizcondesa. Imposible, porque no tenéis gripe. Vuestro mal es mucho más importante. Tanto que, diría que no podrán ponerle remedio. Lo lamento mucho. Vais a morir —dijo Matilde con gran frialdad.
Victoria se atragantó.
—No… El médico ha dicho…
—Él no tiene la menor idea de vuestro mal, señora. ¿Y sabéis la razón? Pues, porque yo soy la causante de vuestra enfermedad y me he asegurado de que no salgáis con vida de esta habitación.
Victoria la miró horrorizada, al tiempo que tosía estrepitosamente.
—En unas horas empeoraréis. La garganta se os obstruirá aún más y

tomar aire será una meta imposible; os ahogaréis y dejaréis de vivir en medio de grandes estertores.

—No… No moriré. ¡No! —se revolvió la vizcondesa.

Matilde inclinó el torso.

—Os aseguro que sí. Y vuestro fallecimiento me causará una gran satisfacción. No sabéis cuánta.

—¿Por qué lo habéis… hecho? ¿Por qué?

—Debería decir que por vuestras múltiples fechorías. ¿Por qué sois consciente de que las habéis hecho, verdad? Pero no lo hago por todas ellas. Solamente exijo justicia por una. Otra en mí lugar os dejaría partir de este mundo con la tortura de no saber la razón de vuestro crimen. Sin embargo, yo si estoy interesada en que sepáis. Se lo debo a mis padres. Amelia y Leandro Gutiérrez.

—No se… quienes son… No los conozco.

—Pues deberíais recordar el nombre de aquellos a quienes destrozasteis la vida. Pensad, señora. Pensad.

Victoria intentó levantarse y llamar a su esposo.

—Eladio…

—No os molestéis. Ha salido.

—La justicia os… prenderá.

—Debo sacaros del error. Ha sido vuestro marido quien os ha emponzoñado bajo la promesa de que se casará conmigo. Así que, nunca encontrarán pruebas contra mí.

—Yo… os acusaré…

Matilde se echó a reír.

—Os he dicho que en pocas horas falleceréis. Y en menos de una, ya no podréis pronunciar palabra. Por lo que, estoy a salvo. Pero dejemos las cuestiones de mí seguridad. Hablemos de los motivos que me han llevado a esto. Como os dije, vos fuiste la culpable de que sentenciaran a dos seres inocentes, a mi padre a la horca y a mi madre al exilio. Y todo ello por vuestras ansias de riqueza y veros libre de un esposo al que odiabais. ¿Os viene el caso a la memoria?

Victoria aseveró con los ojos desorbitados. No recordaba a esos desgraciados, pero los ojos de aquella niña que deambulaba por las cocinas sí. Eran los mismos que tenía a su lado.

—Veo que recordáis. Pues, sí. Yo soy su hija. Aquella niña que mandasteis al Nuevo Mundo junto a una mujer que sufrió durante el resto de su vida. ¡Destrozasteis a una familia! ¡A mí familia! Merecéis un castigo. Pero cómo sé que la Justicia nunca atenderá mis demandas, yo me he erigido cómo el brazo de la ley, y ser vuestro verdugo.

—Te pido… perdón… Por favor. Dame el… antídoto —le suplicó la vizcondesa.

—¿Antídoto? Lo siento. No tengo. Y tampoco se si hay. Cómo

tampoco perdón para vos. Vuestra acción no lo justifica. El reposo eterno del alma de mis padres requiere que sufráis al igual que ellos. Ver desde el más allá vuestro fin doloroso y lleno de remordimientos; y con el miedo de saber que arderéis en el infierno. Nunca seréis llamada a la vera de Dios.

—¡No! ¡No! —gimoteó la moribunda.

—Es inútil esforzaros. Nadie os salvará. A Eladio tampoco. Terminara en la horca, igual que mi padre por asesinato, con la única diferencia de que él será culpable. Dos seres tan malignos como vosotros es el pago que merecéis.

Matilde llenó de nuevo la copa con agua y echó una gota más de veneno.

—Bebed.

Victoria sacudió la cabeza.

—Habéis dicho que… no os mancharíais las manos…

—Y no lo hago. La muerte ya os la ha administrado Eladio. Lo único que hago yo es incrementar vuestra agonía y evitar que podáis causarme aún más perjuicios. Bebed.

Matilde la obligó a abrir la boca. El líquido se deslizó por el gaznate y la reacción fue inmediata.

—Dejad de luchar. El veneno ya está rematando su labor. Pero no me quedaré a ver cómo la vida se os escapa. Moriréis sola.

Matilde cogió la copa, echó agua y la limpió. La olió. Ni rastro del veneno. Se encaminó hacia la puerta. Antes de cruzarla se giró. Victoria intentaba levantarse. Un fuerzo fue vano. Cayó sumida en un tormento horrible al intentar que el aire llenara sus pulmones.

—Buen viaje al infierno, vizcondesa —sentenció.

Tras cerciorarse de que no había nadie cerca, entró en la habitación de Eladio. Sacó un frasco completamente distinto al utilizado y lo ocultó en el fondo de uno de los baúles. Después salió e hizo sonar la campanilla que estaba sobre la mesa. Una criada acudió al instante.

—Vuestra ama está peor. Haced venir al galeno. ¡Ya! ¡Rápido!

No tardó ni diez minutos, pues su casa estaba situada en la misma calle.

—Sí. Ha empeorado —afirmó el galeno.

Victoria intentó hablar. Ya le fue imposible.

—No os canséis, señora. ¿No le han administrado la medicina?

—Aún no. El marqués, en persona, ha ido a la botica. Aunque, me temo que vuestro remedio no hará efecto —dijo Matilde.

—¿Por qué lo decís?

—Cómo sabéis, he pasado casi toda mí vida en el Nuevo Mundo. Y esto, perdonad que os contradiga, no es gripe. Estos síntomas los he visto en otras ocasiones. A la marquesa le han envenenado.

El doctor respingó.

—¿Cómo?

—Me ha pedido agua y he visto llagas en el interior de la boca. La gripe no provoca nada parecido. ¿No es así? —opinó Matilde.

—Cierto. ¡Dios Santo! ¡Qué tragedia! Hay que informar al marqués de inmediato. El denunciará los hechos —se alteró él.

—No es prudente. No se sabe quien ha sido el criminal.

—¿Insinuáis qué…? ¡No, por Judas! —se escandalizó el hombre.

—Ningún esclavo o criado osaría hacer algo semejante por odio. Saben que terminarían ajusticiados. Son simples, pero no idiotas.

—¿Y qué motivos podría tener su esposo?

Ella alzó las cejas.

—Podría imaginar unos cuantos. Ambición, lujuria, intereses ocultos… Don Valeriano, hacedme caso. El marqués lleva más de dos horas en la calle. Y considero que es mucho tiempo para comprar en la botica que está a dos calles. Sin duda, no quiere tener mala conciencia presenciando su fechoría. Comunicad a las autoridades los hechos. No al marqués. Si fuese el culpable lo estaríais poniendo sobre aviso y no se andaría con chiquitas para silenciaros. ¿No lo creéis así?

Él aseveró con la faz demudada.

—¿Estamos de acuerdo en ello? ¿Si? Bien. Ahora id. Yo aguardaré al marqués y lo entretendré hasta que traigáis a los soldados.

Matilde dio un sorbo a la taza y paladeó el chocolate.

—¡Um, delicioso! Duquesa, llevo semanas intentando acertar con la cantidad exacta de azúcar y no lo consigo. He de admitir que vuestra cocinera me supera en esta especialidad.

—Y no esperéis que os lo diga. Por lo menos, tengo algo que os vence.

—¿Cómo podéis hablar de nimiedades después de lo qué ha pasado? Yo aún estoy noqueada —las amonestó la condesa de Arcos.

Matilde pensó en lo acontecido. El alguacil, ante la acusación del doctor, tras registrar la casa de los marqueses y hallar el frasco de cicuta que escondió Matilde se llevó preso a Eladio acusado de homicidio; pues la vizcondesa murió en el mismo instante que probaron su fechoría.

—Victoria asesinada por su esposo y éste será colgado mañana en la Plaza de San Francisco —se estremeció la marquesa de Tarifa.

—Es lo que se merece un ser tan pérfido —opinó Matilde.

—Lo que no alcanzo a ver es la razón de su crimen —dijo la esposa del almirante real.

—Dicen que a causa de un amor desmesurado hacia su misteriosa amante.

—Señor Zorita, un placer veros de nuevo —dijo la duquesa de Alba.

—El placer es mío, señoras.

Matilde alzó la mirada. Yerén estaba plantado ante ellas. Ahora su aspecto distaba mucho del mestizo con el que compartió tantas vivencias. Ahora era un joven atractivo, elegante y portador de una seguridad apabullante. No pudo evitar que el corazón se le encabritara.

—¿Una, decís? El marqués era conocido por su desbordada lujuria, señor Zorita —dijo la anfitriona.

—Pero dicen que en los últimos tiempos solamente una era la afortunada de sus favores. Esperemos conocer su oculta identidad algún día —dijo Yerén mirando a Matilde.

—Eso, señor, nunca se sabrá. Dudo que Infanzón confiese con la soga al cuello algo tan banal. Lo que hará es berrear cómo un niño —rebatió ella.

—Esa banalidad que vos consideráis puede que sea la motivación real de su asesinato. Por lo que, tan poca cosa no es. ¿No os parece?

Matilde se levantó.

—Como he dicho, dudo que consigamos vislumbrar la verdad. Si me disculpáis, tengo obligaciones que atender. Señoras, señor. Quedad

con Dios.

Yerén la observó hasta que cruzó la puerta. Ella bajó la escalinata con el corazón subido a la garganta. Desde que Yerén llegó la entereza que alimentó apenas daba fruto. Su mente, en la mayoría de ocasiones, se perdía en su recuerdo. Cada día que pasaba le era más difícil sujetar las ansias de dejar todo, marcharse con él y vivir lejos de aquello que los lastimaba. Pero aún no. No hasta finalizar sus esfuerzos.

—Querida. Pensé que estabas con tus amigas. ¿Ha pasado algo?

Ella respingó.

—Salvador… No. No. Tengo el estómago un poco revuelto —dijo quitándose los guantes.

Él sonrió.

—¿No estarás en cinta? Me harías el hombre más feliz. ¿Lo estás? No sabes cuánto deseo tener entre mis brazos a mí heredero. Ya llevamos dos años de casados.

—No, Salvador. No lo estoy. Si me disculpas, no cenaré. Buenas noches.

Apenas pegó ojo. La impaciencia por ver la ejecución se lo impidió y en cuanto salió el sol, con sigilo, se vistió y salió.

Al llegar a la plaza ya había un gran número de curiosos. Se colocó cerca del cadalso y cuando el tambor golpeó anunciando la salida del reo, contuvo la respiración.

Eladio ya no era el hombre arrogante de antaño. Ahora caminaba con los hombros caídos, ojeroso y con barba descuidada. Su faz demudada miró al alguacil con ojos desorbitados.

—Eladio Infanzón cometió el delito de envenenamiento hacia su esposa la marquesa de Ríoplata. Por ello, un jurado lo ha condenado a morir en la horca. Verdugo, procede.

Infanzón se revolvió mientras lo llevaban bajo la cuerda. Se la colocaron alrededor del cuello y en ese preciso instante el cielo rugió y una tromba de agua cayó sobre ellos. Las autoridades dejaron la tribuna para buscar amparo, como gran parte del público. Otros, al igual que Matilde, permanecieron bajo el aguacero.

El tambor volvió a repicar anunciando la inminente ejecución.

Infanzón aulló enloquecido.

—¡No quiero morir! ¡No! ¡Pido perdón! ¡Encerradme de por vida, pero dejadme vivir! No…

Calló al ver a Matilde. Por un instante el pavor dio paso a una pizca de tranquilidad. La mujer que amaba acudió a darle el último adiós. Pero al ver la sonrisa diabólica estampada en su hermoso rostro el horror regresó al comprender que había sido utilizado.

—¿Por qué? —musitó.

No obtuvo respuesta. Y cuando la tarima bajo sus pies se abrió,

mientras la vida escapaba de su cuerpo, lo último que sus ojos de gato se llevaron al infierno fueron esas dos aguamarinas que brillaban triunfales.

Ella no sintió el menor remordimiento. Si mató a la vizcondesa fue por voluntad propia. Nadie decente se habría dejado convencer.

—Por fin, madre, por fin —musitó.

—Lo que tanto deseabas se ha cumplido. ¿Ya estás satisfecha?

Yerén estaba junto a ella.

Matilde liberó la tensión y rompió a llorar con desgarro.

—Salgamos de aquí —decidió él.

La arrastró hasta un almacén de heno. Cerró la puerta y la estrechó entre sus brazos.

—Tranquila. Ya pasó todo. Tranquila.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, hasta que ella se serenó.

—¿Mejor?

—No.

—Pensaste que al obtener la venganza sentirías una gran satisfacción y ahora descubres un gran vacío. ¿Verdad?

—He cumplido con la promesa que le hice a madre y no me siento feliz. No lo entiendo. ¿Por qué?

—Porque el desquite no es justicia.

—¿Acaso la hubiese obtenido de la ley, del mismo modo que la obtuvieron mis padres? No, Yerén. No. Por ello tuve que buscarla yo misma.

—¿Y estás orgullosa de lo qué has tenido que hacer?

—¿De mentir? ¿De Venderme? ¿De comportarme cómo una ramera? No. ¡No lo estoy! —explotó Matilde. Golpeó el pecho de él con los puños y gritó: ¡Me doy asco! ¡Jamás podré olvidar lo que tuve que hacer! ¡Jamás! ¡Odio a la mujer en la que me he convertido! ¡Me odio! ¡Quiero morir!

Yerén la acunó entre sus brazos.

—Calma, Matilde. Calma. Ya pasó todo. Ya.

—Y a pesar de ello, sigo sintiendo esta losa en el pecho.

Él le tomó el mentón y la obligó a mirarlo.

—El tiempo la erosionará.

—¿Tú crees?

—Sí —afirmó Yerén. Bajó el rostro y la besó.

Ella se retiró.

—No. Esto ya no es posible. Te he traicionado. He gozado con otro. No soy digna de ti ni de tu amor. Lo que debes hacer es repudiarme y olvidar que un día me conociste. Debes olvidar a este monstruo sin corazón.

—Has descendido al pozo más negro. Pero has emergido porque sí

tienes corazón. Un corazón lleno de amor hacia sus seres más queridos. Matilde. No te tortures más. Tienes que ser consciente de que enmendaste el error de los jueces. ¿De acuerdo? La pesadilla terminó, amor. Ahora nos toca ser felices. Porque nos amamos.

—¿De verdad aún me amas?

Yerén, cómo única respuesta, la besó con avidez. Matilde gimió aferrándose a él con fuerza. Yerén la tumbó sobre el fajo de heno. Moría por poseerla. Ella también lo deseaba y se unió a su impaciencia. Yerén, al mismo tiempo que el cielo rugía con un sonoro trueno, la penetró. Matilde exhaló un hondo suspiro. Él se movió sutilmente. Ella le exigió más agitando las caderas, pero no la complació.

—Yerén… Deja de torturarme. Te necesito — suplicó Matilde.

Él emitió un gruñido sordo y aceleró sus embestidas.

Matilde se tensó cuando el éxtasis la invadió con más fuerza que nunca y clamó el nombre de su amante, una y otra vez, estremeciéndose. Yerén no amarró por más tiempo su ansia y por primera vez, dejó que el fruto de su placer se derramara en la calidez de Matilde.

—Yerén —se quejó ella.

Él, respirando sin apenas control, acarició su mejilla.

—Ya nadie se interpondrá entre nosotros. Ya eres mía. Ahora podremos amarnos con total libertad.

—Sí. Soy tuya. Siempre lo seré —aseguró ella.

Matilde, ya más serena, quiso culminar su estancia en Sevilla visitando a la mujer que fue uno de sus ángeles en la niñez.

Nerviosa, llamó a la puerta.

Una anciana abrió. Sus ojillos, al ver a la hermosa dama, la escrutaron curiosos.

—¿Si? ¿Qué pueo hacer por vos, señora?

—¿No me recordáis, doña Gertrudis?

Ella volvió a estudiarla.

—¡Por la Virgen Santa! ¡No puede ser! ¡Eres tú! ¡Esto es un milagro! —exclamó, santiguándose.

—Doña Gertrudis. He vuelto. Sí.

Ella, tras restablecerse de la sorpresa, la hizo pasar.

Matilde apenas recordaba nada de su niñez en la ciudad, pero al entrar casa los recuerdos regresaron. El lugar continuaba del mismo modo que la última vez que lo pisó.

—¿Y cómo? ¿Con quién? ¿Quieres tomar algo? ¿Tienes hambre? ¿Estás bien?

Matilde sonrió.

—Calmaos. Sí. Estoy bien. Y vos veo que, a pesar de vuestras quejas, también lo estáis.

—La manzana está roja, pero podría por dentro. Cada día mis huesos me matan más. Pero… No hablemos de mí. Cuéntame todo. ¿Cuándo llegaste?

—Hace tiempo.

—Entonces, sabrás que la vizcondesa ha muerto. La emponzoñó su marido. Dicen que sufrió horrores. ¡Maldita bestia! Era lo que se merecía. Morir del mismo modo que su primer marío. Los hombres no la condenaron, pero Dios se ha encargao de que sus pecados la mortificaran. Estará ardiendo en el infierno —dijo rabiosa le mujer.

Matilde se abstuvo de contar que ella fue el artífice de esa justicia.

—No tengo la menor duda.

—Y dime. ¿Cómo es qué has podío volver? ¿O lo has hecho de tapadillo?

—La condena no era extensible a mí. Yo podía moverme sin dificultad por donde me placiera y en cuanto tuve oportunidad, decidí regresar a casa.

—Normal. Aquello, por lo que contaba Amelia, era un infierno.

Matilde esbozó una media sonrisa.

—Para madre, lo era por los hechos tan dolorosos. Sin embargo, para mí, al final fue el mismísimo cielo. Llegué a considerarlo mí casa.

A pesar de ello, debía volver.

—Y por lo que has dicho hace días. ¿Y por qué no viniste antes a verme? —se quejó la mujer.

—Asuntos urgentes por resolver. Y también, porque no quería encariñarme de nuevo con vuestra compañía; pues me marcho de nuevo. En realidad, vengo a despedirme para siempre.

—¿Por qué? —se extrañó Gertrudis.

—Aquí ya no me queda nada más que hacer y a pesar de que es mí hogar, sus evocaciones no me dejarían vivir con dicha. Tengo que alejarme del pasado. No tengo más remedio que partir.

Gertrudis entrecerró los ojos.

—Ya entiendo y no erraré si imagino lo que imagino. ¿Verdá?

Matilde se limitó a asentir.

—¡Ay, mí niña! ¿Qué has hecho? No será lo que me barrunto. No habrás sio tu la que… Dime que no y que no te persigue la ley —jadeó Gertrudis.

—No os alteréis. He hecho justicia, pero mi mano no es la ejecutora. Es inocente. Nadie me acusa de nada. Me conocéis bien. Jamás cometería un acto tan vil.

—Querida niña. Te conocía. Más, han pasao los años y también cosas terribles que nos hacen cambiar. Presenciaste cómo tú padre era detenido y también el sufrimiento de Amelia y su muerte agónica cuando la vía volvía a regalarle felicidá. Esas cosas vuelven al corazón negro.

—Cierto. He madurado y mis actos ya han perdido esa ingenuidad de la niñez. A pesar de ello, os aseguro que no he cometido ningún crimen. Me he asegurado que la mano justiciera sea otra.

—No te pediré detalles. Sé que eres lo suficientemente equilibrada. Y si juras que no has hecho una barbaridá pa cumplir el deseo de tú madre, pues te creo. ¡Ay, pequeña! Consumar una promesa da satisfacción. Sin embargo, hay cometíos que laceran el corazón cuando se rematan. El único consuelo que nos quea es saber que el alma de aquellos a los que hemos redimío descansará en paz.

—Así es. Ahora mis padres han dejado el Purgatorio y descansan junto al Altísimo. Doña Gertrudis, me gustaría estar más tiempo con vos, pero debo irme.

—¿Adónde irás?

—Ya os escribiré para daros noticias.

Gertrudis la abrazó con fuerza.

—Deseo que allá dónde vayas seas muy feliz.

—Lo seré. Os lo prometo. Sedlo vos también. Y recordad que 0s quiero. Adiós.

—Cuídate, pequeña.

Matilde abandonó la casa intentando contener las lágrimas. Pero

era imposible. Los recuerdos felices de su niñez la golpeaban con fuerza.

—¿Qué ha pasado? —se asustó Guadalupe al ver sus ojos vidriosos.

—Me he despedido de la mejor amiga de madre. Eso es todo. ¿Está preparado el equipaje?

Guadalupe refunfuñó.

—Lo está. Aunque, sigo opinando que la cordura ya no la has recuperado. Esto no puede salir bien, no señor. Si nos cogen…

Matilde se colocó la mantilla.

—Lo tenemos todo bien atado. Y no podrán porque nos largamos bien lejos. Así que dejad de preocuparos. Vamos.

—Eso teniendo en cuenta que nadie se vaya de la lengua.

—Yerén es lo suficientemente persuasivo para que no lo hagan.

—Con el dineral que tiene... ¿Te ha contado cómo ha conseguido esa fortuna? Es un asunto que no me deja dormir. Si ha cometido una tropelía. ¿Lo ha hecho? —quiso saber Guadalupe.

—Sabéis que pescábamos perlas. Él continuó haciéndolo y consiguió una buena cosecha. Ahora olvidad las cuitas y cerrad el último baúl. El coche ha llegado.

Los criados cargaron el equipaje. Ellas subieron.

—¿Algún contratiempo? —preguntó Matilde.

—Ninguno. El hideputa supo elegir el local. No nos hemos cruzado con nadie y pudimos sacar la carga sin temor —dijo Yerén, al tiempo que golpeaba el techo del carruaje para que se pusieran en marcha.

Guadalupe los miró ceñuda.

—¿Podríais explicarme de qué demonios habláis?

—Ya tendremos tiempo de hablar con más calma —dijo Yerén.

—Niña. Habla ahora —insistió la mujer.

Matilde suspiró.

—Infanzón sisaba a la Casa de la Contratación. Durante unos años acumuló una gran fortuna en monedas y joyas. Un tesoro que ahora poseemos nosotros.

—Estimada Guadalupe, nuestro futuro será glorioso; pues somos inmensamente ricos. Ya nadie volverá a humillarnos ni seremos otra vez esclavos. Somos libres a partir de ahora —apuntilló Yerén.

—¿Libres? Nadie lo es cuando debe cambiar de identidad y de vida.

—Sin embargo, esta vida nos hará dichosos. Yerén y yo podremos mostrarnos ante todos sin temor. Se terminó la clandestinidad para nuestro amor. Y vos seréis lo que siempre soñasteis, una mujer libre de dueño y con el dinero suficiente para hacer lo que más le plazca.

Ella ladeó un poco la cabeza en señal de conformidad.

—Ciertamente, algo de bueno también tiene esta locura. Por ejemplo, mi nuevo nombre. Constanza. Nombre regio. Y me pega. ¿No os parece? No cómo vosotros. Mercedes y Juan. Muy vulgares. ¿No

podíais haber escogido algo más pomposo?

—Tenemos que ser prudentes.

—La prudencia nada tiene que ver en cómo lo han nominado a uno. Niña. Me hubiese gustado algo más elegante para ti. Algo así cómo Catalina o Leonora. Y tú Alonso o Pelayo. ¡Mirad! Ahí está el barco.

Matilde miró la nave. Una vez más se embarcaba hacia un nuevo destino. Sin embargo, en esta ocasión no era obligado. Ahora viajaban porque decidieron conseguir su felicidad.

La mayoría de las veces le costaba hacer entender sus propuestas a sus hombres, pero finalmente lograba convencerlos. Al fin y al cabo eran tan aventureros como él. Les gustaba moverse de un lado a otro, luchar, descubrir nuevos territorios y tomarlos en nombre de la Corona. Sin embargo, ahora ya no eran posibles sus aventuras, había sido nombrado regidor de la Ciudad de Panamá.

El cargo, que en un principio le pareció fácil, resultó ser mucho más arduo que batallar con las espesuras de la selva. Así que, cuando la jornada tocaba a su fin, se relajaba bajo la palmera que presidía el patio central de su enorme casa.

—Señoría. Ha llegado esta carta.

Pizarro la tomó. Miró el remite. Sus ojos cansados parpadearon sorprendidos. Desconocía a sus remitentes. Con impaciencia rompió el lacre y extrajo la misiva.

—Lee —le ordenó a su secretario.

Queridísimo don Francisco Pizarro:

Espero que al recibo de la presente os encontréis bien.

Sé que han pasado unos años, pero hasta ahora ignoraba vuestro paradero para poder escribiros. Hace unas semanas me dijeron que ahora estáis establecido en la Ciudad de Panamá y que ostentáis un cargo importante. Me alegro de ello. Vos os merecéis la gloria.

Estimado Francisco, estaréis preguntándoos quiénes son Mercedes y Juan Valverde. Ni más ni menos que vuestra querida Matilde y el intrépido Yerén.

Sí. No os asombréis. Seguidamente pasaré a relataros los hechos.

No es necesario que os diga lo acontecido tras la muerte de Yerén, ya que vos fuisteis testigo de mis actos.

Llegué a Sevilla. Según lo planeado me presente a la vizcondesa y ella me introdujo en el círculo de los nobles sevillanos. Durante meses amarré mis ansias de venganza. Debía proyectar cada paso para no ser descubierta y de este modo cumplir la promesa que hice a madre. Y lo logré. La artífice de nuestra desgracia ahora paga sus crímenes en el averno. Os evitaré la desazón que mis acciones podrían provocaros; aunque puedo deciros que jamás mis manos tuvieron la culpa; cómo también que no me siento orgullosa de lo que hice para logarlo. A pesar de ello, ahora puedo decir que mi conciencia está más calmada.

También mi felicidad está de nuevo alojada en mí corazón. No. No os hablo de mi esposo. Él siempre fue un mero instrumento para mis fines. Lo abandoné en cuanto conseguí el objetivo. A pesar de ello no os hagáis mala

sangre. El Destino hizo que mi maléfica acción fuese una bendición para Salvador. La reputación de la que gozaba en Santo Domingo era injusta. En Sevilla ha logrado una gran fama y por lo que sé se siente dichoso en compañía de una joven que le ha dado un heredero.

Pues como decía, mi dicha no se debe a otro amor. Mi corazón siempre perteneció a Yerén. Y os preguntaréis la razón de qué amando a un fantasma sienta esta felicidad. He de deciros que la muerte de Yerén jamás existió. Tuvo un gran accidente y durante meses estuvo falto de memoria cuidado por una tribu de taínos. La cuestión es que cuando sanó vino a Sevilla convertido en un hombre muy rico gracias al hallazgo de una perla enorme por la que le pagaron una fortuna; de igual modo, yo conseguí otro tanto al apoderarme del fruto de las sisas a la Casa de la Contratación del esposo de la vizcondesa. Imagino que no os estaréis preguntando cómo lo obtuve; porque la respuesta es obvia. Sé que os dolerá mi mala acción. No obstante, y no es una excusa, estabais al corriente de que haría lo necesario para mi meta.

Pues bien, con el futuro asegurado y cumplida mi promesa, en cuanto pudimos escapamos de nuestro pasado y nos instalamos en la ciudad de Florencia.

También nos acompañó doña Guadalupe. La mujer, a pesar de un cambio tan enorme, no quiso abandonarnos. Y he de confesaros que me ha sorprendido. A pesar de sus años se ha adaptado a un país extranjero y a su lengua. Podría asegurar que incluso mejor que yo. Si bien, lo que no acepta es seguir trabajando en nuestra posada La Perla del Caribe. Dice que siendo tan ricos no comprende la razón de haber levantado una hospedería y deslomarse el lomo a diario. Por supuesto, le dije que ella no tenía porqué acompañarnos en el sueño que siempre quisimos cumplir. Pero ya la conocéis. Siempre se ha considerado imprescindible y piensa que sin ella nada podrá salir bien. No es el caso. Al igual que antes, nuestro servicio, en menos de dos años, se ha convertido en el mejor de la ciudad.

Ya veis que la Vida, al final, me ha recompensado con generosidad. No tan sólo por sentirme libre junto a algunos de mis más seres queridos. He de comunicaros que el fruto del amor que sentimos Yerén y yo ha dado su fruto. Tenemos un niño, Leandro. Y en unas semanas tendré en los brazos a otro hijo o hija; entonces mi dicha será completa, o casi. Me gustaría poder veros de nuevo, mantener una de nuestras conversaciones que tanto placer me dieron en aquellas lejanas tierras y por supuesto, abrazar al hombre que hizo feliz a madre en sus últimos días. Nunca podré agradeceros suficiente lo que hicisteis por ella. Siempre recordaré su sonrisa cuándo os evocaba.

Por el momento eso es todo. Aunque, deseo que esto no sea el último contacto que mantendremos. Espero que vos también me escribáis contándome cada una de vuestras hazañas. La dirección está en el dorso de la carta.

Recibid un fuerte abrazo de la que os quiere.
Matilde.

Florencia 15 de Septiembre del año del Señor 1522.

EPÍLOGO

Yerén cerró la puerta y se sentó en el lecho. Miró arrebolado a Matilde que dormía junto a la pequeña Amelia. Nunca pensó que tras tantos impedimentos y gente malvada a su alrededor obtendrían tanta felicidad.

—Yerén…

—No quería despertarte. Tienes que estar agotada —se disculpó él.

Ella le dedicó una dulce sonrisa.

—Nunca podría quejarme de ese cansancio. Tengo a nuestra hija entre nosotros.

—Amelia es la niña más hermosa de la tierra —dijo Yerén con orgullo.

—Pensé que era yo la mas bella —bromeó Matilde.

—He dicho la niña. Tú eres la mujer más maravillosa que existe y doy gracias al cielo por ser el afortunado de compartir tú vida.

—Los dos somos bienaventurados.

—Sí. Hemos pasado muchas penurias, pero al final la paz y la dicha se han aposentado en nuestro hogar.

Guadalupe entró en el cuarto.

—Traen un obsequio. No acierto a adivinar qué es. Es grande y cuadrado. Ni tampoco que algo así pueda ser para una recién nacida. Esta ciudad está llena de gente rara y extravagante. El otro día, sin ir más lejos, un parroquiano me pidió *casu martzu* y al preguntarle que era me dijo que un queso podrido por una mosca. ¡Qué asco, por Dios! Y así una detrás de otra. No me acostumbraré a esta ciudad. ¡Lo que daría yo por volver a mí Sevilla!

—Podéis hacerlo. A vos nadie os requerirá cuentas —dijo Matilde.

—¿Y dejaros solos? ¡Quita! Os meteríais de nuevo en berenjenales. Además, está el pequeño Leandro u ahora Amelia. Alguien tiene que cuidar de ellos mientras su madre está trajinando entre los fogones. Que digo yo, que teniendo el dineral que tenéis, lo de la posada ya estaría de más. Ya habéis disfrutado de vuestro sueño. Ahora toca vivir a lo grande y sin dar palo al agua, que nos lo tenemos bien merecido. ¿No os parece?

—Ya veremos. Ahora dejad el obsequio apoyado en la pared. Y gracias —dijo Yerén.

Ella permaneció plantada.

—Podéis iros.

—¿Sin ver lo que es? —se quejó Guadalupe.

—Más tarde lo sabréis, quedad tranquila.

—¿Y por qué más tarde? ¡Uy! Mira que te conozco. ¿Qué misterio

me escondes? ¿Di?

—Ninguno. Solamente quiero darle una sorpresa a mi esposa en privado. Si no os importa, claro.

Ella alzó la barbilla.

—¡Qué me va a importar! Contrariamente a lo que pensáis no soy nada fisgona. Si no queréis nada más, me retiraré a dormir. Buona notte.

—Qué descanséis, doña Guadalupe —dijo Matilde.

Yerén no pudo evitar echarse a reír.

—Dice que no es curiosa. Y lo del italiano… Un día de estos dejará de hablar castellano.

—Lo cierto que en este caso le doy la razón. Por mucho que barrunto no llego a vislumbrar que esconde ese embalaje.

Él se levantó y quitó la tela que lo cubría.

—¡Un cuadro! ¡Y soy yo! —exclamó Matilde.

—Así es.

—Pero… ¿Cómo han podido pintarme sin posar? ¿Y quién?

—No podía ser otro que el gran Miguel Ángel, el artista de los Médicis. Ya ves, tú marido tiene grandes influencias en esta ciudad. Miguel Ángel ha dado prioridad a esta pintura antes que a la del duque Cosme.

Ella fue a decir algo pero se quedó con la boca abierta.

—¿Te gusta?

Matilde asintió.

—Me alegro, pues me ha costado un dineral. Y no me importa. Por ti, daría el mundo entero.

Los ojos de Matilde se humedecieron.

—Has pintado en mi cuello tú magnífica perla. Lamento que debieras desprenderte de ella por mí culpa.

—Gracias a esa perla hoy estamos juntos —dijo Yerén metiendo la mano en el bolsillo. Sacó un pedazo de terciopelo y se lo entregó.

—¿Qué es? ¿Otro obsequio? Es demasiado, amor —musitó Matilde. Abrió la tela y apareció una perla enorme y perfecta—. Pero… Dijiste que la vendiste en Sevilla. ¿Cómo es posible?

—Cuando obtuvimos el botín de Infanzón, decidí dedicar parte de ella a recuperarla. Me costó encontrarla, pero lo conseguí. Estaba en poder de un comerciante de Brujas. Por supuesto el tipo no quería desprenderse de ella. Al final no pudo rechazar la oferta tan generosa que le hice. Una fortuna. Pero no podía dejar que lo que anduvimos buscando durante años no lo tuvieras entre las manos. Y ha llegado de nuevo a nuestras vidas en el momento adecuado. En el momento en el que nuestra felicidad es plena.

Ella la observó embelesada.

—Esta es tú perla del Caribe.

Yerén se sentó junto a ella y le acarició la mejilla.

—Tú eres en verdad mi gran tesoro. Tú eres la verdadera Perla del Caribe, mi hermosa Matilde.